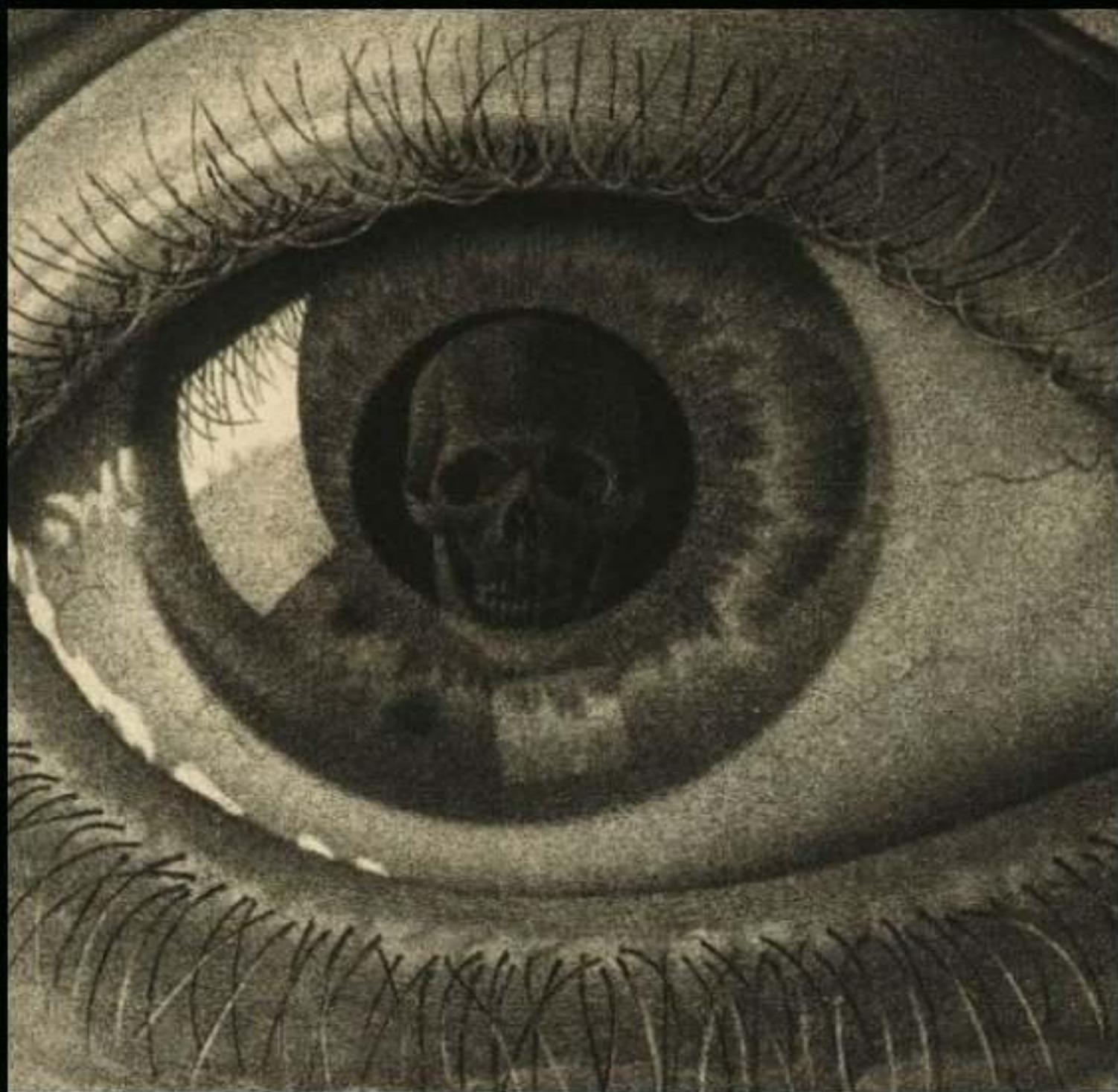


# CON LA MUERTE AL HOMBRO

José Luis Castillo-Puche



Lectulandia

*Con la muerte al hombro* es un relato alucinante y singular, la historia de una vida abrumadora y angustiosa, en el que se funden pasado y presente a través de la extraña personalidad del protagonista. Sin embargo, aun en las páginas más desoladoras y en los momentos de más desgarrada visión, hay siempre una puerta abierta para la ternura y la esperanza; al mismo tiempo, la novela tiene un profundo eco poético bajo el cual late una tendencia satírica y, en definitiva, la búsqueda de la verdad. La fuerza narrativa de la obra convierte algunas de sus páginas en trozos obligados de antología.

**Lectulandia**

José Luis Castillo-Puche

# **Con la muerte al hombro**

ePub r1.0

Titivillus 01.10.16

José Luis Castillo-Puche, 1954

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Escribo esto francamente desesperado  
por mi cuerpo y por el porvenir  
que me espera con este cuerpo.

FRANZ KAFKA. *Diario*

A Pepe Rumeu de Armas, un amigo como hay pocos.

Nota: Sería un error enorme tratar de localizar en un lugar determinado de la geografía española el pueblo y el ambiente que se describen en esta novela, como resultaría vano tratar de identificar con seres reales, los tipos que circulan por sus páginas. La realidad es, para el novelista, si acaso, un pretexto y un soporte para su obra. Pero, lo que la imaginación construye está siempre cimentado sobre realidades más profundas. El autor.

Madrid, 23 de enero de 1945.

Sr. don José Luis Castillo-Puche.

*Muy urgente.*

*Mi querido amigo: Estoy esperando que, de un momento a otro, vengan a detenerme. Tan pronto termine esta carta saldré pitando. Amigo mío, pásmate todo lo que quieras, pero no trates de buscarme. Sería inútil.*

*Por inverosímil que te parezca, todo lo que relato aquí es verdad, como también lo es que muchas de estas páginas se puede decir que están escritas pensando en ti. Yo sé que tú —tú por lo menos— no te fiarás de lo que oigas decir. Por eso te ofrezco la realidad monda y lironda de mi vida. Espero que, aunque no se trata ciertamente de un plato apetitoso, tú no harás muchos aspavientos.*

*Si no corro a delatarme yo mismo es por temor a otras confesiones más enojosas; los jueces no se lo explicarían. Un juez que, enterado del caso, se propusiera usar conmigo, por ejemplo, de una condena terapéutica —llamémosla así— me sería mucho más odioso que el propio verdugo.*

*No acierto a comprender qué habría sido de mi vida de no haber ocurrido lo que ha ocurrido. Nacer de nuevo no es fácil, y matarse es más difícil de lo que parece. Nos pilla muy en desuso eso de pegarse un tiro en la sien. En Hécula usan la soga, pero eso me gusta menos.*

*Puedes creerme si te digo que escribía estas «Memorias» con un pudor extraño. De ninguna manera quería pensar en su divulgación, y si alguna vez caía en la tentación de imaginármelas publicadas era, por supuesto, sintiéndome yo completamente destruido ya. Siempre temí —como es lógico— tener que interrumpirlas de un modo violento, pero nunca sospeché que tras unos años de angustiosa espera, el desenlace fuese éste, ni mucho menos.*

*Yo no sé si tú has adivinado alguna vez estas angustias que me han atormentado siempre. No creo que fuera fácil. En conjunto, creo que he sabido disimular bastante bien. He procurado moverme igual que un hombre normal y, en cierto modo, se puede decir que me mantuve sereno hasta que el doctor Val rompió el secreto de forma tan miserable. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? La ofensa que me hizo, como verás, fue imperdonable, y lo menos que pude hacer, en aquel instante, fue lo*

que hice.

*No sé si lograré escapar. Tarde o temprano caeré. Quizá antes de salir de casa. Desconfío mucho de mi habilidad y ya sabes lo que todos dicen, esto es, que la Policía española es la mejor del mundo. Puede ser también que la misma Elvira me delate.*

*¡Qué le vamos a hacer, amigo José Luis! He terminado, eso es todo. De algo hay que morir y cada uno muere de lo que puede. Eso es, se muere de lo que se puede morir. Nada más. Acaso sea una suerte morir ahora a tener que esperar el turno de una muerte decrepita y fea. A fin de cuentas, estaba hecho ya a la idea de una muerte joven. Ha sido como por equivocación como he llegado a un desenlace tan inesperado. Me había encariñado con mi muerte propia, de tal modo, que ahora todo esto de fugarme y de Policía me coloca en un trance de improvisación, desconcertante. A lo mejor no tengo más remedio que entregarme. Pero resistiré: Tengo que ahorrarme la revelación del motivo de mi arrebato. No es otra cosa, y mucho menos la cobardía, lo que me impulsa a huir. ¿Serían capaces de matarme por esto? Me gustaría que me mataran, pero corriendo, mientras me escapaba. Un tiro por la espalda y me descargaban del terrible peso. Me quitaban de golpe la muerte que llevo.*

*Adiós, amigo. Me despido de ti. No puedo soltarte en este crítico instante ninguna frase aguda o ingenua que demuestre sublimidad de espíritu o sutil ironía. Estoy acobardado y terriblemente cansado y exhausto. Fingir heroísmo o ponerse a chorrear lástimas sería más estúpido que decir simplemente: «Son cosas de la guerra; son los residuos de las batallas que se ganan y se pierden. O es la Naturaleza loca que salta y se posa donde quiere». En fin, cada uno tiene su destino y éste fue el mío. Todo ha venido como tenía que venir. Nada ha sido arbitrario ni casual. Tuve el presentimiento, desde la primera vez que le vi, de que el doctor Val iba a ser un personaje importante en mi drama. Pero nunca creí que lo fuese de este modo.*

*Perdona que, aun siendo paisanos, haya estado tanto tiempo sin salir contigo, sin llamarte y que, ahora, inesperadamente, te haga llegar este tremendo paquetón. Si no puedes llegar hasta el final y te asquea, rompes las dos libretas y en paz. Cuando tú lo recibas, ya estaré lejos. Sé que te hubiera gustado escribir una novela; aquí tienes material de primera mano.*

*Sé que eres muy religioso. Ya veremos cuál es la última palabra de Dios conmigo. Me dejó en las manos un ovillo que ya, ya... Por más que haga es imposible desenredarlo sin romperlo. Él sabrá por qué.*

*Un abrazo a la carrera, pero bien fuerte,*

Julio.

*P. D.— Si más adelante recibes unos poderes míos es que me he salvado. Mientras tanto, mutis.*

## Comienzo hoy, 14 de septiembre de 1943

Ya está, de ésta no salgo. Una vez había de ser. Por mucho que yo haga o no haga, lo que tiene que ser será, inevitablemente.

Aquí estoy. Me paso los días enteros tumbado en la cama, fumando. El humo es como una venda que hace cicatrizar las heridas que dejaron las esperanzas, muertas antes de nacer. De improviso, me arranco como un desesperado y me paso horas enteras, ocho o diez horas, andando. Luego, se apodera de mí una calma profunda y sigo contemplando el paso inhumano del tiempo. De pronto, otra vez vuelve el vértigo de andar y andar...

Mi única defensa va a ser escribir, no sé si para los demás o para mí mismo. Pero escribirlo todo.

Sé que algún día se producirá esta escena. La tengo muy repasada y muy aprendida. Sé que un día alguien me preguntará:

—Pero, ¿qué te pasa?

—Nada, nada, no es nada —responderé yo.

No mostraré extrañeza, ni le daré importancia. Sabré fingir, aunque me sienta acorralado. Disimularé todo lo que pueda.

Y hasta si alguien, convencido, llegara a penetrar en mi secreto y, compasivo, me dijera:

—¿Ya?

Aun entonces, yo tendré bastante cinismo para mostrarme indiferente y replicar:

—Ya. ¿Qué es eso de ya...?

Sobre todo, callaré. Me va resultando fácil aparecer sereno. Todo lo que sobre el desenlace oiga a mi alrededor, aun comentando casos ajenos, lo escucharé con impasibilidad absoluta. El caso es aparecer como hombre que está de vuelta de su propia muerte.

Sólo en el último extremo, si la cosa se pone seria, acaso me haga más explícito y les diga:

—¿Qué miráis? ¿Qué habláis entre vosotros? ¿No sabéis lo que pasa? ¿No habéis visto nunca morir a una persona?

Esto puede suceder cualquier día, quizás muy pronto. Y desde esa hora la marcha será tan rápida, tan inexorable, que no habrá tiempo ni para reflexionar si es una pena o una suerte morir con la vida tan a medio hacer.

¿Llegaré a cumplir los treinta años? Por muy de prisa que venga la cosa, yo creo que sí. Ya es bastante sorpresa estar viviendo ahora mismo. Hace dos años no lo hubiera creído. A mi misma familia, si pudiera enterarse, le costaría creerlo.

Esta misma tarde, Benítez, muy solícito, mirándome fijo, me espetó:

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? —contesté, aparentando sorpresa.

—Será que no se ha cortado el pelo —intervino Agustín.

—No, no —insistió, terco, Benítez—, es que tienes mala cara. Y estás más delgado.

—Puede ser. A lo mejor me han hecho daño los langostinos.

Hay gente que goza hablando de la salud, como los hay que lo evitan. En esto no interviene siempre el estado fisiológico, es decir, estar enfermo o estar sano. Sino más bien una especie de humor o fantasía que hace que la plenitud o la decadencia de un organismo se paladee o se escupa con morbosa complacencia. Claro que yo también hablo a veces de la salud con bastante sangre fría. Pero por dentro...

Ya varias veces he querido empezar a escribir mi historia, y siempre me he vuelto atrás. Sentía el temor de no poder terminarla.

Pero ahora va en serio. Hasta donde llegue he llegado. Acaso sólo escribiéndolo puedo sentirme caer por la pendiente con un poco de dominio.

Si las cosas vienen como amenazan, como deben venir, como tienen que venir, he de darme prisa. Queda poco, muy poco. Lo cual quiere decir que queda poco tiempo de una vida incalculablemente larga.

¡A escribir se ha dicho, pues! Hasta que llegue el día de la percepción definitiva. Y entonces... ya veremos de qué lado caigo. Tengo el presentimiento de que voy a tener una muerte bonita. Bueno, ¿es *bonita* la palabra adecuada? Yo quería decir una muerte hermosa, una muerte...

## 15 de septiembre

No hay más remedio que comenzar por el principio. Forzosamente tengo que remontarme a aquellos años en que empezó a enredarse el trágico ovillo familiar. Se impone saltar de una vez el muro altísimo de la presente angustia para buscar en su mismo tronco la savia dañina de donde dimana el bronco turbión de mi inútil, absurdo y arrebatado existir.

Mi pueblo es Hécula, ese poblachón al que los rojos llamaban «la Rusia española». Este destartalado pueblo ya ha producido, y seguirá produciendo, estridencias terribles en la literatura. ¿Cómo pretender que uno respire sosegadamente si ha nacido en una tierra hosca, al filo de cierzos flagelantes, y si lo único que se le ha pegado al cuerpo desde pequeño ha sido un luto cotidiano y tremendo?

Como es natural, Hécula ha progresado en los últimos años, y la prueba de su adelanto está en que el vino perdió grados, los Escolapios tienen ya algún licenciado en Filosofía y Letras y en el camino de la estación se acaba de fundar una Cooperativa de muebles que vendrá a hacer unas cien alcobas de matrimonio por año.

Pero el paisaje sigue siendo árido y seco, cada vez más. Se entre a Hécula por Turena o por Ciriza, el susto es colosal. El lugar es bárbaro, no con la barbarie del paisaje inhóspito por sí, como el desierto, sino con esa otra barbarie más patética y lívida aún que tienen las cosas que originariamente fueron bellas y que, después, sin saber por qué, se han quedado yermas y desoladas. La grotesca barbarie que enseñan las ciudades edificadas sobre las ruinas de otras ignotas civilizaciones.

Petrificado se puede decir que anda el tiempo en este lugarón terrible, donde la muerte, al parecer, nada importa y donde la vida se acepta siempre como una maldición insoportable.

Hécula se ha quedado como anclada a la eternidad y toda idea de progreso repele allí mucho más que el anuncio de una peste. Vive atado el caserío a la sórdida limitación de lo antiguo, teniendo a un paso las exquisiteces y modulaciones del moderno confort.

Los heculanos emigran como pueden. Y digo como pueden, porque Hécula está casi incomunicada y la salida o el retorno al pueblo no puede hacerse sino por medio de un tren de los tiempos de Mari-Castaña que se arrastra por el arenal como un escarabajo que buscarse cobijo tras las matas amarillentas de los rastrojos o la calva calcinada de los cerros. Las carreteras son retorcidas y polvorientas.

En Hécula hay dos calles de casas señoriales, herméticamente cerradas. Son palacios vetustos, nobilísimos, cuyos escudos se desmoronan poco a poco y cuyos rancios apellidos son usufructuados en la actualidad por simples pelagatos. Se ve que Hécula ha caído de la excelsa grandeza de un pasado preclaro, donde aristocracia y pueblo tenían vitalidad y fuerza. Del carácter fervoroso de estas gentes da idea el hecho de que fueron capaces de levantar, por sí mismos, en pleno siglo XIX, una

inmensa catedral. Quizá en esta fábrica suntuosa echó el resto Hécúla, y sus columnas, hoy quemadas, y sus vidrieras rotas son como la agonía del ímpetu heculano. Si preguntáis a los habitantes actuales sobre el pueblo, os dirán muy regocijados que Hécúla prospera, que hay dos cines y un teatro, que los guardias civiles acaban de estrenar un nuevo cuartel, que hace poco fueron descubiertos dos pozos artesianos de gran empuje y que se van a levantar unos bloques de viviendas protegidas para los obreros.

La fecundidad de esta tierra, que desenterró barbas de dioses venerables con tres mil años de historia y senos de vírgenes griegas, fenicias o etruscas, se ha perdido, se ha volatilizado. Sobre las ruinas del torreón guerrero de la iglesia de la Asunción, siguen riendo de una manera siniestra aquellas caras tétricas que, incrustadas en la piedra, parecen pronosticar inacabables cataclismos. Siempre me ha producido escalofríos el enigma macabro de estos perfiles, y mucho más cuando he ido comprobando que mis vecinos reían y lloraban exactamente igual que aquellas caretas monstruosas, que desde cientos de años han presidido el frenesí o la apatía de mi pueblo.

Hécúla es trágica, y por eso seduce y repugna, envenena y atrae, conmueve y solivianta. Es tierra de pesadumbre, de andar mirando al suelo, tierra donde el viento silba como un látigo y el hombre camina encorvado como si arrastrase sobre los hombros un ataúd misterioso. La más pura línea de verticalidad la dan en Hécúla las sogas de los ahorcados. Los ahorcados al borde de los barrancos o coronando la cresta de las serretas, son como espantapájaros irrisorios, con los que los campesinos y aldeanos ahuyentasen sus fatídicos miedos. Más horrible que morir es ver morir a los demás y, por eso, cada vecino quisiera que este acto se realizara, para poder gozarlo plenamente, bajo los focos fosforescentes de un teatro prodigioso.

Ya es significativo que el orgullo de los heculanos se haya concentrado en la fábrica del cementerio, pieza de un blancor intacto y de una urbanización refinada. Está rodeado el cementerio de Hécúla de ramblas rojizas, cárcavas amarillentas, desmontes amoratados, arenales y lagunas putrefactas. Pero en medio de este desolador paisaje, amenizando al enlevitado ciprés, a trechos, crece el pino, prospera graciosa la viña y retoña lindísimo el olivo. Se nota que junto a sus muertos, Hécúla es una ciudad galana y hasta el mármol y el azulejo ofrecen reverberaciones de pagana beatitud.

No puede compararse, de ningún modo, el cementerio con el parque municipal, donde colocan los heculanos su feria, porque este jardín semiplacentero, con su palomar rústico y su cursi pecera, resulta tan artificioso como un chiste verde en labios de un anacoreta.

Las gentes de Hécúla son silenciosas, demacradas, enlutadas. Los rostros de los heculanos lo mismo pueden expresar la inefable conformidad del místico que la sombría duermevela del anarquista. Son tipos concentrados que de golpe se lanzan a la acción, seres humildes, quietos, en los que brota inesperadamente un

desbordamiento de pasiones primitivas. Son caras con aspecto de candor e ingenuidad y, al mismo tiempo, de rabia frenética, capaz de los peores crímenes.

Este campesino, suave y hosco, que sonríe dulcemente pero con agresiva desconfianza, que lleva horas enteras el cigarro colgándole de los labios y que corta el pan con una navajita haciendo filigranas, tiene trazada su filosofía, y su sonrisa es la de esas calaveras que supieron mucho en la vida y que en su lironda expresión les quedó algo sutil y terco que viene a ser como un mensaje de sabiduría, escepticismo y humor, que nos transmiten desde las órbitas vacías de la eternidad. Son semblantes que bebieron hasta las heces el dolor religioso, el vicio y la crueldad. Se hiela la sangre, de veras, viendo sonreír a los hecullanos.

Efectivamente, la antiquísima ciudad tuvo épocas pletóricas, días de hervor, jornadas de desenfrenado entusiasmo. Hécula tuvo templos paganos y sus fuentes corren por entre secretas mazmorras. Todavía los hecullanos gustan de adornar el pan con trozos de palmito y con flores. Todavía recorre a diario las calles un personaje parsimonioso, el *convocaor*, que va avisando con una campanilla quién entra en agonía o quién acaba de morir. Pero los días gloriosos en que Hécula fue castillo fronterizo y sede de concilios, han quedado muy atrás y ahora todo es olvido y pasividad. Los habitantes actuales transitan por los callejones en cuesta y las rectísimas calles inconscientes, resignados, indolentes. A menudo he pensado si no se estará cumpliendo sobre esta recortada geografía alguna tremenda maldición. Quizá de la torre afilada de la iglesia Vieja, de aquella colmena de ojos espantados y bocas retorcidas ha descendido al bancal, al corral, al monte, alguna consigna implacable de expiación y dolor.

Algo fatal, inaplazable, tiene que ser. Han ido desapareciendo las familias que levantaron palacios y construyeron soberbios panteones. Muchas de ellas han huido a Madrid, a Valencia, a Murcia... Se desmoronan con incalculable prisa las fachadas de las centenarias ermitas.

La última guerra, fue terrible. La comarca quedó asolada. Cerca de mil hecullanos quedaron yertos en el recodo de un camino vecinal o en las fosas comunes del cementerio. Todos, al morir, rojos y blancos, ponían la misma expresión de terror que las caras esculpidas en la piedra roqueña de la iglesia Vieja. La guerra cruzó Hécula como un ciclón devastador. Más que un episodio en la historia de la ciudad, aquello parecía la aniquilación total.

Después de la guerra, el campesino heculano encontró una oportunidad de enriquecimiento vendiendo a precio de oro el aceite y el vino. De momento, este tipo hirsuto, rapado, magro, se ha olvidado de las venganzas y ha salido de su estado arisco para prosperar en el comercio. Pero todo negocio es fórmula transitoria. Al campesino le hierve la sangre de pasión política, de querer y no poder intervenir en los asuntos públicos. Al ver el gobierno de la ciudad en manos de dos o tres familias cursis, rematadamente ineptas, este lugareño bronco escupe y se enjuaga la garganta con vino. Al mismo tiempo, acaricia con mano ávida el lomo de algún gato flacucho

y fantasmal. El campesino viene muy de tarde en tarde a la ciudad, se viste de fúnebre, va al barbero, visita silencioso el cementerio y regresa pensativo al campo. Cada año, por las ferias, compra un aparejo para alguna caballería o una sartén para los fritos del campo. Se muestra huido con los vecinos y absolutamente receloso con todo programa de bienestar. El campesino de Hécula ha perdido la fe en el cura y en el notario. Cree, acaso, en los médicos, pero muy a última hora.

En la ciudad trabajan, con un ritmo tristón y mecánico, dos fábricas de muebles. Las fábricas de alcoholes expanden por el pueblo un olor fuerte que pica en la nariz y perturba la sangre.

Después de la guerra, la Guardia Civil tiene un amplio cuartel, con jardín y terrazas. Dentro del cuartel, las mujeres se insultan unas a otras y se arañan. Algunas de estas mujeres fueron señoritas. Es un problema para las madres burguesas el casar a sus hijas; últimamente tienen que conformarse y entregarlas al primer forastero que se presenta. Hay actualmente unas doce parejas, de ellos algunos todavía son solteros. En cambio, el clero ha experimentado en Hécula una notable rebaja, si se piensa que hubo tiempos en los que Hécula tuvo más clérigos y religiosos y seminaristas que ningún pueblo de la provincia. Pero muchos desertaron también.

Mucho más se podría insistir sobre el carácter de Hécula, pero ya queda todo dicho diciendo que las épocas de gloria, que los días heroicos, que los raptos e impulsos de pueblo escogido han desaparecido casi hasta del recuerdo. De todos modos, los heculanos mantienen una fisonomía peculiar que los hace distintos de los turezanos, pueblo de mercaderes, y de los pinillenses, seres entregados al espiritismo. Las epopeyas heculanas todavía subsisten y los pueblos de la comarca miran a estas gentes con una mezcla de asombro y temor. Hace pocos años, por las tabernas y las peluquerías de Hécula, a algún chistoso se le dio por decir:

—Y aquí, ¿para qué necesitamos la plaza de toros, si llevamos tres años sin corrida?

Y el pueblo, en un arranque de destrucción, en una sola noche, dejó únicamente el ruedo de la que había sido plaza monumental. El mismo delirio que pusieron los heculanos del siglo pasado en edificar por sus propios medios una catedral de piedra, lo pusieron los actuales en deshacerse de la plaza de toros con la misma facilidad con que se hacen un corte de pelo.

Hécula es así. De tarde en tarde, llegan al pueblo comisiones de sabios arqueólogos y organizan brigadas de excavadores. A flor casi de tierra, bajo los pámpanos y los troncos de las oliveras, siguen apareciendo muslos de dioses juveniles y guerreros y tocados primorosos de diosas o matronas.

Y ahora ¿qué? Pues, ahora nada. Ahora impera sobre el rectilíneo caserío la apatía más corrosiva. Nadie quiere mover ni un dedo para señalar una nube o una liebre y los espíritus parecen cántaros vacíos y rotos volcados en un corral. La guerra dejó al pueblo semidormido en un sopor de inconsciencia o terror, abismo de pesadumbres del que sólo sale en momentos determinados por medio de violentos espasmos y

sacudidas epilépticas. Una buena noche, o mala, aparece un letrero provocativo, trazado en alquitrán y con faltas de ortografía, sobre la pared de un convento o en la tapia de una suntuosa almazara. A los pocos días aparecen otros letreros de signo contrario y con letra menos claudicante. Se limpian los cañones de las escopetas en la oscuridad y se afilan las hoces. Y así transcurren como jugando algunos meses o quizá un año, hasta que un buen día, o malo... ¿Para qué seguir?

El luto ha llegado a formar en Hécúla una vaporosa herrumbre en la que los heculanos buscan desfigurarse y perderse. Nunca el luto es en Hécúla un luto particular, aislado, luto de una muerte propia, sino que se trata siempre de un luto compacto, difuso, colectivo. Hay una especie de contraseña, de afán morboso, en el luto, como el anhelo loco de querer darle a todo dolor concreto un sentido de pena universal, vaga e implacable. El luto es allí como una mueca de enajenación.

Que Hécúla vive todavía, lo dicen las campanas, esa colmena de bronce nuevos —la guerra se llevó los metales centenarios—, cuyo repiqueteo bien pocas veces suena a gloria, a bautizo o a boda. Las campanas de Hécúla sólo parecen estar en las torres para rubricar el severo protocolo de los entierros.

—Pero, ¿es que en Hécúla muere tanta gente? —podría preguntar alguien.

—En Hécúla —habría que responderle— muere todo el que nace.

Los bautismos no interesan. Las bodas no cuentan. Los éxodos, sí. La peregrinación, lenta y alucinante, hacia el cementerio es lo único que allí importa. Solo para el sepelio el metal cobra esa euforia de la ceremonia espectacular y fastuosa. Claro es que a Hécúla le falta su plaza de toros, tiene muchas casas cerradas y los vientos ancestrales y el enervante vino han hecho de sus paisanos esos tipos de cara alargada, flequillo corto y dientes largos que hacían decir a los jefes de las brigadas rojas en los frentes:

—Y este sector que lo cubran los heculanos.

Morían como moscas. Los heculanos rojos llevaban en la cartera, junto a la estampa doblada de la Patrona, que habían quemado, un retrato de Pablo Iglesias. Y los que volvían con permiso iban al Cerro de los Salmos y sobre las columnas truncadas de unos templos milenarios empinaban la bota y trasegaban sus suculentas migas.

Hécúla no está ni en Levante ni en La Mancha, tampoco está exactamente en Castilla, Hécúla es un pueblo raro...

# Capítulo I

## Mi pueblo

Recuerdo exactamente, ahora mismo, el paisaje heculano. Aunque alrededor del simétrico caserío —calles rectas, anchas y largas, atravesadas por callejones empinados y tortuosos— hay, de cuando en cuando, árboles frutales, huertos tapiados, cuadros de hortalizas, alguna que otra balsa y estrechos canalillos, lo que impera es la llanura parduzca y el color grisáceo de la tierra desnuda. Los amarillos, verdes, violetas, que existen entre las alamedas y la floresta, se pierden al llegar a la pelada composición de la arcilla calcinada. Todo lo que debería ser adorno vegetal y primicia de color parece en Hécúla escoria recién sacada del horno. Aletea sobre las colinas pedregosas una neblina fosca y quieta que parece amortajar al poblachón tendido en la llanura. Al borde de las ramblas y de los barrancos se retuercen los árboles como seres de pesadilla. Los olivos se secan lentamente y mueren crispados junto a los arroyos secos cavados en las hondonadas.

Yo sostengo que Hécúla no es como los demás pueblos. No es como Turena, por ejemplo, que está a dieciocho kilómetros, por donde pasa el tren de la «vía ancha», y que también cosecha buenos vinos. Ni como Pinilla, que se está enriqueciendo con el esparto de una manera fabulosa. Ni como Trinquete, ni como Ricoso... Ni el deleite de los tallos, ni el resquebrajamiento de la gleba, ni el mirar, ni el hablar de las gentes, ni siquiera el cielo en sus amaneceres y en sus ocasos, es el mismo de Hécúla en ninguno de esos pueblos. Porque mi pueblo tiene un secreto particular, un secreto tan perturbador como su vino.

¿Será el suelo, hastiado de siglos, y el hálito lacerante del aire los que han imprimido en los habitantes de Hécúla esa fe ciega y esa moral agria que tanto pesimismo y tanto arrojo les dan? Su fe y su religiosidad son de signo tétrico, como los cantos de los «auroros», cofradía de penitentes que recorre de madrugada las calles heculanas, entonando unas melodías fúnebres y quejumbrosas. Existe en todas estas gentes una desconfianza casi inhumana contra todo placer, un odio instintivo y terco contra toda idea de posible bienestar terreno. No le digáis nunca a un heculano que podría vivir mejor, más cómodamente; recelará en seguida que os estáis burlando de él o que hay una tentación demoníaca en vuestras palabras. La filosofía particular de Hécúla es la adoración por el terror, terror ante la vida y ante la muerte, terror ante las delicias como ante los castigos de la Eternidad, que pesa cada día sobre cada heculano.

Ahora mismo, sí, me acuerdo muy bien de aquella tarde de otoño en que por primera vez iba a saber lo que es la soledad. Hacía tan sólo unos meses que había muerto mi padre y mis hermanos estaban en Murcia estudiando, uno en el Seminario

y el otro en los Maristas. Debía de tener yo entonces ocho años escasos. No sé cómo han podido quedárame tan claras e imborrables las impresiones de aquellos años lejanos, cuando ahora aún los sucesos más desgarradores pasan sobre mí como las pezuñas de los camellos sobre el suelo movedizo de las arenas del desierto. Pero es así; me acuerdo como si fuera hoy...

En Hécula hay que contar siempre con el viento. El ventarrón heculano barría aquella tarde con su enorme escobón el polvoriento carril, levantando retorcidas torres de polvo. En medio de estos remolinos danzaban las hojas secas y los papeles rotos como almas enloquecidas. De cuando en cuando un portazo enorme iba seguido de la voz enfurecida de alguna mujer. Los carros que bajaban por la Rambla sacaban chispas de las piedras.

—¿Vas al castillo? —preguntaron a mi madre las vecinas.

—Sí, al castillo vamos. Y después al cementerio, si nos da tiempo.

—Un poco de viento hace.

Yo me agarré fuertemente a la mano de mi madre, para que, si el aire me remontaba hacia las plomizas nubes, al menos ascendiéramos los dos juntos.

Salimos de casa a eso de las cuatro. Era, creo, el mes de noviembre y el sol calentaba poco, más bien nada. Lloré y pataleé porque no quise ponerme medias, y aquella tarde me salí de una vez para siempre con la mía. En la calle de San Antonio, en la esquina de Pepe Penas, nos encontramos con Fulgencio, que iba acompañado, como siempre, de una chiquitaja pecosa, de pelo rubio y ensortijado. Fulgencio era ciego, y aunque se conocía el pueblo mejor que el pregonero, caminaba siempre con la mano apoyada en el débil cuellecillo de la niña. La mano de Fulgencio no sólo era hermosa, como decían mi hermana y sus amigas, sino que además era un portento para el arte. Tocaba el violín, el armónium, escribía con un punzón y hasta estaba fabricando por aquellos días una especie de mortero que soltaba unos truenos morrocotudos. Hécula entera admiraba a Fulgencio y muchos empezaban a creer que era un verdadero genio. Lo que le quitaba fama y aclamación en los últimos tiempos era que fuese tan religioso, porque así, los «ateos», que eran miles, rebajaban sus méritos. Para los de derechas, en cambio, Fulgencio era una especie de San Ignacio. ¡Cómo cantaba, con la mano puesta en su bastón, aquello de «escúchalo, escúchalo, Satanás, y en tu rencor furibundo...»! Y es que Fulgencio tenía una frente ancha y dulce, una barba espesa y negra que daba gusto verla y una boca infantil que sonreía siempre extrañamente. Su carne tenía ese color marfileño que uno se imagina que tienen que tener los santos vivos. Y el velo blanquecino que cubría sus pupilas no parecía nada horrendo, sino algo así como un humo de invierno cubriendo delicadamente la choza de un pobre.

—Laureana, eso ya no lo podemos consentir. Si no se evita el escándalo, yo mismo volaré la «Casa del Pueblo» —dijo el ciego con una hermosísima indignación.

Mi madre prometió que hablaría con el alcalde, que era hermano de leche suyo y, aunque republicano, le haría caso o por lo menos sabrían a qué atenerse. Según

Fulgencio, el cura arcipreste no había tomado la cosa con toda la seriedad que merecía, lo cual no le haría ninguna gracia al obispo si llegaba a enterarse. Por lo que yo pude comprender, se trataba de que en el camino de la estación habían puesto una casa de «mujeres malas» y había cola, incluso por las mañanas.

—Si es que hemos de resignarnos a tanta provocación, quiero saberlo, Laureana, porque haré un escarmiento ejemplar. ¡No será que no lo he advertido!

Fulgencio llevaba capa negra con dos campanillitas pequeñas en las solapas, que a mí me tenían hechizado. Y cuando iba solo, solía llevar un nudoso bastón pulido que también me gustaba mucho.

Se perdió Fulgencio calle de San Antonio adelante caminando junto a la niña rubia. Fulgencio parecía más alto aún de lo que era al lado de Rosica. De cuando en cuando el viento hinchaba su capa y yo temía que a Fulgencio, de un momento a otro, le salieran unas alas brillantes como a los cuervos, y se remontase por el aire. Fulgencio comulgaba todas las mañanas y había pasado más de la mitad de la *Biblia* al alfabeto de los ciegos.

Llegamos mi madre y yo, por fin, a la plaza después de subir calle de San Francisco arriba. Enlutadas mujeres nos salían al paso alguna vez y hablaban con mi madre en voz baja, mirándome a mí de rato en rato con los ojos de lástima. Hablaban, con toda seguridad, de la muerte de mi padre.

—Envidia hay que tenerle, digo yo. ¡Afortunado de él, chica! —solían decir.

Mi madre lloraba, pero no como yo la había visto llorar en casa, a gritos y enloquecida. Ahora lloraba muy silenciosa, porque era seguramente obligado llorar así; porque había dos clases de lloro, una para dentro de casa y otra para la calle. Las mujeres enlutadas también lloraban y se despedían, diciendo:

—La salud ante todo, hija. Y ahora a éste, a éste es al que tienes que dedicarte.

Y todas aquellas mujeres, de ojos escurridos, tez arrugada y manos sarmentosas, me miraban a mí, como si la muerte se hubiera fijado ya también en mí y buscasen sus huellas en mi pequeña faz de niño enclenque.

Para subir al castillo hay que atravesar la iglesia Vieja, dando un rodeo por una serie de callejuelas estrechas. En una de estas callejuelas hay una casa con una placa que dice: «Aquí durmió la Reina Isabel la Católica» y esta casa y esta placa son de las cosas que más enorgullecen a los heculanos. Mi madre me hizo fijarme en ella aquella tarde, pero yo ya sabía que estaba allí. Los heculanos son muy amantes de su historia y de su pasado y hasta los más ignorantes se ponen muy contentos y se llenan de respeto cuando debajo de una cepa o en la cuadra de una casa encuentran un pedazo de estatua o un objeto del tiempo de los iberos, cosa que ocurre bastante a menudo.

Cuando llegamos cerca de la torre donde bullen las muecas espantables, mi madre, como si todo aquel espanto pétreo no fuese más que reclamo circense, me dijo:

—¿Ves? Pues allí, en la misma punta de la veleta, estuvo un día un saltarín

tirándose volteretas.

—¿Tú lo viste? —pregunté como otras veces.

—Lo vio todo el pueblo.

En seguida comenzamos a trepar por unas cuevas retorcidas donde, de cuando en cuando, enormes travesaños de piedra nos obligan a detener el paso un momento para respirar hondo. A uno y otro lado estaban las cuevas. Agujeros perforados en la roca o en la misma tierra, de donde surgían seres famélicos y desgñados con rebullicio de gusanera.

—Nos van a tirar piedras...

—Sigue adelante y no los mires —me decía mi madre.

De la existencia de algunas cuevas sólo nos enterábamos por el humo que brotaba de una peña o por las voces que se oían entre las cañas podridas. A veces, teníamos que saltar por encima de un hoyo, que era simplemente un patio, y allí veíamos a una mujer que despiojaba la cabeza de una niña o un hombrecillo con blusa corta que echaba hierba a los conejos. Tampoco era raro divisar entre cortinas descoloridas y harapientas y barrotes de madera que hacían de ventanas, cabezas desgñadas, rostros pálidos y ojos febriles. Y todas aquellas gentes hablaban a gritos, gritos prolongados, cansados, penosos. Parecían aparecidos y yo temblaba. Mi madre me apretaba muy fuerte la mano. Ciertamente, algunas caras mostraban un odio descarado, ese odio de los animales maltratados que esperan sólo la oportunidad de vengarse. A nuestro paso surgían los rostros macilentos, que se asomaban y nos miraban. Yo le dije a mi madre, en voz muy baja y pronunciando con mucho cuidado la palabra que me había aprendido hacía muy poco:

—Son t-í-s-i-c-o-s, ¿verdad?

Mi madre me miró entonces con una fijeza extraña y me atajó imperiosa:

—Son pobres... ¿sabes? Pobres es lo que son.

Noté que el rostro de mi madre se ensombrecía, como si le dieran mucha pena o como si ella fuera pobre también. Pero yo insistí:

—Pues Rafael me dijo que éstos son *tísicos*.

—No quiero oírte decir nunca más esa palabra, ¿me oyes? —y noté que estaba muy excitada.

Me callé. Para mí entonces los tísicos eran algo tan misterioso y tan temible como fantasmas del otro mundo. Unos días antes, yendo con una pandilla de amigos al castillo, habíamos bajado corriendo hasta las tapias del cementerio. Cuando estábamos tirando piedras a unas lagunas rojizas que hay por allí, vimos aparecer a un hombre vacilante, con la barba crecida y unos dientes grandes y un poco salientes. Llevaba un saco al hombro y tenía unos ojos muy negros y brillantes. Yo era el más pequeño de la panda, y cuando todos huyeron y me quedé atrás, temí de verdad que iba a ser estrujado entre los brazos esqueléticos de aquel hombre. El que hacía de capitán iba gritando:

—¡El tísico! ¡Que viene el tísico, el que chupa la sangre!

Fue la primera vez que oí aquella palabra. Y desde entonces, para mí, todos los que vivían en aquellas cuevas del camino del castillo eran capaces de beberse la sangre de un niño en menos de un santiamén.

Entramos mi madre y yo en las laderas donde están enclavados los pasos del viacrucis. A intervalos oíamos unos golpes secos que, con el eco, se multiplicaban en las revueltas de la ladera en un sinfín de golpes vigorosos y blandos. Era un viejo que picaba con una maza estrambótica manojos verdes de esparto. Ya habíamos visto a este viejo otras mañanas y otras tardes y estoy seguro de que, si ahora mismo fuera a Hécula y emprendiera la ascensión al castillo, allí me lo encontraría, picando con su eterna maza los eternos manojos de esparto.

Conforme nos acercábamos al santuario las cuevas ya no eran cobijo de la pobreza sino más bien fincas de recreo con apariencia de cuevas. Unas y otras cavadas en la roca, pero unas habían surgido de la necesidad y las otras eran producto del capricho. Las más lujosas eran auténticos chalets, que estaban en su mayoría cerrados. Entre estas casas, a mí, la que más me llamaba la atención era una toda tiznada y rebosante de maquinaria absurda. Era la del «Cagarrón», el pirotécnico, y a su puerta se amontonaban siempre cuerdas ahumadas, escaleras, postes y montones de cañas de todos los tamaños. Parecía aquella casa la entrada a un pintoresco infierno. A mí me producía entonces tanta curiosidad que, por mirar todas aquellas cosas, hasta tropezaba caminando al lado de mi madre.

A la entrada de estas casas y aunque parecían residencias veraniegas se podían ver, hasta en invierno, mecedoras o hamacas de colores chillones donde descansaban unos seres pálidos, de ojos hundidos y carnes muy blancas. Algunos parecían espolvoreados de almidón y otros estaban inverosímilmente gordos. Yo miraba con mucho miedo todas aquellas gentes a las cuales alguna enfermedad terrible los desfiguraba de tal manera que no se sabía si eran señoritos o trabajadores. Eran unos seres aparte y distintos de todos los demás, que no se podían concebir haciendo la vida de las demás personas.

Llegamos, por fin, a nuestra *cueva*, que era ya de las últimas. Consistía en una casita como resguardada por las rocas y con una verja de hierro por delante. Como siempre, a mí me tocó quedarme en el zaguán. Ya me sabía, de otras veces, los cuadros de memoria: una vista del puerto de Alicante, un grabado de Hécula de 1870, que era como la Hécula de ahora pero sin la estación del «Chicharra», sin el colegio de los Escolapios y sin la plaza de Toros; un almanaque de las Misiones con el padre Damián, el de los leprosos, y un frailecico de éstos que se cubren con la capucha cuando va a llover.

Mi madre entró en el cuarto contiguo donde se decía algo misterioso que yo no sabía lo que era por más atención que prestaba a las voces que de allí salían. Se trataba de que mi madre tenía que cobrar el alquiler —alrededor de las cuarenta pesetas mensuales, que no siempre cobrábamos—; pero esto no era todo, se hablaba de otras cosas que ellos pronunciaban excitados pero en voz muy baja. Recuerdo que

a fuerza de estirar el oído pude oír, de cuando en cuando, la palabra «décima», la palabra «socialistas» mezclada a las de «reales» y «bombas», todo lo cual despertaba en mí extrañas confusiones. Las palabras sonaban quedamente, como si las voces salieran de gargantas enfundadas en paños mojados, o como si las gargantas fueran tubos agujereados o flautas descompuestas. De cuando en cuando sonaba también algún llanto oprimido y alguna tos.

Aquel día fui más valiente y me asomé un poco a la puerta entreabierta. Sentado en una mecedora amarilla y verde un hombre con su pijama de rayas moradas y blancas. Aunque movía los labios con enorme cuidado y hasta se incorporaba delicadamente para hablar, su voz apenas producía sonido alguno. Me resultaba incomprensible que los demás pudieran entenderle. En la mandíbula izquierda tenía una especie de cicatriz que en vez de quitarle carne más bien se la había hecho crecer. Tragaba su propia saliva con tantísimo mimo como un niño de teta. A su lado, una mujer gorda y colorada, de luto, le limpiaba el sudor continuamente con un pañuelo inmenso y muy blanco; pero ella, que también sudaba, se limpiaba simplemente con la propia manga. Esta mujer volvía de rato en rato la cara hacia mi madre y le ponía los ojos en blanco. En un rincón de la habitación chisporroteaba una «mariposa» ante una triste estatuilla de la Virgen del Carmen. Entraba y salía una muchacha con voz ronca y gafas plateadas que olía a sebo de los carros.

Mi madre, como otras veces, firmó un papel y a cambio recibió unos duros en plata.

—¿Es que no querían dar los cuartos? —pregunté a mi madre al salir.

—Ya los dieron, ya pagaron —contestó mi madre dejándolos caer en una recia faltriquera que llevaba bajo las faldas y en la que ella metía siempre las llaves, el rosario, las gafas con su funda, el destornillador de la máquina de coser, un mechero y algunos caramelos.

Continuamos ascendiendo por las laderas descarnadas del monte y mis pies se hundían en el chinarro. Cuando soplabla el viento parecía que me aserraban las pantorrillas, tal era la fuerza de la arenisca. En medio y al final de cada vuelta se levantaban unas capillitas con la cúpula pintada de azul y unos barrotes carcelarios ante cada nicho. Cada capillita era un paso del *viacrucis* pero a algunas estaciones les faltaban azulejos, con lo cual las escenas quedaban incompletas. La revolución en Hécula había comenzado así: arrancando mosaicos a las estaciones del Calvario, arrojando pegotes de barro a las hornacinas de los Santos que había en algunas casas del pueblo, apedreando a los curas en los entierros y repartiendo de cuando en cuando octavillas sobre las ventajas del amor libre.

Nos detuvimos en la última curva de la cuesta y subidos en un peñascal miramos hacia el pueblo. Me era fácil localizar mi casa porque encima del tejado asomaban las ramas de nuestra higuera y porque muy cerca sobresalía la torre de la ermita de San Pancrancio. Hécula estaba hermosa en aquel atardecer cárdeno y morado. Junto a la frialdad azulada de los tejados, el fulgor cambiante y vivo de los sembrados. No

parecía aquélla la Hécula del surco resquebrajado, la Hécula pajiza del arenal que hace llegar su lengua reseca hasta las lindes de las huertas, huyendo de los yesares humeantes. El viento había cesado casi de repente, como sugestionado por la insólita belleza del atardecer.

Pero duró poco. Muy pronto el viento de nuevo arrastró unas nubes flacas que, como galgos hambrientos, se echaron sobre el caserío agitando edificios y árboles en lucha monstruosa de reptiles y pajarracos.

—Julito, otra vez te tomaste el chocolate y dejaste el pan.

—Sí.

—Pues cómete el pan ahora mismo. De lo que se desperdicia pide Dios cuenta, y además, quién sabe si algún día lo necesitarás.

Yo iba tirando por el camino las migas del pan, pensando en los pájaros. Mi madre iba muy pensativa, yo sabía lo que cavilaba. La idea de dejarme en el colegio no acababa de gustarle del todo. Por un lado le parecía necesario, pero por otro le preocupaba.

—Ya verás cómo el colegio te viene muy bien —insistía demasiadas veces.

Junto al empedrado del sendero crecían unos raquíuticos rosales con flores mustias y amarillentas que el viento sacudía, lanzando al espacio sus hojas marchitas. Al borde de los barrancos había pozos semiderruidos, a los cuales yo me asomaba para gritar: «¡oooh!» «¡aaah!». Y los pájaros salían asustados entre las peñas y los matorrales.

—¿Ves el colegio?

—Sí.

—Pues esta noche ya dormirás allí.

—¿Por qué? No quiero.

—Sí, Julito, tienes que hacerte un hombre.

—Yo no quiero que me dejes solo.

—Hay muchos niños, ya verás.

—Yo no quiero hacerme un hombre —y creo recordar que esta frase me parecía una tontería.

—Anda, no seas tontito, o te pegaré.

Una lagartija asomó su cabecita temblona por el agujero de una tapia y parecía reírse de mí. Cogí una piedra y sin muchas ganas se la tiré. No le di en la boca, como quería, pero le corté la cola, que quedó moviéndose en el suelo como un minútero separado de la esfera. Mi madre me pegó en la mano sin mucho entusiasmo tampoco.

Por fin llegamos a la explanada del Santuario rodeada de un pretil de piedra como si fuera un puerto. Mientras mi madre sacaba el velo y descansábamos de la fatigosa ascensión, nos llegaban los ruidos que subían del poblado. Entre los lloros de un niño y los golpes retumbantes de un yunque, fue destacándose el eco lúgubre de un tambor.

—El tío de las «punchas» —dijo mi madre.

Vestido de luto recorría las calles aquella especie de verdugo espectacular que iba dando el aviso oficial de las próximas fiestas a los capitanes de arcabuceros. Cuando el «tío de las puchas» acompañase a los pajes, perdería su aspecto torvo; pero ahora, solo por las calles, al lado de un tamborero no menos enlutado y chupado, parecía el anuncio de una macabra ejecución.

Un viento acerado, cortante, sin pizca de perfume, nos azotaba el rostro. El reloj de los Escolapios tiró sobre el pueblo, como unas perras de limosna, cinco campanadas.

Entramos a la Iglesia. Las flautas del armónium se derretían blandamente en el silencio del interior como los hachones de cera en un velatorio. Lo primero que hicimos fue dirigirnos a la cripta del Cristo, que consistía en una bóveda baja, redonda y oscura, en donde resonaban nuestras respiraciones como estertores. Un Cristo enteco y exánime, tendido dentro de una urna funeraria adornada de ángeles dorados, sufría su agonía inacabable y acongojante.

—¿Y lo trajeron estos ángeles? —pregunté a mi madre con cierta desconfianza.

—No, éstos no. Lo trajeron unos ángeles de carne.

Yo sabía, o lo sospechaba, que mi madre mentía; pero tampoco me podía formar una idea clara de las cosas. Dudaba de que aquél fuese el Cristo de verdad y de que lo hubiesen traído allí unos ángeles; pero no podía imaginar aún que fuese obra de un artista y que todo el dramatismo de aquel Cristo desencajado fuese producto de una imaginación mortal. A ratos me parecía ver fluir la sangre del costado y de las horrendas heridas de las rodillas. También me parecía que su mano traspasada se movía hacia mí como queriendo buscar el calor de una caricia. Y cuando mi madre me aupó sobre el mantel del altar para que besase los sangrientos agujeros de los pies, mi temor se resolvió en escalofríos.

—Y fíjate bien, que es Dios —me dijo.

Luego ella sacó su faltriquera y la vació en una bandeja que había en el suelo. La plata brilló al caer más por su sonido que por su propio resplandor. Aquellas monedas, muy brillantes por algunos lados, tenían zonas negras como si hubieran estado enterradas en un estercolero.

A mí se me ocurrió entonces pensar que alguna relación tenía que haber entre el alquiler que mi madre cobraba y la ofrenda que exigía el Cristo moribundo. También pensé que aquello se tenía que relacionar con la muerte de mi padre, como si con aquellos dineros saldásemos alguna cuenta suya pendiente. No sabría decir ahora por qué con tan repentina y rara claridad establecí esta relación.

El armónium seguía poblando las sombras del templo con temblorosas imágenes de luz. En el coro, junto al chisporroteo de una palmatoria, un rostro joven, con lentes de oro, se balanceaba al compás de los pedales.

Mi madre comenzó a rezar el rosario y yo le contestaba maquinalmente, perdiéndome a cada avemaría. Las flores bordadas en oro sobre la túnica de terciopelo del Cristo, los candelabros de plata, las ánforas de cristal fino con flores

artificiales y las blanquísimas puntillas de los tapetes, todo me distraía.

—Rézale por el padre, anda —me dijo mi madre, y me entró un deseo súbito de hablar con el Señor, de pedirle por el padre, aunque no sabía muy bien lo que debía pedir.

Después subimos al camarín de la Purísima Concepción, patrona de Hécula. Antes de entrar en esta especie de cámara oriental, tuvimos que atravesar la capilla de San Miguel Arcángel, que está vestido de romano con casco de plumas rojas y sable cortante, pisoteando a un morazo horrible que decían que era el demonio.

Aquel San Miguel vino de la fábrica con una espada de madera pintada de purpurina que no asustaba a nadie, pero desde que el Arcipreste de Hécula consiguió del teniente de la Guardia Civil que le pusiera el suyo, las cosas cambiaron. Al mismo tiempo, al diablo le colocaron un gorro frigio con lo cual «derechas» e «izquierdas» quedaron representadas en la imagen guerrera. San Miguel inspiraba, más que terror religioso, ideas de lucha callejera.

Antes de llegar al trono de la Virgen, contemplamos el muestrario de los exvotos heculanos que se amontonaban en una sala húmeda y oscura. Huesos y cabelleras de verdad daban a aquel museo de devoción un aspecto macabro. Senos de cera, muletas de palo y cinc, auténticas trenzas de pelo, ojos de vidrio, dentaduras, grilletes de presidiario, gorros de soldados, arcabuces, uniformes apolillados, bonetes de cura, bragueros, condecoraciones, niños pequeños de escayola que colgaban del techo como frutas maduras..., todo un repertorio polvoriento de la calamidad humana. Sin embargo, esta truculenta colección estaba para mí revestida de ternura, porque un día en que se celebró una misa por la familia, después de la cual habíamos consumido en el refectorio de los frailes varias libras de chocolate, una garrafita de mistela y seis docenas de «libricos», al desfilar por delante de los exvotos, mi madre me enseñó un trajecito de seda deshilachada diciéndome:

—Este trajecito era tuyo.

—¿Mío?

—Sí, tuyo; de una vez que estuviste muy malico y te ibas a morir —y a mi madre se le escapó un suspiro.

Yo tuve, entonces, una ocurrencia que mi tía Ginesa había de repetir ya siempre, viniera o no a cuento.

—¿Y por qué no trajiste aquí la capa del padre y no se habría muerto?

Siempre que pasábamos por allí mi madre me besaba como sobrecogida de terror. Me hacía daño besándome, pero me parecía delicioso.

A los pies de la peana de la Virgen había un cajoncito repleto de retratos. Al meter las manos, muchos se desparramaron por el suelo. Era aquél un mundo pintoresco: soldados, seminaristas, guardias civiles, monjas, arcabuceros, recién casados, frailes, niños. Todos los que, por una causa o por otra se ausentaban del hogar, depositaban allí su retrato para que la Virgen los protegiera. Todo Hécula estaba allí. Muchos de aquellos retratos eran de personas que ya no vivían.

—Aquí están, míralos —me dijo mi madre jubilosa.

Sí, allí estaban Pablo y Emilio, mis dos hermanos, retratados el día antes de irse a Murcia. Pablo, muy tieso, con los pómulos tirantes y las cejas afiladas, denunciando la terquedad y el orgullo que iba a demostrar en su vida. Primero colgó las sotanas contra viento y marea, y luego —lo que fue causa de su muerte— se hizo el fanático luchador de la Falange. Pablo era duro como el pedernal. Para que soltara una chispa de enternecimiento, habría que golpearle muy fuerte. Emilio en cambio, carnoso y blando, con su expresión dulce y su timidez, era el polo opuesto. Nadie diría viéndolos allí, juntos, tan jóvenes, que muy pocos años después, uno detrás del otro y los dos de la misma manera...

Entonces mi madre sacó de su faltriquera mi retrato de «marinerito» que llevaba metido en un sobre azul, y después de besarlo varias veces y pasarlo por los pies de la Virgen, lo dejó en aquel extraño cajón. Sentí al principio un poco de compasión por mí mismo al verme aplastado por aquella muchedumbre de caras desconocidas. Y lo único que se me ocurrió para protegerme un poco contra aquella multitudinaria soledad, fue coger los retratos de Pablo y Emilio y ponerme uno al pecho y el otro a la espalda.

A la salida del santuario, mi madre y el padre Sixto se pusieron a hablar en la explanada, mientras por Hécúla seguía retumbando el tambor del «tío de las puchas». El padre Sixto, al respirar, curvaba un poco las orejas y tenía un temblor raro en la barbilla, cosas que a mí me tenían suspenso mirándole. Decía sin parar que Hécúla estaba al borde de un volcán y que, en cualquier instante, sonaría la explosión devastadora. Llegarían días en que la sangre correría por las calles a torrentes. Hablando de la revolución, al padre Sixto se le encendían los ojillos como se encienden los granos del orujo entre la ceniza.

—No tiene remedio, no lo tiene, Laureana, y los primeros en caer seremos nosotros, los frailes, y la Virgen —decía el padre Sixto dando golpecitos con su sandalia en el suelo.

Besamos los nudos de su cordón franciscano y trepamos por unas escaleras de piedra hasta coronar la cima de un montículo con forma de bombona. Experimentaba yo cierto pánico al pisar aquellas rocas, de donde podía esperarse que la peña se resquebrajara de un momento a otro y comenzara a fluir lava ardiente de los volcanes de que había hablado el padre Sixto. Hasta me parecía ver por algunas hendiduras un vaho de humo y fuego. Los achaparrados pinos se movían furiosamente hacia uno y otro lado. Algunas veces sus copas llegaban hasta el suelo como si fueran plumeros desflecados, rotos por el uso. Por las rinconadas del monte cundía el trémolo aflictivo de los pinos con persistencia de registro de órgano catedralicio.

—¿Por dónde está el mar?

—Por allí.

En vez de mar lo que se divisaba eran unos altozanos grises, opacos, lacios. Avanzamos un poco más.

Sobre una losa brillante estaban las huellas rojizas de los pies y las manos de un hombre. A pie juntillas, creía yo lo que todos decían, que aquellas huellas eran las del Señor antes de subirse a los cielos.

Mi madre se santiguó. Ya estábamos frente al cementerio y lo veíamos desde lo alto.

Era un rectángulo de blanquísima piedra acordonado por rígidos cipreses. Alrededor del cementerio la llanura gris se ondulaba como un mar. Efectivamente, el cementerio de Hécúla parecía un trasatlántico de lujo varado en un arenal. El cementerio era la única fábrica de Hécúla donde no se había interrumpido el trabajo, allí no habían llegado las huelgas. En el centro unos obreros estaban abriendo un gran hoyo sobre el cual volaban los cuervos. También por en medio de las simétricas calles de cipreses iban y venían unos jornaleros en mangas de camisa, con el pico al hombro y canturreando.

Muchas mujeres enlutadas se paraban ante los nichos y se arrodillaban con ferocidad de bestezuelas amansadas. De cuando en cuando, un llanto ahogado brotaba de una de aquellas figuras postradas en tierra.

—Julio, ¿estás rezando por el padre?

—Sí.

—Pues no te distraigas.

Muy cerca del cementerio, sobre un cerrillo pelado, mataban a los burros y a las mulas viejas. Más de una vez pude ver cómo un hombre se acercaba con paso pacífico a la víctima y parecía estar acariciándola el cuello. A los pocos minutos, el animal comenzaba a tambalearse como un borracho callejero, caía meneando las patas y se quedaba con ellas en alto. En seguida le arrancaban la piel, mientras los cuervos planeaban graznando sobre los despojos. La arena, por aquellos sitios, tenía un color rojizo como si aquel montículo fuera un grano a punto de reventar en el pescuezo de Hécúla.

Clavábamos los ojos en nuestros nichos, que los teníamos casi juntos. Se paraban las mujeres frente al de mi padre porque allí, en la parte de abajo, estaba la novia a la que mató su novio a puñaladas, porque la quería demasiado, como decían todos, y en la parte de arriba estaban tres guardias civiles y un teniente asesinados por los socialistas en el asalto al cuartel en la revolución de 1919. En Hécúla cada nicho tiene la fotografía de los muertos enterrados en él. A un lado del de mi padre se veía la foto de una colección de niños que se murieron uno cada mes, y así hasta ocho, y todos iban vestidos con un baberito blanco y alpargatas blancas con cintas negras. Al otro lado teníamos a un cura muy gordo, con el pelo blanco que le caía sobre las orejas, sentado en un sillón y tan desparratado que parecía una mujer. Me imaginaba lo que estarían diciendo unas mujeres que pasaban por allí:

—Mira, don Cosmelico, que le echaron veneno en las vinajeras y murió en la misa de doce —decía una.

—¡Cómo se parece a su hermana Conchica! —contestaría la otra.

¿Y qué dirían de mi padre? Estarían hablando de nosotros, de mí en particular, que era todo él, y de mi madre que ya era mérito que nos sacase adelante sin vender «El Tinajero».

—Era un señor de los que van quedando pocos.

—Y tan pocos, hija.

—Fue, chica, como la galopante...

Y yo, que había escuchado alguna vez esta palabra, me imaginaba a la muerte tapada con un manto negro y montando un caballo blanco que entraba en casa y se llevaba a mi padre en una exhalación, sin darle tiempo ni a respirar siquiera.

A la puerta del depósito, con medio cuerpo dentro y medio fuera, permanecían espiando algunos niños. Estarían viendo a un muerto, a un hombre sin afeitar y con un pañuelo atado a la cabeza como si le dolieran las muelas, que llevaría —y para no tener que andar nada— unos zapatos con la suela sin estrenar. De pronto, los niños se apartaron a toda prisa. Una caja negra, a hombros de cuatro hombres negros, avanzó balanceándose por medio de los cipreses, que también parecían muertos carbonizados y puestos en pie. Detrás marchaban un niño y un hombre viejo; el viejo en mangas de camisa con una escalerilla debajo del brazo, el niño con boina, arrastrando una carretilla que daba dentera. Al poco rato comenzó a retumbar, monótono, un pico sobre una pared hueca y se escucharon algunos gritos sueltos hasta que rodaron los ladrillos, y por el campo voló el llanto como un pájaro loco. A lo último, aquel llorar frenético podía confundirse con el rumor de una cacería o la algarada de unos romeros. Pero a poco volvió todo al silencio, un silencio tan espeso como la saliva en una noche de anginas.

Como hormigas que han perdido la carga, volvían los heculanos hacia el pueblo, que sonaba en aquellas horas a armario vacío o a caja de música estropeada. Los carros hundían sus ruedas en los baches pedregosos, y el traqueteo, repetido aquí y allá, semejaba también los golpes de un pico gigantesco que taladrase el inmenso nicho de la ciudad.

Sonaron unas campanadas profundas y brilló la legaña de las bombillas eléctricas en los párpados de Hécuba. Unas bombillas empañadas y mortecinas que parecían lágrimas.

—Cuando vuelva, lo primero que haremos será visitar el cementerio. Se nos hizo tarde —y mi madre me subió el cuello del gabán hasta taparme la boca.

—¿Y por qué te vas ahora a Murcia?

—Porque me llaman Pablo y Emilio.

—¿Y por qué te llaman?

—Porque sí, Julico, porque me necesitan.

—Yo quiero irme contigo.

—Tú, ¿sabes, Julico?, tienes que hacerte un hombre y tienes que estudiar. Cuando te hagas un hombrecito te irás con ellos; mientras tanto a ver si te portas bien, comes mucho y no te meas en la cama.

Esta advertencia me anonadó. Era verdad, alguna noche, sin saber cómo ni por qué, me meaba en la cama, aunque me dormía pensando en que no lo haría. ¿Cómo se las arreglaban los demás niños? Para mí era tan inevitable aquello de soñar que estaba meando en la esquina de San Pancracio o en el tronco de un árbol... Si hacía unas eses tan perfectas con mi chorrillo, era porque estaba en la calle y no durmiendo. Bastante lo sentía yo al despertarme calado y tiritando.

—¿Y Rosica? —me atreví a preguntar.

—Se viene conmigo. Ahora habrá llevado tu baúl al colegio y nos espera allí al toque del Angelus.

El viento nos empujaba hacia el pueblo y casi bajábamos a la carrera. Surgían luces dispersas de hogueras y faroles por la llanura heculana, los yesares vomitaban llamas. En el Surquillo brillaba una charca plateada sobre la cual las nubes rojas del crepúsculo parecían algodones mojados en sangre.

El atardecer en Hécula siempre era dramático. La campiña tenía algo de losa de mármol. Centelleaban las ramblizas como rosetones de fiebre en unos pómulos empalidecidos. La huerta que rodea el pueblo tenía al caer el sol esa avidez sedienta de los labios febriles y moribundos. Los ahorcados de Hécula, quizás por esto, todos se colgaban al atardecer.

Y es que Hécula, en esta hora, tiene un color y un silencio desquiciadores. Los rebaños de cabras atravesando el llano, parecían gusanos royendo una fruta madura, y los ejes de los carros, hundiéndose en los altibajos de los caminos, retumbaban como golpes secos dentro de un cráneo inmenso.

Hécula, al amanecer, puede despertar una sonrisa y alegrar el corazón, pero en su crepúsculo necesariamente tiene que inspirar pavor y angustia, extraño desasosiego del que los vecinos sólo se liberan trasegando los vinos fuertes de la comarca.

Mentiría si dijera que el anuncio del internado me acongojó. En muchos días festivos había visto yo a los internos del Calasancio en la capilla del colegio, con aire de seres omnipotentes y más bien contentos. Aquello, desde luego, era preferible a quedarme en casa de tía Ginesa de donde solamente pateando pude librarme de ir. La casa de mi tía Ginesa despedía un olor extraño y las comidas, fueran las que fueran, sabían siempre a algo que a mí me parecía leche agria. Allí tendría que dormir en la rinconada que formaba la chimenea en una cámara amplísima cruzada de sogas. De las enormes vigas del techo colgaban racimos de uvas, melones y ristras de cebollas, longanizas y bacalaos o caballas secas. Entre el pringue del embutido y la pelusa de las cebollas volaban, a veces, los murciélagos y las golondrinas. En aquella cámara tendía tía Ginesa su ropa recién lavada, cuyo blancor hacía resaltar más aún, a oscuras, la tortura de un cuadro del Purgatorio, que presidió, quizá, la agonía de muchos antepasados. Asomaban las benditas ánimas un palmo de lengua fuera cada una y a mí con solo verlas ya me entraban ganas de vomitar. Lo más insufrible de este

castigo de las llamas era que tía Ginesa, alta, huesuda, paliducha, se empeñaba en hacerme creer que lo más seguro era que mi padre estuviera participando también, día y noche, sin saber hasta cuándo, de aquella terrible sed:

—Sí, Julico, sí. Enrique debe de estar igual que ellas... igual...

Enrique era mi padre. El único recuerdo suyo que me había quedado era el de un gorrión que me llevó a la cama un día y que yo asfixié metiéndolo debajo de la cabecera.

Descendíamos a la carrera. De algunas de las casas cavadas en la roca salían resplandores mortecinos. No tenían luz eléctrica. Algunos chiquillos, al vernos, suspendieron por un momento sus juegos y nos gritaban:

—Beatos, señoritos, carcas. ¡Abajo Dios!

A mi madre todos estos insultos y amenazas le producían una rigidez mayestática que la hacía como de mármol. Aunque por lo bajo salmodiaba: «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío», no cesaba por eso de repetir bien alto: «Cafres, cafres». Ella no sabía a qué estaban jugando y el porqué de estar todos en cuclillas formando corrillo. Algunas piedras que nos tiraron aquella tarde rebotaron cerca.

El viento soplaba como un fuelle inmenso. Al llegar a la plaza, el reloj del municipio tiró sus campanadas de prisa y corriendo. Cada una cayó en una parte distinta del pueblo. La calle San Francisco tenía aquel día una fisonomía extraña: demasiadas blusas, demasiadas alpargatas, demasiadas gorras. Imponía. Mi madre marchaba por entre los hombres muy decidida. Pronto nos enteramos de lo que ocurría. En la «Casa del Pueblo» estaban celebrando un mitin y la gente ya no cabía dentro.

—Necesitamos ya la iglesia Nueva —decían los hombres.

Estaba hablando dentro una mujer. Por lo que decían, había llegado de Madrid y hablaba contra los curas y las madres que tenían hijos. Esto es lo que yo entendí.

El padre Cristóbal y don Lázaro salían de la Purísima. Sus manteos se hinchaban por el viento, y a mí me parecían elefantes a punto de ascender por los aires. Frente a la iglesia, las bacías colgantes de una barbería, chocando unas con otras, producían la impresión de las esquilas de un rebaño que caminara huido ante los aullidos de los lobos.

Los dos curas conversaban mirando en plan de desafío hacia la «Casa del Pueblo» y hasta se paseaban con desenfado por entre los grupos de albañiles y aparceros. Se puede decir que todo Hécúla los contemplaba en aquel momento. Don Cristóbal llevaba una mano en el bolsillo y don Lázaro manejaba el bastón como un coronel de regulares. No era la primera vez que conseguían achantar a toda aquella gente.

Don Lázaro tenía fama de valentón y los hechos estaban de su parte. No era una papeleta fácil ser en Hécúla director de un semanario que se titulaba «La Defensa». Este periódico se repartía después de la Sabatina, pero tenía un suplemento, «El que te muerdo», en el que republicanos y socialistas eran caricaturizados con ingenio mordaz y agresivo. Si don Lázaro manejaba bien el bastón por allá le andaba en la

esgrima de la pluma. Ya su cara imponía, porque sus cejas, muy negras y copiosas, parecían dos parapetos montados de fusiles. Lo característico de don Lázaro era un silbido nervioso que alguna vez se le escapaba aun dentro del canon de la misa. Fumaba puros baratos, uno detrás de otro, desde que decía la misa, y a veces antes, hasta que se acostaba y a veces también después de acostado. Decían que su bastón llevaba escondido un estoque dentro. En Hécúla ya se sabía que en un rapto de enojo el taco de don Lázaro no tendría nada que envidiar al del teniente de la Guardia Civil. En los entierros, caminaba entre el clero como avergonzado y nunca nadie le había visto tomar agua bendita.

Del padre Cristóbal se pasaban hablando las muchachas de Hécúla las veinticuatro horas del día. Yo creo que hasta soñaban con él. Era un tipo elegante, con unas ondas en el pelo que quitaban el hipo y una fila de dientes que daba gloria. Hasta una cicatriz que tenía en medio de la barbilla era motivo de seducción y alabanzas. Decían que llevaba pistola y que los socialistas, ni uno a uno, ni muchos a muchos, se atreverían con él.

Si bien los socialistas de Hécúla hubieran estado dispuestos a transigir en un momento determinado con el cura Lázaro, del padre Cristóbal en cambio no querían ni oír hablar. Los «tarsicios» y los muchachos de Acción Católica ya habían tenido varias veces que borrar de las paredes unos brochazos de humo de imprenta que decían: «¡Muera el padre Cristóbal!».

—Esto se pone feo —dijo mi madre.

—No te preocupes, Laureana, dentro de media hora harán la digestión del mitin —contestó don Lázaro.

El padre Cristóbal rió fuerte y miraba a los obreros en actitud despectiva. A la iglesia entraba en aquel momento don Carmelico, seguido de una docena de mujeres. Aquella noche comenzaba don Carmelico, el cura pequeño, de pelo blanco y pasitos cortos, un trinario a la Virgen de las Tres Avemarías. Era un triduo para pedir «la salvación de España».

El cura Lázaro le dio unas instrucciones y unas señas a mi madre para que visitara a unas personas influyentes en Murcia. Cuanto antes había que lograr que a don Simón le quitaran el cargo de maestro. Obligaba a los niños al entrar en la escuela a que dijeran: «Dios no existe».

Yo recuerdo que, aunque era muy pequeño, presenciaba aquella conversación sin pizca de miedo. Al poco rato salieron unos hombres con garrotes y comenzaron a repartir «El que te muerdo». Mi madre y yo nos alejamos y en la confitería de Doloricas me comí dos sequillos. Después salimos a la calle.

—Y ahora, Julico, ya verás qué sorpresa.

—¿El qué?

En el «Bazar Heculano» me compró una caja de lápices de colores que venía lloriqueando desde Reyes. Me sentí feliz con aquella docena de lápices bajo el brazo. Y para mayor felicidad me compró también una navajita para sacarles punta.

Por la calle de San José cruzaron cuatro guardias civiles montados a caballo con las capas extendidas; nada marchaba bien en Hércula. Nosotros habíamos tenido que vender, por fin, un olivar en la carretera de Pinilla. Desde la muerte de mi padre todo andaba de cabeza, hasta el pueblo. La fábrica de muebles la iban a cerrar. El gobernador había ordenado que recogieran todos los arcabuces del término municipal y los había hecho tirar al mar en Cartagena.

En los Escolapios nos esperaba Rosita. El tonto «Lechuzo» había llevado mi baúl. Al cabo de un rato salieron dos padres que formaban una pareja bien extraña. El padre rector era gordo, de carnes relucientes y tenía unos pelos muy gruesos, largos y brillantes, en los oídos, en las narices e incluso le salían por debajo del alzacuello. A pesar de que era casi invierno, sudaba. Tiraba su olor a sudado y yo desde el primer instante me dije: «Así tienen que ser las ballenas». Llevaba el poco pelo que tenía en la cabeza muy peinado sobre una inmensa calva y las puntas de las greñas se le retorcían rizadas; una de ellas le caía por la frente en forma de caracol.

El padre Sergio era lo contrario; a mí me pareció que se iba a quebrar de un momento a otro, tan frágil y altísimo era. Sus carnes eran muy blancas y uno podía figurarse que así sería, poco más o menos, la caña de azúcar. Le sobraban la mitad de los brazos, que eran tan largos que se veía bien que no sabía qué hacer con ellos. La verdad, el padre Sergio me dio lástima y el padre rector, miedo.

Pero no lloré. Al ir a abrazar a mi hermana, ella, en vez de besarme, me dio un mordisco en la mejilla. Mi hermana Rosita era guapa ya de por sí, pero vestida de luto, aún yo mismo, siendo niño, tenía que reconocer que estaba muy bonita. Lo notaba también viendo cómo la miraban aquella tarde los alumnos de los cursos superiores que pasaban por la portería.

El padre rector despidió a mi madre con su voz gruesa y me dejó al cuidado del padre Sergio, que me puso en seguida sus larguísimas manos encima del hombro.

Los pisos del colegio eran de madera y nuestros pasos retumbaban bajo el hueco del entarimado de un modo que unas veces me parecía triste y otras, cómico.

Mi camarilla era la última de un estrecho pasillo y tenía encima una chapa con el número 80. Cada celda tenía en la puerta una cortina muy corta y estaban cubiertas por una tela metálica, como si fueran gallineros. La primera noche todos los vecinos se dedicaron a tirar sobre la red metálica que cubría mi cama trozos de pan, higos y hasta alpargatas. Creo que hacían esto con todos los nuevos. Las camarillas formaban todas parte de un gran salón, presidido por un San Tarsicio con dos farolitos a los lados.

El padre Sergio iba sacando todas las cosas de mi baúl y me explicaba dónde tenía que ponerlas y el modo de usarlas. Pero, de cuando en cuando, suspendía la operación y volvía a posar sus temblorosas manos en mi espalda o en el hombro. De buena gana me hubiera zafado, pero no era posible. De veras que la cercanía del padre Sergio me aturdí, porque tenía algo de pegajoso y su respiración o sus sotas olían a algo como si fuera regaliz muy chupado.

—¿Se acordará de que es el 80?

—Sí, sí, me acordaré.

El padre Sergio nunca me miraba de frente, sino que cuando hablaba cerraba los ojos y torcía la boca grotescamente. A su lado yo sentía un sonrojo especial y me costaba trabajo tragar saliva.

De pronto, le vi inclinarse hacia el suelo. Creí que había perdido algo y me puse a buscar lo que fuera, pero él, sin darme tiempo, se arrodilló en tierra y me besó los pies. Me dejó lo que se dice helado y no sabía si llorar o ponerme a besar los suyos. Pero él en seguida me puso otra vez sus manos sobre el hombro y me llevó hacia las escaleras.

—Como diga algo de esto... —murmuró.

Su voz temblaba. El padre Sergio caminaba muy tieso, como tirado por un resorte, torciendo de un modo absurdo los labios y moviendo las manos como un prestidigitador desentrenado. De trecho en trecho, se paraba, me miraba ahora a los ojos, hacía como que se sacudía un abejorro del pescuezo y proseguía adelante con los ojos entornados.

—¿Sabe dónde vamos?

—No —dije temeroso.

Descendimos por unas escaleras de caracol. En cierto modo, yo le seguía hasta contento, porque el padre Sergio era, hasta entonces, la única persona que me había tratado de «usted», lo cual debe de tener mucha importancia en la vida de un niño. En un estrecho pasillo nos encontramos con una fila de escolares que avanzaban uno detrás de otro poniéndose zancadillas o sacándole burlas al padre que iba delante. Descendimos después por otras escaleras de caracol hasta llegar a un cuartito todo encalado de blanco en donde, además del «R. I. P.» y versos de sepultura pintados en las paredes, había una gran urna de cristal cubierta con viejas cortinas moradas. El padre Sergio tiró de un cordelito y quedó al descubierto la momia de un escolapio que parecía como hecha de mermelada seca de manzana.

—Fíjese, fíjese. ¿No lo ve? Pues veinte años hace que se murió y todavía está sin corromperse. ¿Sabe por qué?

—No.

Se detuvo en lo que iba a decir, haciendo un guiño raro. Por último, exclamó echando a andar:

—Ya lo sabrá más adelante...

Yo no podía decir sí estaba corrompido o no. Lo único que podía ver bien era la sotana, el fajín, los zapatos, los calcetines negros, todo ello muy arrugado y cubierto de un polvillo como el que las mariposas nos dejan en los dedos al cogerlas. Las manos eran unos pellejos que parecían hechos de masa de pan y el pelo lo tenía como el de los gatos cuando salen quemados de la lumbre.

Aquella momia no me produjo ninguna sensación de muerte, aunque claro que el hecho de que llevara veinte años allí, sin pudrirse, bien decía que la muerte había

pasado por encima. Yo pensé entonces en mi padre y no tuve más remedio que decirme que mi padre, seguramente, estaba dentro de su nicho, mucho más muerto que aquel muerto.

Cuando ya estábamos en el claustro, que daba a un patio con árboles, vi que el padre Sergio tenía empañados los cristales de las gafas como si se hubiera asomado a una caldera de vapor. En vez de seguir hacia adelante, se paró muy pensativo y rápidamente me hizo volver hacia atrás. De nuevo me llevó ante la urna del escolapio incorrupto y exclamó:

—¿Se ha dado bien cuenta del milagro?

Dije que sí, que me hacía cargo del milagro y, entonces, el padre Sergio exclamó, haciendo muchos guiños:

—Pues ya ve, por ser *puro*.

Debía de estar yo más blanco que la cal de la pared. Al padre Sergio, en cambio, se le tiñó la frente de manchas rojas como si le fueran a salir sabañones. Por fin, aunque se veía que le costaba, salimos.

Aunque el edificio de los Escolapios era moderno, con árboles muy recortados en el jardín y senderos simétricos alrededor de una balsa con peces, la verdad es que todo estaba descascarillado y decrepito. Yo sólo conocía hasta entonces la fachada con un reloj de sol y otro de dos campanas que subían y bajaban al dar la hora. De este reloj se fiaba el clero, pero no los albañiles.

La iglesia era húmeda y oscura. De nuevo me tenía el padre Sergio cogido y no sólo sus manos le temblaban, sino que hasta creo que le castañeteaban los dientes. Me hizo arrodillarme a su lado en una capilla lateral y sin que yo me diera cuenta se dejó caer bruscamente sobre el suelo, cuyo pavimento estaba todo formado por enormes losas con los «R. I. P.» y puestas unas al derecho y otras al revés, como imitando un rompecabezas. Casi daba risa verlo allí con la cara pegada al pavimento y con los brazos extendidos, como un vencejo que no pudiera coger vuelo. Su cuerpo tiritaba de un modo extraño. De repente, se volvió hacia mí y, dulcificándose, me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Julito.

—Pues ponte así, como yo, Julito —y se aplastó rígidamente contra el suelo. Yo estaba a punto de chillar. ¿Por qué de golpe había decidido no tratarme de usted?

El padre Sergio empezó a dar golpecitos pausados con los nudillos en las losas, todo lo cual sonaba más bien a macabro. Luego dejaba pasar algunos segundos de silencio y otra vez volvía a dar con sus largos dedos en las losas de mármol. Al poco tiempo, temblequeante, como si le dolieran las muelas, comenzó a decir:

—Señor, Señor, Señor, aquí está Julito, Julito, Julito... —y ponía las orejas pegadas al suelo esperando respuesta.

Creo que mi respiración podía escucharse a un kilómetro de distancia.

Pero aún no había terminado aquel contacto con la Divinidad, porque el padre Sergio se empeñó entonces en que fuera yo quien diera con los nudillos en el suelo,

que sonaba a hueco. Y me hizo repetir no sé cuántas veces:

—Señor, soy yo, Julito, soy yo, Julito...

Aunque estaba muy asustado, al escuchar mi voz estuve a punto de esclafar de risa. Pero ya él me tenía otra vez sujeto y con las orejas pegadas a la tierra.

Como todo aquello era para mí tan gran compromiso y estaba tan aturdido, dejaba dócilmente hacer al padre Sergio. Por dentro bien deseaba yo, hasta con fatiga, que las llamadas sobre el pavimento tuvieran pronto alguna señal de respuesta. Mientras tanto, la mano del padre Sergio me acariciaba blanda y nerviosamente la cabeza y un sueño inesperado se iba apoderando de mí.

—Vamos, Julito, mañana volveremos otra vez —dijo el padre después de besar el suelo tres veces.

Al tomar agua bendita en la pila, se quitó las gafas y me miró profundamente, con unos ojos muy bondadosos, pero algo extraviados. Y de sopetón me preguntó:

—¿Has notado cómo el Señor te respondía?

Cada vez me desconcertaba más, porque al ver que no le contestaba, quiso acercarse su cara a la mía y entonces salí corriendo por los claustros, creo que llorando o poco menos. El padre Sergio, desde la puerta de la iglesia, con una voz muy suave, me llamaba:

—Julito, no seas malo, vuelve, vuelve... —y viendo que no volvía, giró en redondo y se metió de nuevo en la iglesia, con el cuello muy torcido.

En el comedor me pusieron al lado de Fermín, que era de Turena y algo tartamudo. Cuando el padre Cobos no miraba hacia nuestro banco, sacaba del bolsillo una paja de las de la horchata y sorbía la sopa. Los fideos se movían en el plato como angulas vivas.

Me acosté muy atribulado y no sabía si atarme un hilo para no mearme en la cama. Fermín, el tartamudo, que era también mi vecino de camarilla, me preguntó cuando apagaron la luz:

—¿Qué... qué..., Jujujulito, hablaste yaaa con Diiios? —Y todos se reían bajo las sábanas. Al rato, Fermín dio una palmada y ordenó:

—Que... que... que Raaafa haaaga la despepedida.

Y Rafa se tiró un pedo enorme. Aquella noche no me meé en la cama. Pero nos despertamos a media noche asustados. Había sonado una explosión tremenda. Los socialistas habían puesto su primera bomba en el Sindicato Católico.

El padre Sergio huía de mí, pero allí donde me encontraba, sus tristísimos ojos se me posaban encima como las moscas sobre la miel. Cada vez lo veía torcer más el cuello y los brazos se le quedaban parados a veces como las aspas desbaratadas de un molino. Daba la impresión de que cualquier vientecillo podía troncharlo.

Un día que era fiesta y no estaban los externos me buscó en el gimnasio y me llevó al huerto. Daba gusto verlo coger nueces y cascarlas en dos piedras. También

me hizo montar en el burro y corrí por los bancales como un héroe de la antigüedad. La cadena del burro arrastrándose por el suelo producía un ruido como de cascabeles. Luego, cuando nos detuvimos al pie de la tapia y miramos hacia el arrebol del atardecer, el padre Sergio me cogió la mano y me hizo que le señalase «El Tinajero», que era una finca que mi madre había heredado de su tío Perico y que todos decían que era lo más sano de Hécuba. Bien se distinguían los pinos, la torre, las filas de olivos, los olmos que rodeaban la balsa.

—¿Me esconderás allí, Julito, si los socialistas vienen a matarnos? —dijo con una voz muy velada.

Le prometí que sí, que allí lo escondería entre el pajar y la bodega, que había un cuartito pequeño donde nacían siempre los gatos pequeños.

Aquella tarde, acaso por agradecimiento, tuvo conmigo el padre Sergio una prueba señaladísima de confianza, y de golpe, hablando por lo bajo consigo mismo, me llevó a una parte del edificio que era un misterio para los colegiales. Comenzando por las escaleras, todo estaba cubierto por telarañas, y las escaleras, aun subiéndolas, más bien parecía que condujeran hacia debajo de la tierra. Daba la impresión de que bajábamos en vez de subir.

Su desbaratada mano puesta sobre mi hombro, me hacía más daño que la peana del San Tarsicio que habíamos llevado entre cuatro niños el día del Corpus.

Aquellas escaleras, aún en el recuerdo, siguen siendo para mí de pesadilla. De cuando en cuando había una puerta que daba a pasillos muy largos y muy altos, totalmente en tinieblas. Por fin, el padre Sergio abrió una puerta y me encontré con un museo extraño y polvoriento, lleno de piedras de todos los tamaños, mariposas de todos los colores, carteles con plantas, esqueletos pegados por las paredes y mesas y vitrinas donde, cubiertos bajo unos paños, estaban los aparatos más estrambóticos y raros. Todo aquello era estupendo para mí y si bien la mayoría de las cosas me asustaban, gocé mucho tocando y mirando las ruedecitas y las lentes de los microscopios que el padre me explicaba. Estaba yo allí más contento que tía Ginesa cuando la invitaban a hacer los rezos en casa de un muerto.

El padre Sergio me observaba de continuo, pero yo tampoco le quitaba la vista de encima. Ya me sabía de memoria que cuando decía algo de risa, las gafas le bailaban en el puente de la nariz y que cuando se ponía serio apretaba las mandíbulas hasta transparentar una especie de ruedecilla de huesos giratorios.

Lo peor del todo fue que, cuando más tranquilo me encontraba, el padre dejó caer la cabeza sobre el pecho como si al cuello se le hubiera roto algún muelle, y escupiendo una salivita fina, que parecía gaseosa, comenzó a decir fuera de sí:

—¡No!, ¡no!, ¡Julito, no mires! —y me tapó los ojos con sus blanquísimas manos.

Se puso como si hubiese visto una hiena. Hasta los pelos cortos se le pusieron de punta. Me cogió de la mano y me sacó de allí a la carrera.

No había modo de entender al padre Sergio. Reaccionaba siempre del modo más inesperado. Ya me tenía otra vez bajando aquellas escaleras horribles a toda prisa,

mientras hablaba solo cosas que yo no llegaba a entender.

Por aquellos días me nombraron «tiple» y cantaba motetes y solos en la capilla del colegio. Las mujeres de Hécula, sobre todo las muchachas, volvían la cabeza hacia el coro y decían:

—Es el pequeño de Laureana.

El colegio de los Escolapios verdaderamente era un descanso para las familias burguesas de Hécula y del contorno. Teníamos media docena de pararrayos, una máquina de cine mudo y las comidas eran caseras.

El recuerdo más penoso que yo tengo del colegio es el de aquel interminable cuarto de hora de lectura espiritual que teníamos después de cenar en el que se puede decir que nos iban enseñando a odiar progresivamente a los autores ascetas, incluido el dulce San Francisco de Sales. Yo me dormía todas las noches y el padre Suárez, un asturiano de gafas oscuras y muy mal genio, tenía avisado que en el momento que me vieran cabecear lo más mínimo, mi compañero de banco debía proporcionarme un pellizco a fondo. Yo creo que se peleaban por ponerse a mi lado y que éste era el secreto por el que los demás no se durmieran. Hasta creo que debieron de llegar a establecer un turno para sentarse junto a mí. Sólo Camilo, el de Alcoy, me perdonaba, pero esto tampoco era ningún descanso, porque al notar que por la derecha o por la izquierda no se cumplía el castigo, el de enfrente o el de detrás reduplicaba los pellizcos. Ni qué decir tiene que mis brazos, al cabo de un mes, parecían mojama.

A los pocos días, el padre Sergio me hizo volver al arrinconado museo y nada más entrar, cogió un frasco grande y amarillento, una de esas botellonas antiguas que hay en las farmacias, y comenzó a darle vueltas delante de mis ojos. Creí al principio que se trataba de una enorme lagartija puesta en conserva. Pero viéndole más de cerca, supuse que sería un pescado blancuzco al que se hubieran tragado un tiburón o una ballena y que luego lo hubiera vomitado, deforme y pringoso.

—¿Sabes qué es esto, Julito?

—¿Qué es?

—¿De verdad no sabes lo que es? —y el padre Sergio se contrajo y se puso muy pálido. Se veía que quería y no quería decirme lo que era. Daba lástima verlo moverse como un pájaro pillado en un cepo. Sacó un rosarito con cuentas verdes que llevaba colgado al cuello y empezó a pasarlas nerviosamente.

—No sé lo que es. ¿Qué es? —insistía yo.

—Julito, no te lo digo —y parecía que se le iban a reventar las sienes, mientras seguía pasando nerviosamente las cuentas del rosario.

Flotaba dentro de la botella el panzudo renacuajo. Parecía un pepinillo blanco, puesto en vinagre. El padre Sergio, viendo que aquello me intrigaba demasiado, tomó el frasco y haciendo guiños con la boca y con los ojos, lo escondió debajo de una mesa.

A partir de este día estuvo más de una semana sin hablarme y cuando me veía en las filas, hacía como que se venía derecho a mí y, luego, instantáneamente, daba un viraje en redondo y se largaba hacia otra parte. A veces lo veía también solo, parado, haciendo con la cabeza unos movimientos mecánicos como los de esas jirafas y camellos que tienen el cuello de alambre flexible.

Entonces fue cuando yo me aprendí el camino de aquel estrambótico museo, y tan pronto lograba escabullirme del patio, ya estaba subiendo las escaleras y metiéndome por el estrecho y oscuro pasillo. Al principio me contentaba con mirar por el ojo de la cerradura, después entré dentro y me dediqué a mezclar ácidos en los tubos; esto me encantaba y creo que llegué a ser un verdadero técnico; por lo menos creo que pocos sabios habrán conseguido con unos polvos y unos líquidos tal calidad y variedad de colores, humos, olores y ruidos. A veces el tubo se rompía por la mitad en una súbita explosión o saltaba el líquido hasta el techo convertido en espuma. Mis experimentos eran todos imprevistos y fantásticos y, naturalmente, nunca se repitieron mis resultados. Alguna vez también salí rezando a la carrera y muerto de miedo. Es incomprensible cómo después de unas experimentaciones tan originales haya prosperado yo luego tan poco en el mundo de la ciencia. Pero así es la vida.

Sin embargo, no eran los morterillos ni los embudos lo que me arrastraba hacia el laboratorio. Lo que más me inquietaba era aquel extraño frasco del que había hecho tanto misterio el padre Sergio. Subido en una tarima, me pasaba mis buenos ratos contemplando aquel raro y repugnante bicho. Después de mucho cavilar, establecí una rara relación entre el fraile que no se corrompía dentro de la urna de cristal y aquella especie de morcilla blanca que oscilaba con gravedad dentro de un líquido sucio que parecía agua del mar.

Bien examinado, aquello no era un niño como otro cualquiera, pero era a lo que más se parecía; tenía pinta de no haberse movido nunca y, desde luego, era imposible que anduviese. ¿Cómo estaba allí sin haber muerto y hasta sin haber vivido? ¿Qué era aquello?

Y ocurrió lo que no tenía más remedio que ocurrir: que estando yo con el misterioso frasco entre las manos, medio subido en una mesa altísima, sonó el pestillo de la puerta y vi asomar, medio torcido, como siempre, el cuello del padre Sergio. Ver su cara, que se amorataba por instantes, me produjo tal terror, que sin saber lo que me ocurría perdí las fuerzas y dejé caer la tremenda botella en el suelo. Un olor fuerte que hacía picar la nariz se extendió por la habitación y aquella cosa horrenda se movía por el suelo como los peces que sacábamos fuera de la balsa y que cuando los echábamos de nuevo al agua ya no era posible volverlos en sí. La cara del padre decía muy bien que mi crimen era atroz. Me cogió las muñecas hasta hacerme un daño terrible y, cada vez más colorado, quería decir algo y lo único que hacía era estornudar. Creí que le iba a dar un ataque como los que le daban a la tía Ginesa. De pronto, se agachó y con sus propias manos cogió aquella *cosa* y la puso en una palangana azulada. Entonces, yo, sin comprender nada, comencé a llorar.

Pero él me sujetaba, me tenía absolutamente inmovilizado y me miraba fijo a los ojos como queriendo descubrir lo que yo pensaba. Sin darme tiempo ni a respirar, me condujo a la capilla de los padres, que era muy estrecha y muy pequeña y estaba pintada como las decoraciones de los teatros, fingiendo columnas y templetas, y allí se puso a dar, sin arrodillarse siquiera, con los nudillos en el suelo. Pero esta vez no lo hacía respetuoso y humilde, sino que daba los golpes de un modo desacompañado, como enfurecido, mientras con voz ronca repetía:

—¡Señor, aquí está Julico! ¡Julico ha pecado, Señor!

La verdad, yo no pensaba que Dios me tomase en cuenta la travesura, pero tanto insistió que no tuve más remedio que pensar que mi gran pecado era haber identificado lo de la botella, o lo que era peor, haber pensado qué era o podía ser.

El caso es que el padre Sergio se atosigaba. Y viéndome a mí como insensible, se levantó de improviso y se dirigió a la sacristía hablando solo:

—Señor, Señor, Señor, este Julico...

Vino con un cíngulo rojo en la mano, cuyas borlas acariciaba nerviosamente. Se quitó el alzacuello y enrolló el cuello de la sotana hacia dentro, dejando al descubierto un cuello largo, muy blanco, con algunos pelos negros, increíblemente largos. Inmediatamente después se puso de rodillas y comenzó a darse cordelazos en la espalda sin orden ni concierto. Contaba los golpes y llegó hasta el número treinta y tres. A lo último ya estaba muy fatigado y los trallazos daban en el suelo o en la tabla del altar.

—Señor, soy yo el que ha hecho pecar a Julico —repetía.

Yo me preguntaba horrorizado a qué venía todo aquello y por qué tenía que estar yo presenciando aquello mientras los demás colegiales corrían por el patio detrás de una pelota hecha de trapos o de periódicos. Al final de aquella bárbara azotaina, cuando vi que el padre Sergio se quedaba semidormido sobre las losas de mármol, me escabullí y me fui derecho a mi celda. Me tumbé en la cama y vomité.

Cuando abrí los ojos era de noche y tenía delante las greñas del padre rector. Lo primero que sentí fue el contacto frío de los labios de mi tía Ginesa. Seguramente habían transcurrido muchas horas y yo deliraba. Quise incorporarme y noté un dolor extraño en la ingle. Empecé a tocarme allí donde me dolía y noté un bultito, ni duro ni blando, como una castaña a medio asar. Llegó también el médico, con su barbita blanca y un bastón con una bola de plata en la empuñadura. Me tomó el pulso y me levantó los párpados.

—Anda, destágate, Julito —decía mi tía Ginesa con voz lastimosa.

—¡No quiero, no quiero! —gritaba yo.

Sobre todo, no quería que me vieran el padre Sergio y tía Ginesa. Mi tía además no cesaba de repetir algo que había de escuchar muchas veces más y siempre con su voz de sibila:

—Este niño les dará un disgusto, un disgusto gordo. Es lo mismo que Enrique, lo mismo... No dirán que no lo digo: por aquí empieza a torcerse el carro.

Yo creo que la odié. Lloré desconsolada y frenéticamente y pedí a gritos que volviera en seguida mi madre, y sólo cuando el padre Sergio y tía Ginesa se apartaron un poco, permití que el médico me viera. Don Ricardo, el médico, palpó con mucho mimo aquella pelotita cuya vergonzosa existencia no comprendía yo de ningún modo. Mi imaginación relacionaba todo aquello con el ser confuso de la botella y mi pecado contra el padre Sergio sobre todo. Luego, las insistentes frases de tía Ginesa aludiendo a que yo seguía el camino de mi padre, recién muerto, llegaban a obsesionarme. A los pocos días se presentaron mi madre y mi hermana muy alarmadas, y lo primero que les dije fue:

—Dice tía Ginesa que voy a acabar igual que el padre.

—¿Eso ha dicho? —preguntó mi hermana.

—Sí, eso ha dicho.

—A esa tía lagarta le arrancaré yo la lengua —replicó Rosita.

—No hagas caso, Julito —dijo indignada, pero muy tranquila, mi madre—, tía Ginesa está loca. Ya le cantaré yo a ella las cuarenta.

—¡Asustar al chiquillo, la muy estafermo! —remachó mi hermana.

Estas frases de mi madre y de mi hermana me tranquilizaron.

Me llevaron a casa. El médico me recetó «Hipofosfitos Salud». Pusieron mi cama en la planta baja, frente a un balcón con visillos que me dejaban ver la plaza de San Pancracio. Por las tardes venían a casa el padre Cristóbal y don Lázaro y discutían atrozmente sobre los procedimientos que había que emplear para hacer frente a los socialistas. Asistía a estas reuniones también un teniente retirado de la Guardia Civil, hombre de mejillas rojizas y barbas blancas que no podía hablar sin pasearse. Mi tío Cayetano tenía una frase que era como el resumen de toda política. Decía:

—Aquí, en España, hacen falta muchos padres Pros. El padre Pro sí que ha sido un mártir, sí que ha sabido luchar...

—Aquí, Cayetano, lo que hacen falta son buenas estacas —le replicaba don Lázaro.

—Y vergajos —asentía el teniente retirado.

Al padre Cristóbal parecía que le tenía sin cuidado todo lo de la revolución. Lo único que recuerdo es su cicatriz en la mejilla, sus calcetines de seda y sus zapatos flexibles y una especie de varita de junco que llevaba siempre en la mano y con la que alternaba los golpecitos a su sotana y a las piernas desnudas de los colegiales, con lo cual nos hacía andar a brinquitos como los saltamontes.

Desde la cama leía yo todo lo que me ponían delante: «La Defensa», «El que te muerdo», Hugo Wast, el padre Coloma y «El Debate».

Venía todas las tardes a jugar conmigo el hijo del teniente, Jesús, que era muy alto y muy fino, pero con una voz increíblemente gruesa y lenta. Mientras hablaba de la revolución —y siempre hablaba de ello— se frotaba las manos.

Todos decían que se iba a repetir la revolución de 1919, pero mucho peor. Los heculanos ya empezaban a mirar de un modo raro y con sus blusas negras y

parduzcas, hinchadas por el viento, permanecían parados en las esquinas, moviendo las cabezas de un modo sospechoso. De cuando en cuando miraban al cielo como esperando una nube preñada de algo más que de agua. Pero el agua no llegaba. Llegaban, en cambio, centenares de octavillas de todos los colores y tamaños. Ellos las leían muy despacio y se las guardaban con mucha calma en los bolsillos del chaleco. Algunas eran del «Sindicato Católico», escritas por don Lázaro, pero la mayoría eran de la «Casa del Pueblo», y estaban escritas hasta por rusos, que decían que Hécula podría convertirse en un vergel y que habría que traer un canal de agua aunque fuera del mar.

Aparecieron también por las calles de Hécula los cueveros, los que vivían en agujeros entre las rocas. Eran mujeres y viejos que se habían pasado toda la vida picando esparto o pisando uva y que ahora se paraban junto a las rejas de los palacios escupiendo y tosiendo. Eran también mozalbetes y muchachas altivas, que recorrían las calles cogidos de la mano cantando:

*¡Arriba los de la cuchara!  
¡Abajo los del tenedor!*

Y al atardecer recorrían las calles unos seres mucho más extraños que los vencejos. Los campesinos detenían sus carros en las esquinas y hablaban reservadamente con los carreteros, los aperadores y los herreros. Los barberos salían a la puerta de sus dependencias y sonreían con cazurrería.

Todo parecía contribuir a cargar el ambiente de horribles presentimientos. Sobre el cielo de Hécula se cernían plomizas nubes amenazadoras. En muchas casas se dividieron los hermanos y hasta los curas se peleaban y discutían acaloradamente. Unos sostenían que era lícito matar y los menos se rebelaban contra las consignas de terror.

—Nos arrepentiremos todos —decían los últimos.

Entre tanto, Fulgencio había desaparecido del pueblo. No se le veía por ninguna parte ni se escuchaba el *tantan* de su bastón en las losas de la acera.

—¿Qué le pasará a Fulgencio? —fue preguntándose todo el mundo.

Había desaparecido como por encanto, sin decir una palabra a nadie. Era incomprensible que se hubiera retirado precisamente en unos momentos en que las cosas se estaban poniendo tan mal. Aunque ciego, Fulgencio conocía como nadie el intríngulis de los odios y de la política de Hécula, y por eso ahora todos los de derechas le echaban de menos y comenzaban a mostrarse intranquilos y nerviosos, mientras los de izquierdas estaban cada día más envalentonados y provocadores.

En casa también extrañábamos la ausencia del ciego. Don Lázaro y el padre Cristóbal, recordando las últimas veces que le habían visto, acabaron reconociendo que en Fulgencio se había experimentado un cambio raro. Se había mostrado reservado y un tanto displicente, él, siempre tan comunicativo y exaltado. A los pocos

días se corrió el rumor de que el ciego estaba en un colegio de ciegos de Valencia, donde las izquierdas le habían dado una beca.

—Pero, ¿será verdad eso de la beca? —se preguntaba don Lázaro.

—Desde luego que en el pueblo no está.

Mi madre no comprendía que se hubiera ido sin despedirse. El teniente de la Guardia Civil trajo un día una noticia importante. Por lo visto Fulgencio había querido que le nombraran jefe local de la «oposición» y la mayoría de los afiliados se habían opuesto. Un ciego, por muy arrojado y enérgico que fuese, no podía ser el dirigente de una organización combativa cuyos procedimientos por el momento eran la emboscada y la porra.

Los curas y los seminaristas pasaban por las calles con una celeridad desconcertante. Lo mismo estaban en un sitio que en otro y parecían no llevar más que mensajes desalentadores. Por la plaza de San Pancracio cruzaban, mañana y tarde, dos parejas de guardias civiles a caballo que sacaban chispas de las piedras. Los chiquillos andaban también divididos en dos bandos: «señoritos» y «pobres», y al atardecer se peleaban con hondas por las mismas calles; otras veces se encontraban en el campo.

Hécula, en una palabra, estaba a punto de dar el «trueno gordo». Gemía el viento desaforadamente al colarse por las rendijas de los cristales y las cejas de los habitantes de Hécula eran cada día más espesas, más negras y más largas. Todas las voces, aun las de las campanas, adquirirían un acento lúgubre. Vivíamos todos aterrados por la tormenta que se avecinaba.

Jesús formó unas bandas y se repartieron porras. Alquilaron una casa donde se decía que habían puesto cepos y salas de tormento. Salían estas escuadrillas de noche a la carretera y, pistola en mano, a todas las bestias, carros y coches que veían les fijaban un cartel que decía: «¡Muera la República!».

También llegaron de fuera oradores rojos y sus amenazas corrieron como reguero de pólvora por las calles. Se entornaron los quiciales de las puertas y entre los cuchicheos recelosos y los anhelos despavoridos, se engrasaban los gatillos de las pistolas y las escopetas. Una noche que había nevado los socialistas cortaron la luz eléctrica de la ciudad y a las doce en punto estalló un petardo en las Monjas Concepcionistas. Al día siguiente hicieron huelga y recorrieron las calles arrastrando el bonete de un cura. Se dedicaron también a apedrear las hornacinas de los Santos que había en las fachadas de algunas casas. En resumen, se desbocó el miedo como un toro bravo y la villanía grosera y el pudor burgués quedaron cara a cara en un desafío todavía silencioso y expectante.

En mi casa se hablaba constantemente de irnos a Murcia. En las puertas de las casas respetables aparecían pintados, como por manos de niño, símbolos lúbricos y palabras obscenas.

—¿Y el padre Sergio? —preguntaba yo cada vez que se hablaba de preparar las maletas.

—Con los Escolapios, Julito, no se meterán; los protegerá el Ayuntamiento — replicaba mi madre, queriendo mostrarse convencida.

Llegaban cada día más camionetas de guardias de asalto y los socialistas los miraban con descaro y hasta con camaradería. Estallaron varias bombas más, una en el caserón cerrado de la marquesa de P., otra en la fábrica de muebles y la tercera en el postigo de don Lázaro.

A los pocos días, un miércoles, día de mercado, un coche descubierto recorrió a media mañana las principales calles de Hécula ametrallando a derecha e izquierda. No se supo quién lo conducía y los que disparaban llevaban puestas unas capuchas como las del Viernes Santo. En el suelo quedó un sargento de Asalto y un maestro cojo que cuando veía un cura daba tres golpes con la muleta en el suelo repitiendo:

—¡Abajo la Trinidad!

Aquella noche, al llegar a su casa, al teniente de la Guardia Civil le dispararon a bocajarro varios disparos a través de la madera de la puerta y cayó muerto en los brazos de sus hijas. El teniente murió diciendo:

—¡Cobardes, cobardes, las pagaréis!

Se empezó a decir que los socialistas querían quemar varias iglesias, entre ellas San Pancracio. Entonces mi madre tuvo un arranque de valentía y se presentó en casa del jefe de los albañiles, un vecino nuestro que nos tenía amedrentados. Allí, delante de su mujer y de sus hijas, mi madre le espetó:

—Vengo a ver si eres un hombre de bien.

—Según lo que quiera decirse con eso.

—Pues si eres hombre de bien tienes que acompañarme a la ermita de San Pancracio.

—¿A qué?

—A sacar al Señor.

—¿Qué es el Señor?

—Las hostias, hombre.

—No será nada de oro...

—¡Cómo va a ser nada de oro!

—¿No habrá allí nadie escondido que dispare?

—¡Quién va a haber, hombre!

—Pues, vamos.

Rodeada de socialistas armados que hacían guardia, mi madre entró derecha al sagrario y volcó todas las formas en un pañuelo. Entró en casa escoltada por ellos. Mi madre, entonces, puso de rodillas a Rosita y a las hijas del teniente y les repartió las hostias. Todavía quedaban bastantes y mi madre se dirigió a mí que observaba embobado toda aquella escena:

—¿Sabes qué es esto, Julito? —y me señalaba las hostias.

—El Señor —contesté.

—¿Y quién es el Señor?

—El Señor es Dios.

—¿Y Dios se come, Julito?

No sé cuál fue mi respuesta, pero mi madre, entre cortados sollozos, depositó en mi lengua la primera hostia y no había concluido de saborearla cuando me metió en la boca muchas más. Yo sudaba de respeto y de temor. Unos hombres taciturnos, con barbas ralas y ojos desconfiados, nos observaban. Con los dientes apretados nos veían tragar aquellas formas de masa, que si sabían a algo era a lágrimas más que a harina. Aquella fue mi Primera Comunión.

Primitivo, el albañil, se fue medio avergonzado, con la gorra en la mano, a la que daba vueltas buscándole los secretos del forro. Después de esto nos buscaron con mucho sigilo un coche de alquiler. Cuando estuvo en casa nos montamos todos corriendo y después de varias vueltas despistadas por las salidas a las carreteras de Turena y Pinilla, nos fuimos al «Tinajero». Antes de marcharnos a Murcia mi madre tenía que conseguir dinero.

Un día que estábamos muy tranquilos en la finca llegó un mandadero con una carta de tía Ginesa. Decía que lo que había sucedido no era más que el comienzo y que si podíamos alejarnos de allí dichosos nosotros. También advertía con su letra de pulga tiñosa que no me olvidasen, que se cuidasen mucho de mí, que de no hacerlo cualquier día les daría un susto.

En «El Tinajero», porque teníamos un perro mastín y una escopeta, nos considerábamos seguros. Tampoco en Murcia, por lo que nos escribían Emilio y Pablo, las cosas estaban tranquilas. Habían quemado un convento de franciscanos y un periódico. Ellos ya no estaban ni en el Seminario ni en los Maristas; esperarían a que llegáramos en casa de doña Clara.

Una tarde turbia, con unas nubes que de tener agua había de ser agua de jabón, estaba yo con nuestro caporal dando vueltas por las alfalfas. De cuando en cuando se levantaba una ventisca gris que corría por los pozos y entre las cambronerías como un espíritu travieso o enfurecido.

La media naranja de la torre del pueblo brillaba a lo lejos como un espejo. Mi madre y Rosita estaban en la puerta de la casa sentadas a la sombra de una parra. Cosían ropa blanca. Las gafas de plata hacían más vivaces y risueños los ojos de mi madre, que de suyo eran fijos y duros.

De golpe, vimos entre las retamas y los frutales una figura que se acercaba balanceándose absurdamente. Hasta el propio caporal se asustó un poco. No se comprendía qué es lo que suplicaba aquella sombra vacilante que venía dando trapiés y que lo mismo parecía levantar las manos que hundirlas en la tierra. Cuando estuvo más cerca, se me escapó:

—El padre Sergio... ¡El padre Sergio viene corriendo!

Cuando lo vi ya cerca me mareé. No por el terror que expresaba su cara, sino

porque de una especie de trapo que envolvía su mano derecha chorreaba la sangre. No traía sotana sino que vestía pantalón, chaleco y un guardapolvos color ceniza.

—Pero, ¿qué pasa? —le preguntaban todos, temiendo oír la verdad.

—¿Ha sido el perro, una puerta, un carro?...

También el padre Sergio cayó a tierra y por lo que contaba era que los socialistas habían asaltado el colegio. Él se había escondido en el huerto y al poner la mano derecha en la tapia para saltar se la habían cortado de un tajo con un hacha. Había recorrido los dos kilómetros que separaban «El Tinajero» perdiendo sangre. Nos decía, desenchajado:

—Vendrán detrás y será peor para ustedes.

Mi madre se portó muy valiente y con tiras de sábanas trató de contener la hemorragia. Nadie se dio cuenta de que yo estaba en el suelo, sin poderme mover. Oía las palabras: unas gordas, con volumen, y otras muy finas, como hechas de alambre. Al mismo tiempo me revoloteaban por los párpados enjambres de mariposas grandes y de colores fantásticos. Rosita me lanzó a la cara un vaso de agua.

—Lo que le faltaba a esta criatura. ¡Criminales!

Al verme en tierra, el padre Sergio comenzó a dar unos alaridos espantosos. Se hacía reproches por haber escapado. Debió quedarse a correr la suerte de los demás, que ya estarían todos, seguramente, muertos. Torturados, media hora lo más, pero en presencia del Altísimo. Todas sus lamentaciones terminaban:

—Soy despreciable, un cobarde, he huido, he huido —y lloraba como un niño.

Mi madre mandó preparar agua con vino y los dos, el padre Sergio y yo, fuimos los primeros en beber. Después habló con un labrador de confianza y lo mandó al pueblo a buscar un médico y sobre todo un coche, valiera lo que valiera.

El padre Sergio seguía perdiendo sangre y deliraba. Yo miraba tercamente hacia los caminos presintiendo peores apariciones. Algunos carros y coches salían del pueblo con desacostumbrada prisa.

—¿Y no habrá habido media docena de tíos *bragaos* dispuestos a no permitir estas atrocidades? —exclamaba la mandadera.

—Julito, querido, lástima que tú no tengas padre. Tu padre nunca habría consentido esto. Antes habrían pasado por su cadáver. Tu padre, Julito... —y mi madre y mi hermana sollozaban con hipos tremendos.

Ocupados como estábamos con las curas, no notamos al pronto nada, pero el paisaje estaba cambiando paulatinamente. Quince columnas de humo, todas al mismo ritmo, fueron elevándose sobre el pueblo. No llevaban camino de dejarse nada, ni el asilo, ni el hospital. Eran quince enormes hogueras, cada una en un lugar distinto. También a la iglesia Vieja, el monumento artístico de Hécula, le llegó el turno y aquellos barandales góticos con floreo de piedra y sus torres con escudos eran trono de las llamas.

—Con la Virgen del Castillo no se atreverán —dijo mi madre no muy segura.

—No hay heculano capaz de poner la mano allí —repuso la mandadera.

—Es un castigo, un castigo —musitaba en tono de oración el padre—. Todos tenemos la culpa y yo el primero...

Pero también el monte tenía que arder. Sobre aquella cumbre, que hasta geográficamente era la única protección del pueblo, volcaron como si fuera una gavilla a la Virgen de la Purísima, con su manto azul, su negra melena y sus blanquísimas manos.

Ahora sí que ya nada tenía remedio. No había que esperar ya ninguna contención, ningún respeto. Lo que allí ardía era toda Hécula hecha voto: pelo, cera, trapo, plata, oro, sangre y fotografías. Las caras de los monos inmundos y los chacales horrendos que durante siglos habían permanecido incrustados en la piedra del torreón, sembrando muecas de odio y risas de venganza sobre el caserío, parecían ahora haber descendido a la calle y haber infundido a todo aquel que tenía una escopeta, una hoz, una lezna o un cuchillo, desesperadas ideas de saqueo, incendio y muerte.

Al ver mi madre que realmente el humo del castillo también se alzaba al cielo como un altar de purificación, nos hizo poner a todos de rodillas y rezó en voz alta una salve. Después, muy molesta, cogió un puñado de tierra, lo lanzó al espacio, y dijo con voz ronca:

—Maldita sea Hécula, maldita siempre; ¡que arda y perezca ya todo! —y nuestro perro salió ladrando por los caminos.

Todos los trapos blancos que le había colocado al padre Sergio mi madre, y tan apretados como se los puso, ya estaban goteando sangre. Entonces le apretaron una correa en lo alto del brazo con toda la fuerza entre mi madre y el caporal. Los ojos que a mí me dirigía el padre Sergio parecían los de un moribundo.

—Me voy —decía— no debo comprometerles.

—Quieto, padre, lo que sea de uno será de todos —contestaba mi madre.

Llegó el coche de Hécula, pero no el médico. Ninguno había querido comprometerse. El chófer nos contó que se decía por el pueblo que habían dejado para la noche el hacer una gran hoguera con todos los muertos carcas en el cementerio. También contó que el hijo del teniente se había apostado con una pistola ametralladora en lo alto de la torre de San Pancrancio y que había logrado cargarse de un tiro en la cabeza a Primitivo, el albañil, que era quien llevaba el bidón de gasolina. Al hijo del teniente lo habían cogido después y lo habían dejado morir desangrado en la calle, después de haberle pinchado todo el cuerpo con las leznas del esparto. Las mujeres eran las peores.

Montamos en el coche. El chófer, «el chatico» le llamaban, ordenó que había que ir con las cortinillas del coche echadas. Al padre Sergio lo andaban buscando por la huerta y del padre Cristóbal no se tenía ni la menor pista. A los demás los habían llevado a la cárcel, apaleándolos por en medio de la calle. También buscaban como fieras hambrientas a don Lázaro.

Los tejados de Hécula se iban poniendo rojos lentamente. El aire se emplomizaba. El humo de los quince fuegos se iba acumulando sobre el cielo y a impulsos del

viento se desgarraba en fantásticas figuras de huracanados monstruos y sigilosas alimañas. Hécula era como un sauce inmenso con quince ramas temblorosas, las quince torres que amenazaban venirse abajo convertidas en ceniza. A veces también el humo formaba una especie de cortejo de manos y pies enloquecidos que recorrían los tejados de Hécula, no se sabía si buscando amparo o sembrando maldición.

Llegaba del pueblo un rumor de tumulto como el de las corridas de toros en los días de feria.

Tomamos la carretera de Pinilla. Al padre Sergio le tocó detrás y yo iba sentado en las rodillas de mi madre. Rosita rezaba el rosario. El chófer se bajó la gorra casi hasta teparle la frente y las orejas. De trecho en trecho, en las revueltas, volvíamos los ojos hacia Hécula, envuelta en un crepúsculo apocalíptico.

—¿Duerme? —le preguntaba Rosita, interrumpiendo la letanía, en la que repetía y se equivocaba a cada momento.

Al parecer, el padre Sergio descansaba después de una gran fatiga. Sólo se notaba que no dormía en que movía un poco los párpados y los labios. A veces, muy imperceptiblemente, exclamaba:

—Julito, sé bueno siempre, sé bueno siempre.

Llegamos a Pinilla a la media hora porque el coche había marchado a una velocidad insólita. Entonces mi madre rogó al chófer que entrara por la calle principal. Allí nos tropezamos con una manifestación igual que la de Hécula. Sólo que en vez de arrastrar un bonete arrastraban unos faldones y una chistera. No gritaban, arrastraban estas prendas en medio de un silencio que resultaba grotesco.

Bajó mi madre del coche y entró en una casa haciéndose la distraída. En la puerta había una placa de médico. Al cabo de unos minutos salió un señor con la bata blanca y una mujer gorda con los blancos cabellos peinados en forma de caracolitos. Cuando quisieron tirar del padre Sergio para sacarlo se bandeó hacia un lado torpemente. Estaba muerto. El asiento del coche estaba todo empapado de sangre. Salí corriendo del coche y a los pocos pasos caí en tierra. La pierna se me había dormido y me apretaban fuertes calambres.

Esto ocurrió en Hécula durante la República, aunque no puedo precisar fechas. Los recuerdos de aquellos años se me agolpan, como nos agolpábamos de chiquillos a la puerta de la clase cuando sonaba la hora de salir corriendo.

## Capítulo II

### La muerte de mi padre

Listo. Aquí estoy dispuesto a seguir soltando el rollo.

Vivo en la Gran Vía, en un noveno piso. La viuda de un marino fusilado me alquiló esta especie de torreón desmantelado. Al torreón se llega después de cruzar un pasillo estrecho, muy largo, sin puertas, que va dando la vuelta al edificio. El torreón está circundado por un ventanal inmenso que ocupa el chaflán de la casa. Las persianas son plegables pero no cierran del todo bien. Una nota distintiva de la estancia son las cortinas, unas cortinas muy pesadas, de colores chillones. El piso es de madera y está muy gastado. En medio del cuarto hay un espejo descomunal con un marco blanco demasiado decorado, ésta es la verdad, por las moscas. Al torreón entran, de cuando en cuando, por las rendijas de las persianas, palomas y golondrinas. Todo el torreón es, ciertamente, muy destartado, pero para mí, hasta ahora, y no hay que pensar en el mañana, me resulta hasta comfortable.

Aquí vivo, si esto se puede llamar vida. Desde arriba, eso sí, domino perfectamente el movimiento de la ciudad, que parece obedecer a leyes fijas como las mareas. A eso de las nueve de la noche se puede decir que corresponde la pleamar.

Hay que hacerse a veces un acto apremiante de fe y hasta darse de pellizcos para convencerse de que todo esto es algo real y consecuente. Hay momentos en que todo este ir y venir, la gente que circula y los coches que se suceden, junto a la seriedad de los guardias y las figuras gesticulantes de los cartelones, parecen más bien cosa de pesadilla.

Cada uno va a lo suyo y lleva dentro algo. Yo pienso con todo que quizá hay muchas vidas fuera de su lugar, desplazadas, y que quizá la felicidad, si existe, no es más que un problema de ubicación. Cada ser debería ocupar en la tierra un espacio concreto, adecuado y personal. Colocado uno en este punto, la visión del mundo y de las cosas sería más lúcida y sosegadora. Es cuando el hombre se disloca cuando surge el naufragio. Es preciso encontrar, pues, ese punto adecuado desde el cual los contratiempos y las desdichas nos dejen inmunes y serenos. Lo que da dominio frente a las asechanzas de la vida es el asentamiento en una perspectiva firme. La mayoría de los temores son espejismos, muchas de las desgracias son fallos del ambiente.

Todos los hombres han experimentado alguna vez, creo yo, la sensación de sentirse situados en un punto de equilibrio desde el cual ni suertes ni fatalidades importaban. Desde este punto compensador, vida y muerte, salud y enfermedad, cobraban un sentido de dignidad plena. Lo funesto procede de que esta situación superadora dura bien poco, porque los humanos, buscando enfoques complementarios y visiones parciales, pierden esta distancia filosófica y se sumergen en la vorágine de las cosas, donde, además de perder su propia alma, son zarandeados horriblemente.

Este torreón ha sido hasta ahora, para mí, el refugio aislante, ese intento de

colocación cómoda en una filosofía consciente y dominadora. Al principio de alzarme en este promontorio el oleaje de las gentes sobre la playa del asfalto me crispaba los nervios. Temía enloquecer. Después fui examinando minuciosamente, con los ojos entornados, tan insensato ajeteo y, poco a poco, el ruido de los transeúntes se ha trocado en droga adormecedora. En este solitario torreón tuve días y semanas de consolación enorme, durante los cuales di por afortunada la vida vivida hasta aquí y apenas si llegó a preocuparme lo que pueda reservarme el porvenir. Ahora ya voy haciéndome más comunicativo.

Cuando más hundido me encuentro en estas lúgubres reflexiones noto que, arrastrando las zapatillas por el pasillo, lento, oscuro, misterioso, se acerca Evaristo a la puerta del torreón.

—¿Se puede?

—Pasa.

—Pero si molesto, dilo; si molesto, me voy.

—No molestas.

—La verdad, Julio, yo no quisiera interrumpirte...

—No me interrumpes.

—Pero a lo mejor estorbo.

—No, hombre, no.

—Yo creo que a lo mejor he venido a distraerte de algo que estabas haciendo.

—¿No has visto que estaba mirando a la gente?...

Evaristo sigue así un cuarto de hora, yendo de allá para acá, mordiéndose las puntas del bigote, abriendo y cerrando los ojos, hablando solo. Evaristo es un opositor de notarías y está algo trastornado. No sé por qué le inquieta mi persona y quiere saber cosas de mi vida. De golpe se decide:

—Yo creo que tú eres policía.

—¿Yo policía?

—Entonces es que vives de las rentas.

—No tengo rentas, Evaristo.

—A lo mejor tú eres de ésos que persiguen a los masones.

—Ahora no hay masones.

—¿Tú crees que no hay masones? Sí que los hay y se reúnen y escupen a un Cristo y traspasan con sus puñales una hostia... consagrada.

Mentalmente, reza. Evaristo es un personaje extraño, morboso, pesadísimo. Entre las lecciones de su oposición y el rosario que va rezando fuerte por el pasillo se pasa el día. Tiene unos escrúpulos y unas obsesiones raras. Pero, sobre todo, lo que le desquicia es una manía vergonzosa e intermitente por los problemas sexuales.

—¿Tú crees que es pecado besar a la novia de uno?

—Si acaso, supongo que lo será besar la novia del vecino.

—En serio, Julio. ¿Tú crees que es necesario besarla?

—Eso depende de muchas cosas.

—¿Tú crees que a ella le gustaría que la besen?

Evaristo sigue así durante media hora. Todo lo que se le dice, lo repite, lo analiza, lo medita. Debe sufrir lo indecible. Da horror y un poco de asco verlo todo el día dándole vuelta a lo mismo como un burro ciego alrededor de una noria. Él no puede conformarse al juicio común y discute, se desgasta y se tortura inútilmente. Un día me confesó el motivo de su trastorno, de su «crisis», como dice él. Viajaba en un tren que descarriló y él estaba en pecado mortal. A su lado quedaron la mayoría de los pasajeros destrozados o muertos. Él ha tomado esto como un aviso y ha entrado en una fase religiosa un tanto infantil y desquiciada. Evaristo tiene unos ojos muy negros y muy fijos, unos ojos preciosos, que inspiran verdadero terror. Cuando menos lo esperas, sonrío dulcemente y viene a darte unos golpecitos en la espalda.

—Evaristo, tú lo que debes hacer es casarte —le digo—. O meterte a cura.

Cuando le hablo de esto se pone serio, se coloca la mano en la frente y empieza a estrujarse temerosamente la cabeza como si fuera una bomba con espoleta. Se le ve sudar y sufrir. Así se pasa un cuarto de hora.

—Y si uno falta una vez a la pureza, por ejemplo, en un mal pensamiento y se muere, ¿crees que se condena?

—Evaristo, en España ahora no se condena casi nadie. Tenemos bula.

Se enfada, aunque no lo dice. Canturreando se acerca al balcón. Por fin, se acerca a la puerta y dice:

—Supongo que no te habré molestado.

—Ni hablar, hombre.

Antes de irse, se viene derecho a mí, me da la mano y comenta:

—Yo creo que tú eres de esa policía secreta que hay contra los masones. Tú tomas las cosas en broma para despistar. Pero tú crees tanto como yo en el infierno.

Evaristo me ha dejado, por fin, frente a la baraúnda de la Gran Vía. Sonrío. La perra que ha cogido con lo de los masones no deja de tener gracia.

No sé cómo he podido estarle semanas enteras sin bajar a la calle. No es la muerte, no, ni el acto siquiera de morir lo que me trajo a esta soledad. El acto de morir puede ser —y de hecho, muchísimas veces lo es— un acto sencillo y fácil, un acto que se desarrolla con increíble naturalidad. Morir, algunas veces, es como echarse una siesta de la que no se ha de regresar. Es la enfermedad, concretamente, estar enfermo de esa enfermedad peculiar, lo que me subleva. Si la enfermedad no implicara un proceso, un proceso lento o rápido, una evolución tachonada de débiles misericordias, yo me apuntaría ahora mismo a eso de morir.

El temor a la vulgaridad del dolor, la claudicación que supone quedarse voluntariamente en la cama y llamar al médico, es cien veces más acongojante que la muerte. Y luego eso de ilusionarse estúpidamente con unas inyecciones, con unas pastillas, con cualquier jarabe. Ese romanticismo, esa febril esperanza inútil de los

predestinados sería, para mí, la peor de las torturas. He preferido el silencio, callar, distanciarme. Nadie me hará contar mi caso, nadie conocerá mi secreto. ¿No has sentido una especie de puntadita en pleno costado? No es nada, es una pulga, una de esas pulgas que siempre hay en las pensiones. ¿Quién es capaz de disimular con más tenacidad y más desusado arte que un enfermo que no quiere reconocer su enfermedad?

Querían que me quedara en Hércula para dar el espectáculo final. Aunque parezca extraño, si me vine a Madrid fue con el único deseo de morir solo. Morir en el desconocimiento general, pero dueño, al menos personalmente, de mi muerte. Vine convencido, hace un buen número de meses, de que aquí mi muerte, aún ignorada, sería lo suficientemente decorosa.

Madrid me pareció un sitio excelente para despedirme de la vida. Una capital así es un buen escenario, tanto para toda clase de heroísmos como de cobardías. Al llegar me pasé quince días o un mes, no sé, desplomado en la cama, mirando entre las varillas de las persianas el giro de las nubes que, ebrias de una sana incorporeidad, corrían por el azul. A veces, me decía:

«Ni tú mismo te vas a enterar. Serás aquí un desconocido que muere, y un desconocido siempre deja y se lleva muchas menos penas».

Pero el golpe no vino aún. No ha venido a pesar de que va transcurrido un año largo. Sin embargo, no hay que confiarse; que no haya pasado nada todavía no quiere decir que no haya de ocurrir lo que tiene que ocurrir. De todos modos, al segundo mes de estar yo aquí, sí que estaba dispuesto, y nada me habría cogido desprevenido. Ahora, a fuerza de subidas y bajadas, a fuerza de cálculos y a fuerza de pensar en lo mismo, comienzan las renunciaciones y las dilaciones. Voy perdiendo aquella serenidad que podía haber sido mi mayor orgullo.

—Está loco, está loco. ¿Por qué no va a un médico, si es que cree que se encuentra mal... y termina de una vez?

¿Que por qué no voy? Porque, sencillamente, uno no quiere terminar de una vez. Para eso ya está el suicidio, ensayo de última hora. Pero, por ahora, lo que yo quiero, es decir, lo que no quiero, es darme por enterado, y no por miedo, ciertamente, sino por razones más fuertes que se derivan de mi propio pesimismo. ¿A qué conduciría aclarar que sí o que no? A nada. Si era sí, tendría que moverme ya con el estigma sobre mí, clasificado, condenado, y si era no, cabría desconfiar siempre, porque también ellos, los míos, hubo un momento en que fueron que no, hasta que fueron que sí. No cabe más que seguir así, libre para el sí y para el no, con el tedio de la existencia encima y con la desgana que da el saber a ciencia cierta, sin diagnóstico y sin aparato, que no hay otra salida.

Mi delgada palidez, el color terroso que se apodera de mí algunos días, el fuego brillante de mis pupilas, las sombras que habitan en las cuencas de mis ojos, el descarnamiento de los pómulos, el ritmo de mis pasos, la lastimosa veladura de mi voz, la rebeldía del pelo, todo esto está en armonía con lo mismo y no me disgusta.

¿Hay algún majadero con más fuerza que un toro y más salud que una seta campestre, que piense que me cambiaría por él? Estoy contento con la belleza gastada de mi ser, una belleza triste, pero que a mí me parece majestuosa.

No hay médico, pues, que valga. Ni oír quiero la palabra médico. Ninguno sería capaz de sacarme de esta incertidumbre fenomenal. Aunque pudiera sacarme por docenas placas perfectísimas en que los barrotes de mis vértebras pudieran contarse como la empalizada de un jardín. Yo sé mejor que nadie en qué jaula de huesos está encerrada mi alma y la conozco enferma. Aunque el esqueleto no dijera nada, lo diría mi espíritu. El espejo en que yo me miro no puede fallar, está formado por los míos, por seis muertes iguales, iguales a la mía. Los míos no se engañan...

Y ahora que he hablado de estas muertes, contaré la de mi padre, que acaso ella las explica todas. No es posible que durante más tiempo intente rehuir su memoria. De una vez para siempre descorreré el velo de aquellos acontecimientos, en los cuales se esconde el secreto de esta existencia mía, inservible y ardiente como una amapola solitaria en la inmensidad ondulante de los trigales.

Vivíamos más en el «Tinajero» que en el pueblo. —¡Qué tiempos y qué días aquellos tan risueños!—. Venía nuestra madre a vernos los sábados por la tarde y se estaba hasta los lunes. Los jornaleros bailaban, cantaban, tocaban la guitarra, bebían y jugaban a las prendas. Rezábamos todos juntos, encendíamos hogueras, hacíamos excursiones... A mí lo que más me gustaba era que todos los labriegos quisieran tanto a mi madre. ¿Habría cumplido yo los cinco años? Creo que no. Mi padre no vivía con nosotros. Cuando yo le preguntaba a mi madre:

—Y el padre, ¿dónde está?

—En los baños, Julito —me contestaba invariablemente.

Lo cual era un misterio, porque invierno y todo, en los baños, no me cabía en la cabeza. Alguna vez, al besar a mi madre, percibí un olor extraño, no a productos de botica, sino a demasiada limpieza. Era una mezcla de zotal, lejía y colonia.

—Y ¿por qué se baña tanto el padre? —insistía yo.

—¡Pero si el padre no se baña, Julito! Es que vivimos cerca de unos baños donde hay una casita con pinos.

—Yo quiero ir allí.

—Ya vendrás, Julito.

Mi padre era una especie de fantasma para mí. Sólo recordaba de él la barba, que pinchaba mucho, y unas manos muy morenas y fuertes. Recordaba como en sueños también que una vez volvíamos de madrugada en el tren y era invierno, seguramente veníamos de Pinilla, y mi padre, asomándose a una ventanilla rota, no hacía más que decir:

—¡Leñe, qué frío!

Mi madre no quería que dijera *leñe* y se pelearon en el tren y mi madre lloró.

Con la familia de mi padre nos tratábamos muy poco, hasta parecía que la evitábamos. Sólo de tarde en tarde iba yo a casa de mi abuela, hasta que una vez tuvimos que pasar allí una temporada corta porque tío Sebas estaba enfermo de gravedad. Aquellas noches cada uno dormía donde podía, pero mi madre permanecía horas enteras sentada en una silla baja en la cocina viendo cómo chisporroteaban los troncos de olivo y las cepas. Mi madre prefería que yo me quedara durmiendo en sus faldas, pero a veces lloraba y no tenía más remedio que llevarme a una cámara alta donde había un San Pascual Bailón encima de un armario, como bailando una extraña melopea. Terminé por no asustarme, pero mi trabajo me costó.

Una noche fuimos todos de carrera de un lado para otro porque por lo visto, por lo que decía tía Ginesa, a tío Sebas le había llegado la hora. Parece ser que tío Sebas quiso decir algo y se le atascó la lengua, se le enredó en la garganta, y al querer decir lo que fuera, una palabra, un taco o un secreto, lo que consiguió fue hacer un guiño raro como si se le hubiera partido la lengua y algo así como la lengua misma destrozada le fluía líquidamente por la comisura de los labios, barbilla abajo. A tía Ginesa, al verlo así, le dio un patatús tremendo y hubo que restregarle los pies con cepillos. Parecía ella la muerta porque tío Sebas se quedó con un gesto de cansancio y de despreocupación que daba gusto verlo.

Yo me dije para mis adentros que si tío Sebas no se hubiera empeñado en hablar, no le habría pasado aquello de tragarse la lengua de aquel modo. Debió permanecer callado, que ya hubiera tenido tiempo de hablar lo que quisiera más adelante. Seguramente mi madre le gastó una de sus bromas, diciéndole:

—Solterón, solterón, mimoso.

Y como tío Sebas era como era y siempre le daba por replicar algo, quiso a lo mejor contestar con una de sus ocurrencias. El caso es que cuando tía Ginesa, siempre tan solícita, quiso ponerle delante una tacita de caldo, tío Sebas la apartó con la mano y quiso decirle algo. Pero en vez de hablar, lo que hizo fue morderse la lengua y morir.

Después de muerto hubo que vestirlo con más etiqueta que si fuera a salir de mayordomo en una procesión. Subimos por las cámaras. Delante iba mi abuelo y detrás todos, de puntillas, porque aquellas habitaciones nadie parecía haberlas habitado nunca. Allí estaban desperdigados los instrumentos de dibujo de tío Sebas, compases, cartabones, algunos aparatos de medir el terreno y muchos rollos de papel vegetal y cartón blanco y moreno. Tío Sebas no había sido arquitecto por vago y quizá más que nada porque odiaba las matemáticas; pero era delineante de afición y a él se debían los planos de la iglesia del cementerio, que era mejor que la de muchos pueblos importantes, y de sus manos habían salido también los mejorcitos palacetes que había en las cuevas del castillo. Allí, en el cuarto contiguo a la habitación de tío Sebas, había faroles y dos arcabuces colgados en la pared, melones de carne y en el suelo un baúl chato, forrado de piel de cabra y con clavos dorados, de mucho adorno. Mientras los demás merodeaban por la amplia cámara, hablando de la clase de

entierro y del coste de la caja, porque tío Sebas todavía estaba en la cama, yo empecé a revolver en el baúl del que salieron algunas palomitas de la polilla. Había allí chalecos antiguos, unos zapatos finos que parecían botas, un reloj de bolsillo muy grueso con una cadena interminable, una pelliza de cuero y seda muy elegante y una faja como de bayeta, un rollo de papeles atados con una cinta y dos pares de gafas absurdas, prendidas de un hilo negro de seda.

Dentro de la pelliza había algo que pesaba, que a mí me pareció un paquete estupendo.

—¿Dónde tendrá las onzas de oro? —preguntaba tía Ginesa, que lo único que encontraba por los rincones eran hojas sueltas de calendario.

—Sí, búscalas, Dios sabe quién las tendrá —respondía la abuela.

Cuando me quise dar cuenta, tenía en las manos un revólver pequeño con el puño de nácar y el cañón plateado. No sé qué maniobra fui a hacer para guardarlo que sonó una explosión que parecía venirse abajo la casa. Yo fui el primero en echar a llorar, y entre otras cosas, creo que pensé que a tío Sebas, recién muerto, un susto así no había de hacerle ninguna gracia.

Vinieron todos como locos y cerraron con llave aquella habitación.

—¡Mira que la ocurrencia...! —gritaba tía Ginesa.

—Eres muy revoltoso, Julito. ¿Y si te llegas a matar?

A lo del tío le dieron poca importancia. Lo que más parecía preocuparles es que yo hubiera abierto aquel cuarto y hubiera tocado y revuelto con mis manos aquellos trapos. Mi madre me bajó al patio y en el grifo me lavó las manos varias veces. Al rato, no contenta con esta friega, le dio la llave a Rosita y mandó que me mudara de arriba abajo. Todos parecían consternados porque yo hubiera abierto aquel baúl y tía Ginesa, cada vez que se acordaba, decía que se ahogaba, que le faltaba aire y se ponía las manos en la frente como queriendo devolver.

Lo que a mí me chocaba era que no prestasen ninguna atención al tío y en cambio comentaban sin parar la mala pata de ir precisamente a revolver el baúl de tío Frasquito. Yo ya pensaba que aquel baúl era encantado, como los que había leído en los cuentos.

—Tío Frasquito, ¿quién era, mamá?

—Tío Frasquito era el padre de papá.

—Y ¿por qué tenía un revólver?

—Porque iba al campo y podían salirle ladrones.

—Y ¿por qué murió tío Frasquito?

Al oírme esta pregunta tía Ginesa se tiró al suelo y comenzó a dar patadas a diestro y siniestro, soplando como un borrego.

—Que se calle, hacerlo, por Dios, que se calle —reclamaban todos por mí y me arrinconé llorando en un rincón.

A mi madre los ataques de tía Ginesa parecían tenerle sin cuidado. Por lo bajo ya había yo oído que la llamaba comedianta. Más tarde, un primo mío, de ésos que

nunca faltan, vino a decirme cuando se enteró:

—Dicen que has tocado la ropa de tío Frasquito, que nadie la había tocado desde que murió. Y dice tía Ginesa que todavía tiene el sudor de la agonía.

Me olí las manos; olían a jabón de lavar la ropa.

—Estaba tío Frasquito en la casa de los baños y cuando se venía para el pueblo, encima del caballo, se murió —me aclaró mi primo.

—Se caería de cabeza.

—¡Qué va! El caballo lo trajo arrastrando hasta la entrada del pueblo y allí, en el Pasico del Gallo, lo recogieron. ¿No viste si la ropa tenía sangre?

—No.

—Luego lo enterraron vestido de franciscano...

Algo muy serio, muy grave, había guardado dentro del baúl, porque hasta que no se llevaron a tío Sebas, todo el mundo anduvo revuelto y desasosegado como queriendo alejar de la casa un olor maléfico. Acaso en toda muerte existe una especie de encadenamiento familiar y si uno no se libera a tiempo de ella toma arranque para otra muerte semejante.

Creo, no sé con qué fundamento, que con abrir yo el baúl puse en circulación una muerte colectiva que allí estaba esperando desarrollo y madurez. Y digo esto porque fue Justito, mi primo, el primero que se ató al carro de una muerte idéntica a la de tío Sebas. Justito murió todavía antes que mi padre, y por lo que puedo comprender ahora, después de tantos años, los dos murieron igual. Mi padre perdió la vista sus últimos días, y Justito, el oído. Decían que Justito era lo que se dice un talento, y su madre aseguraba que se le apareció al morir Pío IX. A lo mejor es que también ciertas muertes tienen su archivo, y yo, con el revólver, vine a espantar una muerte quieta, semidormida y la hice alojarse de prisa y corriendo en la conciencia familiar. Es inútil que quiera explicarlo más; lo único cierto es que aquel disparo creó una confusión dañina en la psicología de todos, y al hablar del abuelo Frasquito, se habló de mi padre y todas las palabras que motivaba su ausencia estaban como impregnadas del chorrillo de sangre que le caía barbilla abajo a tío Sebas. Todo era uno y lo mismo, aunque no se dijera.

—La abuela siempre fue una puerca —decía mi madre a Rosita en el patio.

—Hay mierda aquí del año que la pidan —contestaba mi hermana.

Noté en ellos un desprecio por mi abuela Tomasica. Como si ella fuese justamente la culpable de que su hijo, mi padre, y todos estuvieran enfermos. Conservar las ropas de mi difunto abuelo, cuando pudo darlas al Asilo, les parecía a ellos una marranería. Además la tachaban de tacaña porque quizá con más yemas tío Sebas hubiera podido salvarse.

—¿Para qué querrá las viñas y los olivos? —se decían.

Tía Ginesa se sentía muy mal y no hacía más que decir a mi madre, como justificándole algo oculto y vergonzoso:

—Pon la mano aquí, tócame por aquí...

Ya veía yo que aquello iba a terminar mal. Mi madre estaba muy excitada cuando tía Ginesa se puso a contar la muerte del abuelo Frasquito y a darle un sentido fortuito, de puro accidente, y cuando la abuela Tomasica, refiriéndose a la enfermedad de mi padre, comenzó a decir que siempre había sido muy despreocupado y delicado de salud, mi madre no pudo más y les gritó:

—¿Os queréis callar ya?

Todos callaron como cómplices de algo, menos tía Ginesa, que se encerró en una habitación por dentro, y, dando cabezadas contra la pared, no cesaba de escandalizar:

—¡Dios mío, lo mismo, lo mismo!...

Nada de todo este misterio comprendía yo entonces. Desde luego tía Ginesa era lo que se dice un saco de listones y comía menos que un pajarito. Yo no sé cómo aguantaba tantas pataletas y cómo nunca se daba un buen golpe y se quedaba tiesa. Como ella era el prototipo de las flaquezas familiares, y le daba siempre por delirar y decir tonterías, yo lo que pensé es que ella había contagiado, de lo que fuera, a mi padre y a todos. Mi madre la miraba con asco, y mi madre sí que era la salud, los colores sanos y el optimismo personificados.

La muerte de mi padre se nos echó encima un día del mes de julio. La tarde en que se presentaron por nosotros en «El Tinajero» para llevarnos al pueblo a toda prisa corrían por el campo unos remolinos de polvo que casi llegaban hasta las nubes. Al mismo tiempo brotaba de la tierra como un humo gaseoso que ponía los ojos turbios. Los pámpanos verdes y los grises olivos vibraban en una oscilación caliginosa. Los remolinos de polvo parecían seres fantasmales que danzaban por los caminos y las lomas un baile macabro. Con nosotros vino tío Cayetano, que era muy religioso y que nos hizo ir rezando rosarios todo el camino. Al terminar decía:

—Porque Enrique, vuestro padre, tenga una buena agonía. Porque San José se la dé, porque la Virgen lo reciba en su seno y porque esté poco tiempo en el purgatorio.

Era sábado y los caminos estaban atascados de carros y de mulas. No terminaba de cuajar la tormenta. Iban y venían las nubes como perros hambrientos detrás de una liebre. El viento curvaba los laureles y hasta los altos olmos. De cuando en cuando, un trozo de campo quedaba velado por una tenue cortina de lluvia que caprichosamente avanzaba hacia adelante o se retiraba hacia atrás.

Cuando llegamos a la Plaza de Toros de Hércula retumbó el primer trueno con una potencia bárbara. Emilio comenzó a llorar. Salían corriendo, con las capazas en la cabeza, las mujeres de los lavaderos.

A la puerta de la Fábrica de Alcohol, los obreros, tiznados y con los faldones fuera, se reían a carcajadas de las mujeres que corrían. Algunos niños cantaban.

En el caño las caballerías se espantaban con los chispazos y se mezclaban unas con otras levantando las patas delanteras; los hombres lanzaban terribles blasfemias a las que tío Cayetano contestaba:

—¡Dulce nombre de Jesús, perdón!

Las campanas del Salvador y de la iglesia Nueva tocaban a conjuro. Emilio creyó que era a muerto y otra vez comenzó a llorar. En una esquina vimos a un viejo tocar una campanilla y gritar:

—¡Mañana, entierro de ánimas, hermanos!...

Tío Cayetano paró la tartana creyendo probablemente que era ya el anuncio de la muerte de nuestro padre. Nos miraban las mujeres desde las ventanas de las casas y sacudían las cabezas. Al mismo tiempo se santiguaban por los fognazos de los relámpagos. Tío Cayetano iba dando con una varita al lomo del caballo mientras decía:

—¡Me cachi en La Habana!...

Hécula tiene siempre en las calles un palmo de polvo, polvo calcáreo como de desierto o de ciudad exterminada. Las grandísimas gotas de lluvia, redondas, pesadas, al caer sobre la tierra levantaban un humillo como de yeso calcinado; un olor fuerte a tierra mojada, se metía por la nariz y por la garganta, resecándolas.

La tartana se paró enfrente de nuestra puerta y todos los chiquillos del vecindario se acercaban a mirarme.

—No llora, él no llora —decían.

Nos quedamos paralizados en la puerta. Todos los balcones de la casa estaban abiertos y las lámparas encendidas. Parecía el día de la Purísima cuando pasaba la procesión frente a nuestra casa y el porche se nos llenaba de visitas. Sólo faltaba mi madre con una bandeja moruna repartiendo libricos y copas de mistela.

Había por la casa muchas caras desconocidas, gentes que subían y bajaban las escaleras con más libertad que nosotros mismos.

Tío Cayetano preguntaba:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Ya...?

—Todavía no —le contestaban.

Tía Ginesa venía con una taza de tila en las manos y al verme tiró la taza y se vino derecha hacía mí, apretándome contra su esquelético pecho, cosa que me dio rabia y no sabía cómo soltarme.

—Se va —decía—, el pobrecito se va...

Llorábamos los tres y cuando Rosita nos vio dio un grito muy fuerte que hizo venir a nuestra madre. Me besó con todas sus fuerzas, haciéndome daño y exclamó:

—¡Julito, pequeñico, te quedas sin padre ya!...

A tía Ginesa, tumbada en una tarima, la sostenían varios vecinos, y ella, muy rígida, haciendo teatro, como siempre, no cesaba de repetir por lo bajo:

—Es lo mismo, lo mismo, siempre lo mismo...

Mi madre ordenó que la llevaran al patio y cerraran la puerta. A nosotros nos hizo pasar a la alcoba de arriba, que daba a la calle, donde moría nuestro padre. Antes de entrar nosotros mandó abrir el balcón y quemó azúcar y corteza de naranja. Pablo permanecía muy tieso, inmutable. Rosita tenía un hipo que en otro instante nos habría

dado risa. Emilio, en cambio, escandalizaba demasiado con su llanto.

Dentro de la alcoba tío Cayetano hablaba de nosotros con mi padre, le decía que estábamos allí. Pero como él, al parecer, no respondía, a tío Cayetano le dio por hacerle decir:

—Jesús, José, María, os doy el corazón y el alma mía —y estas palabras las decía muy despacio, y el único que las repetía era tío Cayetano.

Antes de entrar nosotros, madre nos hizo varias veces esta advertencia:

—No lloréis, que todavía oye, todavía siente...

Mi padre, en realidad, nos hizo poco caso. Parecía sonreír pensando en algo muy lejano, acaso en una mala faena torera, porque mi padre era muy aficionado a las corridas. También podía ser que se estuviese riendo sin pensar en nada. De rato en rato pronunciaba, con los labios muy prietos, vocalizando exageradamente, algunas palabras; pero no había modo de entender lo que decía, a pesar de que todos nos inclinábamos hacia él. También a veces movía las manos como queriendo apartar algún peligro, o hacía señas como diciendo que le esperasen, que le esperasen. Constantemente daba vueltas a la cabeza para uno y otro lado, y tampoco nosotros podíamos estar quietos y dábamos vueltas a su cama para sorprenderle alguna expresión conocida. Sobre todo, cuando quería cubrirse con la colcha o cuando con las manos se restregaba los ojos de aquel modo, a nosotros nos hacía lloriquear amargamente.

—Enrique, mira, estamos aquí; míralos, aquí están Rosita, Pablo, Emilio, Julito... —mi madre tenía lágrimas en la voz.

Su sonrisa era distante pero muy conforme. Seguramente notaba que íbamos apretando su mano uno a uno y ponía cara de contento. Casi estoy por decir que en aquel instante mi padre estaba guapo, porque su nariz, tan fina y recta, y los ojos tan negros, le daban un aspecto más de señor de lo que era. Sus manos parecían de escayola.

—Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío —le murmuró mi madre, cogidas sus manos.

Él, entonces, sacó un poco la lengua como indicando que tenía sed y cuando le acercaron la pitera con un poco de leche, puso cara de contento y dijo algo que seguramente era «gracias».

Respiraba con dificultad y más de una vez pareció que el pecho iba a cesar en su estertóreo sube y baja. Una vez puso la mirada fija en mí y me hizo unas señas distraídas; pero yo, en vez de acercarme, me escondí detrás de mi madre. ¿Qué querría decirme con aquellos ojos tan suplicantes cuando ya en sus párpados comenzaban a helarse las lágrimas de la muerte?

Algo importante quería decir. Nos suplicó con la mirada y los labios que nos acercáramos. Rosita era la más valiente... Con toda claridad dijo por fin:

—Dejadme dormir un poco y después enganched el caballo y nos vamos a las fiestas de Pinilla.

—Bueno, Enrique, duerme un poco y después te llamaremos.

—No, llamarme, no; poned el despertador y que suene...

No dijo más, esto fue lo último que dijo. Ni siquiera dijo nada cuando el cura entró a darle la absolución. Él mismo se alisó las sábanas, puso rectas las piernas, se peinó con la mano y aguzó el oído como si esperase una orden o estuviera escuchando una importantísima conservación. Después se tapó la cara con el pañuelo, y cuando mi madre quiso descubrirlo, ya tenía un hilillo de sangre corriéndole por su rala y hermosa barba. Parecía como si hubiera estado comiendo fresas y el líquido le chorreará un poco.

Los gritos de tía Ginesa hicieron que nos arrodilláramos para rezar. Tío Cayetano se ocupó de ponerle derecha la cabeza y de limpiarle con el pañuelo el sudor de la agonía, todavía pegado a la carne. La cabeza y las manos se le movían aún con facilidad. Sin embargo, estaba bien muerto. Pero mi madre no quería darse por vencida. Le hablaba, lo llamaba. Al fin exclamó:

—No has querido llevarme contigo. ¿Por qué? ¡Mira lo que dejas, mira, míralos!

...

Pero mi padre no estaba ya allí... Tenía una expresión de mucho cansancio, como si estuviera incómodo. Daba la impresión de que de un momento a otro iba a levantar una mano o cambiar de postura.

Mi madre, tan previsora siempre, muy pronto vino con unos baberitos negros; luego nos trajeron la cena de casa de don Roque, que era el mejor amigo de mi padre. De rato en rato, por los abiertos balcones penetraban los trallazos sulfurosos de los relámpagos. Los tejados brillaban como manojos de varillas de hierro en el yunque de una fragua.

Luego vino el sacristán y le tomó las medidas a mi padre para la caja. Mi tío Cayetano se opuso a la que quiso escoger mi madre, que era la mejor del muestrario, diciendo que aquello era un escándalo y que el Cielo podía castigarla por un pecado tan grande de vanidad. De todos modos, la que eligieron costó algunos billetes gordos.

Rosita, con el luto y las medias negras, tan pálida y ojerosa, estaba muy guapa y yo notaba que las mujeres de la vecindad la miraban demasiado. Pablo estaba muy elegante vestido de luto y parecía más alto. Emilio se echaba en brazos de todo el mundo, aun desconocidos, llorando. A veces decía cosas que a mí me avergonzaban:

—¡Yo quiero morirme, yo quiero morirme! —repetía como un estribillo.

Tía Ginesa le daba la razón y también ella pedía que nos enterrasen a todos juntos. Pero yo veía que esta frase no le hacía ninguna gracia a mi madre.

A la mañana siguiente, después de dormir unas horas en casa de don Roque, donde las camas tenían unos hermosos mosquiteros, volvimos a ver a mi padre, que ya parecía otro. Me acerqué a verlo bien. Estaba muy bien vestido y metido en el reluciente ataúd. El traje era nuevo, la pechera muy blanca, y llevaba puestos zapatos de charol. Me gustaron mucho y creo que me llenaron de orgullo las gruesas asas de

bronce de la caja.

Tenía la cara demacrada, como si acabara de hacer un largo recorrido y se hubiera tumbado allí, muerto de fatiga. Más que ir hacia la muerte parecía venir de ella. Y ahora, al parecer, descansaba. Hasta se insinuaba en sus labios una dulce sonrisa de benevolencia para todos y para todo.

El vientre lo tenía algo abultado y las manos, aunque tenían metido un crucifijo de plata, se veía que no lo agarraban ni lo sostenían. Me fijé en sus uñas, blancas y azuladas, muy brillantes y muy bien cortadas. Pero lo que más me llamaba la atención eran sus párpados, semicerrados solamente, dejando ver entre las pestañas —mi padre las tenía muy largas— una lucecita como de cristal empañado o de piel de pescado recién sacado del agua. Sus cejas eran más negras que nunca y tan anchas como un dedo por lo menos. Lo que más me gustaba a mí era su pelo, muy brillante y peinado en anchas ondas, con algunas canas entremezcladas. Su pelo, tan negro, era lo único que daba fuerza a su figura.

Tenía la cabeza reclinada sobre una almohada de seda color morado con flecos o puntillas, no recuerdo bien. Tío Cayetano lo había afeitado y le había dejado la cara reluciente como el marfil, aunque por algunos lados tenía como unas manchas oscuras. Al afeitarlo se le fue un poco la navaja, seguramente porque estaba un poco nervioso, y le hizo un corte en la barbilla. En aquel corte se paraban tercamente las moscas. Mi madre quiso cubrirle la herida con un algodón empapado en no sé qué líquido, y se quedó allí aquel algodón como una mariposa destrozada en las manos de un niño.

Los zapatos no se los habían abrochado bien y yo empecé a pensar absurdamente que así no estaba bien, que cuando mi padre se levantase lo primero que haría sería pisarse los cordones. Se lo dije a mi madre, solamente por señas, y ella se arrodilló y le hizo una lazada muy primorosa, como las que me hacía a mí en las botas cuando los días de invierno iba a salir a la calle.

Los cuatro hachones más bien estorbaban, porque a toda hora había que estar cambiándolos de lugar. La cera derretida caía blandamente al suelo y en la habitación sólo se escuchaba el chasquido de las alas de las moscas al tropezar con las llamas.

A toda costa tía Ginesa quiso ponerle un escapulario rojo, otro azul y otro marrón, y lo que hizo entonces mi madre fue desabrocharle un poco el chaleco y metérselos allí dentro como resguardando el corazón de un frío o como si se tratara de algo necesario para el viaje, la cédula o el permiso de conducir. Yo creo que mi padre no era muy religioso, es decir, religioso como lo son en Hécuba y si pudiera haber visto aquel manojito de escapularios y tantas medallas como tío Cayetano le repartió por los bolsillos, se habría avergonzado un poco.

El día del entierro ya desde las primeras horas fue un día caluroso. El sol, muy quieto, parecía que goteaba oro pulverizado y a ratos oro líquido. Toda la ciudad aparecía incandescente como una piña en la lumbre. Desde muy temprano tío Cayetano fue y vino con las llaves del nicho en la mano y a ratos, sin darse cuenta,

las sacudía jovialmente, como si lo que iba a celebrar fuera una capea y aquellas minúsculas llaves fueran las del chiquero.

La idea que yo tenía del cementerio no era nada macabra. Para mí el camposanto, como en Hécula lo llaman, era un jardín de verdes arcos, pinos jovencitos y musicales rruiseñores. Al pie de los nichos crecían geranios y rosales. De cuando en cuando, las calles simétricas del camposanto quedaban desiertas y se escuchaban solamente unos leves bisbiseos. Cuando yo era pequeño, al ir a dar una vuelta en las esquinas, siempre procuraba quedarme en medio, ni el primero ni el último. No es que esperase la aparición de fantasmas ni calaveras fosforescentes. Lo que más miedo me daba era que pudiera salirnos Dios al encuentro. El Padre Eterno, que tenía barbas blancas y una túnica que le arrastraba, con gotas de rocío en las barbas y sandalias de oro en los pies, pensaba yo que me iba a coger del hombro y me iba a decir:

—Julito, lo peor de la muerte son los preparativos, pero en el Cielo se está muy bien... Créeme, escápate, vente conmigo sin que te vean.

Yo asociaba a Dios con lo azul y lo verde. Y los muertos para mí eran como las palomitas que salen de los gusanos de seda. Por todo esto no me afligía demasiado la muerte de mi padre. Lo peor de todo era la ceremonia y, dentro de la ceremonia, las manías y los gritos de tía Ginesa.

Por mucha imaginación que se tenga no es fácil imaginarse lo que son las campanas en Hécula, sobre todo repicando a muerto. Caen las campanadas sobre los tejados como mazazos. De cuando en cuando, en medio del lúgubre fragor del metal, suena alguna campanita melodiosa y transparente. Pero las campanadas profundas y lentas abruman, asfixian.

—Ya salen, ya han salido los curas.

Tardaron diez minutos por lo menos en aparecer al final de la calle, pero aquellos diez minutos debieron de durar una eternidad. Los gritos histéricos de tía Ginesa servían de fondo a un diálogo enternecedor que mi madre sostenía con mi padre. Ella le preguntaba y ella misma se respondía. Fue dándole cuenta minuciosamente de todo: de lo pasado y lo por venir. Nosotros sufríamos horriblemente con aquello, pero al mismo tiempo sentíamos un gran orgullo con aquel enardecido respeto de mi madre y en aquel diálogo tenaz y doloroso todo el mundo comprendía que mi padre se mostraba conforme y hasta feliz. Pero su inmovilidad hacía extrañamente patética la escena y exigía que aquello terminara cuanto antes.

—¡Ya vienen por él, ya vienen!...

Y no parecía que la llegada del clero fuera nada consoladora. Los curas venían por él; oyendo a mi madre y a tía Ginesa parecía que fuesen temibles bandoleros. Mi madre estaba como atrincherada junto al féretro y miraba hacia los balcones con una mezcla de horror y de desafío.

—¡Quitadla de ahí! —nos decía tío Cayetano.

Pero ¿quién se atrevía a hacerlo? Eran unos minutos de dolor que nadie sabía cómo suprimirlos. Lo peor además era que los curas andan siempre despacio y ellos

venían a su paso, sin tener en cuenta que allí los estábamos esperando con ansia y angustia.

Me llegó el turno de besar a mi padre y creo que lo hice con cierta compostura, porque no podía olvidar que todos me observaban. Cerré los ojos y junté los labios; la humedad de la carne difunta me dejó la impresión de la masa viscosa de los pasteles de gelatina al día siguiente del banquete.

Recuerdo que mi madre le dejó puesto, después de habérselo quitado, el anillo de casado y que tío Cayetano, al escuchar ya próximos los responsos, iba de un lado para otro con la tapa de la caja y no podía cerrarla porque siempre había allí algunas manos o alguna cabeza alargando el adiós. Por fin, mi madre hizo su última despedida, muy solemne y callada, y tío Cayetano colocó la tapadera, aunque a la primera la colocó al revés. También tuvo sus dificultades bajar el pesado arcón por las escaleras y hubo que hacer muchas combinaciones para que pasara. Los que le llevaban eran amigos de mi padre y sudaban. Uno de ellos, marmolista, el que le hizo en muy pocas horas la lápida, se despellejó una mano.

Salimos a la calle. Los curas estaban allí rodeados por los ancianos del Asilo y dos monjitas. Las velas se doblaban por el calor y los curas se ponían los breviarios ante los ojos como viseras. Cantaban, ésta es la verdad, sin muchas ganas. El sol picaba como si se nos cayeran encima bandadas de tábanos o manojos de ortigas.

La ceremonia del hisopo no fue muy lucida. El cura, con la capa torcida, hizo la aspersión del agua bendita más bien con poca atención, mientras los demás hablaban por lo bajo. Yo los observaba y me disgustaba mucho que tomaran aquello con tanta indiferencia. Entre los hombres abundaban las camisas blancas, los trajes de pana y los zapatos negros. Todos me parecieron, como mi padre, recién afeitados. Se cobijaban en las sombras de las casas, como hace el ganado en el campo bajo las copas de los chopos a la hora de la canícula. Las calles de Hécula son muy anchas, y en el centro tienen una especie de montecillo formado por un palmo de polvo. Mis pies se hundían en la tierra y me daba la sensación de que iba caminando sobre un colchón destripado. Las campanas volvieron a martillar el yunque de un silencio incandescente y cada campanada parecía hacer saltar chispas cegadoras del suelo. En los aleros de los tejados piaban los pájaros, ahuecadas las plumas, algún sueño de arroyuelo o de fuente.

Por el centro de la calle, delante de la caja, iban dos mujeres con un velillo negro y alpargatas de suela de goma transportando una mesa cubierta con un terciopelo negro manchado de goterones de cera. En las puertas de las casas de la familia: en la de tío Cayetano, en la de la tía Ginesa y en la de nuestras primas, las de Justino, se paraban y colocaban la mesa en el suelo; sobre ella ponían el féretro y toda la comitiva se detenía mientras los curas cantaban los responsos. Los hombres que llevaban el ataúd aprovechaban para turnarse y los que dejaban la carga se apartaban rascándose el hombro. Los curas recitaban los responsos con desgana, mascando en cada latín una especie de caramelo ácido.

Los acompañantes eran cada vez más numerosos y a toda la familia nos llenaba de satisfacción ver tanta gente seguir la comitiva, sobre todo porque bajo aquel sol rabioso era un verdadero sacrificio. Las mujeres se asomaban a las puertas de sus casas, medio ocultándose, como salamandras al borde del agujero. Les temblaban los labios como si rezasen alguna oración y yo notaba que me miraban a mí de un modo especial. Acaso lo que entonces pensaban es lo que yo he descubierto al cabo de los años.

En el acompañamiento unos iban discutiendo y hablando en voz baja, como moscardones zumbadores; otros, caminaban silenciosos y pensativos. Abundaban los señoritos del pueblo, pero la mayoría eran artesanos y aparceros, algunos de éstos con las chaquetas sobre los hombros. Me parecía descubrir misterio e intención en todas las miradas que me dirigían desde las aceras; indudablemente mi padre se llevaba algún secreto que yo no conocía. Quizá fuese cosa de dinero, porque la enfermedad nos había costado un riñón.

Después de la parada tras la verja de la Iglesia Nueva cogimos la calle de la Cruz de La Era, hasta llegar a una fuente seca rodeada de cuatro amarillentos álamos. Las campanas seguían doblando.

Al llegar a la cruz, el cura don Justo se subió a un escalón de piedra y estuvo procurando que la cruz le diera algo de sombra sobre la cara, pero no fue posible. Entonces sacó un pañuelo blanco, grande como una sábana, y comenzó a darse pasadas por la frente y el cuello. El sudor le caía en gruesas gotas perfectamente canalizadas y yo tenía los ojos fijos en el escalón a ver cuándo caía sobre la piedra la primera gota. Esto me servía de pretexto para bajar la cabeza, porque lo que yo no quería de ningún modo es que la gente me viera sin llorar, como insensible, cuando tío Cayetano y Emilio tenían un pañuelo en la boca y lloraban copiosamente.

Don Justo pareció ver el cielo abierto cuando el sacristán vino a su lado con una sombrilla de color vinagre y lo resguardó del sol. Entonces él comenzó a hablar de mi padre, diciendo con mucha emoción que don Enrique había sido siempre un perfecto caballero, al que acaso Dios se lo llevaba consigo para que no tuviera que ser testigo de la bancarrota moral que cundía por Hécúla.

Según dijo don Justo, la Providencia entendía la fortuna de muy distinto modo que los hombres y aunque la existencia de mi padre últimamente había sido una prueba comparable a la del beato Job, no había perdido la fe ni la esperanza y quizá estaba ya gozando de una paz merecida. Señalándonos a nosotros, que quedábamos huérfanos en este valle de lágrimas, dijo que el Señor no hace nada a ciegas y que dadas las disposiciones de nuestra madre, podríamos llegar a ser auténticos hombres de bien el día de mañana, porque ella sabría enseñarnos que todo lo de la tierra pasa y sólo queda el premio eterno para quienes no se dejaron engañar por el bienestar del mundo.

—Pero Dios, que cuida de los lirios del campo y de los pájaros del cielo, no dejará de su mano a estos huérfanos —dijo don Justo en el momento de mayor

exaltación, abriendo teatralmente los velos de su manto, como queriéndonos cobijar dentro.

Don Justo era un caso de blandura y enternecimiento. La voz le tremolaba en las papadas como los balidos de las ovejas entre las angosturas de un monte y los ojos se le empañaban de lágrimas de pez asfixiado. A todo esto, los hecuanos movían pendulosamente las cabezas, como badajos de campanas de coro que se moviesen sin necesidad de tirar del cordel.

Francamente, a mí, aquello de los pájaros y los lirios me gustó y eso que los lirios no sabía muy bien lo que eran.

Tampoco pude fijarme demasiado en el discurso de don Justo porque me apretaban mucho los zapatos, unos zapatos negros de charol y, lo que es peor, la seda de mi trajecito me producía la sensación de estar desnudo delante de todos. En los muslos me quedaban al aire unos pelillos rubios, que a mí mismo me escandalizaban. Con otros trajes de color no se me notaban tanto; por lo menos yo no había sentido hasta entonces aquella vergüenza. De repente me entraban unas ganas absurdas de reír, de llorar o de patalear. Me tenía que dar yo mismo con disimulo algunos pellizcos para cortar las ganas de chillar y correr que me entraban. Mientras tanto, don Justo volvía a su decir que, feliz, mi padre ya había terminado de sufrir, que todos nosotros más bien debíamos de tenerle envidia y que, por supuesto, si él nos estaba viendo en aquel momento desde arriba, seguro que nos compadecía.

Después vino el último responso, que era el más largo y el más lánguido. Cuando terminó, los hombres enlutados, algunos con paraguas, fueron poniéndose en fila y los primeros se acercaron a don Justo para decirle:

—Salud para encomendarlos a Dios —algunos nos miraban luego a nosotros tres y se aturullaban y no sabían qué decir. Otros estrechaban la mano de tío Cayetano y, trabucándose un poco, le decían:

—Le acompaño en el sentimiento.

Otros no decían nada y le daban vueltas a la gorra o al sombrero, hasta que algunos más dispuestos se adelantaban y les permitían escabullirse. Olían muchos de ellos, como mi padre, a naftalina y a cera. En un grupo aparte se iban quedando los que pensaban llegarse hasta el cementerio. En medio de la calle, sobre una mesa, estaba mi padre tapado, sin poder enterarse de qué amigos cumplían y cuáles no.

Mi tío Cayetano recogió unos papeles de manos del sacristán y comprobó que llevaba las llaves. En Hécuba el cementerio es de la iglesia y del mismo modo que pagan contribución industrial las bodegas y las almazaras, pagan la suya al clero los nichos y panteones de los muertos. Claro que los que tienen que abonar esto son los vivos y a los muertos lo mismo les da que suban o bajen los recibos trimestrales.

Nosotros nos teníamos que despedir allí, sin verlo ya más. Cuatro labradores, que llevaban trajes cuyos paños hacían al rozarse unos ruidos muy extraños que daban ganas de dormir, cogieron la caja y se la colocaron, ayudados por otros, sobre los hombros. Las maderas de la caja crujían y unas veces parecía que pesaba mucho y

otras que estaba vacía. A ratos hasta sonaba a carcoma y eso que mi padre la acababa de estrenar. Se balanceaba el pesado arcón con un ritmo que pasaba de lo solemne a lo grotesco sin pensarlo, como dicen que pasan las cosas de lo sublime a lo ridículo. (¡Qué diferente fue lo de mi madre! Algún día lo contaré).

Poco a poco se iba alejando de nuevo la comitiva, compuesta de unos treinta o cuarenta hombres y ninguna mujer. Nosotros nos quedamos un rato mirando cómo se lo llevaban. Muy pronto, al dar la vuelta, se perdían definitivamente para nosotros los restos de mi padre, porque en aquella esquina muere Hécula también. Desde el castillo dicen que Hécula, tiene forma de pez, un pez alargado que se está casi mordiendo la cola. Pues esta parte del cementerio es la cola justamente. En seguida se abre el paisaje a unos bruscos terraplenes en los que las colinas rojizas y las lagunas verdosas forman una especie de cuadro fantasmagórico. Unos pinos minúsculos intentan formar un respiro amable sobre el reseco arenal. Los pámpanos colgantes y el olivo despedazado parecen haber gastado su imaginación en hacer lo más tétricos posible el peñascal y la llanura. No parece aquello un paisaje natural sino el resumen escenificado de todo lo siniestro que se ha encontrado en otros muchos lugares. Los heculanos, sin embargo, se han encariñado con estos sulfurados montecillos y estas áridas ramblizas, a fuerza de repasarlos en fúnebres comitivas.

El féretro caminaba haciendo eses caprichosas por medio de la ancha calle de casitas tejavanas, que así llamaban en Hécula a las casas de una sola planta.

Notamos de pronto, cuando ya nos disponíamos a regresar, que el ataúd quedaba como suspendido en el aire, detenido igual que una barca cuando choca contra una roca.

—¿Por qué no continuarán? —dijo don Justo.

—Sí, es verdad, ¿qué hacen, por qué se habrán parado? —decía el coadjutor.

Comencé a temblar y a dar diente con diente. ¿Sería que mi padre no estaba muerto de verdad y que había dado un puntapié reclamando que lo sacasen de allí? Algo, realmente, pasaba dentro de la caja, porque tanto los que la llevaban como los que iban acompañándola, miraban asustados hacia dentro.

Corrieron mis hermanos y yo les seguí. Parte del duelo subió también un trozo de calle. Los curas se quedaron como bobos, solos, en medio de la acera.

No, no era que mi padre hubiese resucitado. Lo que entonces vimos sí que fue ya el colmo del horror y de la vergüenza.

—Se ha reventado —decía tío Cayetano.

—Sí, sonó como un arcabuz que bufa y ha empezado a gotear —respondía un labrador, con los ojos en blanco.

Sí, era cierto, nuestro padre se estaba descomponiendo y un líquido pútrido calaba las maderas y caía en grasientas gotas al suelo.

—¡Que vayan inmediatamente por una andas! —dijo tío Cayetano, pataleando de impaciencia.

Los jornaleros se olían las chaquetas y ponían cara de asco. A don Ricardo le

dieron náuseas y entró en una casa para beber un poco de agua. Otros de la comitiva se abanicaban con trozos doblados de periódicos y se tapaban las narices.

—Con este calor achicharrante, cualquiera no se corrompe —comentaba un viejecillo, que se había puesto un pañuelo de colores sobre la cabeza—. Cuando enterramos a mi Engracia, que era agosto, también ocurrió lo mismo.

Dejaron precipitadamente la caja en el suelo porque seguía chorreando. Un perro flaco, color canela, se acercó, olió insistentemente aquel líquido y se puso a escarbar en la tierra como si se tratara de enterrar sus propios excrementos. Si yo hubiera sido mayor entonces, creo que habría cargado la caja sobre mis hombros y, ayudado por mis hermanos, nos la hubiéramos llevado, quitándola de aquella pública vergüenza.

Sólo recuerdo ahora que cuando volví en mí estaba en casa, tendido en la tarima de la cocina, una cocina que no se usaba, y lo primero que vi fueron los ojos desencajados de tía Ginesa, que decía:

—Ya se ha descompuesto mi Enrique, ya...

Oyéndola, me daba la impresión de que también yo iba a empezar a descomponerme delante de todos y me olí bien mis propios sudores por si olían tan mal como aquel grasiento humor que chorreaba el féretro de mi padre. Aún lo tenía metido en el alma el olor de aquel líquido y como tía Ginesa insistiera en besuquearme la aparté violentamente y le grité:

—Eres tú, tú eres la que hueles a muerte.

Ella explotó en uno de sus ataques y se tiró al suelo, pataleando. A mí me acostaron y pasé el resto del día delirando, diciendo cosas incongruentes y pidiendo entre sollozos que se fuese tía Ginesa:

—Que se vaya tía Ginesa, que no la quiero ver. Yo quiero pájaros, pájaros y lirios. Tía Ginesa huele mal, ella debió morir en vez de padre.

De cuando en cuando mi madre me ponía el termómetro. Por fin, tía Ginesa se fue a dormir a su casa. Yo dormí aquella noche entre mi madre y Rosita. Las dos mezclaban los suspiros con los padrenuestros. Creían que yo dormía, pero estaba bien despierto y creo que tiritaba de gusto. El cuerpo de mi madre despedía un calor maravilloso y el de Rosita estaba como el mármol frío. El seno de mi madre zumbaba con un poder increíble después de tanto sufrir; Rosita, en cambio, parecía no disponer de latidos. Su cabellera espléndida y sedosa se me enredaba al moverme. Estaba encorvadita haciéndome un hueco sabroso.

A la madrugada descargó de nuevo la tormenta sobre Hécuba. Parecía como si a golpes de hacha y a fuerza de barrenos estuviera expulsando a los justos del cielo. Aquellos truenos espantables hacían llorar a mi madre y a mi hermana y yo pensaba lo terrible que sería la soledad de mi padre en el cementerio. Los relámpagos se colaban por las rendijas de los balcones y el retrato de mi padre, desde encima del tocador, parecía guiñarme un ojo y después el otro.

Por la mañana, con los ojos entornados, haciéndome el dormido, presencié otra escena. Rosita lloraba desconsolada y mi madre se inclinaba sobre ella y le decía:

—Anda, Rosita, no seas tonta, eso no es nada.

Rosita estaba extrañamente afligida y mi madre, del tono, dulce e insinuante, fue pasando al enérgico y autoritario.

—Rosica, anda vístete pronto y que no se despierte Julico; te digo que no es nada, es que, ¿sabes?, vas siendo una mujercica. Eso le pasa a todas cuando llegan a tu edad.

Vi que Rosita se levantaba con mucha pena y con enorme cautela. Mi dolor fue como si me penetrara en la cabeza una espada desnuda al notar que escondían la sábana. Por lo visto todos estábamos enfermos y todos, tarde o temprano, terminaríamos corrompiéndonos. Me sentía muy desgraciado.

—Tómame este café con leche, Julico —me suplicó mi hermana.

La miré fijamente a la cara y ella debió de notar algo raro en mí, porque se tiró a besarme frenéticamente. Desde luego mi madre tenía razón, Rosica era ya una mujer.

La preocupación de mi madre aquel día fue la de la limpieza. La habitación donde había muerto nuestro padre quedó a oscuras y totalmente cerrada. Dentro ardían unas *torcías* de azufre. Al día siguiente nosotros nos iríamos al campo y los albañiles pondrían alabastro en las habitaciones. Unas mujeres de la calle fregaban todos los pisos con zotal y lejía.

En «El Tinajero» tendríamos nueve días de misas y los rezos se iban a celebrar en casa de tío Cayetano.

De cuando en cuando entraba alguna vecina curiosa y muy seria le decía a mi madre que hacía muy bien, que todas las precauciones que tomara serían pocas. A mí se me ocurrió decir que fueran también a limpiar en la calle de la Cruz de Piedra, en aquel sitio donde manoteaba el perro y mi madre me echó con cajas destempladas.

Por muy penoso que sea todo esto, la muerte, para mí entonces era un sueño, no una realidad, un sueño entre las tinieblas de muchas cosas incomprensibles, pero no esta realidad fría que me hace pensar ahora mismo: «A lo mejor ni este capítulo dejó concluido».

Pero lo interesante para mí es la forma, lo que precede y lo que sigue. El hecho de dejar de existir no me inquieta. El que sea de *cierto modo*, eso sí.

Después de escribir todo esto me siento más aliviado y como aligerado de algo. Yo sé que en esta muerte de mi padre estaba ya implícita la mía. La mía y la de los demás que le siguieron. Pero fue entonces cuando yo comencé a llevar sobre mí este fardo de la muerte cuyo peso se redoblaba a cada muerte nueva.

Ya sólo vive tía Ginesa, seca como un palo, encorvada, siempre quejándose de algo. Ya no le dan los ataques pero sus lamentos resignados no sé si no son más insoportables aún. A tío Cayetano lo mataron los rojos. Lo colgaron.

Los demás, mi madre, mis hermanos, también vadearon ya el terrible río. Cada uno murió en su día, pero todos de la misma manera.

Yo espero tranquilo. Sí, nunca creí que esto de recordarlo, morosamente, con todos los detalles, me hiciese tanto bien. Aunque el alivio ya sé de qué procede: estoy aquí, en este torreón de la Gran Vía, un punto en la inmensa ciudad. Mi ventanal, aún iluminado, de noche es apenas un punto luminoso en la sinfonía de luces, de colores, de ruidos. Y cuando llegue el momento nadie se dará cuenta. En esa riada de coches, uno más, uno un poco diferente, pero, ¿qué? Uno más. Todos los días yo los veo pasar, con coronas o sin ellas. Y nadie los mira siquiera... Algunos se descubren y siguen andando.

El muerto al hoyo y el vivo... también al hoyo.

## Capítulo III

### Aparece Elvira

Será difícil que vuelva a coger el sueño. Estoy demasiado excitado, demasiado nervioso. Fue una pesadilla horrible. Lo mejor será que me ponga a escribir hasta caer rendido. Escribiendo me sosegaré y quizá después, cansado de escribir, podré dormirme otra vez.

Yo no sé lo que me pasó. Debo de tener el sistema nervioso deshecho. Eso debe de ser. Pero fue la cosa más espantosa: estaba despierto y no lo estaba. Estaba soñando y no soñaba. Mi espíritu estaba despierto, mi cuerpo dormido. ¿Dormido?... ¿Será ésa la palabra? Estaba como muerto. Como si me hubiese muerto dándome cuenta plena. Como si mi yo, un yo consciente y angustiado, estuviese asistiendo a su propia inmovilidad, una inmovilidad agotadora y agónica. A lo mejor es así cómo sucede. Así lo sintieron ellos, quizá.

Pero, no. Yo estoy aquí, me toco y me pellizco. Estoy escribiendo. ¡Yo estoy vivo! ¿Entonces, qué me pasó? Quiero recordar cómo fue. Tenía como disuelto el conocimiento de las cosas, pero muy clara la conciencia de mí mismo. No podía moverme en absoluto. Quería tirarme de la cama, pero ningún músculo me obedecía. Sudaba de angustia. Me daba cuenta, luego no estaba soñando. Me rodeaba la oscuridad y no sabía siquiera si tenía los ojos abiertos o cerrados. Así debe de ser: las cosas desaparecen, desaparece este mundo, el cuerpo se niega a obedecer...

En medio de mi congoja varias veces intenté mover siquiera un dedo de la mano o del pie. No era posible. Estaba rígido. Mejor dicho, no tenía cuerpo. Era como un muerto que conservase una chispa de vida, una vida tan falsa que temí que fuera ya sólo una minúscula reminiscencia de la verdadera. No es posible que se pierda de repente la memoria de las cosas y de uno mismo. Debe de haber una transición así, unos instantes de desprendimiento, de conciencia dolorosa. ¿Habrá sido, pues, un ensayo, especie de maniobra preparatoria, como la que hace la máquina del tren para cambiar de vía? Si ha sido así, por esta vez ha vuelto. De eso no cabe duda.

Recuerdo que conservaba el oído. Sí, recuerdo haber oído el ascensor y los frenazos de los coches, que a estas horas marchan disparados por la Gran Vía. También oía llamar insistentemente al sereno, y hasta pensé en la hora que sería. No estaba soñando, no era una pesadilla. Más bien una especie de ataque... En realidad, algo parecido me ha pasado ya antes. Sí, ya recuerdo, fue durante la guerra. Tuve que gritar que me encendieran la luz. Creía haberme quedado ciego y tampoco podía moverme. Fue algo más rápido, una especie de paso angustioso. Entonces los compañeros me hablaron de desdoblamiento de la personalidad y otras cosas raras. Pero ahora fue peor, duró mucho más, llegó a agotarme en una lucha feroz por recobrar el mando de mi cuerpo. Estaba tumbado panza arriba, estirado como un muerto, concentrado el espíritu. Todo mi pensamiento se hacía nervio, fuerza. Pero

inútilmente. Pensaba en los músculos, en cada uno, pensaba en la energía precisa para iniciar un movimiento, intentaba reproducir en la mente la trayectoria que quería imprimir a un miembro. Todo inútil, como si aquella rigidez fuese un bache de la imaginación, es decir, parecía haber olvidado todo lo que hay que hacer para ponerse de pie. Mi cuerpo seguía aplastado, inerte, como si estuviese puesto en medio de las aspas de un molino que se hubiera quedado paralizado por falta absoluta de viento.

Fueron unos minutos de sufrimiento atroz. Creo que duró bastante tiempo, porque recuerdo que hasta llegué a temer, absurdamente, que alguien pudiera entrar en el torreón y encontrarme así, paralizado, sin poder hablar, sin poder moverme. Y cuanto más pensaba, cuanto mayor era mi tensión mental, mayor se hacía la rigidez y la inmovilidad de mi cuerpo. El terror y la ansiedad parecían ahondar más la disociación inmovilizadora.

Lo peor de todo fue que empecé a sentir que a la garganta me iba subiendo lentamente una saliva amarga, muy salada. En seguida relacioné su sabor. Sí, no había duda. Era aquello. El sudor se hizo copioso y lo sentí enfriándose las sienes.

Por fin, en un momento de distracción seguramente, porque no sé cómo sucedió, me encontré arañando angustiosamente la pared. En el yeso están aún las señales de mis uñas. Buscaba, ciego y torpe, la llave de la luz.

Creo que también he lanzado algunos gritos. El despertar de mi cuerpo no fue menos atroz. Era como si hubiera perdido peso, entrando vertiginosamente en una zona incierta y hueca; el fluido caliente de mi sangre lo sentí como si empezase a recorrer por primera vez mis venas estrechas y heladas. Me pareció también que algo frío, terrible, como del otro mundo, me hubiese tocado en la frente, en la boca y en los párpados. Lo cierto es que algo negro y volador me rondaba muy cerca.

Al abrir los ojos vi moverse en la oscuridad unas sombras o figuras vagorosas de volumen incierto. También creí escuchar una voz algodonada e indescifrable.

El caso es que me incorporé dominado por una gran vehemencia. Tan pronto logré dar con la llave y encender la luz, me puse a mirar espantado entre las sábanas. Esperaba encontrar alguna huella evidente y fresca. Algo que no quiero, ni ahora, decir lo que era. Pero no había nada.

Después me quedé largo rato anonadado, rendido. Una gran languidez, una fatiga inmensa, como si me hubieran molido a palos, se apoderó de mi cuerpo.

Pero los fantasmas seguían en el torreón. A veces, tenía que abrir los ojos bajo la sensación de que alguien se me acercaba y me parecía ver deslizarse rápidamente unas figuras, unas veces vestidas de negro y otras de blancura insoportable. También oía voces y hasta risas apagadas. Alguna vez estuve a punto de levantarme y comprobar que no había nadie. Pero, en el fondo, sabía muy bien que lo que pasaba era que estaba demasiado solo.

Al cerrar los ojos las voces volvían y las risas. Una voz que creía reconocer, muy dulce, íntima. Y la risa..., ¿no era también la de ella?

Empecé a recordar. Seguramente el cansancio y las emociones de anoche tuvieron

la culpa de todo. Fue una novecita de aúpa. No estoy yo para trotes así. Pudo ser fatal. Por esta vez, afortunadamente, la barca se había ido sola, sin mí.

¿A quién se le ocurre, en mi situación, lanzarme como me lancé anoche? Pero es que ella, desde el principio, me intrigó. Sólo me faltaba ahora esto, encontrarme con una mujer así.

Lo contaré por orden, con los menores detalles. Escribir me distrae, me rinde, me cansa; en cierto modo, me mata la inquietud y la vehemencia. Voy a contarlo todo.

Hay días disparatados, yo los tengo. Días en que me echo a la calle pensando que acaso no regresaré. Divagando sin objeto por la ciudad en esos días he vivido horas de una inercia maravillosa.

Bajé a la Gran Vía. Estaba lloviendo y la tarde se oscurecía precipitadamente. Por encima de la torre del «Hotel Capitol» se quemaban las últimas retamas del crepúsculo. Es maravilloso este otoño de Madrid. ¿Será éste el último que yo vea? Francamente, me gustaría llegar a otro. De todos modos, ya está bien haber llegado hasta aquí. El año pasado, cuando llegué de Hércula, me pareció muy distinto. Era también por este tiempo; pero aquel otoño no tuvo para mí ninguna gracia. El fuego rosado de los atardeceres me recordaba únicamente las encendidas mejillas quemadas por la fiebre. Este otoño es distinto. Soy capaz de disfrutar del calor y la vida de la ciudad. ¿Será que me estoy curando? No, lo que pasa es que he conseguido una soledad casi perfecta, la soledad que da una ciudad con dos millones de habitantes. Pero de eso a curarme... No me hago ilusiones. Curarme sería esperar algo de la vida. ¡Que me hablen a mí de porvenir! Todos mis compañeros hacen algo: estudian, se preparan para el mañana, según dicen; hacen carreras, tienen novia. Evaristo hasta está ahorrando para casarse. A veces, no sé quién me da más lástima, si ellos o yo. Ellos llevan la vida a cuestas. Pero el fardo que yo llevo es otro, yo llevo la muerte al hombro. Ellos se afanan por construir. ¿Sobre qué podría construir yo? He estado siempre como el que está en la estación, esperando el tren. ¿Qué puede hacer el que está de viaje? Soy transeúnte. ¿Qué importa que el tren traiga retraso? No se puede uno distraer: de un momento a otro sonará el pitido fatal que anuncie su llegada. Y siempre he sido eso: el viajero que está en la estación, que se pasea impaciente o que medita sentado sobre la maleta. Claro que ellos creen que también yo hago algo. Estudio Filosofía, pero soy un mal estudiante. Eso piensan.

—Anda, que cuando lleguen los exámenes —me dijo un día Evaristo— vas a necesitar un carretillo para las calabazas.

—A lo mejor no llegan —le contesté. Pero no lo entendió. Lo que no pueden entender es esta actitud de transeúnte que mira el paisaje.

¡Cómo me gustan estas tardes lluviosas, grises, de tan mansa frescura, como la de ayer! Me gusta que el agua brille en el asfalto y que las luces de la ciudad se retraten inquietas, como trémulos corazoncillos, en los charcos brillantes de la calzada. Me gusta que las copas de las acacias dejen sus hojas amarillentas sobre el asfalto como zumo de limones sanos. Y me gusta en estos días andar perdido, andar como

sonámbulo, por entre el loco torrencial de los transeúntes, ajeno a todo, ajeno a mí mismo. Me encanta pasear sin rumbo fijo, silencioso, pacífico, huérfano de todas las inquietudes y de todas las esperanzas que viven y mueren a mi alrededor.

Serían las siete cuando salí. En el cruce de Callao me tropecé con unas de *esas* de las elegantes. La miré exagerando el rendimiento. Ella se dio cuenta, pero siguió impertérrita. Entonces hice como que continuaba despreciativo mi camino, pero de pronto me paré, como reflexionando, giré en redondo y la seguí muy de cerca, haciéndome notar. «¿Para qué haré todo esto —me preguntaba— si no me interesa lo más mínimo?». Sin embargo, ya lo he hecho otras veces. Me divierte, me arrastra el juego. Es como si fuese por una carretera y encontrase un gato abandonado. Lo acariciaría un momento y lo dejaría. Pero ella empezaba a creérselo seguramente. Al llegar a la puerta de un bar de lujo, que tiene algo de ratonera de barco, me miró de arriba abajo y se coló dentro. La seguí. Bajó las escalerillas pisando fuerte y se fue derecha al lavabo. Dejó la puerta abierta y no perdía detalle. Yo di una vuelta a la barra, mirando como si buscara a alguien. Ella, ahora, desde el lavabo, me lanzaba miradas insistentes, a veces furiosas. Pero se veía que por doscientas pesetas se aplacaría su furia. Sacudía con mucha gracia y lentitud su impermeable de plástico. Me fui.

Me dirigí a la Plaza de España. Es un trozo éste de la Gran Vía que me gusta recorrer. Se descende sin sentirlo y cuando uno se quiere dar cuenta ya está frente a las obras del rascacielos.

Antes de cruzar la calle me sentí prendido de la mirada de una niña que iba con su mamá. La muchachita me miraba con pena y ternura a un tiempo. Yo debo de tener una pinta rara de verdad y además me quedo, a veces, mirando a las personas de un modo obstinado y salvaje sin darme cuenta. Sin duda la asusté. La niña es bastante mona y me entran unas ganas terribles de demostrarle que también puedo mirar con dulzura. Necesito, de pronto, seguirla, hablarle incluso. Me arreglo el pelo con las manos, compongo la expresión y las voy siguiendo. Otra vez... ¿Por qué lo hago?... Estoy demasiado solo, demasiado a la deriva. Necesito jugar a lo que hacen los demás, jugar a echar amarras con la vida. Pero sé muy bien que todo es solamente juego.

La madre es la primera en darse cuenta de que las sigo. Me observa a hurtadillas. Sus ojos me examinan desde todos los escaparates. Yo también me observo. No voy mal; me había puesto el traje nuevo y puedo hasta parecer un hombre elegante. Me finjo muy impresionado por la niña y me mantengo muy discretamente distante y hasta finjo disimular. Parezco mucho mayor de lo que soy, tengo canas y puedo pasar por un hombre corrido que empieza a pensar en sentar la cabeza. Procuro interesar a la madre y en realidad a ella se dirige mi coqueteo descarado. Pero la niña es la que se emociona. Van de tiendas, llevan una caja de zapatos y un paquete. En seguida entran en una tienda de bolsos. Me quedo en la acera, pero a través del escaparate sigo sin perderles de vista. Ellas hablan de mí. Me acerco al escaparate y me

encuentro la mirada de la niña, que es de lo más amoroso. Está francamente turbada y yo ya no sé si no me está interesando en serio. Me pongo nervioso, compro un periódico para hacer tiempo. Por fin, salen. Las sigo y exagero. Se van a la cola del autobús número 1. Seguramente viven por Argüelles. Me pongo en la cola y me refugio en la lectura del periódico. La niña está inquieta. Es morenita, tiene un pelo precioso y viste de luto. La madre parece llena de satisfacción y está segura de que las seguiré hasta el final. Pero cuando llega el autobús parezco vacilar y, al fin, me aparto de la cola y no subo. La madre, al arrancar el coche, tiene un gesto de desdén magnífico, digno de las tablas; que me hace estallar de risa por dentro. Pero la niña me da pena y cojo un taxi rápidamente. Sigo policialmente al autobús. Por fin se apean. Pago rápidamente el taxi y me ven. Ahora son ellas las que se ríen y aprietan el paso hacia su casa. Entran en un portal no sin antes volver la vista a ver si las sigo. Efectivamente, allí estoy; ahora creerán que me acerco a la portera y pregunto el nombre de la niña.

Pero yo me vuelvo y entro en un bar de Princesa. Este amago de aventura me ha puesto contento. Sobre todo pienso que mi aspecto no debe ser tan desastroso. Aún puedo interesar a una madre y, es curioso, ya no me acuerdo de la niña.

En el bar cuatro hombres juegan al dominó. El camarero presencia la partida con los brazos cruzados. Lleva un esparadrupo en la punta de la nariz que me da cierta grima.

—Coñac —digo.

Los cuatro hombres ni miran. Mueven las fichas sin hablar una palabra. Chupan, haciendo un ruido agradable, sus cigarrillos apagados. En vez de monedas tienen garbanzos sobre una manta de campo perfectamente extendida. Es una manta de cuadros rojos y verdes que hace pensar en cierzos y nevadas.

—Otro coñac.

Cojo un autobús de vuelta. Me toca al lado de una monja, muy pálida, con bigote abundante y negro. La observo descaradamente. Ella baja los ojos y hace como que reza.

Ya estoy de nuevo en la Gran Vía. El coñac me ha sentado bien. Empiezo a sentirme optimista y hasta se me escapan algunas palabras. Es absurdo esto de ponerse a hablar sin sentido, pero siento bien. Me interno por una calleja.

Estoy en un bar con unos taburetes muy altos de madera. En las paredes hay unas pinturas andaluzas y el camarero, un calvo muy tranquilo, lee un folletín. *Lo que no muere*. ¡Vaya título!

—Coñac —digo muy animado.

Con tres copas dentro del cuerpo empieza uno a sentirse omnipotente. ¿Soy yo, acaso, el que cree que va a morir cualquier día o cualquier noche sin decir ni pío? ¡Qué tontería! Morirse este otoño sería una primada.

El camarero ha mirado atentamente un reloj colgado entre las botellas, ha dejado el folletín a un lado y ha encendido la radio. Debe de estar aprendiendo inglés. Entran

dos guardias de la circulación. ¿Qué pasaría si yo le diera con la llave del torreón en el casco a uno de estos guardias? No hay duda de que sonaría bien. Pero no sabrían entender la broma. Me resigno a no hacerlo aunque la tentación es grande. Me voy con la llave en la mano.

No he dado ni tres pasos y ya estoy dentro de otra tasca. Aquí hay un letrero que dice: *Se prohíbe hablar de política y cantar flamenco*. Esta taberna tiene un aire extraño, patético. Seguramente este tabernero estuvo en la cárcel y no quiere líos. ¿De qué partido sería el tabernero durante la guerra? A lo mejor de los socialistas unificados. Tiene el pelo muy rizado y le falta un dedo en la mano derecha. Aquí todo el mundo habla como si hubiera algún enfermo en la habitación de al lado. Es ridículo, una taberna con esta seriedad. Salgo sin tomar nada y casi triste.

Hay que beber, no hay más remedio. A beber se ha dicho. Bebiendo se ve el mundo más luminoso y más confortable. Corre la sangre por las venas como un novillo por la pradera. Se pone uno sentimental, heroico, bárbaro, según le dé. Canta uno como una muchacha a la que acaban de dar un beso y se queda sola. El coñac penetra nuestros miembros como un aceite refinado y caliente. ¡Qué bien se ve en estos momentos el ajetreo de la calle! Están locos todos, mejor dicho, lo estamos. Nos movemos como cucarachas dentro de los pliegues de una col. Y los coches se arrastran como esos gusanillos relucientes que hay en los campos, bajo las piedras. El coñac es una cosa buena.

Madrid en estas noches nubosas de otoño adquiere unas tonalidades de ciudad de ensueño. Las luces de las farolas se nimban de un polvillo de oro y los letreros luminosos son como ristras de mazorcas fantásticas que cuelgan de balcones y tejados. Mientras el cielo se inmoviliza las calles se convierten en canalillos de verdosas corrientes navegables. ¡Cuántas veces en estas fantásticas noches he llegado a dar quince o veinte vueltas enteras a la Gran Vía! Quien me vea me creerá un policía, un loco o simplemente un desocupado. Y, sin embargo, estas vueltas y revueltas son como las del pobre burro alrededor de la noria. Porque acaso no se trate más que de una cosa: de olvidar, de olvidar el pasado. O también de lo contrario: de no poder, de no querer, de no saber destruirlo, a pesar de todo.

Me vine a Madrid con cincuenta mil pesetas en el bolsillo. Era la primera entrega de la venta de la almazara de junto al lavadero. Muy pronto me harán la segunda, y entonces, casi todo liquidado. Estaba ya cansado de vender cosas menudas y de sufrir la maldad de los compradores que acudían siempre con las mismas reticencias.

—Claro es que esto...

—Esto, ¿qué?

—No, nada, ya sabe cómo es la gente de los pueblos cuando le toma manía a una cosa...

Entendía perfectamente. Pero siempre hay gente dispuesta a comprar aunque se trate de la soga de un ahorcado. Y yo iba cediendo; a veces llegaba a ser feliz con que se llevaran las cosas, aunque fueran inicualemente tasadas. Saben los compradores muy

bien aprovecharse de estas situaciones y explotarlas. Cuanto antes quería yo acabar con aquella aprensión de todo el mundo. Con las consideraciones y las habladurías.

«Bueno, que desaparezca todo, que no quede nada», me decía.

Pero siempre queda algo, no es posible desprenderse de todo, por muy espléndido que uno quiera mostrarse, por muy negociantes que sean los compradores y por muy avariciosos que sean los parientes.

Si de mí hubiera dependido hubiera puesto precio hasta al pueblo, habría vendido a Hécuba, con sus habitantes, con sus comadres, y, sobre todo, con mis parientes.

Desde que tengo uso de razón no he hecho más que presenciar o intervenir en ventas. La «casita» del castillo, el olivar en la carretera de Pinilla, las viñas en el camino de Trinquete, la bodega de frente a la estación... Siempre lo mismo, siempre recibiendo dinero a costa de entregar lo más querido.

De todos modos, creo que acerté. Si me hubiera puesto a discutir los precios y hubiera tenido que pagar la falsa piedad de los vecinos, todavía estaría haciendo regalos. Por lo menos, aquí estoy. Era necesario salir cuanto antes de aquella almoneda. Aunque no fuera posible comenzar otra vida, era preciso alejarse de aquélla, que no era más que cenizas. Y ahora a esperar. A esperar con la mayor cantidad posible de disimulo. Naturalmente, yo no fui tan tonto como para venirme vestido de luto y repartiendo recordatorios. Nada de eso. Cuantos menos testigos, mejor. Y con la vida que me doy nadie puede sospechar lo que pasa. Lo peor es el dinero. Un año y ya van treinta mil. Claro que queda «El Tinajero», aunque tenga encima algo más gordo que la hipoteca. Y después de todo, ¿necesitaré dinero para mucho tiempo? No lo creo, por muy bien que vengan las cosas.

—¿Qué desea, señor? —me preguntó en la barra de «Chicote» un camarero muy moreno, que tiene lo menos cuatro dientes de oro.

—Coñac con seltz.

También queda la casa principal; había que cerrarla después de lo ocurrido. Y la cerré. Es lo último que me queda allí. Por cierto que si el desenlace se prolonga habrá que dársela a los corredores. Antes, por supuesto, que «El Tinajero». No faltará quien la compre, aunque tengan que tirarla. Tirarla del todo no creo; pero habrá que hacer muchas chapucerías.

Montarle campamento a una enfermedad de este género es más costoso de lo que la gente cree. Hay que ir levantando tienda tras tienda y esto es la ruina, más ruina que si al iniciarse el primer caso se echara mano resueltamente a todo el patrimonio. Pero luego, el desenlace es el mismo.

«Chicote» estaba lleno de extranjeros y muchachas con tirantes, unas con trajes blancos y otras con trajes negros, casi todas muy tostaditas. No sé cómo no se constipan cien veces estas pobres muchachas nocturnas. Difícil oficio. He pensado cuántos de los que estábamos allí habríamos entrado solamente a tomar un trago o simplemente por echar un vistazo. Yo el primero.

—¿Limpia?

—Sí, pero crema solamente.

Y allí estaba yo echando el humo del cigarrillo hacia el techo con gran ímpetu. Nadie que me viera podría suponer que mis proyectos en Madrid son bien limitados.

Pero es verdad que estas noches lluviosas ponen a los hombres románticos. Luego, es natural, los romanticismos acaban todos en el mismo sitio. Ellas lo saben y por eso están ahí haciendo comedia, haciendo como que esta lluvia tibia y fina las enerva. Es su oficio.

—¡Desaborío! —me dijo una gorda de carnes blancas como la leche al pasar junto a mí.

Era inútil intentar nada conmigo. Algunas veces me ayuda a contenerme el pensar que no puede ser nada bueno para la salud. Otras, al revés, basta que piense que me perjudica, para que lo haga. Por si acaso, me fui a la calle.

Volví a subir por la Gran Vía. ¡Qué difícil es en Madrid encontrarse por la noche un perro vagabundo arrimado a una farola! Creo que si encontrara a un perro perdido me sentiría acompañado. Hice muy bien en venirme aquí. No es sólo un nuevo clima, un ambiente distinto. Es también, después de todo, cambio de cuarto, de cama, de sábanas y de cabeceras. Y tenía que hacerlo para que, al menos, por mí no quedara.

Ya sé que será igual. Suponiendo que tarde la visita que tiene que llegar, al fin me localizará en el torreón de la Gran Vía. Pero mis vecinos se quedarán sin espectáculo. Muy seguros, esperaban ya la repetición de la escena.

—¿Lo ves? Igual, igualico...

Pero no habrá fiesta esta vez. Claro que bien sé yo los comentarios que se hicieron al verme salir.

—Querrá divertirse un poco antes de estirar la pata.

—¡Hum! No habrá cuerda para mucho. Ya veréis lo que tarda en dar el reventón.

—Éste resistirá menos que ninguno.

—Es cierto. Siempre ha sido tan esmirriado...

Y aquí estoy yo, Gran Vía arriba, Gran Vía abajo, sacudiendo mi pena con el plumero fino de la lluvia.

En la esquina de Hortaleza hay una zapatería. Entre zapato y zapato queda un pedazo de espejo. ¿Qué dirían si alguien me hubiera visto? Allí estuve un rato estudiándome la cara. Creo que la tengo más de loco que de enfermo, más de hombre bueno y triste que de vicioso y decadente. Al diablo los ochenta, los sesenta, y si me apuran, los cuarenta años. No consiste la vida en llevar una cuenta de años sin equivocarse. Lo que interesa es vivir, pensaba yo, y a todo esto seguía mirándome en el espejo. Y se puede vivir mucho en poco tiempo. ¿Quién puede decir que ha vivido más porque ha vivido más años? Yo he terminado. Hay quien acaba antes, como hay quien come de prisa y quien come despacio. Yo vivo, luego existo. Existo, luego pienso que existo. Pienso que existo, luego existo. Existo, éxito, exitus... y lancé una carcajada tremenda.

Cuando volví la cabeza, el sereno me estaba mirando con una sonrisa socarrona.

Había pensado, seguramente:

—Los hay majaretas.

Una muchacha con impermeable amarillo y sombrilla verde, también me miraba desde el resplandor de una farola. Eché a andar por la acera, caminando muy recto, sin desviarme de una fila de losetas. Quería que vieran bien que se habían equivocado y que yo era muy dueño de mis pasos.

Entorné los ojos mientras caminaba para sentir así el bullicio nocturno convertido en zumbido. Tuve la sensación de estar metido en una gran gusanera donde una vida viscosa, de millones de abdómenes retorciéndose, producían aquel sordo y casi pegajoso rumor. ¿Cuántos gusanos?... y gusanazos. Gusanitos blandos que comen hierba y escupen hilos de seda. Se encierran en un capullo, hasta que mueren, y sale volando una mariposa blanca. Pero hay otras clases de gusanos. Los que están metidos dentro de la madera o de las ropas, trabajando pacientemente en su destrucción. Son como sabios o como políticos, gusanos duros que mastican el aserrín y devoran la lana que pica en la lengua. Están también los gusanos gordos, de vientres blancuzcos y rollizos que se esconden debajo de las piedras y se rebullen incómodos bajo la luz y el aire; son los estraperlistas y los vividores. Están los gusanillos de luz, medio dormidos entre la hierba húmeda, haciéndose pasar por estrellas caídas o por chispas de luz inmortal; éstos son los poetas y los visionarios, nocturnos gusanillos, que se creen tener luz propia. ¿Y ellas? Ellas son más bien como hormiguitas, siempre con el bolso bajo el brazo, queriendo recoger cosas, queriendo guardar siempre algo para el día de mañana, una moneda, un poco de ternura, un poco de calor... Claro, es que ellas sienten frío si están solas, y nosotros sentimos fuego si estamos solos, y por eso...

Un taxi que salía de la calle Chinchilla a toda marcha tuvo que dar un frenazo estrepitoso. Muy poco faltó para que me cogiera. Y toda la Gran Vía se llenó de ojos que me miraban. Pero no había pasado nada. Siguieron caminando.

—¿Va bobo o qué le pasa? —el taxista asomó la cabeza y me gritaba como un energúmeno.

Tendría gracia que me hubiese apisonado este taxi viejo. Me reía de sólo pensarlo. No soy partidario de composturas y remiendos en el tambor. Por eso no voy al médico. Mientras respire bien está. Mientras suene el tambor hay vida. Pero si este taxista no hubiera frenado a tiempo, ahora estaría yo en una clínica de urgencia. Y si el doctor era listo, seguramente dictaminaría:

—Lo de menos es la fractura.

Comenzó a llover mucho más fuerte. No era cosa de calarse y me metí en el «Club Avenida». En este bar parece, al principio, que todo el mundo se conoce, que todos allí son grandes amigos y están en familia; pero pronto se da uno cuenta de que no es así. Me coloco en la barra, saco unas cuartillas y empiezo a garrapatear algo en ellas. No sé lo que quiero escribir. No quiero escribir nada; pero lo único que quiero es que crean que escribo algo muy importante. Sin darme cuenta, escribí:

## *Cara al sol con la...*

Pero debajo, en seguida, sin darme cuenta:

### *Arriba parias de la tierra...*

Distraído, hice con el papel una bola y la tiré al suelo. Después me acordé de aquello de la taberna triste: *Prohibido hablar de política y cantar flamenco*. Me levanté, cogí el papel disimuladamente y lo fui rompiendo en pequeños pedacitos. En seguida me doy cuenta de que tres muchachos, uno con camisa amarilla y otro con un impermeable color miel, me están mirando demasiado solícitos y lánguidos. Esta clase de hombres me hace temblar. Me vuelvo hacia el mostrador, pido coñac, lo tomo, pago y salgo.

Sigo por la Gran Vía.

—¡Qué vidorra te pegas! —oí decir a mi lado, al mismo tiempo que me daban una palmada en el hombro. Era Ramón, un asturiano medio perturbado que está colocado en el INI. Todas las noches se pasa dos o tres horas dando vueltas por la Gran Vía. De la guerra, donde estuvo como teniente de Regulares, le han quedado en la cabeza pedacitos de metralla.

Charlamos un minuto. Vio que yo no tenía ganas de hablar y me dejó después de darme más palmaditas en el hombro.

Seguía lloviznando y el aire y la tierra parecían salpicados de luna roja, espolvoreados de una inmensa luna que se hubiese disuelto en vapor, gotas y luces irreales. Por los bordes del arroyo circulaba la luna como la sangre por los canalillos de un madero. Cada farol y cada luz eran como cuchillos en alto sobre los arroyuelos sanguinolentos.

Los vendedores de periódicos, con sus gorros y sus capotes de cuero, eran como marineros que anduviesen de acá para allá por el puerto, preparando la salida para la pesca del bacalao. Alcé los ojos a mi torreón. Los visillos del ventanal tremolaban como pañuelos familiares cuando uno, inocente de todo, se va a la guerra o se lo lleva la policía hacia una injusta prisión. Parado en medio de la acera, no sabía si subir o quedarme en la calle y seguir deambulando sin objeto ni sentido. «Si subo, ya sé lo que va a pasar. Que querré dormir y no podré». No sé por qué me parece que será de esas noches que me cuesta sudores dormirme. Estaré levantándome a cada momento y necesitaré mirarme al espejo. Me tomaré el pulso cada cinco minutos. Sentiré palpitations, sentiré mareos. No, tengo que seguir por ahí hasta cansarme plenamente. Son las diez y media nada más. Da tiempo a cenar. Sí, tendré que cenar algo, porque tanto coñac a palo seco no puede ser bueno. Luego procuraré llegar tarde y bien rendido.

Eché a andar. En la plaza de Callao tropecé con un niño que me dio un soberbio

pisotón. Noté que me miraba con verdadero terror y salió corriendo. Seguramente lo asusté. Cuando bebo y voy distraído debo de poner una cara espantable. Nunca sabrá el niño lo inofensivo que soy y que le perdoné el pisotón casi enternecido. Pero él se fue huyendo como de un loco y aún se volvía para mirarme como temeroso de que le persiguiera.

—¿Cómo lo habré mirado?...

Seguramente me vio hablar solo. Sí, iba hablando solo. ¿Y qué? Esto de la salud no hay quien lo entienda. A lo mejor se está uno una temporada haciendo mucho reposo, durmiendo diez horas diarias, sobrealimentándose, no haciendo excesos y al final se encuentra uno como el tricornio de un guardia civil sacado del río. Luego, se dedica uno a hacer el loco, bebe, apenas descansa, hace toda clase de locuras y se pone como un toro. La salud es un misterio, a mí que no me digan. ¿Y cuando a uno le da por pesarse cada quince días y por comprar vitaminas de todas las letras? Hay muchos que se ilusionan con esto de las vitaminas. Y ya no se diga las inyecciones. Y todo para acabar lo mismo, para acabar como tiene que ser. Para eso yo me río de las vitaminas. ¿Y no me sentía yo anoche tan fuerte como cualquiera? Claro, era el coñac. El coñac era el que me hacía hablar, el que me daba cuerda. El coñac es, además, un buen profesor de lógica. Da lógica de torero o de diplomático. El vino da otra clase de lógica, lógica de guardia o de taxista. El vino es bueno, pero tiene que ser con pan y chorizo. Lo cierto es que un vasito de vino deja un sedimento de sabiduría. Pero una copa de coñac alumbra el cerebro. Yo mismo anoche me sentía capaz de echar discursos y hasta me cruzaban por la mente pensamientos profundos o me forjaba ensueños prodigiosos. Yo mismo me asombro de las reservas de energía y de esperanza de que dispone el hombre, aunque se trate de un hombre tan concluso y acabado como yo.

Al llegar a la calle Silva me acerqué a un cabaret que hay allí, donde una muchacha triste cantaba acompañada de un violín que tocaba, al fondo, un tipo pálido, con gruesas gafas. Me acerqué a la barra y me quedé mirando a la pobre chica. Cantaba como una gata cuando le pisan el rabo. Como notó mis miradas, puso sus ojos lánguidos en los míos. Me miraba como una perra herida, cogida en una trampa o apaleada. Me dio demasiada pena y salí sin tomar nada. Muchas veces hago esto y en algunos sitios ya me conocen y sé que me tienen por policía.

Atravesé la calle y volví por la acera de enfrente. Sentía hambre, más que hambre un gran vacío en el estómago. Seguí andando, no tenía ganas de meterme en ningún sitio. Sólo pensar en la comida, por otra parte, me daba náuseas.

Los charcos formados en el asfalto parecían crepitar como las zarzamoras que arden de noche al borde de los senderos. Me gusta meter los pies en estos charcos como si fueran zarzas bíblicas y el sumergirse en esta agua recién caída del cielo fuera algo así como bautizarse de todas las vergüenzas y oprobios actuales. La lluvia lo mismo acucia a los hombres hacia el calor de las mujeres que los limpia e inunda de inocencia.

Dos muchachos vestidos de smoking corrían buscando un taxi. Uno era muy alto y rubio y el otro bajo y gordito. Al alto se le cayó el pañuelo blanco, de seda, en el barro. Soltó una palabrota.

En noches así la Gran Vía me sugiere imágenes fluviales o marinas. La calle es como una gran canal iluminado. Los coches navegan de acá para allá, silenciosos y flamantes. El asfalto brilla como un pequeño mar. Algunos escaparates parecen barcos de recreo, clubs marítimos o abigarrados muelles.

¿Por qué yo anoche tendría aquellas ganas de beber? Sólo quería beber. Ahora ya sé de qué procedía todo. Fue la carta de Hécula, de mis primas: «cuídate mucho»... Eso fue. En Hécula no saben decir otra cosa. Pero a Hécula yo se la pegué buena. Algún día lo revelaré todo. Me da miedo escribirlo, pero algún día tengo que contarlo. Todavía la última vez que salí en el autovía que va a Ciriza, desde la ventanilla, al ver el cementerio, solté la carcajada. El sol fundía sus primeros resplandores sobre los blancos y azules de la redonda cúpula de la iglesia Nueva. El castillo apenas se divisaba. Pero mientras las tapias del cementerio y sus esbeltos y bien alineados cipreses giraban al paso del autovía, yo estaba a punto de gritar: «¡Heculanos, estáis en un grave error!». Temí que los viajeros notaran algo en mi expresión, y juré que nunca nadie sabría nada, que yo nunca lo diría, al menos. Si se me ocurriera contárselo, por ejemplo, a mi vecino de asiento, ¿qué pasaría? Puede que tocase el timbre de alarma y me hiciesen llevar, quién sabe, ante el cura o ante el juez. Pero me guardé de hacer confidencias. Si algún día se descubre la cosa por sí sola, que puede ser muy bien, yo ya me habré despedido de este mundo. En cierto modo, yo me he reído de Hécula, de sus entierros, de sus comitivas. Si se enteraran, no me lo perdonarían nunca. Pero por mí no lo sabrán y en cuanto a ellos, a los míos, mis muertos, tampoco pueden decir nada.

Cuando me he decidido a venirme, recuerdo que sentía cierto temor y mucho hastío. Pensaba: «¿Por qué no estallará otra guerra? Muy difícil sería que de otra me salvase. Todo me lo darían hecho y, por lo menos, en tiempos de grandes calamidades, de asesinatos y bombardeos, sería ridículo pensar en hacer gárgaras, en tomarse el pulso y mirarse al espejo». Con todo, yo creo que no estoy aún tan extenuado como parece. Quizá por dentro me consume ya la llama devastadora; pero fuera, mi cuerpo está todavía tenso y aún resistente. Hay que ver la nochecita de ayer. Estuve andando como si me hubieran dado cuerda y no pudiese parar. Acaso la solución esté en esto, pensaba, en andar, andar, andar sin detenerme. Echarme a la carretera y a los caminos y comenzar una nueva vida. Es posible que las posadas, los pórticos de las iglesias, los puentes sobre los ríos, los árboles, el pan y el vino tomados entre carreteros, gitanos y vagabundos, me devolvieran el ansia de vivir. Porque probablemente lo que a mí me está agotando es este aburrimiento de animal lisiado, este cansancio maligno que se ha apoderado de mis pulsos.

—¡Hola, Eduardín! ¿Qué haces a estas horas?...

Confieso que casi me eché a temblar. Un teniente de la Policía Armada me estaba

zarandeando afectuosa pero rudamente entre sus brazos. Me sujetaba con una mano y con la otra me daba fuertes palmadas; luego cambió de mano y a todo esto yo le dejaba hacer sin poder evitarlo.

Se había equivocado y no sabía volverse atrás. A la fuerza quería que yo fuese Eduardín. Me habló de la Academia, del frente de Pozuelo y de Rosarito. La sonrisa con que yo le miraba debía de expresar una mezcla de espanto y estupidez.

—Pues... perdone, me colé, pero es todo Eduardín, un compañero de la guerra — dijo, por fin.

—No hay nada que perdonar, amigo —y puse cara de resignación.

En realidad, en aquel momento, casi sentí no ser Eduardín. ¿Cómo sería Eduardín? Probablemente un tipo enjuto, como yo, pero fuerte como un roble. Todavía el teniente volvía la cabeza y se quedaba mirándome, como si temiera que el propio Eduardín le estuviese gastando una broma.

Seguí andando. Lo peor en la vida siempre es pararse. Mientras pueda echar un pie delante del otro, estoy salvado. Andando siempre se debe llegar hasta el final. Bajé por la calle Chinchilla, que estaba solitaria y silenciosa. Solamente las gotas que caían de las canaleras perturbaban gratamente aquella paz. En un portal había una pareja. Cuando me vieron comenzaron a rebullirse; él le abrochaba rápidamente el botón alto de la blusita azul brillante.

De pronto me invadió una sensación extraña de mareo y de cansancio. Sentí una flojedad que amenazaba con tumbarme redondo como un soldadito de plomo. Al mismo tiempo, un vigor trepidante me impulsaba a correr y salir de entre la soledad de las paredes de la calle, como si temiera que fuesen a derrumbarse sobre mí. No eran, seguramente, síntomas de extenuación total, sino una mezcla extraña de prisas y desmayos, de voluntad y desfallecimiento.

«Nada de pararte, amigo» —me decía yo muy serio.

Me parecía que si me paraba estaba perdido. Varias veces estuve a punto de echar a correr. Aquella calle me daba angustia. Me salí de la acera y caminaba deprisa por el centro. Por fin, llegué a la plaza del Carmen, que estaba casi desierta. Sólo se movían allí la sombra de un guardia que charlaba con una revendedora de tabaco rubio y dos taxistas que daban al unísono con sus zapatones en el piso del vestíbulo del teatro como si tuvieran mucho frío.

Me acordé de que no había cenado. Iba a entrar en casa «Valentín» a tomar un par de huevos fritos con jamón, pero tan pronto puse los pies dentro de la tasca, comprendí que no podía ser, que no podía pararme. Sentía necesidad absoluta de seguir andando. Como si el dejar de mover los pies pudiera ser el comienzo de la postración total. Un temblorcillo interno me invadía, como esa impaciencia que nos entra en la sala de espera de un quirófano. Este temblorcillo me hacía medir rítmicamente mis pasos. Era para mí muy importante en aquel momento que el corazón se diese perfecta cuenta del esfuerzo que hacían mis músculos y mis nervios. Después, llegué a más, llegué a imponerme minutos de resistencia.

—Tienes que llegar a Sol, por lo menos.

Después me marcaba la carrera de San Jerónimo, después la calle Zorrilla, y así iba burlando mi miedo, sacando moral de los pequeños éxitos y distribuyendo mentalmente las distancias que tendría que recorrer aún para volver a casa. Toda mi cabeza se hizo un plano del centro de Madrid, estirado y matemático, con flechas rojas, con trayectos y números, como los que hay en las paredes del metro.

Yo creo que así me distraje y cesó aquella tensión absurda que me impulsaba a andar como un autómeta. El caso es que de pronto me encontré con el letrero iluminado de Gambrinus, un restaurante caro donde van muchos extranjeros. Seguía lloviendo. Llevaba las mangas y los hombros empapados. Entré en Gambrinus.

—¿Aquí, señor, o dentro? —vino un camarero solícito.

Sin contestarle, me dirigí a una mesa que estaba junto a la ventana.

—¿Blanco o tinto? —y me alargó la carta.

—Cerveza.

La gente va a estos restaurantes como se va a los toros, a sacarle el mayor rendimiento posible al precio de los platos. Tanto españoles como extranjeros, en estos sitios comen con voracidad animal.

—Primero angulas y después pato a la crema —decía una señora con aspecto de ballena que saliese un rato del agua a ver si era verdad lo que en las grutas marinas le contaron del pecado de la gula.

El camarero iba y venía sin hacerme, de momento, caso. Pero yo empezaba a sentirme bien con el calorcillo que me brindaban mis ropas empapadas. Los transeúntes que pasaban con paraguas me parecían desenterrados que volviesen del cementerio tapándose las caras de resucitados y encubriendo su vergüenza y su confusión.

En la mesa de al lado el camarero charlaba en inglés con un cliente. Creo que comentaban las excelencias de un plato de la casa. El camarero hablaba inglés como si tuviera una tachuela entre los labios.

En esto entró al restaurante una pareja que me llamó mucho la atención. Él era un señor más bien bajito con un gran lunar rubio hacía el carrillo izquierdo, un lunar casi del tamaño de un duro. Con toda seguridad era extranjero. Ella era estupenda, y hasta, a primera vista, podía pasar por una parisina elegante. Pero en cuanto la miré, me di cuenta de que era una mujer de la vida, ni más ni menos. Seguramente era de Lavapiés, una de ésas que salen un poco listas y saben arreglarse para dar el pego. Iba vestida, eso sí, con una gran sencillez.

«Le va a sacar los cuartos al del lunar», pensé. Él era un italiano hablador y optimista, pero ella le hacía muy poco caso, al parecer. Me di a mirarla con asombro que no tenía que fingir, porque realmente era una preciosidad de mujer. Tampoco me costaba mucho la sonrisa triste y el gesto dolorido con que me prendí de sus ojos.

Así comenzó todo, como una broma, como un juego más. ¿Quién me iba a decir que terminaría como terminó? Cuando quise darme cuenta estaba completamente

sugestionado. Todo el comedor creo que estaba pendiente de mi terquedad. Nos miraban a los dos y estoy seguro de que pensaron todos que nos conocíamos y que intentábamos, sin conseguirlo, disimular unas anteriores relaciones. Era lo único que se podía pensar. Ella estaba más discreta, pero no evitaba, ni mucho menos, mi contemplación. Su actitud, unas veces, podía considerarse de lánguido desvío; otras, de sentimental nostalgia. Sus preciosísimos ojos, unas veces me examinaban con curiosidad y otras me alentaban hasta el frenesí. El italiano movió la silla dos o tres veces intentando dificultar aquellas miradas, vagas pero inefables.

«¿Estaré haciendo el ridículo?» —me preguntaba de cuando en cuando.

Pero no. Ella no me perdía de vista y a veces la muy lagartona, hasta parecía dedicarme las sonrisas y los mimos que de cuando en cuando prodigaba a su italiano. Cuando hablaba parecía una niña pequeña, y sin embargo, yo adivinaba en ella profundos sentimientos de ternura.

Hubo un momento en que se quedó pensativa, quieta como una estatua, etérea como una nube, vaga como una melodía. Yo la tenía cercada con mis ojos y ella no se movía. Esta sensibilidad para mis ansias acabó de trastornarme. No se me ocurrió dudar de que fuera una prostituta, pero era en todo caso una triste prostituta que se propusiera representar un papel romántico. Era, sin duda, una perdida como otra cualquiera, pero de su figura no emanaba ni la sucia provocación animal ni el bochorno mercantil. Cuando se quedaba ensimismada, tan pálida, de una escalofriante hermosura corporal, parecía añorar patéticamente otra vida.

No llevaba sortijas ni pendientes. Su pelo era como la miel derramada de un panal. Comía pulcramente y toda su actitud era de mimo y de nostalgia. Cuando dejaba vagar sus lentos ojos por el comedor y poco a poco, estudiadamente, los veía acercarse a mí, no me sentía con fuerzas para resistir el encuentro y quedarme en mi sitio. Instintivamente me esforzaba en pensar cosas lejanas y bellas. Pensaba en las aguas frescas que guardaban los pozos rodeados de nieve, pensaba en las torres altas donde se posa la paloma del campo que descubre la ciudad. Pensaba también que ella debía de ser cara, que tendría un piso amueblado donde recibiría a los habituales de cualquier cabaret o salón lujoso. Sin embargo, lo que a mí me atraía en ella era su encanto misterioso. Necesitaba, por ejemplo, que me dijera lo que había estado pensando mientras nos mirábamos. No sé por qué desde el principio me pareció que esta mujer guardaba para mí una revelación decisiva. Sin embargo, desde su aparición lo que yo anhelaba y temía de ella era que llegásemos a hablar.

Pero era un deseo y un temor absurdos. Allí estaba el italiano, al que de cuando en cuando le caían de la barbilla al plato los *spaghetti*. Allí estaba, además, mi cartera, que no permitiría ni siquiera hacer una tentativa. «Me habrá tomado por un chiflado», pensé. Y este pensamiento me tranquilizó un poco.

Cené con verdadero apetito y me sentí capaz de las mayores aventuras. A lo mejor sólo es enfermo el que quiere serlo. A veces la dolencia se cobija en el cerebro o en el espíritu antes y más que en el cuerpo. A los lados de la ventana hay unas franjas de

espejos. Me miré y me examiné con reflexiva atención. Primero me descorazonó mi aspecto y pensé que sí, que estaba clarísimo, aunque hubiera cenado con apetito y la cerveza me hubiese sentado bien. Pero al poco rato me preguntaba por qué había de ser así, que quizá no era verdad y yo estaba tan sano como cualquiera. La verdad es que cuando pienso esto último la preocupación y el desasosiego que me entran son mucho mayores. No puede ser. Las cosas llevan su camino, un camino fatal e irremediable. Recordé una frase evangélica (¿por qué?): *El que quiere salvar su vida, la perderá.*

Una mujer que pasaba por la calle vendiendo lotería empezó a toser delante de la ventana. Esta tos me descompuso porque la conozco al vuelo. Sé muy bien cuándo es de un simple catarro o cuándo es de algo más hondo y más grave. De cien casos no me equivocaría ni en diez.

El italiano encendió un puro pequeño y ella un cigarrillo rubio. La primera bocanada de humo le salió por la nariz con un movimiento de sus aletas que me llenó de emoción. Me miraba ahora con cierto deje de ironía, como si conociera muy bien los ocultos pensamientos míos. La sola idea de que pudiera sospecharlos me sublevaba.

La piel de su escote me hacía pensar en las frutas bajo el rocío del alba. Sus hombros y su cuello me parecieron los de una bailarina y yo pensé que sus pulmones tenían que ser como una fría lámpara de alabastro colgada de un hilo invisible.

El italiano dio una brusca arrancada y se levantó. Se veía que se esforzaba por no mirarme pero procuró interponerse entre Elvira y yo mientras salían. Ella se reía. Yo, descaradamente, la seguí hasta la calle con mis miradas que querían ser de esperanza y de cinismo. Montaron en un *Fiat* descapotable que sólo verlo constipaba. El italiano, furioso y serio, puso en marcha el motor. Yo pagué la cuenta y salí.

No puedo decir ahora si en aquel momento deseaba volver a encontrarme con Elvira o si me sentí liberado con perderla de vista. Eché a andar bajo la llovizna. Hay mujeres que sea cual sea su género de vida inspiran escenas románticas. Elvira es una de ellas. Sin embargo, pocas hay que después de haberlas desnudado sigan ofreciendo ese encanto indescifrable. Pero Elvira es un caso aparte.

Por la calle Zorrilla arriba llegué otra vez a la Puerta del Sol. Andar despacio bajo la lluvia cuando los demás corren o se esconden, es un gran placer. Empezaba a ser la hora de los noctámbulos. Madrid, a esta hora, es como un gran parque zoológico donde se han dejado en libertad los animales inofensivos. Los bestiales, los carnívoros, los temibles, están escondidos en sus guaridas. Están allí royendo sus crímenes, masticando sus injusticias. Los que caminan por las calles o van de aquí para allá, de bar en cabaret, son tipos ingenuos que todavía creen que el pecado es una cosa fácil. Y pecar es más complicado de lo que parece. Para pecar como Dios manda (perdón, como Dios condena) es preciso haber perdido la fe en muchas cosas. Pero los noctámbulos son unos seres cándidos que conservan intactas muchas ilusiones y que desde luego son capaces de proteger a una cerillera y de creer a pie

juntillas que cien pesetas o trescientas no es precio de ningún modo justo para pagar unas palabras o unos besos. El pecado gordo se esconde bajo techo y no es nunca un exceso espontáneo sino un cálculo hermético y egoísta.

Subí por la calle de la Montera. ¿Qué podía hacer la gente mirando a estas horas los escaparates? Distraídamente me paro como ellos y contemplo embobado sombreros de señora, relojes, productos de perfumería y bisutería variada y charra. Lo miro todo absorto y meditabundo. Cualquiera creerá que echo cuentas y que soy un aspirante a marido o un amante pródigo. Nadie, seguro, sospecha que estoy en Madrid sólo para evitar que un heculano caritativo hiciera imprimir el último recordatorio de la familia.

—Señorito, un trece mil; le doy la suerte, señorito —y me puso el décimo delante de las narices.

Desemboqué en la Gran Vía otra vez. Sentía unas ganas enormes de tenderme y descansar. Sin embargo no tenía ninguna prisa por subir al torreón. En noches así, aunque me esté cayendo de cansancio, mi cuarto no me atrae nada. El torreón me hace pensar en esos agujeros donde los animales acosados se esconden para lamerse las heridas.

La lluvia era cada vez más suave y menuda y el asfalto tenía algo de prado de hierba fina. Los adoquines bajo el lívido resplandor de las luces se hacían casi transparentes como trozos de hielo o fosforecían como piedras fabulosas.

Estaba decidido a retirarme. Pensaba que podía poner la radio y que en seguida me quedaría como un tronco. Buscaba al sereno dando vueltas, resignado e indeciso. Me acerqué hasta «Pasapoga». Guapas hembras entraban de dos en dos o de tres en tres, como si se dirigiesen a una especie de novena pagana. Estas mujeres nocturnas son unas pedantes terribles. Se empeñan en hacernos creer que lo pasan muy bien y que no serían más felices dando al pedal de una máquina de coser o arrullando un rosado bebé. Lo que están todas es un poco locas. Las pobres bajaban de los taxis simulando ganas de jolgorio y los hombres que las acompañaban parecían darse cuenta del ridículo pero también reían forzosamente y hasta se frotaban las manos. Los taxistas miraban a unos y a otras con indiferencia y sorna, calculando todo lo más si ellas serían desnudas tan bonitas como lo parecían vestidas y si ellos llevarían bastantes billetes en la cartera para que la juerga pudiera proseguir hasta muy tarde.

Continuaba aburrido mi ronda en busca del sereno cuando vi pararse en la calzada el *Fiat* de marras. Bajó ella muy solemne con una chaquetilla de armiño entre los hombros, haciéndose la dama importante. El italiano, muy reverencioso, descendió del coche, dejando la portezuela de par en par. La acompañó hasta las escaleras y luego salió dando saltitos y se metió en el *Fiat*.

«De perdidos al río», me dije, y saqué mi entrada.

Bajé las escaleras poniendo cara de hombre que no tiene encima ninguna tribulación. Procuré pisar seguro e indiferente. Este descenso de «Pasapoga» me recuerda siempre, no sé por qué, la bajada al panteón de los Reyes de El Escorial.

Tiene este recinto de mármoles y espejos, de dorados y cristales, algo de mausoleo lujoso. Hay que tener mucho aplomo para que ellas no piensen que uno es un cándido palomino caído del nido. Con la entrada hecha una bolita en la mano, me fui derecho a la barra y me encaramé en un taburete.

Muy pronto descubrí a Elvira. Estaba sentada, muy tiesa, fumando en una larga boquilla. La contemplé a mi gusto. Poseía, indudablemente, así, quieta, una majestuosa placidez de estatua melancólica. No parecía una más entre las que allí bebían, fumaban y chistaban a los hombres. Lo que me atraía de ella eran, precisamente, los contrastes que sabía dar a su figura, llena de gracia y de remilgo cuando hablaba y se movía, y de una impasividad de mármol nostálgico cuando se quedaba quieta, como ahora.

Estaba muy alejada de la pista y la vi rechazar a varios solicitantes. ¿Por qué se excusaba? Un vejete de cuello grueso y gafas de concha le ofreció cigarrillos y le mandó a la florista cargada de muñecas para que eligiera una. Comencé a inquietarme. Yo no podía competir con la esplendidez de estos vejetes en cuya cartera se mezclaban los billetes gordos con las fotografías de sus nietecitos.

Pero yo había logrado ya que se apercibiera de mi presencia y de que no la perdía de vista. Me parecía que los dos flotábamos en una atmósfera estelar o submarina. Sus miradas tenían para mí cada vez más la quieta fosforescencia de las flores inasibles que hay en el fondo de los lagos. Vibraban dentro de mí sus ojos como los destellos de esas monedas de plata que hacemos sumergir despacio en la paz de un estanque cualquier noche de luna.

Me aparté de la barra y elegí un sitio estratégico frente a ella. Pedí un coñac con seltz, saqué un papel y me puse a hacer garabatos y a escribir palabras sueltas: «seso», «sexo», «sensus»... Luego encerraba cada una de estas palabras en orlas y círculos. Algunas de las colegas de Elvira me miraban y se reían. Una hizo ademán de barrenarse las sienes con mucha gracia.

Se apagaron las luces y apareció en la pista una bailarina negra. Yo no la veía, pero oía muy bien los comentarios que suscitaba su cuerpo. Debía de despedir aquella mujer un fluido magnético porque todo el salón estaba trepidante. La música cobraba por momentos un desenfreno bárbaro. Me levanté para ver a la bailarina. El cuerpo de la negra dentro del círculo iluminado era como un gusano cercado por el fuego que se retorciere frenético y desesperado.

Me senté con indiferencia. Quería que Elvira notase que yo permanecía frío. Pero nuestra comunicación telepática continuaba más fuerte aún en la oscuridad. Yo empezaba a preguntarme cómo terminaríamos. Cuando se encendió la luz, ella sacó de su bolsito negro una polvera y comenzó a pasarse por la nariz y las mejillas una de esas borlas de plumón. Después se levantó y se dirigió al lavabo. Al pasar me sonrió demasiado expresiva. Ella sabía ya entonces mucho mejor que yo que acabaríamos juntos. «¿Será posible que me decida?», me preguntaba yo inocente. Otras veces me ponía a calcular el dinero que llevaría en la cartera. No quería sacarla

y mirarlo.

Las parejas más tempranas iban abandonando el salón. Ella tardaba y me impacienté. Me levanté y comencé a dar vueltas por entre las mesas. Me acerqué a la pista y al bar. ¿Había desaparecido? De pronto la vi acercárseme.

—Tome —me dijo—, se lo dejó en la mesa y puede perderlo.

Murmuré unas palabras de agradecimiento.

—Me figuré que podía ser un recuerdo...

—Lo es, lo es.

Desde luego, perder el mechero hubiera sido para mí un gran disgusto. Pero en aquel momento yo estaba como atontado, sólo atento a que ella no se me escapase.

Me puso la chaquetilla de armiño en las manos y se la eché sobre los hombros. Cuanto más lo pienso más extraña me parece la naturalidad con que se resolvió todo, como si tuviera que ser así, como si los dos hubiéramos ido allí sólo para encontrarnos y salir juntos.

En la Gran Vía parecía como si se hubieran abierto los escaparates de las tiendas de lujo y los maniqués, con sus abrigos de pieles, sus joyas, sus plumas, se hubiesen animado y se metieran en los flamantes coches, camino de «Villa Rosa», «Villa Romana» y otros lugares por el estilo.

—¿Me va a permitir que la acompañe?

—Si es bueno, sí.

—Yo siempre soy bueno. ¿Es que no tengo cara de bueno?

—No es suficiente.

—¿Se refiere al dinero?

—Me refiero a la formalidad.

Caminábamos por la Gran Vía como unos recién casados. Ella se había colgado mimosamente de mi brazo y oscilábamos por la acera llevados de un caprichoso balanceo. De rato en rato, ella se paraba y me miraba de arriba abajo con una expresión que a mí me parecía mezcla de curiosidad, de piedad y provocación. Desde el primer momento me estaba temiendo aquello que luego me dijo.

—¿Cogemos un taxi? —pidió.

—Bueno.

De pronto me entró un miedo extraño. Todo se había desarrollado con una facilidad que me asustaba. Pensé que hay pasos fatales que nos conducen a los grandes desastres. Suelen comenzar así. Pero ahora, en cambio, era difícil volverse atrás, meterla en un taxi y desaparecer. Hasta le di vueltas en la cabeza a algunas excusas.

—¿Dónde vamos? —pregunté, ya dentro del taxi.

—A Reina Victoria, a mi casa. ¿No te gusta más así?

Su cuerpo empezaba a encender la estopa reseca de mis huesos. ¡Qué mujer enorme esta Elvira!

—¿Estás enfermo? —me preguntó de pronto.

—¿Enfermo yo? ¿Por qué?

—Me lo pareció. Ya en el restaurante pensé que estabas enfermo.

Tenía que preguntarme ella esto. Quizá sólo para que me hiciera esta pregunta estaba yo allí a su lado, en el taxi. Así se comprendía todo.

—Pero, enfermo, ¿de qué? —le pregunté procurando sonreír.

—Enfermo, *simplemente* —y recalcó la palabra con un mohín gracioso.

Así fue cómo me lo dijo. Aún me están resonando sus palabras en los oídos. Yo, por supuesto, no me preocupé de otra cosa que de mantenerme sereno, de disimular y fingir que lo tomaba a broma.

Empezaron sus caricias. Pero yo notaba que me analizaba demasiado y a veces se quedaba pensativa. Quizá le recordaba a otra persona lejana, muerta o viva. Quizá era esto lo que explicaba aquella naturalidad con que se vino a mí en «Pasapoga».

—Eres muy absurdo, ¿no? —me soltó.

—¿Sí? ¿Por qué lo dices?

Estaba visto que yo no podía hacer otra cosa que preguntar por qué ante sus salidas. Tenía como cortada la sangre y taponada la espita de los sentidos.

—Debes de ser, no sé por qué me lo pareces, de éstos que sueltan un rollo de varias horas.

Y me miraba entre divertida y provocadora. Solté una carcajada. ¿Yo, rollos? Creo que empezaba a andar desconcertada conmigo y mi carcajada no le gustó.

—¿Sabes que eres muy bonita?

—¿Sí, de veras? ¿Soy bonita yo?

Le halagaban frases como ésta. Pero a medida que comenzaba mi efusión, ella se volvía más y más concentrada, como si soñase. No había duda de que yo le recordaba a alguien, a alguien muy querido. ¿Alguien que ya no estaba en este mundo? ¿Tendría esto relación con lo mío y por eso...? Casi todas estas mujeres han tenido siempre un novio, o un amante, casi siempre el primero, que les ha dejado a flor de carne y en el fondo del alma ese algo por el cual parecen redimirse de todo lo demás. Sus vidas vacías, hagan lo que hagan, sólo se llenan del hombre recordado. Este recuerdo es casi siempre lo único que alimenta en ellas un rescoldo de espiritualidad y de sentimiento. No siempre, sin embargo, ha de ser un hombre amado; a veces es también un hombre profundamente odiado. El caso es que la mayoría de los besos y de los dolores que estas mujeres nos proporcionan no son más que satisfacciones o venganzas para con el ausente.

La voz de Elvira es fina, pero a veces se quiebra y descubre una ronquera que resulta excitante. Habíamos dejado el taxi y descendíamos por la avenida Reina Victoria. A lo lejos, sobre las sierras ya nevadas, culebreaban repentinos relámpagos. La tormenta que en Madrid se había resuelto en blanda lluvia, teatralizaba con descarga aparatosa sobre el fondo del Guadarrama.

Yo me esperaba aquello:

—Eres igual, exactamente igual —y su voz fue más ronca que hasta entonces.

—¿Igual que qué?

—Igual que él.

—¿Qué quién?

—Que uno.

—¿Y qué le pasa a ese uno?

—A ese uno no le pasa nada, a ése ya le pasó todo lo que tenía que pasarle.

—¿Se murió el pobre? —fingí el tono más zumbón que pude.

No dije nada. No hacía falta. Hay cosas incomprensibles. Yo no puedo comprender cómo no la dejé allí mismo. O cómo no la cogí por sus delicados hombros, cómo no le tiré sus ridículas pieles de armiño y no la sacudí hasta que me pidiera perdón. ¿Pero qué te has creído, so boba?... Igual que tía Ginesa. Las mujeres son unas locas todas. No hacen más que mirar el semblante de uno, que si tienes mala cara, que si tal, que si cual. Se creen las indicadas para cuidarnos o para darnos consejos.

Pues en lugar de darle una buena lección, allí estaba yo haciéndome el humorista.

—Después de cien años, todos calvos, nena.

—Pero no es lo mismo.

—¿Que no estaremos todos calvos dentro de cien años? —y la apretaba contra mi cuerpo como si yo tuviera que consolarla.

—No es eso. Cada uno tiene su hora, y me parece que tú morirás igual que él.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Quién es él?

—Y pronto —añadió.

Yo creo que la voz no me salía muy natural. Ella debía de creer que estaba demasiado impresionado. Y seguía ensimismada, seguramente prendida en el recuerdo de aquel ser que, probablemente, nos había unido desde que nuestras miradas se tropezaron en «Gambrinus».

Debíamos de formar una pareja extraña paseándonos tranquilamente a las dos de la madrugada. Sobre Madrid comenzaba a caer otra clase de lluvia, la lluvia quieta y blanca de la luz de la luna. Pasó un tranvía vacío corriendo y escandalizando como una lata vieja atada a la cola de un perro.

Mi tensión interior era agotadora. Pero no quería cambiar de conversación. Quería, por el contrario, agotar las revelaciones de Elvira. ¿Era algo de mi cara, de mi cuerpo o de mi color lo que la había llevado a aquel convencimiento? ¿O acaso es que la enfermedad despide algún olor especial, alguna ráfaga que sólo pueden notar los olfatos especializados? Y yo creyendo que aquí nadie se enteraba. A lo mejor era tonto haber salido de Hécula.

Oímos unos golpes secos, rítmicos y al poco rato apareció por una esquina un cojo que movía sus dos muletas con matemática precisión. Al vernos se paró en un escaparate de fajas y corsés. A Elvira le dio mucha risa.

—De manera que... tú crees que viviré muy poco.

—Pues eso creo.

—Pero, ¿por qué?

—Porque lo veo, porque lo sé, porque es así.

—De manera que crees que estoy en las últimas.

Quería a toda costa convencerla de que no me habían impresionado lo más mínimo sus palabras. Esto me salvó. Sin que se lo esperase, la apreté contra mí y la besé furiosamente.

—Eres un salvaje.

—No tanto. Me estoy muriendo.

Este arranque mío le gustó. En realidad la agónica ahora parecía ella. Se apoyaba con todo su peso y una gran languidez en mi hombro. Me costaba arrastrarla; pero puse mucho cuidado en no darme por vencido.

—¿Y quién era ése?

—¿Quién era quién?

—Ése que decías antes.

—¿Quieres que te lo diga?

—Te lo estoy preguntando.

—Pues, era un hermano mío.

—¿Y qué le pasó a tu hermano?

Así mismo se lo pregunté. No puedo comprender cómo insistí tanto, cómo me complacía en rondar la revelación final. Quizá estaba seguro de que ella la evitaría tanto como yo mismo.

—No te hagas el loco —me dijo.

—Pero, ¿por qué tengo que hacerme el loco? —y me reía y le daba pellizquitos.

—Pues, ¿quieres que te lo diga?

—Claro que sí —y la besé otra vez.

—Mi hermano era exactamente igual que tú y se murió.

—Como le pasa a cualquiera.

—No; era joven y murió...

No dijo más. Y yo tampoco insistí. Me fingí celoso.

—Ése lo que es que no era tu hermano.

—Era mi hermano. ¿Pues quién crees que era?

—Me estás engañando. Ni se murió, ni nada. Ése es otro a quien yo le romperé la cara.

—No digas barbaridades. No quiero que hables así de mi hermano... que está muerto.

—Mentira.

—Tan verdad como que tú llevas su camino.

—Yo me mataré antes.

—También él lo decía y no se mató. Se murió.

Nos detuvimos ante un bloque inmenso, nuevo, de pisos caros.

—Da dos palmadas —me ordenó.

El sereno ni me miró. Elvira me cogió la mano para ver la propina que le iba a dar.

—¡Ni hablar! —dijo—. Por lo menos, cinco.

El piso de Elvira, como todos los de estas mujeres, estaba arreglado con un lujo triste. Muchas cosas caras, pero ramplonas, brillantes, doradas. Aparte de esto algo profundamente doloroso flotaba en su atmósfera. Quizá la sensación de que todo aquello está allí para adorno de un triste comercio. Quizá también es que estas criaturas no terminan de aclimatarse a su oficio y por eso las paredes de sus casas, como su humanidad desnuda, despiden esa enorme tristeza. Pero Elvira es, a veces, como una niña y uno puede imaginar que acaba de salir del colegio. A lo mejor ni siquiera se llama Elvira.

—No quiero que vayas con ninguna otra, ¿sabes? —me dijo de pronto.

—Confiesa que él no era tu hermano —fue mi respuesta.

—¿Quién iba a ser?

—Sería tu novio.

También yo había acertado, seguramente. Empezó a sollozar con toda su alma. No quería mirarme y tuve que consolarla. ¿Cuántas horas estaríamos juntos? Los dos juntos, corazón con corazón, parecía que nos habíamos querido siempre, que ya siempre tendríamos que querernos.

Acaso lo de Elvira ha sido el banquete que me ofreció la vida antes de recoger los manteles. Yo mismo me preguntaba, ¿será que ella ha comprendido que he empezado a morirme y quiere apagar de una vez, en una sola noche, todas las ansias que podía tener a lo largo de la vida?

No sé si volveré a encontrarme con ella. Por un lado lo deseo. Ella también debe haberse quedado intrigada. Y quizá preocupada. Eso de que conozca mi secreto, no me convence. Y eso que ha sido discreta. Por lo menos no habló de médicos ni de inyecciones, que ya es raro. Por otra parte tampoco aclaró mucho las cosas y procuró no pronunciar ninguna palabra definitiva. Yo, por supuesto, en ningún momento tuve la menor tentación de confiarme.

Pero aquí estoy ahora sufriendo las consecuencias. Debo de llevar escribiendo cerca de las tres horas. Hace tiempo que ha amanecido. La calle se ha llenado de ruido de motores somnolientos y tañido de campanas.

Lo bueno sería que ahora pudiera dormir. Lo necesito. Lo necesito más que nada. Ojalá logre dormirme todo el día.

## Capítulo IV

### El doctor Val y los míos

Me levanté hoy como si no tuviera huesos ni músculos. La felicidad física, al parecer, consiste en sentirse hueco y volador. El aire, por otra parte, tenía casi crepitaciones primaverales. Si no fuera por las llamaradas amarillas de las acacias, me creería en marzo o en abril.

A las doce estaba sentado en una mesita de Rosales. Llegué casi a adormecerme escuchando el jolgorio de los pájaros. Si fijaba los ojos en algo era sólo para ver la entrada y salida de los trenes. Bajan impacientes de la sierra y al llegar al puente se paran un rato como para limpiarse el sudor y echar un trago. Luego siguen más despacio, sabiendo que ya están en casa y ya no hay prisa.

Es asombrosa esta capacidad de éxtasis insensato que se aloja hasta en el hombre más consumido. Uno puede estar tocando con la mano el límite de la libertad o de la propia existencia y entusiasmarse como un bobo con perspectivas lejanas, como si acabara de estrenar la vida o como si le fuera a pertenecer indefinidamente. Medio adormecido en el sillón de paja soñaba con un cómodo butacón plantado en lo alto de una montaña con grandes extensiones de pinos y hasta de nieve, a mis pies. La vida puede ser absurda, pero tiene instantes maravillosos.

Rosales estaba repleto de niños que corrían como cabritillos por los caminos que hay entre el césped, llamándose a gritos y desafiando el chorro de una manga de riego. Creo que estuve allí sentado cerca de dos horas, tranquilo y confiado, como barco de recreo inocentemente atracado en un puerto donde de un momento a otro va a estallar una revolución.

Sentía una felicidad inexplicable, una especie de éxtasis letal. Creo que hasta debí de dormirme un rato y al despertarme quise andar a toda costa y me puse de pie, tambaleándome.

Experimentaba la necesidad de cansarme, o mejor dicho, de comprobar que no me cansaría aunque llegara andando a pisar la cima blanqueada de las lejanas sierras.

Le di una vuelta entera a la Ciudad Universitaria. Pero cuando entraba por la Moncloa hacia Argüelles, oí que me llamaban desde un coche. No supe quién era hasta que tuve el *Citroën* encima.

—Así me gusta, querido; así sí que se puede vivir —y la voz nerviosa y optimista del doctor Val se me clavó como una uña en el cerebro—. ¡Estupendo, amiguito!

Me sentí bandeado como un monigote de papel que se apercibiese en pleno espacio de una corriente de aire que lo sacudiese y amenazase convertirlo en llamas. También es fatalidad. Si lo hubiera esperado no me habría desconcertado tanto. Siempre el doctor Val tiene la virtud de aparecer cuando menos se le espera, cuando más miedo puede infundirme.

«Creeré que soy un puro convaleciente» —pensé. Lo que más temo es que

cualquier día el doctor Val, aunque sea bromeando, pronuncie la palabra, esa palabra que no quiero oír. Temo que la pronuncie y que yo tenga desde ese momento que adaptarme a su fallo. El doctor Val es el único que podría tomar la cosa en serio. Pero hasta ahora ha mostrado una discreción a toda prueba. Desde que estoy en Madrid ni una vez ha cometido la imprudencia de hablarme de la salud. Antes tampoco lo había hecho de un modo directo, pero se lanzaba a rozar el tema y de cuando en cuando me soltaba algún consejo o alguna advertencia.

¡Cualquiera se niega a una invitación suya! Tuve que subir en el coche y, como era de esperar, no bien me tuvo a su lado comenzó su palmoteo en mi espalda. ¿No se dará cuenta este hombre de que mis huesos se encogen y quisieran escurrirse y desaparecer cuando él los toca y que, aunque yo sonría, sus palmadas y sus comprobaciones al tacto son algo que me cripa los nervios y me saca de quicio? Pero él venga a apretar mi brazo, venga a palpar mi hombro, venga a tantear las junturas de mis vértebras. Bajo su mano, mis pocas carnes se diluyen de terror.

—Sí, hombre, te vienes a casa y allí charlamos un rato. ¿Se puede decir lo que hacías tú por aquí? Alguna doncellita de casa bien, seguramente. Pues te estropeo el plan. Te vienes conmigo y me cuentas algunos chismes de Hécuba, de éstos que tú sabes. Probarás unas aceitunas riquísimas que nos han mandado. ¿Piensas ir a la coronación de la Patrona?

Me ofreció un pitillo y él mismo, sin dejar de conducir, me lo encendió con el mechero del coche. Estos médicos modernos y deportivos, con aptitudes para la cirugía, lo mismo le sacan a uno un pulmón por la espalda que le revisan las tripas a un motor. El doctor Val es de éstos. Podía pasar por un hombre despreocupado y jovial si no fuera que su rostro, a veces, expresa la más reflexiva y melancólica ironía. Yo creo que, además, está un poco perturbado, lo cual no quita para que sea un especialista genial. Sólo que su vena satírica y sus salidas son, a veces, extravagantes.

—¿Muy ocupado? —le pregunté sin gran entusiasmo.

—Llevo una mañanita fatal, lo que se dice fatal. Como siempre, cuando se les ocurre avisarle a uno ya es tarde. Vengo del Colegio Ximénez de Cisneros (¿se dice Ximénez o Jiménez? Yo creo que Jiménez, lo demás es pedantería). Un tipo esta mañana haciendo gimnasia en el campo de deportes, y ahora, para el arrastre.

—¿Algún accidente? —yo me hacía el loco.

—Para empezar, más de un litro de sangre y el que venga detrás que arree. Y no de accidente, sino de *reincidente*. Una lesión antigua, mal curada seguramente. Los hay que ignoran los parches que llevan dentro.

A veces da la impresión de que se alegra de los desastres fisiológicos de sus pacientes para tener motivo de lucir su ingenio. Sin embargo, su propio aspecto parece el de un desahuciado en el último grado. Yo, a veces, me digo: «¿Cómo este hombre puede hablar con esa frivolidad de los enfermos si él mismo parece que no tiene remedio?». Lo mejor que se puede hacer con él es seguirle la corriente y tomarlo todo a broma como si nada fuera con uno. Ya que no es posible siempre

huirle hay que reírle los chistes.

Siempre me acordaré de aquella tarde que estábamos los dos sentados en la puerta del casino de Murcia. Hablábamos de si Alemania ganaría o perdería la guerra y de sopetón, sin venir a cuento, después de estar un rato pensativo, me soltó aquello:

—Hay que ver el caso de tu familia, amigo. ¡Qué raíces!...

Yo me callé. ¿Qué podía decir? Nada. Y él también se calló y se quedó pensando. A veces se queda absorto con esa expresión de tristeza propia de los locos o de los santos. En las patillas y en las sienes le apuntan algunas canas, de ésas que dicen que hacen interesantes a los hombres. Mientras habla sonrío como si estuviese recordando divertidas escenas lejanas. Cuando rompe en carcajadas sí que me da la impresión de un hombre hasta cruel y sin corazón; pero esto es debido, seguramente, a que sus blanquísimos dientes se destacan mucho entre el mate de la cara y el negror de sus cabellos y del bigote. Sin embargo, tiene la virtud de convencer y aquietar a sus pacientes como nadie. Seguramente algo influye su presencia física y esa sensación que da de estar sufriendo él también algún horrible padecimiento.

Esta mañana parecía más delgado y más lívido que nunca. Y sus gestos de humor parecían muecas. Viste el doctor Val siempre muy acicaladamente, aunque con despreocupación. Sus trajes son siempre caros y sus camisas impecables, de seda. Lleva bordadas encima del corazón, y a veces un poco más abajo, sus iniciales. Cuando se queda callado se pone a silbar un poquito por lo bajo.

—Es que yo, doctor —me ha dicho el insensato—, siempre he padecido un poco de bronquitis... ¡Toma bronquitis! Hasta el último instante tienen necesidad de mentir. ¿Para qué? ¡Y a mí! ¿A que no sabes, a que no te puedes figurar lo que me pedía a gritos? «Doctor, doctor, rápidamente, el neumotórax, un neumotórax. Doctor, con inyecciones de oro y calcio, ¿verdad que me curaré?». Yo no sé si lo que da esta enfermedad es candidiez o hipocresía, más bien creo que lo último. ¡Cómo se escurren, cómo tratan de disimular y zafarse los condenados! Pero un compañero suyo, estudiante de Veterinaria, que estaba delante, bastante bruto y francote, no cesaba de repetirle, como si manejara la porra del bombo en una banda municipal: «Jamón, jamón, jamón, eso es lo que tú necesitas». «No me hables de jamón que vomito», decía el otro. Y es que no hay en esto más ciego que el que no quiere ver, ni mejor sordo que el que no quiere oír —concluyó el doctor Val.

Conduce su coche canturreando y mirándose un tanto coqueto, en el espejito. De cuando en cuando da un saltito sobre el asiento. «¿Será posible que no piense en mí mientras va diciendo todo esto?». Me extrañaba que él no notara el flujo de mis pensamientos hasta en el ruido del motor de su coche. Efectivamente, parecía que la hélice del motor encontrara trapos sucios en sus evoluciones o que fuese sumergida en algún líquido espeso. Él, comentaba: «Ya, ya con el motorcito». Todo eso iba dirigido a mí, indudablemente. Él espera que yo, cualquier noche, le llame cuando tenga ya el pecho como un motor calado.

Seguramente siempre que me ve piensa en lo mismo, pero él también sabe hacer

más comedia que nadie. A veces yo, para que vea que no le temo a estos discursos, aunque por dentro me tiene descompuesto, me quedo mirándole fijamente y ensayo mi mejor sonrisa. «¿Ocurre algo?». Y él, sin darse por enterado, me mira entonces con ojos melancólicos, supongo que llenos de piedad.

He oído decir que en Norteamérica, en las esquinas de las calles más céntricas, de cuando en cuando se paran unos coches muy vistosos que hacen sonar alegres canciones y que invitan gentilmente a subir a los transeúntes. Los transeúntes que ya lo conocen, y aun los que lo ignoran, suben las escalerillas y se encuentran con un grupito de muchachas rubias o morenas que, como jugando, le hacen a cada uno una ficha personal muy ligerita. Luego sale una muy mona con una jeringuilla y otra con un vasito. Los transeúntes se dejan pinchar y escupen donde ellas les dicen. Todo transcurre como en broma. Antes de salir descubren un poco el tórax y como quien se hace una foto deprisa y corriendo en una estación para un kilométrico, posan ante la cámara de rayos. Los transeúntes, que han subido en pandas, se escapan de allí entre risas y chistes, comentando la nariz de una rubia o las piernas de una morenita. No hay más. A los pocos días, les llega a casa un sobrecito cerrado y allí tienen privadamente el resultado del análisis. Lo reciben por correo, como quien recibe la oferta de una plancha eléctrica o un anuncio de maquinillas de afeitar.

Quizá, si aquí ocurriera así, yo habría subido algún día las escalerillas de este coche pintoresco y despistante. Y habría esperado en casa el fallo. Pero acaso no habría tenido valor para abrir el sobre. A veces pienso que rompería la carta sin leerla.

Si no hubiera sido por la guerra, creo que no habría tenido necesidad de conocer al doctor Val. Pero todo empezó con lo de Pablo. A mi hermano Pablo le pilló el 18 de julio en Murcia y nunca le debimos de dejar salir de allí. Ya por varias cartas suyas teníamos la sospecha de que andaba metido en algo que se tramaba. Aunque él era simple cadete en una Academia Militar, en cuanto tenía un permiso se presentaba en Madrid y, de paisano, frecuentaba los cuartelillos falangistas. Había intervenido en varios tiroteos y revueltas callejeras en las cuales se encontraba como pez en el agua. Había llegado a tratarse personalmente con José Antonio y esto constituía su mayor felicidad. Pero con todas estas cosas, tenía asustada a la familia, no sólo porque veíamos que su vida peligraba en estas refriegas, sino porque podía cerrarse la puerta de una bonita carrera. Yo, aunque era el más pequeño de la casa, intenté varias veces darle consejos. Por mi carácter reflexivo más bien, todos me hacían bastante caso. Pero con Pablo no había nada qué hacer. Él era mayor y sabía muy bien lo que se hacía. A los demás, nos consideraba ciegos o demasiado chatos para comprender sus ideales. Se reía, sobre todo, de nuestra afición a Gil Robles.

Sabíamos que había estado los primeros días de julio por Hécula y Pinilla y nos constaba que en una bodega del corral de casa había repartido unas cajas misteriosas. Seguramente contenían pistolas. Nunca le debimos de dejar marchar.

El día 18 de julio por la mañana celebrábamos en Murcia un «retiro espiritual» unos cuantos muchachos de Acción Católica. Estábamos reunidos en la capilla de las Claras, escuchando la plática del canónigo penitenciario, don Jerónimo, sobre los peligros de las playas y los bailes en el verano, cuando se acercó muy misterioso a su mesita otro canónigo. Salieron juntos y nos quedamos solos un momento en la iglesia. Al cabo de unos minutos volvió nuestro director espiritual al presbiterio y nada más llegar dijo muy gozoso:

—Pónganse todos de rodillas. Ahora mismo vamos a entonar un *Te Deum* dando gracias a Dios. El Ejército se ha sublevado y la bandera española ondea ya en Correos y en la Telefónica de Madrid, los militares son dueños de la situación. Secundan el levantamiento los falangistas, los requetés y Acción Popular...

Sonaron las flautas del armónium como gatos zalameros y las monjas entonaron desde el coro el *Te Deum*.

Al llegar a casa me encontré a mi hermano durmiendo desnudo encima de una alfombra húmeda en el rellano de las escaleras. Se había acostado muy tarde. Mi madre no estaba.

—Las tropas se han echado a la calle —grité.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Don Jerónimo.

—¡Maldita sea!

Rápidamente se puso el uniforme y salió corriendo. Lo vi guardarse una pistola en el bolsillo trasero del pantalón. Se le veía tremendamente disgustado. El levantamiento le había cogido, si no desprevenido, fuera de su sitio.

—¿Dónde vas? —le dije desde el balcón.

—¿A dónde voy a ir? ¡Al cuartel!

Mi madre, cuando se lo dije, se puso fuera de sí de alegría. Se habían acabado las persecuciones y las calamidades. Nos dedicamos a repartir la noticia por teléfono. Y se oía:

—¡Ya era hora! ¡Gracias a Dios!

Pablo no tardó mucho. Venía enfurecido. En el cuartel los jefes y oficiales se felicitaban todos unos a otros, pero nada más. Esperaban tan sólo la orden que debía de llegar de Valencia. También en Cartagena esperaban lo mismo de un momento a otro.

—Con cinco o seis coroneles que hay aquí, todos carcas y beatones y todos pasándose la papeleta unos a otros con más miedo que vergüenza —rugía Pablo, paseándose por el pasillo.

—Espera, hijo, es que no habrán recibido la orden.

—Pero, ¿qué orden hay que esperar en una situación así? Es para destituirlos a todos de cuajo.

Se vistió de paisano y se metió varios cargadores en el bolsillo. Mi madre entonces encendió una mariposa a la Virgen de las Tres Avemarías y se puso de

rodillas a rezar.

—No seas loco, Pablo, hay que tener paciencia... Todavía no habrá sonado la hora... No olvides que siempre es Dios quien tiene que decir la última palabra.

—Entonces, ¿qué están esperando estos mamarrachos? ¿Que el obispo diga que ya pueden sacar los cañones a la calle?

A Pablo le gustaba mostrarse un poco anticlerical.

Dio un portazo tremendo y se fue. Era el suyo un furor bello, que se me ha quedado muy grabado. Por la tarde vinieron con él varios amigos, un teniente de Asalto, otro de la Guardia Civil y dos muchachos muy raros, uno de ellos con la melena muy larga. Se pusieron alrededor del aparato de radio y de cuando en cuando se levantaban dos e improvisaban una escena cómica de boxeo. De hora en hora mi madre les entraba un porrón de vino y rajitas de chorizo. Cuando salía una radio «roja» y mi madre no podía oírlo, chillaban:

—¡Hijos de p..., bandidos!... Os vamos a hacer picadillo.

Cuando salía una emisora «nacional», se abrazaban unos a otros y entonaban por lo bajo el «Cara al Sol».

—¿Cogemos un coche ahora mismo y nos vamos a Córdoba?

El teniente de la Guardia Civil se opuso. Aquello podía interpretarse como cobardía. Había que aguardar en Murcia lo que fuera y estar preparados. Le había sentado muy mal que Queipo del Llano terminara uno de sus bandos con un «¡Viva la República!».

—Ya veremos... —dijo, rojo de ira.

Ya casi de noche se fueron. Salieron tristes. No habían recibido los mensajes que esperaban. Por la calle comenzaban a circular grupos de obreros que discutían unos con otros. Estaban muy excitados y alguno que otro enseñaba bajo la chaqueta un revólver o una pistola. También, cuando más pacífica estaba la calle, se escuchaba: «A ése, a ése», y corrían como fieras detrás de cualquier muchacho. Otros decían:

—Convenceros, lo que hay que hacer es asaltar el cuartel cuanto antes.

—¡Muy bien dicho!

—No hay que darles tiempo a luchar. Y no sólo el cuartel de Artillería. ¡Todos los cuarteles! Y la fábrica de pólvora, los campos de aviación, los conventos, el seminario, el obispado, «La Verdad»...

—¡Eso, eso! —gritaban todos fuera de sí.

Esta idea de asaltar los cuarteles y demás reductos fascistas fue extendiéndose por la ciudad como una mancha de vino sobre un mantel. La gente corría antes que nada al cuartel de Artillería. Allí había armas. En la puerta del cuartel la confusión era enorme y el silencio terrible. Unos iban con la esperanza de ver salir las tropas y saludarlas con vítores, otros llegaban dispuestos a dejarse la piel en las rejas. La oficialidad se movía nerviosa de un lado para otro y, de rato en rato, los jefes se asomaban impacientes por los balcones y miraban a la calle.

—¡Albacete ya se ha sublevado, lo acaba de decir un sargento!... ¡No hay que

dejarlos salir, camaradas!

—¡Cobardes! ¡Asesinos! —gritaban las mujeres a los pobres centinelas, que estaban más asustados que conejos.

De pronto llegó un camión con dirigentes de la «Casa del Pueblo». Bajaron varios cajones repletos de pistolas enfundadas en unos estuches donde iban, además, un peinecillo y un prospecto con las explicaciones para su uso. Las repartieron allí mismo. Los obreros tiraban el papel y el peine y disparaban al aire como niños con pistolas de juguete.

Los de la C. N. T. vinieron después, pero con fusiles y protegidos por guardias de Asalto y civiles. Ellos ya habían asaltado los cuarteles por su cuenta y sobre la camisa se habían puesto los corrajes amarillos y negros y las cartucheras. El coronel abrió las puertas del cuartel y sin ninguna ceremonia, entregó el mando. Por las tapias de atrás, que dan al río, se escaparon algunos muchachos con camisa azul y varios oficiales.

—¡Abajo los facciosos! —gritó un dirigente desde el balcón central del cuartel.

—¡Abajo! —atronó la muchedumbre.

—¡Muera la reacción!

—¡Muera! —respondieron.

—¡Viva el pueblo!

—¡Vivaaa!

—¡Viva la República!

—¡Vivaaa!

—¡Viva el comunismo! —gritó uno a su lado.

—¡Vivaaa! —contestó la multitud.

—¡Vivan los libertarios! —dijo otro del otro extremo del balcón.

—¡Vivaaa!

—¡Viva yo! —dijo uno junto a las verjas.

Y la turba fue disolviéndose entre amenazas y risotadas. Los soldados y los obreros se habían puesto las gorras de los jefes y oficiales y recorrían las calles con paso de circo y con el fusil boca abajo, como si fuera Viernes Santo.

En el puente Viejo se organizó en seguida el «Comité de seguridad» de la población a base de establecer un control encargado de pedir la documentación y cachear a los sospechosos. Por los altavoces de la radio empezaron a oírse, durante toda la noche, sin interrupción, furibundas arengas.

—Camaradas, hijos del pueblo. Los verdugos de siempre, los militares, los curas y los capitalistas se han levantado contra el pueblo, queriendo ponernos una soga al cuello y atarnos de pies y manos. Camaradas: somos libres porque tenemos armas. Que cada uno vigile su casa, formad rápidamente pelotones de vigilancia y agrupaos en las esquinas más sospechosas. Que no se mueva ni un enemigo del pueblo. Sed enérgicos, sed valientes, no tengáis compasión de ninguna clase. Pensad, compañeros, en los miles de obreros que en estos momentos fusilan nuestros

verdugos en Navarra y en Sevilla. No es momento de paz ni de cuartel... ¡Guerra a muerte a los militares, al clero y al capitalismo!...

Inmediatamente sonaban unos himnos extraños, himnos que cantaban a coro las masas como aullando un dolor eterno y universal.

Pablo llegó de madrugada, descompuesto. Lloraba de rabia.

—¿Qué será de Emilio? —preguntó nuestra madre.

—¿Emilio? Emilio, ya lo verá, no se le habrá ocurrido encerrarse en el cuartel de la Montaña...; se pondrá un mono y gritará «¡Viva la República!». Emilio se portará como un cobarde...

—No digas eso.

—Ya verá...

Nuestra madre se puso otra vez de rodillas y rezaba. Pablo hacía su equipaje. No nos atrevíamos a preguntarle nada.

Cuando terminó de arreglar la maleta se acostó.

—¿Dónde vas? —le susurré en la oscuridad.

—A Madrid.

—Si dicen que todo ya está dominado.

—Eso no es tan fácil. En Madrid habrá leña para rato.

—Preséntate aquí, en el cuartel —me atreví a insinuarle.

—¿Presentarme a estos «leales»? Mierdas, eso es lo que son, unos mierdas. «Estamos esperando, estamos esperando...». Con un cañón en el puente se habría liquidado el asunto.

—¿Crees que podrás llegar a Segovia?

—Yo llegaré a Segovia o a donde sea, no te preocupes.

Al otro día nos encontramos en la estación una manifestación iracunda que despedía con el puño en alto a los milicianos que salían para Albacete. Algunos llevaban escopetas y otros colgando al cinto un cuchillo de cocina. Pablo montó en aquel tren horrible, poblado de botas de vino, blasfemias y cantos revolucionarios. No hubo manera de decirle que se quedara.

—Sé prudente, Pablo, por Dios te lo pido —y cada vez que oía esta frase, Pablo estiraba los huesos de sus mandíbulas y se quedaba tieso y duro como una estatua de bronce.

Así salió de casa Pablo para la guerra. Salió fuerte, erguido, sano, con unos colores de vida en la cara que parecían estallar. Yo, en cierto modo, le tenía envidia. Era mucho su arrojo para meterse en un tren repleto de enemigos. Notaba en su bolsillo el bulto de la pistola y su sonrisa al escuchar los *vivas* y los *mueras*, me helaba la sangre. Yo creo que nuestra misma madre, aunque estaba destrozada, se sentía al mismo tiempo orgullosa por la rebeldía de Pablo.

Fue la última vez que le vimos entero y vivo. Desde la ventanilla nos decía adiós con la mano. ¡Y decía, sin saberlo, adiós a tantas cosas!...

Al cabo de tres años, yo, que era casi un niño cuando él se fue, volví vestido de

uniforme, con una pistola al cinto y un gran desconsuelo en el alma. Se había ganado la guerra y regresaba insatisfecho. La única muerte que yo hice en la guerra tuve que hacerla en las afueras de Elche, ya firmada la paz, como quien dice. Un miliciano derrotado, volvía, como volvían otros muchos, cientos y miles, por la carretera hacia su casa. Yo iba en lo alto de un camión. Al vernos pasar levantó el puño y gritó:

—¡Asesinos! —al mismo tiempo que se ponía en posición de arrojar una bomba de mano sobre el camión que venía detrás.

No sabía este insensato que en el camión que pensaba atacar, iban también vencidos, soldados de su brigada quizá. Estaba dispuesto a arrojar la granada. Hice parar el coche y corrí por la carretera a su encuentro. A los ochenta pasos, le disparé y cayó redondo. Cuando me acerqué, suplicaba:

—Así es mejor.

Murió rápidamente. No entré en casa alborozado. Entré con un temor extraño y como pesaroso. Aquel miliciano me estropeó la alegría de la victoria. Al entrar en casa fue cuando vi por primera vez al doctor Val. Salía de reconocer a mi hermano Pablo y le estaba diciendo a mi madre en las escaleras:

—Veremos lo que se puede hacer, pero algo tarde parece que hemos llegado.

El doctor Val —nunca podré olvidarlo— al presentarme mi madre entre besos y lágrimas, me llamó «liberador» y siguió:

—Si la guerra hubiera acabado cinco o seis meses antes... otro gallo nos cantaría.

—Pero, ¿qué ocurre?

Pablo no era el mismo que vimos salir de Murcia el 20 de julio. Estaba tumbado en una cama de blancas sábanas y más blanca colcha. Al lado de la cama había, fresca aún, una escupidera llena de sangre. Debajo de la barbilla tenía una toalla doblada, que él se llevaba a la boca a cada momento, casi con un gesto instintivo. Estaba blanco y transparente. Parecía que se hubiera hecho niño y ciertamente era inconcebible que un cuerpo como el suyo se hubiera adelgazado tanto. No quiso que le besara y tuve que hacerlo casi a la fuerza.

—Que esto es contagioso —dijo.

Los treinta y tres meses de guerra Pablo se los había pasado de una cárcel a otra, de una checa a otra peor. Si al fin no lo mataron creo que fue porque ya lo vieron acabado y creyeron que era más castigo dejarlo morir por sí sólo. Estaba liquidado y de la peor manera. No tenía fuerzas siquiera ni para maldecir. La victoria, que se cantaba jubilosamente por las calles, no venía ya para él.

El doctor Val se portó realmente bien. Nos dijo que lo mejor era, de momento, llevarlo al Hospital Militar Base y seguidamente a un sanatorio. Había que probar.

—Tienes que irte a Hércula y vender lo que sea. Tenemos que salvarlo —me dijo mi madre.

Todos creímos que era fácil salvarlo o hicimos como que lo creíamos. Yo llegué a Hércula justamente la víspera del día en que iba a ser fusilado Fulgencio en el arenal del cementerio. Dijeron que el ciego había muerto gritando: «¡Viva Rusia!». Vendí un

olivar en la carretera de Pinilla y una casa del camino de la estación. Era entonces escaso el dinero y poco le pude sacar, pero vender con prisas, ya se sabe.

Pablo estuvo una temporada en el Hospital Militar Base y después en un sanatorio. Se hizo con él todo lo que se pudo. Al principio su naturaleza reaccionó bien y se puso gordo y hasta le salieron colores, pero a los cinco meses de liberación Pablo murió.

Al llegar yo a Madrid, un día que pasaba por la calle de Alcalá, se me ocurrió entrar al ministerio de la Guerra. Pregunté en una oficina por la situación del expediente de Pablo, y me contestaron:

—Prisionero de los «rojos».

Todavía en esta ficha mi hermano debe constar como *prisionero*. Mi madre me había suplicado varias veces:

—Haz una instancia o que hagan una investigación. El pobre se sentirá feliz con algún oficio...

Pero yo sabía que no, yo sabía muy bien que Pablo quería desaparecer. Un día lo vi escribiendo unas cartas a unos compañeros suyos supervivientes del cuartel de la Montaña y las rompió. Seguramente le molestaba morir tan tontamente, sin haber tirado ni un tiro. Cuando pasaban por la calle desfilando las centurias o escuchaba el canto de los «cadetes» y los «flechas», lloraba en silencio. La Falange murciana envió al entierro una bandera y pagó unas misas.

Esta mañana, cuando el doctor Val —que ha cambiado muy poco desde entonces — me contaba el caso del estudiante del Jiménez de Cisneros, me recordó aquel día en que fui yo a preguntarle, a solas, el estado real de mi hermano.

—No hay nada que hacer. Tiene los dos pulmones destrozados.

—Pero, si era tan fuerte...

—Hombre, te diré, treinta meses sufriendo, sin comer apenas, sin aire en condiciones... ¡A ver quién es el guapo que lo resiste!

Yo quisiera saber lo que piensa de mí el doctor Val después de todo esto. Está bien claro que no pensará nada bueno.

Porque después de Pablo cayó en sus manos Emilio, después le tocó el turno a Rosita y, por último, está enterado de lo de mi madre. Y más sana que pareció siempre ella... Todos han ido cayendo como eslabones de una misma cadena. ¿Puede pensar que yo voy a ser una excepción?

El doctor Val vive en la calle Génova. Pero no llevábamos ruta hacia su casa. Entró por Princesa a la calle de Tutor y paró enfrente de donde hay un cuartelillo de Aviación.

—No se te ocurra irte, que tú eres capaz. No parece sino que me tienes miedo, que voy a comerte. Mejor, si quieres, puedes subir conmigo. Es una muchacha, hija de un compañero. ¿Subes? Este compañero cree en la penicilina más ciegamente que

creían los endemoniados en la Edad Media en el agua bendita y los evangelios. Está dispuesto a que se la traigan de Norteamérica, cueste lo que cueste. Recibe una revista americana y para él ya no hay medicina antigua. Está todo de más. Penicilina y penicilina. Pero yo creo que aunque haga gárgaras con ella, esta chica, no hay nada que hacer. Tiene la laringe hecha polvo. Haga lo que haga será lo mismo, lo mimito... lo mismo...

Casi tarareando las últimas palabras, bajó del coche y subió a zancadas la escalera. Cualquiera diría que el doctor Val no cree en los progresos de la medicina. Debe estar endurecido a fuerza de chocar con casos como el mío. ¿Qué puede hacer contra esa especie de fulminante ley que decreta en un momento histórico que desaparezca hasta el recuerdo de toda una familia? Sin embargo él es un fanático de su profesión, pero siempre que haya posibilidad de lucha, de defensa. Yo creo que por hacer una plastia a tiempo, el doctor Val no come, ni duerme y es capaz de no cobrar, por supuesto. Pero los que le desesperan, y quizá los que le dan ese escepticismo, son los casos perdidos, cuando es *demasiado tarde*. ¿Y si yo le dijera ahora?: «Oiga, ¿quiere mirarme? ¿Y esos adelantos modernos de que hablan algunos?». Pero yo le he oído al doctor Val soltar la carcajada ante un informe de una de esas comisiones de especialistas que dicen que la peste blanca toca a su fin. Él no cree más que en los análisis y en las radiografías. Acaso en los neumotórax. Se inflan, se inflan, como Pablico, y luego, para nada. Para acabar lo mismo. No será a mí a quien le ponga neumotórax el doctor Val.

Él tiene su ciencia para manejar a los enfermos. Su método consiste en asustarlos primero de un modo realista y brutal; luego les va dando esperanzas.

—Hija mía, deja ya de pensar en casarte. ¿Qué quieres, contagiar a tu marido y darnos una colección de piltrafas de hijos, que se vayan muriendo conforme nacen?

—Pero, ¿tan mal estoy?

—¿Quién te ha dicho que estás muy mal? Lo único que te digo es que ahora no tienes que pensar más que en irte al campo, comer bien, aire puro, reposo...

—¿Y no me receta medicinas?

—Sí, sí, claro. Yo te daré unas inyecciones.

Después acaricia la mejilla de la muchacha y le cuenta de casos mucho peores que el suyo que sin embargo se han curado.

—Andando —dijo mientras se sentaba ante el volante—. ¿Verdad que a mí debían de llamarme *Simón el enterrador*?

Puse cara de reír el chiste; pero la saliva que estaba tragando tenía un sabor amargo. Mentalmente yo iba tratando de establecer un pacto con él. «Desde luego, doctor, me comprometo a no acudir a su consulta mientras viva. A cambio le ruego que no pronuncie mi diagnóstico hasta unos minutos después de que yo haya expirado. Si usted ya lo sabe desde ahora no importa, cálleselo. En cambio, ya me gustaría que me contestase a alguna de estas preguntas. ¿Cuándo cree usted que la enfermedad entró en mi casa? ¿Con mi padre, con mi abuelo Frasquito? ¿O fue culpa

de la guerra lo de Pablo? ¿Cree que si mi hermano se hubiera podido quedar en casa aquel 21 de julio, hubiera sido igual? ¿No cree que Pablo, escondido, bien alimentado y sin torturas, sería ahora comandante y estaría casado y con niños? Pablo era lo que se dice un tipo bien plantado, tendría ahora la Medalla de Sufrimientos por la Patria, y hasta quizá la del Mérito. Pablo era un valiente. Valiente y guapo. Las señoritas del pueblo se lo disputaban. Y si Pablo no se hubiese *dañado* (¿Ve usted qué bien lo digo?) tampoco Emilio quizá y Rosita no hubiese entrado en la “cofradía”. No disimule, porque yo sé muy bien que Rosita le gustaba a usted un rato largo y más de una vez estuvo dispuesto a tirarle los tejos. ¿Y quién iba a presumir lo de mi madre? Ella, que fue siempre una fuente de salud, pequeña, resistente y enérgica, coloradita y fresca como manzana en la rama».

—¿Te has enterado a quién nombraron alcalde de Hécula? —me preguntó de pronto.

—Claro que me he enterado.

—Están dejados de la mano de Dios.

—Sí.

—Pero si Rafaelito es tonto.

—Sí, tiene la cabeza muy gorda.

—Gordísima, hombre. Por dentro y por fuera.

—No entiende el pueblo.

—Hará una serie de barbaridades.

—¡Bah! Hécula no tiene remedio.

El doctor Val conoce a medio Madrid. Me figuro que no a todos los conocerá por razón del oficio. Sería ampliar demasiado *la hermandad*. Me fijé y muchos de los que le saludaban tenían aspecto de ser más fuertes que toros.

En la glorieta de Bilbao me hizo bajar y nos tomamos una cerveza en un bar mientras se dejaba lustrar el calzado por un *limpia* que le proporcionó, de paso, media libra de tabaco habano. Luego su mujer le hace los cigarrillos con maquinilla.

—Ya verás qué capilla ardiente nos espera —me dijo al bajar del coche en la puerta de su casa.

Ya el recibidor olía a alcohol y a éter. Al abrir la puerta de la sala de espera se removieron nerviosas unas cuantas personas y se escucharon algunas tosecillas tercas y apagadas. Hay dos cartelitos: *Prohibido escupir* y *Prohibido fumar*, colocados debajo de una colección de acuarelas de catedrales, castillos y playas. Pero a pesar de los carteles flotaba en la atmósfera el humo del tabaco y por el borde de las escupideras y en las baldosas, a su alrededor, se escurrían algunas flemas espesas. Hablaban en grupos, con voces ahogadas y roncadas, de kilos, de temperatura, de tos, yemas, calcio y pinos.

—Estás más pesimista que yo, por lo que veo, acerca de Hécula —me dijo mientras se ponía la bata.

—¿No es para estarlo? —Y lo que estaba era nervioso e indignado pensando que

lo que él quería era hacerme presenciar las consultas. Y, por otra parte, como fascinado, no tenía voluntad para negarme a aquello y salir—. De momento, en Hécúla no pasa nada; pero volverá a pasar, ya lo verás. Volveremos a las andadas.

—¿Y a ti que más te da ya? —me dijo, socarrón.

—Es cierto, a mí, en realidad..., todo... todo lo del pueblo, me importa un pito.

—Y del «Tinajero», ¿qué has hecho?

—Nada.

—¿Y le sacas mucho?

—Bien poco...

—Si algún día tratas de desprenderte de ello, avísame. Te lo pagaría mejor que nadie. Mi mujer está encariñada con ello. ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque está lejos del pueblo y sería un sitio excelente para veraneo. Pero, quizá por ahora, no piensas venderlo.

—Pues, no.

—Mejor, mejor, eso quiere decir que las cosas marchan. Pero ahora, ya lo sabes, si piensas alguna vez venderlo, no hace falta corredor. ¿Conformes?

—Conforme.

El doctor Val puso el dedo en un timbre y entró una enfermera rubia, seca, alta, de cara pálida y voz increíblemente viril.

—Dentro de cinco minutos que pase el primero.

Se dirigió luego a mí:

—¿Sabes cuál ha sido la primera faena de Rafaelito?

—Ni escribo ni me escriben. Sólo me escriben las primas, y la mayoría de las veces las cartas se me rompen y desmenuzan en los bolsillos sin abrirlas.

—Mal hecho; a tus primas debías de contestarles...

—Es cierto, debía de contestarles...

—Pues Rafaelito ha metido en la cárcel a don Liborio, a don Paco, el de la Caja de Ahorros, y a Rufino, el sastre.

—¿Por qué?

—El otro día parece ser que se reunieron en la almazara de don Liborio a tomarse unos gazpachos. ¡Quién cogiera unos buenos gazpachos aquí en Madrid! Por cierto que tengo una garrafa de vino heculano. Te quedas a comer con nosotros. Ahora se lo avisaremos a Luisa...

—Pero es que...

—¿Me vas a venir a mí con cumplidos? Y a lo que te iba diciendo, que tiene mucha gracia. Rafaelito se enteró de la gazpachada y escondió dos guardias civiles dentro de un tonel vacío. En la merendola estaban también Luciano, el de la Marquesona, y el «Chatillo». Y cuando estaban en el momento más álgido,

pimplando de lo lindo, salieron los dos guardias civiles del tonel y se llevaron a don Liborio, a Pacorro y a Rufinito a la cárcel y los demás están detenidos en sus casas.

—¿Pero qué hacían?

—Rafaelito ha dicho que era una «reunión masónica» y que estaban conspirando. Don Liborio masón, ¿no tiene gracia? —y el doctor Val rompió a reír fuerte, como un loco.

—Pero, ¿don Basilio, qué hace?

—Don Basilio se cura su diabetes, que es el sufrimiento más importante del pueblo. Trabaja una confitería expresamente para él. Yo lo he visto comer y he estado empachado un mes.

Entró la enfermera acompañando a una muchacha retraída, muy pálida, pero de facciones muy lindas.

—¿Qué hay? ¿Cómo vamos? —le preguntó muy cumplidamente el doctor. ¿Ves como no me he equivocado? Te dije que engordarías unos cuantos kilos y que cambiarías de aspecto. Esto, querida, va bien, no hay más que verte. El campo es milagroso. Ya *casi* estás lista para casarte. ¿Tienes novio? Me figuro que sí, porque con ese tipo y esos ojos...

Mientras el doctor decía todo esto, la muchacha se había descubierto, con gran apuro, parte de la espalda y del pecho. El fonendoscopio recorría metódicamente la blancura temblorosa de sus carnes.

—Bien, bien, bien. ¡Estupendo! —murmuraba el doctor Val.

Pero de golpe, la muchacha rompió a llorar:

—Pero ayer volví a echar sangre... —se le escapó muy compungida.

—¿De veras? ¿Estás segura? ¿Sangre? No sé si crérmelo. A lo mejor es que tú creíste que era sangre. ¿No sería de las encías? A lo mejor es que usas pasta dentífrica «El Torero», que da ese color, porque la verdad, hija mía, es que yo, por más que voy mirando despacio, punto por punto...

Ella ya estaba consolada y hasta tranquila. La enfermera sonreía impenetrable y hasta un poco cruel. La muchacha sufría por mí. Sus blancos pechos habían entrado ahora en observación. No tenían más volumen que la nieve apretujada que cabe en el puño de un hombre.

—Respira hondo. Así, así... ¡Muy bien! ¿Sabes que te estás poniendo como un brazo de mar? ¿Cómo te llamas tú?

—Carmina.

—Pues, enorme, Carmina..., esto marcha, esto marcha.

—Pero..., la sangre de ayer...

—No tiene importancia, te lo digo yo.

Yo mismo no sabía qué pensar. ¿Había llegado a tiempo esta muchacha, estaba liquidada o había entrado en una fase de curación? Por unos instantes, cerré los ojos y pensé en Emilio, en mi hermano Emilio, que a los seis meses de llegar del frente, recién acabada la guerra, fue a ver al doctor Val. Tenía Emilio sus aprensiones y

escrúpulos y como iba a casarse, quiso tener una especie de certificación de «seguridad».

—Nada, nada, que seas muy feliz. Te digo yo que no tienes nada que temer. ¡Estás como un roble!...

—Pero es que como a mi hermano Pablo le pasó aquello...

—Tonterías, puras tonterías... Lo que tú tienes que hacer es ponerte en seguida a ganar cuartos como una fiera, comer mucho, eso sí, no abusar (ya me entiendes) y olvidar lo pasado... Anda, ya puedes cubrirte.

Y al año y medio de estas tranquilizadoras palabras, Emilio tuvo una hemoptisis en una verbena, mientras estaba subido en los «caballitos» con su mujer y su hijita. Y al año justo, después de otro ensayo de sanatorio, se había reunido, como dicen en Hécuba, con Pablo. Todo igual, siempre igual.

No se puede decir tampoco que el primer diagnóstico había sido dado a la ligera porque lo había examinado bien despacio. Sin embargo, la plancha fue fenomenal, incomprensible en el doctor. Y si alguien no se merecía haber muerto así era Emilio. Parecía una persona siempre dispuesta para ser feliz.

A los dos meses de haberse terminado la guerra todavía no sabíamos nada de él. El 18 de julio le pilló de tenedor de libros de una importante empresa madrileña. Rápidamente, los rojos se apoderaron de esta empresa, después de matar en la escalera de su casa al gerente principal y de detener a varios empleados, a mi hermano entre ellos. Una de las mecanógrafas, secretaria de un alto jefe, se destacó en seguida como una «miliciana» influyente y peligrosa y ella fue la que se presentó espontáneamente en la Dirección General de Seguridad y lo sacó a la calle. Emilio, en aquella perplejidad, no vio más salida que inscribirse en la Guardia Nacional Republicana. Emilio era más bien blando de voluntad y débil de carácter. La miliciana lo engatusó. Emilio no quería complicaciones y la política le aburría o le asustaba. Era, simplemente, un cachazudo y un sentimental. De estar con alguien, Emilio estaría sin ningún género de duda, con los «facciosos», como se decía entonces. Pero todo lo que fuera amenaza y lucha, le atemorizaba y le hacía sufrir. Era la suya un alma sencilla, ingenua y bondadosa.

Él era el cariñoso de la familia, el zalamero, el conquistador de todos los afectos, incluso de los vecinos. No le costaba nada conseguir el cariño y la alabanza de todos.

—Emilio da gusto —decían.

Tenía esa blanda fidelidad de los perros cómodos y lustrosos. No había hecho nunca mal a nadie, ni creo que supiera hacerlo ni concebirlo siquiera.

Era elemental. Su única aspiración era casarse y tener una casa y llenarla de niños. A todas las demás cosas de la vida le concedía mucha importancia, quizá más de la que tenían, pero obraba como si no existieran. Los únicos disgustos que se llevaba mi madre con él eran porque no había modo de hacerle confesar y comulgar. Yo creo que era porque le daba vergüenza.

Debió de hacerse novio de la «miliciana» o acaso algo más que novio;

probablemente, no por atracción hacia ella, sino por debilidad y gratitud; Emilio casi siempre dejaba hacer. Y eso que tenía novia formal en Hécula. Siempre tuvo mucha suerte con las mujeres.

Al mes de comenzar la guerra Emilio era teniente de la Guardia Nacional Republicana. Operaba por Somosierra. Yo no sé si mi hermano llevó a cabo heroísmos en los frentes, más bien creo que no, pero de lo que sí estoy seguro es de que no ha intervenido jamás en actos de crueldad. Emilio se mareaba al ver sangre, aun la de un palomo y los únicos arrebatos que le he conocido ha sido presenciando los partidos de fútbol entre Hécula y Pinilla, Turena o Ciriza.

En la guerra tuvo suerte. Estuvo en Pozoblanco, Brunete, Teruel y, por último, en Barcelona y Lérida en el séquito del gobierno derrotado. Ya era capitán. Ni una sola vez fue herido.

Dos o tres veces se acercó a Madrid y a Alicante a visitar a Pablo y una vez tan sólo estuvo en Murcia de permiso.

—¿Por qué no te pasas? —le decía mi madre.

—¿Qué sería, entonces, de ti y de todos?

—Pero, ¿es fácil pasarse? —preguntaba yo.

—A veces, sí; a veces, no.

—Entonces, ¿has estado cerca de ellos?

—He estado copado en más de una ocasión.

—¿Y huiste?

—Sí...

—¿Por qué?

Era el mismo de siempre. Indiferente, pasivo, temeroso. Seguramente le parecía mal abandonar a los amigos y compañeros que compartían su vida. Condenaba, naturalmente, la serie de atropellos «rojós», pero la indolencia era su fuerte.

—Pero, ¿es que tú te crees lo que dicen de los nuestros? —le preguntó un día mi madre.

Los últimos meses de la guerra ya no supimos nada de él. Las cartas que a mí me mandaba mi madre expresaban unas dudas y unas zozobras tremendas. Yo, para tranquilizarla, le decía que a lo mejor estaba en casa de Jesusito. Jesusito era nada menos que Cristo-Niño, y para nosotros, en las cartas, la casa de Jesusito era «el otro bando». Yo quería hacerle creer a mi madre que Emilio, por fin, se había pasado, seguramente. Pero Emilio no se pasó nunca. Yo creo que temía no ser bien recibido, a pesar de que le habíamos dado varias direcciones de personas que podían avalarlo muy bien en la otra zona, en un momento determinado. Pero nunca se atrevió. Esto nos extrañaba y nos decepcionaba a medida que pasaba el tiempo, pues aunque indeciso de por sí, su educación y sus costumbres le inclinaban hacia el bando nacional. No hay que pensar que se hubiera maleado, él era muy filósofo en eso de permanecer inalterable y distante de todos los apasionamientos extremistas. Todo su corazón era afán casero de ternura y paz. Acaso también lo que podía parecer titubeo

y cobardía era simplemente piedad familiar. Mientras él subsistiera, la vida de nosotros estaba asegurada. Así era él de infeliz y buenazo.

A los dos meses de acabarse la guerra, un día nos llegó una carta suya escrita a lápiz desde un campo de concentración. En pocas palabras nos decía que había estado en Francia y que había pasado la frontera de noche. Que se encontraba allí, en aquel pueblo de Burgos, esperando un aval. «Debéis de venir por mí cuanto antes», nos pedía.

Me puse en camino. Yo era entonces agente del S. I. M. P.; tenía carnet, chapa y pistola. Con una fogosidad juvenil e insensata me había entregado a lo que consideraba una obra de justicia. El éxito de algunos de mis servicios me tenía entontecido.

—Esto es el cuento de nunca acabar —fue lo primero que se me escapó al ver a mi hermano Emilio tumbado en un camastro.

Emilio lloraba como un niño delante del «*pater*» y del capitán que mandaba en el campo de concentración. Encima de la mesa deposité el aval. Decía que mi hermano Pablo, en particular, y en general nuestra familia habían sido un decidido apoyo para el Movimiento Nacional en el pueblo y en la provincia.

No había en esto engaño ni mucha exageración. Mi madre había llevado a los presos de Albaterra y Orihuela no sólo comida y medicinas y dinero, sino noticias, armas y hostias consagradas. Rosita, con más valor que un hombre, organizó el «Socorro Blanco». Yo había sido oficial «rojo», pero desde mi puesto había servido de enlace al S. I. M. P. ¿Hacía falta más? Firmaban el aval un obispo, dos generales y varios falangistas.

—Está en libertad —dijo el capitán.

—Sí —contestó el cura—, mañana confiesan, comulgan, oyen misa y Dios...

Emilio seguía llorando. No esperamos más. Como pude, lo monté en el tren. Estaba destrozado, deshecho. No creía en su libertad, volvía a todas horas la cabeza, temblaba.

—No pasa nada, llegaremos pronto.

—Es que tengo miedo, Julio, mucho miedo. Me han pegado, me han escupido, me han insultado, me han robado.

—Calla, calla...

—¿Y Pablo?

—Está en casa.

—¿Cómo está?

—Está bien, ya lo verás.

—Yo pedí al presidente del Tribunal Popular que lo dejaran, por lo menos, en libertad provisional, teniendo en cuenta mis veinticinco meses de frente.

—Y yo también lo pedí.

—¡Y no nos hicieron caso!

—Debiste de pasarte antes.

—¿Crees que no me he jugado la pelleja, escapándome de Francia?

—Pero debiste de pasarte antes.

—Julio, me han llamado asesino, criminal, me han abofeteado en público...

—Pero, ¿por qué?

—Porque dije que era católico. ¿Conque católico y con los «rojos»? Y me escupían. Yo estuve con los «rojos»... pero...

—Calla, Emilio, ya me lo contarás.

Traía un hambre atroz y muy pronto se repuso. A los pocos meses se casó, y cuando nació su hija ya estaba un poco lejos la muerte de Pablo.

Nos pareció que aquí comenzaba la nueva vida. Pero no era así. Muy pronto estaba yo con Emilio a las puertas del doctor Val y después con Rosita. A mi madre no hizo falta llevarla; lo de ella fue una cosa que resolvimos entre ella y yo sin decirnos ni una palabra...

El paciente que acababa de entrar, un hombre rígido y seco, no se estaba quieto mientras el doctor escribía algo en la otra sala. Fue dando vueltas por la habitación hasta caer, como exhausto, en una silla.

—Un poco de deporte, amigo —comenzó el doctor, acercándose—. ¡Fuera ropa! ¿Cómo se le ocurre llevar este terrible jersey de lana?

—Es que luego me resfrío.

—Miedo, miedo... No tiemble, por favor, que este señor es como de casa y no le va a comer. ¿Y qué tal van las tripitas?

—El domingo, que comí callos...

—¿Callos? ¡A quién se le ocurre! Pero no negará que duerme mejor...

—Sí, duermo mejor.

—Y que ha engordado.

—Sí, mi mujer también dice que he engordado.

—Me figuro que el niño no dormirá en la misma habitación.

—Lo tenemos en casa de mi suegra.

—¡Bien! Para eso están las suegras, sí, señor.

A la hora de recetarlos, el doctor Val los pasaba a la salita contigua, y con el fichero delante, discurseaba un poco y escribía.

—Otro —le señaló a la enfermera.

¿Y si a mí se me ocurriera ahora entablar con el doctor un diálogo trascendental? ¿No es eso lo que él busca, trayéndome aquí?...

—Doctor Val: no nos engañemos. De hoy no tiene que pasar. ¿Por qué no se decide?

—¿A qué querido?

—No se haga el loco ni crea tampoco que porque me diga algo, por grave que

sea, voy a caer desvanecido. No es que yo quiera que me hablen de anginas o colitis. Esta enfermedad pesa sobre los hombros y quien no lo nota, peor para él.

—¡Hombre! Ya que te pones así...

—Lo cierto es que un saco de plomo pesa menos que un pulmón tocado. Se lo digo para que vea que no estoy en la higuera ni mucho menos.

—¿Dónde estás, entonces?

—Estoy en una ignorancia buscada, algo así como el marido que no quiere averiguar...

—Mal asunto.

—Malo o bueno, ya se verá. Por lo pronto, el enfermo que no se entrega es como el acusado que no confiesa. Todavía no hay culpa, todavía no hay delito, todavía no hay remordimientos. Ni puede haber condena. ¿Por qué se cree que yo me he librado hasta ahora? Simplemente, por no haberme entregado, por no haberme declarado reo.

—Puestos a hablar, sinceramente, te diré que eres injusto conmigo. Yo me vengo dando cuenta de lo que te sucede hace mucho tiempo y he preferido siempre callar. Porque sé que mientras estés viviendo en esa tensión, tu naturaleza lucha y se defiende, como ella sabe hacerlo cuando quiere pasar de contrabando. Y cambiar ese dolor por el otro...

—¡Ni hablar!

El doctor Val suspendió la auscultación de turno unos instantes, me miró y me dijo calmadamente:

—Decías...

—Nada.

Procuré sonreír. No sé si había dicho algo en voz alta. ¿Estaba hablando solo como un loco? «¡Qué absurdo soy!», pensé.

Ahora el doctor se las estaba entendiendo con un niño rubio, muy blanco, que respiraba con dificultad como si tuviera en la garganta una red de telarañas. Daban ganas de abrirle la boca y soplarle. El pelo se le caía sobre las orejas, flojo y apagado. Estaba en brazos de una señora, bastante mayor, vestida de negro y peinada como un hombre, con el pelo liso, muy tirante. El niño tenía miedo y lloraba.

El doctor Val llamó a la enfermera y le dijo por lo bajo:

—Dígale a la señora que nos prepare unos porroncitos y unas aceitunas.

En seguida volvió al enfermito.

—Vamos a suspender diez días las inyecciones.

—¿Y comer?

—¿No tiene apetito?

—Come todo lo que se le ponga por delante.

—Mejor, mejor —y silbó suavemente durante unos segundos.

—Y digo yo: —y la señora se puso colorada—. ¿No será que el niño tiene la solitaria?

El doctor Val rió. Yo creo que es lo que mejor hace. Sonríe siempre. Unas veces de un modo compasivo, que da lástima verlo, y otras las más, de un modo burlón. Su cara, realmente, examinada de cerca, a mí me paraliza. Por un lado parece expresar, reunidos, todos los sufrimientos de sus enfermos y por otro parece una careta de cínico expuesta en un escaparate. Quizá a mí me trastorna de este modo porque no puedo separarlo del papel que ha desempeñado en lo de mi familia.

Del recibidor llegaba un rumor de panal agotado. Una de las cosas que más hieren y molestan a estos enfermos es que la gente crea que nunca comieron bien; por eso hablan, y no paran, de comidas, de comidas caras y caprichosas. También les duele que se piense que sus padres o abuelos fueron alcohólicos o degenerados; por eso también siempre procuran sacar a cuento unos antepasados fuertes y longevos.

Pasó un fraile con una carta en la mano. El doctor Val la leyó rápidamente y me la pasó a mí. Era de una alta jerarquía de la Iglesia y en ella le rogaba encarecidamente al doctor que se preocupara de este novicio del Parral que estaba a punto de cantar misa.

Era un muchacho alto, rubio, con algunas pecas y ojos claros y expresivos.

—¿Cuándo ha comenzado a sentirse mal? —le preguntó el doctor.

—Si le he de decir la verdad —contestó el fraile—, yo, mal, lo que se dice mal, no me he sentido hasta ahora. Ha sido todo cosa del prior, que decía que estaba desganado y tosía...

—¿Ha estado usted enfermo antes?

—Yo creo que nunca; de niño, si acaso...

—¿De qué murió su padre? —y mientras le interrogaba, el doctor Val seguía auscultándole con gran atención. El fraile sonreía más bien tranquilo, como si estuviera en el jardín del monasterio. De todos modos se iba poniendo colorado...

—Ha dicho que su padre...

—A mi padre lo fusilaron los «rojos»...

—¿Y su madre?

—Mi madre vive.

—¿Está bien ella?

—La tienen que operar de una catarata.

—¿Cuántos días ha estado en la cama?

—Ninguno.

—¿Duerme bien?

—Sí.

—¿Se cansa?

—A veces, lo que siento es algunos pinchazos.

—¿Dónde?

—Aquí —y se señaló el hombro izquierdo. Seguía, de todos modos, sonriendo. Sin embargo, estaba algo avergonzado. No comprendía que la enfermera siguiera allí impertérrita mientras él tenía su cuerpo desnudo. El fonendoscopio se hundía en la

mata de vello rubio que le caracoleaba en el pecho.

—Respire hondo. Así... así... —y las tetillas le temblaban al compás de la respiración. El doctor Val parecía, más que un médico, un escultor chiflado por la pureza arquitectónica de aquel cuerpo.

—Diga treinta y tres, muy despacio... ¡Así! Otra vez —y el doctor Val me hizo un gesto para que me acercara. Creo que en aquel momento estaba distraído. Me colocó en los oídos las dos antenas y él mismo fue conduciendo el aparato.

—Respire lo más profundo que pueda...

Lo que yo pude oír era un soplido leve como cuando el grifo del lavabo no está bien cerrado y el agua bulle lejana en la cañería. Desde luego, la caja del pecho tenía alguna rotura, el aire se escapaba por algún sitio como cuando se raja algún pliegue en los fuelles de un armónium.

Yo sí que estaba a punto de caer redondo al suelo. Porque, ya puestos, estaba viendo que al doctor Val le daba por decir:

—Anda, destárate, que vamos ahora a ver lo que tienes tú.

La enfermera se mojaba sus labios fríos con la lengua. El torso del fraile la había sumido en no sé qué meditaciones. No sonreía.

El doctor Val y el fraile pasaron a la habitación contigua.

—¿Cuánto le falta para cantar misa? —preguntó el doctor.

—Me faltan dos años.

—Cantará, cantará —y él mismo se puso a canturrear por lo bajo.

El doctor Val levantó las cejas significativamente, al menos para mí. El fraile parecía no inmutarse. Se le veía dispuesto a hacer lo que el médico le ordenara. Escuché también que el doctor Val le interrogaba sobre ayunos y cilicios. El fraile le contestaba entonces con voz muy baja y algo ronca. El doctor Val escribía.

En esto se asomó la mujer del doctor.

—Julio; no sé cómo puedes aguantar aquí. Vente a la sala.

La seguí. Luisa es una mujer guapa, pero un poco extravagante. Es imperiosa y demasiado inteligente. Yo no sé cómo conmigo no se recataba más. Recuerdo que una vez, que no estaba su marido, estuvo hablando conmigo mientras se vestía. Yo no la veía, pero pasó por delante de mí con el albornoz ceñido al cuerpo —salía del baño — y luego me estuvo hablando mientras se colocaba las prendas. Yo notaba el roce de las sedas sobre sus carnes. ¿Quién diría que Luisa ha tenido ya cinco niños? Y no paran, porque quieren tener una niña. Varias veces el doctor Val me ha dicho confidencialmente:

—Chico, yo no sé lo que hacer ya.

Y me ha planteado unos conflictos morales que a mí me ruborizaban. Un buen médico creo que diagnosticaría al doctor Val cierto desequilibrio nervioso.

—¿Cuándo vas al pueblo? —dijo Luisa, para empezar.

—Por ahora no voy.

—¿Y qué haces de tus cosas?

—Allí están.

—Es un dolor, Julio. Sería preferible que las vendieras; se están perdiendo lamentablemente.

—Queda muy poco.

—Pero es una lástima que «El Tinajero», por ejemplo, esté abandonado.

Ellos no saben el secreto de «El Tinajero». Esta tierra está cumpliendo su papel. Mientras yo viva no me desprenderé de ella. Después de muerto, no podré evitar que pase a manos extrañas...

—Tú, Julio, lo que tenías que hacer es buscar una buena chica y casarte. ¿Qué no?

A Luisa hay que temerle, porque cuando se le mete una cosa en la cabeza o cuando intenta metérsela a los demás, es cargante y mandona como ella sola. Ya una vez hice yo tentativa de casarme. Y me bastó. No sé si falló ella o la hicieron fallar. Pero el asco que a mí me ha dejado no se cura tan fácilmente. Cinco años de un amor que parecía sublime. Y a última hora se raja, huye, se arrastra, se vende y se entrega a un postor forrado de dinero. Cinco años nada menos estuvo ella gozándose en mi lucha con la vida, en mis sacrificios, en mis esfuerzos por merecerla. Cinco años de renuncia, de ideal. Y ella alimentando todo esto. Y a los cinco años, ella, la intocable, la mística, se hunde en el matrimonio con un bárbaro dueño de huertos de naranjos.

Un día me preguntó:

—Oye, Julio, ¿de qué murió tu padre?...

¿Qué de qué murió mi padre? No podía esperarme de ella esta pregunta. Mi padre murió de muerte natural. Lo que no sé es cómo no me he muerto yo de asco cien veces al ver la hipocresía refinada y la traición de aquella delicada, hipócrita mujer, toda votos, toda poesía... toda mentira, debo decir. ¡Que de qué murió mi padre! Mi padre murió de lo que no morirá, desde luego, nunca el animal de su marido. Algún día también tengo que contar esto. Si logro vencer el asco que me da.

—Sírvale primero al señor —dijo el doctor Val.

Había terminado sus consultas y la enfermera nos puso delante una bandeja con trocitos de queso, chorizo y aceitunas. Los vasos eran de esos pesados, tallados en cristal de roca.

—Pierde grados al traerlo, pero está colosal. ¿Qué te parece?

—Que sí, que está estupendo.

La comida fue sosa a más no poder. Los niños, excepto Pepito, el mayor, son estúpidos y desdeñosos. El doctor se levantaba a cada momento al teléfono. Parecía que su oficio a aquella hora fuese sólo mentir y noté que lo hacía con una gran soltura.

Me extrañó que esta vez no me hubiese preguntado nada por mis ocupaciones.

—Deberías hacer algo práctico —me había recomendado otras veces.

Mientras tomábamos café, Luisa me preguntó, sin venir a cuento:

—¿Qué edad tendría ahora Rosita?

—Unos treinta.

El doctor encendió la radio y empezó a hablar de política, que es su debilidad. Para él la política son las personas. Los partidos y las ideas no son más que los hombres que las patrocinan y las representan. Así, odia a algunos personajes y, en cambio, admira frenéticamente a otros. Odia a Ibáñez Martín, a Arrese, a don Esteban Bilbao y a Aunós. Defiende y alaba hasta el colmo al cardenal Segura, a Serrano Súñer, a Laín Entralgo, a Marañón y a Chicote. Se puso muy pesado y hasta soltó tres o cuatro «puñetas» delante de su mujer.

Por fin pude abandonar la casa. El doctor Val se iba a su sanatorio.

—¿Quieres venir?

Le dije que estaba citado a las seis, pero que otro día iría con mucho gusto.

—Alguna chavala —me dijo poniendo cara de malicioso.

Sonreí.

—Pues mucho cuidadito, amigo —concluyó.

No sé fijamente a qué se refería.

A las siete estaba yo tocando el timbre en casa de Elvira.

—Está durmiendo —me dijo su criada, que es una sorda espantosa.

—No importa —y abrí la puerta.

Abrió los ojos poco a poco, pero yo creo que se hacía la dormida. Después hizo morritos como si se enfadara.

—¿Dónde estabas? Te he llamado y me han dicho que no habías ido a comer —reclamó.

—Un amigo del pueblo.

Elvira es mimosa y habla de todo con un convencimiento conmovedor. A nadie guarda rencor, de nada está dolida. Creo que la quiero de verdad y a veces siento por ella una gran piedad. Ella ha aceptado su destino, un destino que casi se lo dieron hecho cuando tenía apenas veinte años. Y se ha agarrado a mí porque seguramente también me ha visto sin posibilidad para torcer el mío.

Ni una sola vez me ha hablado de dinero. Las primeras veces yo le daba una cosa discrecional. Ni una vez protestó. Después ella misma se convenció de que era de todo punto imposible exigirme nada. No hay bolsillo, a no ser el de un millonario, que pueda sostener una mujer así. Ya es bastante pagar consumiciones, regalarla cosillas, invitarla a cenar, pagar los taxis. Es demasiado para mí. Ella lo comprende. Agradece más que yo la llame o que acuda cuando me llama. Está satisfecha con que la espere y la acompañe cuando me lo pide. Tampoco en este aspecto le concedo demasiada autoridad; aunque siempre tenga que ir a morir a la playa de sus brazos, como esta tarde, procuro mantener una independencia lo más amplia posible.

—No salgas esta noche, Elvira, y nos quedamos aquí...

—No. Esta noche tengo que salir.

Y comenzó a vestirse. Elvira no lleva joyas; ni buenas ni malas. Y no es porque no las tenga o no tenga dinero, porque me consta que lo tiene. Todas las semanas va al Banco y mete algunos billetes de los grandes. Como que tiene una clientela de mucha solvencia y mucha *tela*, como ella dice. Claro que también una o dos veces por semana viene su tía o su hermana a ver lo que cae. Y siempre cae algo, porque Elvira, para su familia, es buenísima. Ella mantiene a un hermano paralítico y viste a todos sus sobrinos. Ahora, que tiene cuartos, vengan de donde vengan, todos son a adularla y a sacarle todo lo que pueden. Pero al principio la dejaron tirada en la calle.

—Eres la vergüenza de la familia —dijeron, como se dice siempre.

Elvira perdió la virginidad —la honra, como dice ella— de la manera más tonta del mundo. A los dieciocho años trabajaba en un taller de bordados y tenía un novio, al que no le dejaba, sino a duras penas, cogerle la mano o darle un beso.

En la boda de su hermana, Elvira bailó con todos los vecinos. Su novio no había podido asistir. A ella le dio tristeza y bebió. Debía de estar muy bonita Elvira entonces, si ahora, con la vidita que lleva, está como está. Y allí comenzó su extravío. Un vecino rico, que le llevaba quince años, fue el encargado de perderla. La familia la ayudó a caer en sus brazos porque querían que se casara con él. Quedó en estado y él quería casarse. Pero ella le cogió a aquel hombre un odio feroz. Le escupió y no quiso verlo más. Después vino el niño, un niño que murió antes de cumplir el mes. Elvira adora a los niños y yo creo que sí su hijo hubiera vivido ella no se habría echado a la mala vida.

Antes de salir a la calle tarda una hora larga en arreglarse. Lo que más gracia me hace es una tenacilla que se aplica a sus largas pestañas dos o tres veces seguidas, hasta que se le quedan perfectamente arqueadas. Varias veces yo he intentado pintarle con su lápiz americano los ángulos de los labios, pero no he sabido hacerlo y siempre los tenía que borrar otra vez. De todos modos, suelo quedarme embobado mientras ella se pinta y se peina.

—Vamos —dice.

Y salimos. La sorda le saca a la puerta un vaso de leche. Algunos vecinos miran desde los balcones y hablan por lo bajo. Elvira se agarra al brazo y al ir a cruzar la esquina, vuelve varias veces la cabeza y saluda con la mano a su criada.

—Me cuida como a una hija —agrega.

En la plaza cogemos un taxi. Pongo una mano sobre sus rodillas y aspiro su perfume. Es para sentirse orgulloso. Elvira es una mujer espléndida. En más de una ocasión llegué a hacerle juramentos fervientes y le dije que me casaría con ella. Ella sonríe entre escéptica y complacida. A lo mejor no me cree. Pero yo creo que sí, que ella sabe que yo, si me apretara un poco, me casaría con ella.

—¿Adónde? —preguntó el taxista.

—A la esquina del «Palace» —ordenó ella.

Estas tardes brumosas de Madrid son densas como tarros de miel. Las nubes son más pequeñas y lejanas que otros días. Todas mis pesadillas se refieren a tardes así, a esas horas en que el cielo se enrojece y las luces blancas se petrifican en el suelo, en las cúpulas, en los cristales de la ciudad. Entonces yo sueño un río lento de colores morados y verdosos, un río cubierto de húmedas nieblas que cruza de parte a parte Gran Vía, Cibeles y Puerta del Sol. Y la torre de la iglesia vieja de Hécuba navega, como si fuera una barcaza, por la corriente lenta, dejando caer sus caretas burlescas, caretas siniestras, caretas tétricas, por todas partes. Yo voy detrás en un carro tirado por muchas mulas y voy recogiendo caretas, deprimido, casi llorando. De cuando en cuando, al coger alguna de estas caretas, me mancho las manos de sangre. Después miro al cielo coloreado de rojo. Otras veces el cielo está traslúcido y en lugar de luna hay una mano muy blanca que va dejando caer uñas brillantes o flores. Yo siento que me ahogo y es que tengo una pluma negra de avestruz en la garganta. Quiero quitarla y no puedo. Esta tarde de hoy, este cielo, parecen sacados de mis sueños. Casi siempre me despierto con el pinchazo de una imaginaria inyección que yo mismo me pongo. O porque me hundo en la corriente del río de aguas amarillentas.

—¡Aquí, pare! —dijo Elvira dirigiéndose al taxista. Y después a mí—: Tú me esperas aquí aunque tarde un poquito, ¿eh? Si te vas, te pegaré.

No debí de poner buena cara, porque aún me hizo unos mimos y me dio un besito antes de irse. Creí que iría al hall del «Palace». «Algún cliente», pensé. Pero no entró al hotel. Siguió por la calle de Medinaceli, y yo me dije: «Algún recado por la puerta de servicio». Encendí un cigarrillo y le di otro al del taxi.

Elvira tardaba demasiado y me bajé a dar unas vueltas. Empecé a sospechar la verdad. Me acerqué al taxista y le dije:

—Si viene la señorita, que espere un momento. Le dice que he ido a comprar tabaco.

Y eché a andar calle de Medinaceli adelante. No tuve que molestarme en pesquisas. Elvira estaba allí, como otros cientos de personas, esperando turno para besar los pies de Nuestro Padre Jesús. Se había puesto un velito sobre la cabeza y seguía la marcha de la cola con una compostura que engañaba a cualquiera. Varios niños y mujeres pregonaban y vendían estampas y velas a los devotos y a los transeúntes.

Esta ocurrencia de Elvira me indignó. Primero, porque no me lo había dicho y segundo, porque aquello era inaceptable desde el momento en que ella vivía como vivía. Probablemente de allí mismo se iría a «Chicote» o a «Pasapoga».

Decidí no darme por enterado. Al cabo de un buen rato regresó al coche muy contenta y ordenó:

—A «Chicote» —y como me vio enfurruñado, me hizo unas caricias y unos mohines.

¡Cualquiera comprende esto! A veces ni siquiera sé si creo. Para mí no es tan fácil. Pero nunca me ha parecido cosa de juego. Yo puedo hasta dudar; pero esta

misma duda no es más que angustia, ansia de encontrar a Dios. De encontrarle, sí, no en los pies de una imagen, por supuesto. Un deseo de purificación, un asco de todo, una impaciencia por dejar a Elvira en «Chicote» y quedarme solo, me dominaba.

Ella creía que yo estaba enfadado por la espera.

—Baja y te tomas un aperitivo —me suplicó al llegar a «Chicote».

—No, no me quedo.

—Estás raro esta noche. ¿Es porque te hice esperar? —y se reía como si poseyera un secreto importante.

—Es que quiero acostarme. Estoy rendido.

—Bueno, hijo, ya se te pasará —y entró contoneándose—. Sí, lo mejor es que te acuestes, a ver si te pones fuertote.

Pagué y me fui andando. El ascensor no funcionaba. Son nueve pisos, se dice pronto. Fui subiéndolos poco a poco, descansando en los rellanos. Estaba exhausto. Lo que más me ha desmoronado ha sido probablemente lo del doctor Val. Aquella consulta... Y luego, Elvira. Esta mujer me matará. ¿Y yo lo voy a consentir? Por las escaleras bajaban operarios con uniformes grises, otros azules, todos demacrados, pisando poco seguros. Otros eran funcionarios de caras macilentas y trajes raídos. Todos estos personajes tristes parecen pertenecer a una comunidad de fracasados. Y no sé en cuál de los diversos establecimientos que hay en el edificio trabaja cada uno; pero todos, silenciosos, huraños, dolientes, parecen verdugos cesantes y aburridos. En algunos pisos hay también pensiones, yo creo que no todas dentro de la ley. Salen de ellas algunas parejas con las gotitas de agua del improvisado peinado chorreándoles por la frente y las orejas.

Me tumbé vestido sobre la cama. A esta hora del máximo tráfico por la Gran Vía tengo la sensación aquí arriba de estar al borde de un acantilado que el mar va a asaltar de un momento a otro. El trepidar de los coches, el murmullo sordo de los transeúntes, desde mi torreón, suenan a jadeo inmenso, como un ataque de asma en un gigante. En la Gran Vía sucede todo lo más extraordinario. Allí un día los estudiantes pasan pidiendo Gibraltar; otro día apedrean las carteleras de un cine porque tiene una mujer más o menos desnuda. Por aquí pasan también las ambulancias tocando sus campanillas y los bomberos con sus silbidos. Pasan también las procesiones de Semana Santa y las carrozas de los embajadores cuando acuden al Palacio de Oriente a presentar sus credenciales.

Los guardias de los cruces, muy solemnes, puntuales, ordenan y dirigen todo este caos.

Cuando me asomo alguna vez, no resisto mucho tiempo. Tengo que retirarme y hasta cerrar las maderas. Temo tirarme, temo tener un raptó de asco y lanzarme en el vacío. Hay momentos de una indecisión y de una tristeza atroces. La vida, a veces, es como un paredón inmenso y feo que hay que atravesar y que no interesa ni atrae lo suficiente para hacer el esfuerzo.

Como no podía dormir, me puse a revisar el baúl, un baúl grande donde guardo

todos mis papeles y los retratos y cartas de los míos. Empecé a romper facturas, cartas y hasta fotografías. No conduce a nada conservar todo esto. Sobre todo las cartas. Era algo que tenía que hacer un día.

Antes de romperlas he leído algunas de las cartas de mis hermanos. Son insoportables, odiosas, cartas escritas a lápiz, en las que unas veces me llaman «ángel», «padre de todos» y otras «egoísta», «verdugo».

Yo lo único que hacía era aconsejar y proporcionarles lo que querían en la medida de mis fuerzas. Y procurar que a mi madre y a Rosita no les faltase nada, eso sí. ¿Que había que vender? Se vendía. Y ellos, parece mentira, ellos que se iban a morir, pensaban más en las tierras que yo. Pero, en cambio, también pedían, pedían hasta gollerías. Les dábamos todo lo que querían aun sabiendo que era inútil y que se cansaban de todo. «¿Quieres sanatorio? Pues sanatorio». A los tres meses ya querían volver a casa. «Se aconseja muy bien cuando se está sano», decían. Me acuerdo de aquello que me dijo un día Rosita: «Pues no creas que tú te vas a quedar para simiente de rábanos. No te hagas ilusiones. Hincarás el pico como todos». Rosita tenía un genio endemoniado. Después me pedían perdón, lloraban, me bendecían. Y vuelta a lo mismo al poco tiempo. En el fondo, un rencor de bestias acorraladas les impulsaba contra mí, que seguía sano. Tanto, que más de una vez, a cada uno en su día, tuve que hacerles creer que también yo había entrado ya en la pendiente inevitable. Aunque parezca mentira con esto se quedaban más tranquilos. Ellos, por turno, sufrían horriblemente al tener que aceptar que, precisamente yo, el más pequeño, el más enclenque de siempre, pareciese destinado a librarme de seguir el mismo camino. No podían perdonarme que estuviese sano, que les sobreviviera. En todos mis hermanos he podido notar lo.

¡Cuántas veces inventé y simulé los síntomas que ellos y yo conocíamos tan bien! Pero, claro, no podía inventar una hemotisis y así ellos siempre se mostraban recelosos y no muy convencidos. A todos, en el último grado, en los últimos tiempos, les entraba una avidez por vivir que se traducía en rencor para con los que estábamos sanos.

Me figuro que el primer acto —en el que nunca aparentemente acontece nada serio— de este drama tiene lugar entre sangre y huesos, en el silencio de los tejidos. Allí nacen, allí crecen y se multiplican los bacilos. Todo esto debe ocurrir de un modo pacífico, constante, laborioso, como sucede en los escenarios cuando, antes de levantar el telón, discurren por las tablas los personajes más trágicos con aire inocente. Después, con la luz, va surgiendo cierta alarma que lo mismo puede ser una cosa que otra, hasta que va tomando cuerpo ante las candilejas un diálogo crucial entre el ser y la muerte. «¿Será posible?», se preguntan los espectadores. Al terminar el segundo acto, que es el de la confirmación y planteamiento, los espectadores se preguntan: «Pero ¿cómo es posible que el más pequeño, el más débil, no participe de la consagración dramática que urge a los demás?». Hay algo de decepción en algunos, y a otros hasta se les ocurre protestar a gritos: «¡Falso, falso, convencional,

arbitrario!». Pero el tercer acto, el del desenlace, ya plantea la cuestión en sus justos términos: «Hay que morir, es inevitable». Se habla de suicidio, se cita a Dios, aparecen los samaritanos, que son los médicos, y la voz de los traspuntes llega claramente a los espectadores: «Cara de piedad». «Nada de rebeldía». «No pones cara de cadáver; pon cara de meditar ya sobre la muerte, abandona poco a poco los gestos amigos y enemigos. Recuerda que no eres más que un espectro». El público se va emocionando y no aplaude porque no le dejan. El desenlace se ve venir, es algo lento, pero no da lugar a improvisaciones. Sólo queda la duda de si morirá en la propia cama, en un sanatorio o en la calle... Pero morirá, no hay dudas.

Todavía yo estoy en el primer acto, seguramente. Pero eso no quiere decir nada. Ellos se detuvieron quizá demasiado en el segundo. Es posible que yo, en cambio, pase vertiginosamente, por el atajo, al tercero, sin transición, sin el concurso del doctor Val siquiera.

Yo he odiado la farsa, la explotación de la enfermedad para despertar piedad terrena o divina. Y esto ellos no me lo perdonaban. No perdonaban mi escepticismo, mi altivez, mi gesto de desdén. Y por eso pasaban fácilmente del hermano salvador al bandido, insensible, egoísta.

Esta enfermedad seguramente supone siempre una intoxicación de ira, una vena de locura extraña en que bondad y odio van conjugándose febrilmente. «¿Temes contagiarte?», decían unas veces con sarcasmo y reticencia. «No te acerques, porque no habiendo necesidad...». Del amor al desprecio fueron pasando cada uno en su hora, y yo, duro, sí, incommovible, fui obrando según la carne y según el espíritu, sin dejarme coger en la trampa. Yo había aprendido demasiado, había visto demasiadas muertes: demasiado teatro. Y si de algo me preocupé fue de evitar para mí mismo el clima teatral. De esto la única que supo resguardarse fue mi madre porque ella tenía un temple admirable y una valentía grande.

¿Quién les mandó a ellos que creyeran en los remedios? Mi madre calló y, vencida, pero segura, fue a lo que importaba: a la soledad. Y por eso mi madre, aun en la tumba, está sola. Ella supo morir. Por lo mismo, yo me atreví a hacer con ella lo que hice.

Y aquí estoy yo, que me he quedado solo y que voy saltando de ribazo en ribazo, como saltamontes loco que ve y teme la cuchilla del segador. No sé cuándo, no sé cómo, no sé dónde. Sin embargo, un día cualquiera lo que tiene que ser será. No sé si ese día yo no podré conmigo mismo o me bastaré solo. Todo dependerá de cómo se presente el fantasma, si diciendo: «Buenos días, aquí estoy yo, seré benévola», o dirá: «Es una gran suerte para ti; de un golpe vamos a liquidar este asunto». Lo que no quiero de ningún modo es pasar dramáticamente ese tiempo que ha de mediar entre la postración inicial y la final consunción. Lo que haya de ser, que sea, pero sin agonías aparatosas y sin ejemplaridades de resignación ni de estoicismo barato.

Quiero que mi única salida al escenario sea en todo caso para decir:

—¡Señores!: Aquí no hay ni telón lento ni telón rápido. Aquí no hay apuntador ni

espectadores. No tengo ni que salir a escena porque yo ya me he muerto por lo menos otras cuatro veces. El médico y el cura se pueden ahorrar el tener que repetirme el archisabido libreto. Es lo mismo de las otras cuatro veces anteriores. Me sé de memoria el papel, pero renuncio a representarlo. Tampoco tendré oportunidad de llamar a nadie hipócrita, dilapidador o santo. Yo, naturalmente, voy a morir sin aplausos ni pateos. Mi patrona un día entrará en esta habitación, se alarmará mucho, buscará en el listín de teléfonos el número de la Casa de Socorro y, muy nerviosa, dirá:

—Aquí, José Antonio, número...

Y se acabó. Eso será todo.

## Capítulo V

### La guerra

¿A qué puede conducir hablar ahora de la guerra? Yo creo que todo el mundo trata de olvidarla. Es cierto que queda ya muy lejos, aunque las heridas que produjo están entumecidas, pero no cicatrizadas. Si a mí se me ocurre revivir mis recuerdos de la guerra es porque los considero muy ligados al problema que me preocupa.

Sin la guerra del 36, probablemente mi familia seguiría tan campante. ¡Quién sabe! A lo mejor no. Pero yo prefiero pensar que sí, que estaríamos ahora todos vegetando cada uno por su lado, desperdigados, como pasa con todas las familias.

Naturalmente, al empezar la guerra yo no era, no podía ser, un beligerante. Yo era poco más que un niño, con una gran curiosidad, eso sí, por todo. A mí entonces hasta las cosas más serias y más tremendas, como las muertes servidas a domicilio, por ejemplo, me dejaban impasible. Me excitaban simplemente, como si fueran atracciones de una feria fenomenal. Yo sólo iba de un lado a otro con los ojos del cuerpo y los del alma desmesuradamente abiertos, empapándome de maravillas, de heroísmos y de atrocidades. Los míos, eso por descontado, eran los de la otra España, pero mi curiosidad me llevaba precisamente a merodear entre los del otro lado. Yo quería encontrar los motivos de una división tan irremediable de las personas. Creo que era eso lo que buscaba; a lo mejor era sólo mi afán de aventuras lo que me llevaba a contemplar arrobado a los cabecillas rojos que daban órdenes terribles y decían que mataban gente, así, con una tranquilidad como quien se bebe un vaso de agua. Yo reconocía que hacían mal en esto, pero a pesar de todo no los encontraba nada temibles. Comprendía yo muy bien que tampoco podían hacer otra cosa. Ellos eran más bien ignorantes y muy infelices y veían espías y emboscadas por todas partes.

Instintivamente admiraba su audacia, su heroísmo y su valentía, quizá porque en el fondo yo soy algo cobarde. Es decir, siempre he creído que en momentos de peligro me portaría como un cobarde. Después, en la realidad, muchos han dicho que yo era valiente y que me porté como tal cuando hizo falta. Pero nunca he podido darme cuenta. Seguramente es que el peligro y la guerra embotan los sentidos y desatan los nervios y eso del heroísmo es una especie de reacción de la que el que menos se entera es el interesado. Una vez lanzados a la lucha, la verdad es que uno no sabe bien lo que hace. Ni bien ni mal. Y lo mismo que ocurre con el valor debe ocurrir con el crimen. Uno mata porque algo nos pone en trance de no saber lo que hacemos, algo que estorba y que nos ciega. La mayor parte de las veces uno se queda firme ante el peligro, como se queda el pajarito bajo la influencia de la mirada de un reptil: hipnotizado.

—Julio, tú, que eres pequeño y no se fijan en ti, y que vas algunas veces a Palacio, nos vas a hacer un favor muy grande.

—Sí, sí.

—Pues mira, en la biblioteca del señor obispo, en la última leja, tienes que buscar un libro negro y gordo de música. Entre las hojas hay un sobre.

—Bueno.

—Pues lo coges y lo traes.

Desde el primer día de revolución yo entraba y salía en la Casa del Pueblo liviano y suelto, aunque mis entrañas se sacudían como telarañas frágiles cada vez que oía una voz o notaba unos pasos por un pasillo. Unas veces llevaba mono azul, otras veces iba en mangas de camisa. Mi cara, no sé por qué, les debió de parecer dócil y sufrida. Así, sin que nadie me nombrara, me vi convertido al poco tiempo en botones proletario.

No fue fácil dar con el sobre en cuestión, pero al fin lo encontré. El sobre contenía un montoncito regular de billetes de mil pesetas. Se los llevé, sin que se me ocurriera ni por asomo quedarme con ninguno, a un sacerdote importante que estaba escondido en la mejor confitería de Murcia. Desde aquel día en aquella confitería me daban de cuando en cuando pasteles, cinco duros, una camisa y hasta unos zapatos. Comprendieron que lo que yo había hecho tenía su mérito. Después me fueron encargando cosas más difíciles.

El sillón episcopal lo ocupaba el jefazo, un hombre corpulento con muy malas pulgas, que siempre que tenía que dar una orden de detención o de requisa lo primero que hacía era pedirme un vaso de agua y el bicarbonato. Pero también en ocasiones tenía conmigo gestos amables, y así, cuando comenzaron a recoger a los «significados» los aparatos de radio, cogió uno de los más bonitos, de bakelita color mermelada de fresa, y me lo regaló:

—Toma, Palmerica, para ti —dijo muy solemne.

El jefazo fue el que me puso Palmerica. Lo hizo porque a mí todos los trajes y aun el mono, me venían muy cortos. Crecía delgado y cimbreante, sacando las manos muy huesudas y los pies un palmo fuera de las mangas y las perneras.

Yo era adicto al jefazo en cuanto podía serlo. Entre él y el obispo hubiera elegido indudablemente al obispo; pero en las guerras, en contra de lo que se cree, no se puede elegir. A uno le toca en un sitio y allí se tiene que aguantar. Hay soluciones radicales, pero esto se quedaba para las personas mayores.

—Mira, Palmerica, estos días no vengas por aquí. Te vas a la C. N. T. y escuchas todo lo que digan por los despachos, sobre todo en el del «responsable». Luego vienes y me lo cuentas.

También en el Seminario logré resultar familiar, y sin gritar ni muertas ni vivas, simplemente haciéndome visible, pude entrar y salir a cualquier hora del día. Me interesaba todo lo que hablaban y más que nada cómo lo decían. Parecían niños grandes jugando a las revoluciones.

El obispo de Murcia se libró por tablas. Los socialistas decidieron apoderarse del Palacio Episcopal, que es, como ellos decían, un sitio estratégico. Por un lado da al

río y a la glorieta del Ayuntamiento y por el otro, a la fachada de la catedral. Cuando entraron a Palacio los socialistas lo hicieron con enorme miramiento. Antes de subir las escaleras se pasaron un buen rato los dirigentes en el patio, poniéndose de acuerdo y mirando los arcos como si fueran turistas. Después destacaron una comisión, que subió al salón del trono, y con mucho ceremonial, le pasaron recado al prelado. Tenían que hacer saber a Su Excelencia Reverendísima que, sintiéndolo mucho — algunos pusieron realmente cara de sentirlo—, el edificio tenía que ser incautado para la Casa del Pueblo. El obispo los escuchaba nervioso, pero agradeciendo vivamente que no hubieran prescindido de los tratamientos y del respeto. Se iba, yo creo, con las ganas de echarles una amplia bendición.

Tardó muy poco tiempo en ausentarse. A los diez minutos ya andaba por las escaleras, vestido de paisano —el pantalón le estaba muy estrecho y la chaqueta muy ancha—, y con un maletín de cuero en la mano. La voz se le notaba nerviosa y de cuando en cuando levantaba la mano como para bendecir. Detrás de él caminaba su secretario, con sotanas y dos carteras de piel en las manos. Cuando no se le caía una, se le caían las dos. Los socialistas, muy respetuosos, le decían:

—Que se deja esto —y se las recogían del suelo.

El obispo montó en un coche que había parado en la puerta de Palacio. Ya los dirigentes habían aparecido en los balcones y levantaban el puño jubilosamente. Flamearon en el aire banderas rojas. La multitud aplaudía. Muchos le decían adiós con la mano al obispo y ponían cara de lástima. Algunos decían:

—Se ve que la ropa que lleva no es suya. Pobrecico.

Pero no era cosa de dejarse ablandar. Siempre había a la mano algún jefecillo que agregaba:

—Bastante tiempo ha disfrutado él todo esto, que es del pueblo. Ahora nos toca a nosotros.

Los de la C. N. T. habían sido menos cumplidos y no se habían andado con tantas etiquetas. Se dirigieron en tromba al seminario y ya por las escaleras comenzaron a degollar santos y a arrastrar bonetes y casullas. Después muchos de ellos se vistieron con sotanas, cogieron el incensario y el hisopo y organizaron una estrafalaria procesión por los claustros. Cuando a uno se le ocurría agujerear un cuadro y dejar tuerto a un santo, sacaba la pistola o apuntaba con el fusil y hacía una descarga. Las mujeres se ponían roncas gritando el Matarile-rile-ron.

Buscando dinero por las dependencias, dieron con el torno de las monjas y recorrieron entonces sus celdas. Las monjas estaban encargadas de la cocina y de la enfermería. Cuando los anarquistas libertinos dieron con ropas de mujer, enaguas, camisas, pantalones, se pusieron locos de alegría. Muy pronto los balcones del seminario estaban repletos de prendas femeninas amplias y almidonadas. Pero cuando llegaron al delirio fue cuando dieron con una habitacioncita de dos camas donde había braguitas y otras prendas finas.

—Esto sí que es matute —gritaban.

Estas prendas pertenecían a unas sobrinas de la madre superiora que estaban pasando unos días allí.

—Los granujas, los sinvergüenzas —comentaban las mujeres.

—Pero, ¿qué iban a hacer los pobres? —exclamaba comprensivo un hombre ya maduro.

—¿Los pobres, dice? ¿Y luego qué...? Luego venga meternos a los demás el resuello en el cuerpo.

—Y que lo diga.

—¿Ves como no hay infierno? —proseguía la mujer, examinando una cajita de polvos y una barra de colorete.

—No hay que extrañarse de nada —continuó el hombre reflexivo—. Pero si eso ya se sabe, ellos, como cada cual, o así —y hacía un gesto procaz— o asá —y lo completaba con otro más obsceno todavía.

Después, la enardecida multitud se dedicó a buscar por los rincones las tumbas donde los curas, según vociferaba la chusma, tenían enterrados a sus críos. Y poco después apareció una fila de *momias* que simulaban danzar junto a los hierros de los barandales. Inmediatamente sonó la campana de la comunidad y el refectorio se llenó de gente. El fogón funcionaba a toda marcha. A todo el que entraba al comedor y se sentaba donde le mandaban, le servían un par de huevos fritos con patatas y un plato de mermelada, pan y vino. También en el salón de actos los dirigentes celebraron un banquete con un menú algo más refinado. Todos los pollitos y palomas que conservaban los superiores del seminario para cuidar al padre espiritual, un asceta que trataba de introducir en el seminario los métodos de San Sulpicio, se los comieron los cenetistas de una asentada. A los postres, el jefe del Sindicato de la Hostelería, llenó su copa de vino de misa y peroró en los siguientes términos:

—Y este caserón viejo y antipatriótico, que era el símbolo de la cochambre regresiva, de la chatarra innoble que enmohecía las articulaciones progresivas de la España que nace, de hoy en adelante en la perspectiva del anarquismo ibérico, será como la atalaya...

—¿Sabes que habla muy bien este tío? —comentó el del Sindicato de Productos Hortícolas.

—Pues a ver, ¡como que fue seminarista!

Después de la comida, socialistas y confederados se reunieron en una magna asamblea, en la que entraban también partidos políticos tan ilusorios como los federales y los de izquierda republicana. Allí ya comenzaron a imperar el regüeldo y los pedos. Discutían en mangas de camisa.

—¿Quién es el responsable, camaradas —comenzó el ex seminarista— de que el obispo se haya fugado con doce millones de pesetas en el maletín? ¿Quiere esto decir que estamos rodeados de traidores y que alguien se ha vendido? Pido que se detenga inmediatamente al obispo allí donde se le encuentre y se le juzgue como jefe de la facción en Murcia. Ese dineral que el obispo se lleva servirá para comprar armas para

matar a nuestros compañeros, ese dinero es producto de miles de años de sudor...

—Tiene razón —asentían.

—Estamos tocando el violón.

—Eso es, camarada, estamos tocando el violón. Hay que ir por el obispo, se encuentre donde se encuentre —continuó el ex seminarista— y pese a quien pese.

—Que hable claro, si tiene que acusar, que acuse.

—Hay que juzgarle sin ninguna clase de consideración. A ver cuándo nos vamos a enterar de que el clero es el culpable de lo que está pasando y que hay que liquidarlo de una vez —el orador atenazaba las manos como ahogando presas imaginarias.

En un grupo discutían si en el maletín del obispo cabían doce millones. Ni siquiera en billetes de mil podían caber, decían.

Nombraron al ex seminarista jefe de una banda que buscó al obispo por Murcia durante varios días con sus correspondientes noches. El ex seminarista tenía instinto en sus pesquisas, pero a todos los sitios llegaba un poco tarde. Concretamente, el aviso al Asilo y a las Oblatas llegó por mi conducto y a mí me daba mucha risa ver cómo ellos pataleaban cuando al llegar a un sitio se enteraban de que acababa de escapar. Después se dividieron las patrullas —cada grupo sindical quería atribuirse la captura— y a mí mismo me despistaron.

A medida que fallaban las pesquisas disminuía el número de millones que decían llevaba el maletín.

Me enteré de que el obispo había salido hacia Alicante con el carnet de entrenador del Real Murcia y acompañado de un árbitro de fútbol. Se hospedaron en un hotel que estaba repleto de coristas y policías. Por aquellos días Martínez Barrio había hecho un viaje a Alicante. El obispo se pasaba los ratos en el hall del hotel curioseando revistas para despistar. Una tarde lo citaron en un huerto de las afueras de Alicante con un grupo de marineros argentinos. Allí compraron ramos de flores y medio borrachos entraron a la ciudad en un coche descubierto. El obispo iba ya disfrazado de marinero y antes de entrar al barco tuvo que aguantar unas cuantas horas por las callejas estrechas y malolientes del barrio pescador.

Ya que el obispo no había podido ser apresado, los partidos de Murcia comenzaron a detener curas y frailes y, en reñida emulación, los dejaban tiesos en un recodo de la carretera de Cartagena. Pero no era lo mismo, se les veía descontentos y malhumorados. Cien curas probablemente no suman un obispo. Además, los curas ninguno tenía un maletín con millones.

El ex seminarista perdió muy pronto influencia. Matar curas y hasta monjas podía ser divertido, pero no estratégico, y la guerra iba necesitando golpes morales. Mientras tanto los peces gordos —militares y marqueses terratenientes— quizá andaban confiados por las calles. Aquélla, indudablemente, era una mala táctica, quizá aconsejada por los mismos fascistas.

Entonces soltaron a todos los curas que tenían encerrados en los sótanos. Hubo

dos de ellos, que, al decirles que estaban en libertad, se lamentaron:

—Y ahora, nosotros, ¿cómo vamos a vivir?

—Como vive cada cual —les contestaron.

—Pero es que sin decir misas, sin bautizos, sin bodas y sin entierros... —decían los pobres.

Los revolucionarios comprendieron que aquellos hombres dominaban un oficio, el litúrgico, y que era muy tarde ya para que aprendiesen otro.

—Bueno —dijo un mandamás— os quedaréis de escribientes en las oficinas, pero sin desmandarse. Puntualidad y poco de aquí —y sacó la lengua—, porque si os extralimitáis os «paseamos». Tendréis la comida y veinte duros a la semana para tabaco y vicios...

Desde aquel día pasaba más gente por los despachos de los jefazos sólo para ver allí a aquellos curas dándole a la pluma con nervioso entusiasmo.

Yo no sabía salir de aquellos despachos. Mi sitio permanente era la «Casa del Pueblo» pero de semana en semana hacía alguna escapadilla a la C. N. T. No era, desde luego, por cálculo de espía, porque yo no tenía intencionadamente este objeto. Era por aquellas fechas un chiquillo delgaducho y con cara de hambre. Claro que yo iba y venía por la ciudad como un ratón mojado; lo que yo contaba tenía interés y unos se lo repetían a otros. No lo hacía tampoco por poner en aprieto a los de la «Casa del Pueblo» o a los de la C. N. T., esto es, por un odio reflexivo, sino simplemente porque a mí me llamaba mucho la atención todo lo que ocurría dentro de aquellas paredes.

—Palmerica, tráeme un café —decía un jefazo.

—Palmerica, tráeme tres coñacs —decían otros.

—Palmerica, acércate a la farmacia y cómprame una aspirina —pedía una secretaria.

—Palmerica, ¿cómo andamos de tabaco? —reclamaban los dos curas que no decían ya misas.

Me pegué a aquella gente creo que por enfermiza curiosidad y, al mismo tiempo, por lástima. Eran, a veces, buenos hombres que aunque vinieran de matar gente por las carreteras, al llegar disfrutaban llamando a la mujer por teléfono, se enfadaban unos con otros, bebían vino para hacer las paces y pataleaban a menudo cuando les venían las cosas mal y la radio decía que iban perdiendo la guerra. Demasiado comprendía yo que no tenían derecho a hacer tantas barbaridades, que blasfemaban de lo peor, que contaban chistes horribles de monjas y del Papa, que no dormían por limpiar los pueblos de fascistas, pero al mismo tiempo eran unos infelices. Todo lo contaban, lo que habían hecho y lo que iban a hacer, y, claro, sin guardar bien los secretos no puede salir bien ninguna revolución. Discutían, se peleaban unos con otros, ponían las pistolas encima de la mesa, dictaban oficios reclamando esto y lo de más allá y luego se iban juntos a los entierros. Que también de los suyos morían.

Yo pienso que es que estaban demasiado nerviosos y que, en ocasiones, se

aburrían. Luego llegaban las mujeres y, entre broma y broma, los llamaban «primaveras», «pinchauvas», «cantamañanas», «lirios», «terciarios». Y a ellos se les encendía la sangre. Siempre que venían las mujeres, ellos mataban más de lo ordinario.

Una tarde estaba yo allí tan tranquilo, sellando los carnets de la Cooperativa, cuando caí redondo al suelo. Me había desmayado. Sólo podía escuchar al jefazo que gritaba a los de la Cooperativa.

—Los tenéis como catedrales. No se os ha ocurrido darle ni un *vale* al zagal. Sois más pancistas que los fascistas...

Aquel desmayo fue nuestra salvación. Me inscribieron como aprendiz en el Sindicato de Oficios Varios —presentado por el jefazo— y desde aquel día tuvimos en casa ración de carne, azúcar, leche condensada, arroz y, de tarde en tarde, alguna docena de huevos. Y bien nos venía, porque nuestra situación no podía ser más estrecha. Del pueblo no recibíamos víveres y pretender agenciarnos dinero de la Caja de Ahorros o de las cosechas era descubrirnos. Vivíamos casi de limosna. Emilio casi todo lo que ganaba tenía que emplearlo también en comer él y si algo le sobraba lo que hacía era proporcionarle a Pablo, indirectamente, algunas latas de conserva o embutidos. Le costaban carísimos.

Yo seguía acudiendo, como hipnotizado, a los mítines y a los entierros. Las paredes de Murcia se fueron cubriendo de carteles amenazadores. Comenzaron a cavarse «refugios». De noche la ciudad quedaba en tinieblas. A las farolas les habían dado un baño de pintura azulada y morada y andar por las calles estrechas producía la sensación de estar en una capilla en tiempo de Semana Sana. A mí me parecía ir perdiendo peso, ir soltándome de ligaduras y recuerdos. Era como si el pasado sucumbiera y poco a poco se fuera sumergiendo en un lago de pesadilla.

Un domingo por la mañana venía yo con mi bicicleta del camino de la estación. Pasaba por allí infinidad de veces al día. Había frente a la plazoleta del Carmen una muchacha que me perturbaba. Era mi primer amor.

En esto vi venir por el barrio una multitud aullante que arrastraba un bulto. La ancha calle venía desbordada como el río cuando las lluvias de otoño. Me hicieron caminar delante con la bicicleta cogida por el manillar.

—Aquí, todo el mundo *pa'lante*. Que no se vuelva *pa'trás* ni Dios —ordenó un personaje que parecía borracho. Lo que arrastraban era un cura, según me dijeron.

—Chulo, chulo, *fascista*, canalla —gritaban los hombres sudorosos que tiraban del cordel. Los de detrás venían muy serios, andando todos casi a un tiempo. Parecían la comitiva de un funeral monstruoso.

El cura había perdido ya los zapatos o las alpargatas, lo que llevara, y los calcetines estaban a punto de salirse. Le oscilaba la cabeza como una campana mal calculada y el cuello, de amplias y rugosas mallas, se le estiraba de un modo

inverosímil hasta parecer que se iba a separar del cuerpo. Llevaba un tiro en un ojo y por el oído iba soltando una agüilla sanguinolenta. Los huertanos que marchaban al frente de la comitiva tocaban, de cuando en cuando, sus blancas y rosadas caracolas.

El jefazo también iba. Al verme hizo un cucurucho con «Nuestra Lucha» —que era el periódico del lugar— y me gritó:

—A ver si no te mareas, Palmerica.

Le respondí con un gesto que no me marearía.

Nos paramos frente a la iglesia. Hacía fatigosos esfuerzos porque no me castañeteasen los dientes. Desde un balconcillo dejaron caer una soga y el cuerpo del cura quedó balanceándose en el aire como un muñeco. Poco a poco le fueron quitando ropa hasta dejarlo desnudo. Las grasas de la barriga le caían sobre los muslos. Tenía muy poco vello y el que tenía era blancuzco, como el bigote de los gatos.

—¿A que el calzonazos se cagó de miedo? —dijo el maestro de ceremonias. Con presteza y mucha mímica fue mostrando las prendas interiores del cura. Las milicianas reían. Entonces, otro tipo cenceño, con camisa blanca, se subió a una escalerilla y con una navaja cabriterera, abrazándose al cuerpo para que no se moviera y poder efectuar la operación con mayor limpieza, comenzó a cortarle al cuerpo ciertas partes.

—Eso, eso —vociferaban hombres y mujeres como locos.

—Hacerle la cesárea, a ver si tiene algo dentro —comentó un tipo pequeño, de pelo rizado y voz de marica, que había llevado mucho tiempo la soga.

Entre aplausos le cortaron totalmente los miembros y el cuerpo chorreó unas tripitas cortas que parecían serpentinas. Después, muy solícitos todos, se dedicaron a buscar una caña y alambres o cuerdas. La multitud seguía curiosa la operación. A veces, se cansaba y en medio del horrendo silencio surgía algún estornudo o el desinflen de una boca.

Por fin, pusieron el despojo en alto y la chusma vitoreó:

—¡Bien! ¡Bravo!

La letanía de monstruosidades era interminable. En aquello intervenía algo más que la brutalidad y el odio. La gente veía que conforme se ahondaba en el salvajismo, aunque las palabras fueran chocantes, los rostros se iban poniendo más serios. Las cabezas de los huertanos chorreaban ingenio para que la broma y el jolgorio pudieran continuar por lo menos hasta mediodía. Desde allí, puesto que muchos llevaban el taleguillo con la comida y la bota bajo el brazo, podrían irse derechos a la novillada. El sol enrojecía los negros y arrugados pescuezos y a las mujeres les sudaba el bigote y las patillas, despidiendo un olor exasperante como de nido de conejos.

La muchedumbre se puso en movimiento. Se iban a casa de unas beatas de la parroquia. El cuerpo quedó colgando.

—Esto ya es exagerar; con estar picado ya estaba bien servido —dijo un chófer a mi lado. Un grupo de mozalbetes lo rodeó. El chófer llevaba correa y pistola. Los

jovencitos se cambiaban por lo bajo palabras entre sí, hasta que prorrumpieron por turno:

—Conque te da lástima, camarada.

—Conque se te revuelven las tripas, compañero.

—Conque crees que este cerdazo —y señaló el cuerpo con gesto de carnicero— se merecía un entierro de primera.

—Conque se te ha arrugado de verlo...

El chófer no se inmutó. Tardó mucho rato en responder y antes de hacerlo chasqueó dos o tres veces la lengua con estudiada complacencia como si paladeara un bombón de licor.

—Amigos, os habéis equivocado de matrícula. Tenéis vosotros muy poco de eso para entendéros las conmigo.

—¿Ah, sí? Y encima, flamenco.

—¿No te estarás cambiando de chaqueta?

—No la llevo, amiguitos. ¿Sabéis de veras con quién os estáis jugando los cuartos? Me duele ya aquí —y puso a la pública exhibición el dedo de la mano derecha— de darle al gatillo. Pero eso no quita para que eso de cortarle a un fiambre sus partes me parezca una porquería.

—¿Es que tú te la coges con papel de fumar? —increpó uno de gafas y barba enfermiza.

—Vosotros estáis comenzando y yo ya estoy cansado. Todo esto son cosas de novatos. Lo que hay que hacer es ir derechos al asunto y menos pamplinas.

Se había formado a su alrededor un grupo extraño: huertanos con blancas garrotas que parecían palmas afeitadas del Domingo de Ramos, milicianos con cartucheras e insignias, jóvenes libertarios con camisetas a rayas. Pero el chófer no perdía su aplomo. Las mujeres expandían sobre el corro un olor de bestezuelas recién paridas.

—Y mientras tanto, compañeros, los moros campando a sus anchas por Extremadura y Andalucía.

—Eso es salirse de lo que estábamos hablando.

—¿Pero vosotros, cuernos fritos, sois tan cretinos que suponéis que es asco tan sólo lo que me da eso de capar a un cura muerto? He dicho que me parecía una cobardía. Y para que veáis que aquí hay —e hizo un ademán procaz— de lo que tienen que tener los hombres, yo le escupiré al que se raje ahora.

El chófer malagueño subió muy tranquilo y meticuloso la escalerilla y le cortó al cura un trozo de oreja. Bajó con ella, soplándola y pasándosela por el mono. La oreja había perdido su color rojizo de molla carnosa. Parecía un trocito de calamar crudo.

—Ésta, camaradas, es la tapa. Estáis invitados. El que quiera seguirme, que corte su trocito y me siga. Y, ya lo sabéis, el que se vuelva atrás o al que se le indigeste, es que todavía no está destetado.

Miró a uno de sus inquisidores y avanzó. Le hicieron paso. La gente del corro le miraba con la boca abierta. Dos mozalbetes y un viejo con el pelo canoso subieron a

la escalerilla y cortaron cada uno su trocito de oreja. Algunos más trataron de hacerlo, pero se les vio vacilar y desaparecer.

—Ésta es una invitación sólo para hombres —gritó el chófer recalcando desde la puerta de una tasca, y soltó una carcajada fenomenal.

En la puerta de la tasca se fueron parando los más curiosos. Unos coreaban ruidosos lo mismo que en los combates de boxeo. Otros permanecían silenciosos. Algunas mujeres, ahora, escupían y se iban.

—¡Que no se diga! Ale, tú con tu trocito...

La chusma encanallada volvía del barrio con el trofeo en alto. Muy mal se sostenía ya aquello en la punta de la caña. Después vistieron al cura con una casulla roja, y después una verde, y después una azul, y después una morada. La última que le pusieron —con la que se quedó girando en la cuerda hasta que vino el furgón municipal— fue una negra. Los chiquillos le daban empujones fuertes en los pies y el mutilado cadáver se quedaba girando en el aire como un trompo macabro.

Durante todo el tiempo que tuve que estar allí, yo creo que sólo me preocupó una cosa: no quería que me viera la muchacha del camino de la estación. Pero, probablemente, aunque los balcones estaban entornados, me había visto. Sólo pensarlo me llenaba de confusión. Pero habría visto también en mis ojos que estaba padeciendo. Esto me consolaba.

—¿Ves como no te has mareado? —me gritó el «jefazo». Muy satisfecho, yo le sonreí.

Pero cuando llegué a mi casa, todos se asustaron de verme la cara que llevaba.

—¿Qué te pasa, Julio? ¿Te has mareado? —me preguntaba mi madre, pellizcándome las mejillas muy preocupada.

Desde aquel día me mostré más osado y más frío en mis cosas. Creo que fue entonces cuando dejé de ser un chiquillo. Comencé, con enorme precaución, a falsificar carnets y a robar salvoconductos. Me hice tan calculador y taimado que al mismo tiempo redoblaba aparentemente mi celo en el servicio de los enemigos. A veces el cura de la confitería me entregaba un pañuelo de hilo muy doblado que contenía hostias y yo las metía en el bolsillo del pantalón y las transportaba. Poco a poco fui descubriendo los cientos de cubiles y covachas donde había escondidos curas y militares. Se enviaban recados unos a otros, se remitían billetes de quinientas muy dobladitos, fiambreras, papelitos escritos, certificados falsos de trabajo, avales. Yo iba y venía con increíble despreocupación, igual que un sonámbulo y lo mismo apretaba las hostias y me sentía transportado de misticismo que repartía en los pasillos de las casas a donde iba pellizcos y manotazos a las criadas que yo prevenía que no iban a protestar.

Todo lo que hacía no era para mí nada difícil. Lo malo vendría cuando me mandaran al frente. Me pensaba *pasar* en seguida. Y en esto sí que veía yo peligro. Consistía en vérmelas frente a frente con la muerte. Y por aquel tiempo le daba yo a la señora de la guadaña todas las formas posibles y hasta sostenía con ella diálogos

bastante largos. Por un lado temblaba de pensar que me movilizaran. Por otro lo deseaba porque creía que con eso iba a ganar mucho a los ojos de la muchacha del camino de la estación y hasta iba a tener ocasión de sincerarme con ella. Me parecía a mí que bastaría vestirme de soldado para sentirme un hombre capaz de entrar en toda clase de tratos con la mujer. Y por este lado, me tardaba.

El «jefazo» me nombró profesor de una guardería infantil que había en un huerto en las afueras de Murcia. Eran niños refugiados de Madrid y ya, hasta que llegó el día en que llamaron mi quinta, estuve enseñándoles gramática y geografía.

Y llegó mi llamamiento; las guerras son así. Nada importa que uno no sepa lo que es morir y que apenas haya tenido tiempo de enterarse de lo que es vivir. Éste es, quizá, el momento del soldado. El soldado es un ser casi irreal que va y viene por en medio del peligro, unas veces con mucho miedo, porque todo él se siente cuerpo amenazado, y otras, inconsciente y audaz, porque aunque se palpa las piernas, los brazos y la cabeza, se siente incorpóreo y casi insensible.

Los generales o los políticos dicen que hay que ir hacia adelante, sin volver los ojos atrás, y el soldado es ese elemento idóneo que se siente electrizado ante la orden y no tiene otro fin que la obediencia.

Mi situación se hacía difícil al incorporarme. Inmediatamente saldría mi nombre, mi familia, a relucir. Cambiar de nombre no era posible tampoco, al menos en Murcia era peligroso. Yo tenía un buen entrenamiento para toda clase de camuflamientos y de intrigas. Conocía como nadie los escondites y las martingalas y estaba harto de proporcionar documentaciones falsas a los demás. Por otra parte había logrado cierto equilibrio y serenidad a fuerza de asistir a las trágicas contradicciones familiares. De una parte estaba Pablo que a pesar de nuestras advertencias seguía furibundo en la cárcel y todas sus cartas nos llegaban con varias líneas tachadas por la censura. Estaba cansado el pobre de traslados, de interrogatorios y castigos; pero siempre, como un loco, nos empezaba las cartas poniendo «¡Viva Cristo Rey!», «¡Arriba España!», y otras cosas así. No pensaba que éramos nosotros los que podíamos pagar caras las consecuencias de su exaltación. Menos mal que de cuando en cuando nos llegaba también alguna postal de Emilio —casi siempre de frentes distintos— que, para compensación, comenzaba con un «Salud y República» o un «Muera el fascismo». Las fotos de Emilio, con mono y rodeado de milicianos, eran nuestra mayor salvaguarda, que ya mi madre se cuidaba de enseñarlas a las vecinas más peligrosas.

—Julio debía de salir de aquí —le dijo, para colmo, a mi madre un día Micaela, la vecina de abajo.

El marido de Micaela era chófer de «La Veloz» y había llevado en el coche de sus señoritos a muchos curas, aviadores y militares al Pilón. Junto al Pilón, en una graciosa curva de la carretera, donde hay un risueño pinar y un riachuelo, los

tumbaban.

—Pero si Julio es muy pequeño.

—Yo le digo que debe de irse. Enrique, cuando está bebido, me habla más de lo que debe y por lo visto los de Hécula andan sobre la pista.

—Pero si él no se ha metido nunca en nada; si estuvo casi siempre en el colegio...

—Sí, pero él puede pagar por los demás. No diga que no se lo he avisado.

Micaela, yo creo, estaba agradecida y encariñada con mi madre porque acariciaba a su montón de niños y les daba algunas veces golosinas.

Mi madre se quedó muy preocupada. No quedaba más remedio que salir de Murcia engañando a la misma Micaela. No había que fiarse de nadie. Le hicimos creer que yo me iba a enrolar en la Marina Republicana y quedó decidido que saldría para Valencia. En la Marina no era fácil que sospecharan que podía *pasarme*.

Durante las guerras, parece mentira, las madres, que a diario siempre temen lo peor, van imaginando un montón de pequeños males que pueden sucedernos, pero nunca piensan en el mal mayor, en el definitivo. Ellas piensan en heridas, heridas sin importancia, heridas que podíamos llamar veniales, de esas que hasta dejan en los cuerpos jóvenes unas cicatrices honrosas y favorecedoras. Piensan en la posibilidad de que uno caiga prisionero, pero esto hasta puede ser una solución. Piensan en el hambre, en las marchas, en los golpes, cosas que después, cuando se recuerdan, sirven de arsenal inagotable para la cháchara con los nietos. Pero ellas nunca piensan que uno pueda morir. De morir alguien en las trincheras, siempre será el hijo de la vecina, aquel que cantaba ópera mientras se duchaba o aquel que se asomaba al balcón de enfrente con un pijama de rayas.

—Ya ves cómo me quedo —me decía mi madre desconsolada—, tienes que escribirme a menudo. Si comulgas me dices: «He visto a Jesúsín». Si te vas a *pasar*, pones: «A ver si puedo ver a Paquito en uno de estos descansos» —y seguía enumerando claves: si me escondía, si me metían en la cárcel, etc.

La posibilidad de que me mataran, por detrás o por delante, para ella no existía. Tenía razón, además, porque aunque eso sucediera yo sería el único que no podría comunicarlo jamás.

—Esto, se ve bien claro, está acabándose. No me dará tiempo a tirar ni un tiro, madre.

—Tú no dispires a dar nunca contra los otros.

—Yo, ya lo verá usted, me enchufaré en la retaguardia y estaré aquí con permiso cada quince días.

—Ojalá, Julio, mira que estoy muy sola.

Por entonces recuerdo que mi madre tosía mucho por las mañanas y algunas veces también al acostarse. Ya antes, muchas veces, al entrar yo en una iglesia, me enteraba en seguida de que estaba allí mi madre por el carraspeo característico de su garganta. Pero ninguno hacíamos caso de estas cosas, que no nos parecían graves.

Antes de marcharme quiso que me confesara y comulgara. Aunque parezca un

poco raro, la verdad es que un muchacho de dieciocho años ha cometido muy pocos pecados, ha tenido poco tiempo y no ha aprendido todavía la verdadera malicia de las cosas. Son pecados que brotan como los granos en el cuello o los saltamontes sobre los barbechos, pecados elementales y en cierto modo limpios. Los viejos, en cambio, deben de tener unos pecados opacos e inútiles, pecados sin sentido ni finalidad. Los jóvenes, al fin, pecan para conocerse mejor.

—¿Nada más, querido? —me preguntó don José.

—Yo creo que nada más —y era cierto; aun haciendo esfuerzos no encontraba nada. Buscaba dentro de mi alma como minero que lleva en las manos una tremenda piqueta y en la frente una linterna enorme y ni aun así descubría más pecados gordos que el apretujón de la soledad contra mi cuerpo y los fulgores que el secreto de las muchachas encendían en mis ojos más aún que en mi pensamiento.

—No leas nunca más a esos autores: Jardiel Poncela y Fernández Flórez son basura y veneno, veneno y basura. ¿Lo oyes?

—Sí, padre.

—Y lo mejor es no estarse despierto en la cama. En cuanto te despiertes, arriba, fuera.

—Bueno.

—Lo importante, hijo mío, es no caer, pero si caes, arrepentirte. Si te puedes confesar, bien, y si no, ya sabes: un acto de contrición.

Era lo mismo que yo pensaba de la guerra. Lo importante era no caer, y si caía, que fuera para poderse levantar.

Me gustaba confesarme con don José porque con él no había necesidad casi ni de abrir la boca. Él lo sabía y se lo decía todo. Cuando me veía llegar, él mismo se levantaba, ponía un cojín en el suelo y esperaba a que me arrodillara. Muchas semanas y hasta quince días y casi un mes, y a veces más, hice por contenerme, sólo por ver si él fallaba. Con todo, no fueron tantas las veces que le hice tirarse la plancha. Era como esos médicos que conocen de un vistazo —no sé si por los ángulos de la cara o la luz de las pupilas— las dolencias más ocultas del paciente. También se necesita tener constancia para volver siempre a repetir lo mismo y no hartarse. Era lo que más rabia me daba tener que decir siempre lo mismo.

Y creo que por aquellos tiempos de mi adolescencia una buena dosis de mi arrepentimiento y hasta de mis propósitos de enmienda estaban en la vergüenza y decepción. Tampoco para don José tenía que resultar aquello ya muy entretenido. Menos mal que cuando la mujer entra, desnuda y sin secretos, en la esfera del hombre, la cosa varía mucho.

El caso es que la guerra estaba alterando profundamente el proceso de mi educación. Mis primeros años en los Escolapios y los de la adolescencia en los Jesuitas habían hecho de mí un muchacho piadoso, pero vanidosillo, repleto de fervores e idealismos, pero mentiroso y desconfiado. Recelaba de todo el mundo y estaba acostumbrado a parapetarme siempre en una actitud humilde, pero reservada;

daba la impresión de sincero, pero por dentro operaba como un hipócrita de lo más refinado. La vida me había puesto —y desgraciadamente me seguía poniendo— en situaciones en que no quedaba otra salida que fingir y disimular. Pero había una diferencia esencial entre este fingimiento de ahora y el del colegio. Ahora ya era dueño de mí actuación y fingía libremente. Esta libertad interior que la guerra me trajo, tan prematuramente, o mejor dicho tan inesperadamente, me fue beneficiosa. Sentí que me hacía persona rápidamente. Es decir, sabía que podía irme por el mundo y que sabría arreglármelas muy bien. Claro, todo a fuerza de una gran tensión de la voluntad, porque mi natural era más bien medroso, a fuerza de sensible. Lo que más me gustaba era verme dueño de adoptar una posición o una máscara y realizarla fríamente. Pero nunca sabía yo mismo si mis sentimientos y hasta mis mayores arrebatos de franqueza eran auténticos o se trataba de superestructuras logradas a fuerza de imaginación y fantasía.

Lo mismo me pasaba con la religión. Comenzaron entonces mis dudas. ¿No sería todo lo de Dios y la Iglesia un camelo y por eso los rojos podían matar a mansalva y quemar las iglesias? ¿Cómo Dios consentía tantas barbaridades? Sin embargo, en los momentos de peligro me sorprendía rezando fervorosamente. Y aun ahora, cuando menos podía pensar, siento como un hondo pesar y un desasosiego...

Por aquellas fechas conocí a un personaje medio chalado y medio santo cuyo poder de seducción sobre mí iba a ser decisivo. Al menos me trastornó profundamente por entonces y él fue quien me ayudó a salir del bache.

Fabián era un cura recién llegado del Colegio Español de Roma. Lo conocí en la sala de contagiosos del Hospital Provincial de Murcia. Estaba consumido y resultaba grotesco de puro flaco, pero era seguro que el haberse metido en aquella sala había sido una estratagema. Me habían enviado a él con una cajita de farmacia que contenía el Sacramento. En medio de la tertulia que siempre tenía alrededor de su cama, me recibía una y otra vez, gastándome alguna broma a la par que recibía el viático sin ninguna clase de reverencia aparente. Sin dejar de hablar, a lo mejor mientras cantaba «Doña Francisquita», cogía la caja y la metía en la mesilla de noche despreocupadamente.

Fabián estaba, desde luego, enfermo, pero no de lo que todos creían. Estaba enfermo como tendrá que estarlo hasta que muera. Su enfermedad era su vida, y su vida era un espíritu que sufría, más que dolores del cuerpo, ansiedades del alma.

Su cama era una especie de lugar extraño de peregrinación: milicianos, prostitutas, médicos, enfermeras, miembros de la «Quinta Columna», dirigentes rojos, soldados de las Brigadas Internacionales... Todos veían a Fabián y todos encontraban en él la medida de una chifladura desconcertante, pero siempre consoladora. Lo mismo cantaba ópera que le escribía a los mozos de la limpieza las cartas para sus novias, lo mismo se colocaba una bata blanca y asistía a una

trepanación que se pasaba la noche velando el cadáver de un desconocido. La humanidad de Fabián realmente era fascinante y bien pronto su persona se hizo una institución intocable en el hospital y en Murcia entera.

Al pie de la cama siempre tenía embobadas a algunas mujeres. Sobre todo, lo perseguían dos hermanas hijas de un pastor protestante. Se habían propuesto convertirlo a su fe y Fabián había aceptado cucamente el duelo. Pero la que no le dejaba a sol ni a sombra era una muchacha gallega por la que Fabián estaba haciendo locuras. Toda la preocupación de Fabián era que esta chica, que se encontraba sola en zona roja, no se echase a la mala vida. Pero ella sentía por él un amor cada día más insensato y comprometedor. Fabián sorteaba muy bien los peligros y aunque dicharachero y payaso, llevaba una vida interior que, sin duda, era lo que producía a su alrededor aquella atmósfera indefinible de fascinación.

Una de las cosas que más me arrastraban a mí en él era su espíritu de justicia. Para él la clasificación de «rojos» y «azules» era un simple accidente con menos importancia que los puntos geográficos. Su programa consistía únicamente en la caridad, aquella caridad suicida que le hizo encamarse junto a los infecciosos de la sala más pobre del hospital. No había manera de sorprenderle en ninguna palabra ni gesto que no estuviera cargado de contenido evangélico. Cuando estábamos con él solamente los de confianza se explayaba. Sus temores no se referían sólo a la guerra, sino al momento de la paz. Él anhelaba una paz no ganada por exceso de fuerza ni estropeada por falta de generosidad.

Yo, un día, le dije:

—Es extraño que se dejen engañar tan fácilmente y no le cojan.

—No sabes tú lo que estoy sufriendo en esta experiencia colosal; estoy descubriendo aquí más almas templadas que las que hay encerradas en los conventos.

—¿De veras?

—Si a mí al terminar la guerra me pusieran al frente de un seminario, me iba a quedar muy solo.

Fabián exigía mucho a todos. Aspiraba a un mundo ideal superior. Quería que los hombres se arrebataran por hacer el bien y no admitía nada que no sonara a verdad. Buscaba, como un revolucionario absurdo, desprendimiento, perdón, piedad y mortificaciones. A veces creo que las calumnias que sobre él volcaban otros curas escondidos en sus casas, le hacían sentirse dichoso y como transportado. Estas alegrías eran, justamente, la medida de su sufrimiento.

Sin gastar conmigo sermón alguno, Fabián supo inspirarme entonces una fe que fue mi salvación. De él recibí una noción nueva de la religión que hasta entonces estaba para mí compuesta casi únicamente de temores y de rutinas. Fabián me contagió de idealismo y mi fervor llegó a ser tanto en ocasiones, que estuve a punto de proferir votos y renunciaciones perpetuas para cuando el conflicto acabase.

Sin embargo, gran parte del arrebatado y de la exaltación era obra de su figura y de su presencia únicamente, más que de una profunda transformación interior mía. Al

menos sólo así puedo explicarme que después, cuando me fui a Valencia, me sintiese cada día más escéptico y más confuso. Pero el recuerdo de Fabián siempre va para mí acompañado de la más arrobadora nostalgia de idealismo puro y de hermosura cristiana.

Una de las últimas noches que pasé en Murcia, al atardecer, sonaron las sirenas. Subí a la terraza. Por encima de los montes por donde cae Cartagena se vieron instantáneos fogonazos, algo así como unos fuegos artificiales demasiado caros para las circunstancias que atravesábamos. Alguna vez hasta se percibió, lejanísima y blanda, una explosión. El bombardeo duró varias horas, casi toda la noche.

Por los tejados corrían todos los vecinos como presenciando un nunca visto espectáculo. La mayoría eran «refugiados» de Madrid. Una muchacha fue apartándome por el tejado hacia el declive de una torre. Era la hermana de unas madrileñas bastante frescas que siempre tenían una porción de milicianos a la puerta esperándolas. Mi madre me había prohibido que las tratara.

Haciéndose la tímida, me cogió la mano y me la colocó muy temblorosa dentro del vestido, en el surco de los senos, con el pretexto de que viera lo asustada que estaba. Esto era para mí, aunque ella no se lo figurara, el compendio de todos los regalos, algo que el sólo soñarlo había hecho desfallecer mis sentidos muchas noches. Pero, inexplicablemente, en aquel momento me mantuve distante, frío, fugitivo. Ella despedía lumbre.

—¿Será marica? —le iba diciendo luego a una amiga por la escalera.

—Será tímido —le contestaba la otra como más experimentada.

—Pues el jilguero caerá.

Y yo, que estaba deseando caer, no caí, aunque nos topamos alguna vez en la cola del pan y varias noches que apagaron las luces por temor a los bombardeos en el «refugio» del jardín fuimos a parar muy juntos. No sabía yo aún entonces lo que era una mujer y sentía un gran miedo por su descubrimiento.

Llegó la hora de salir. Buscando la guerra y huyendo de mi identificación, elegí Valencia. Puesto que allí estaba el gobierno rojo, con sus cornetas, sus tambores y sus desfiles, lo mejor era meterse dentro de toda aquella maquinaria. Cuanto mayor fuese la complicación y la confusión, por supuesto, más propicio era el ambiente para mí. Por otra parte, me atraía la corriente de los hechos y el foco donde se cocían, más aún.

Cuando yo me incorporé, las cosas iban muy mal para los rojos. Por eso, entre los rasgos del antifaz que yo me tenía que fabricar, estaba en un lugar importante el descontento. Había que aprender a echar la culpa a los extranjeros, a los de un lado y a los del otro, y si acaso, también a los anarquistas, aunque en esto había que ser muy precavido. Había que mostrarse indeciso ante el comunismo, muy partidario de la movilización, y, sobre todo, desalentado. Yo me esforzaba por imprimir en mi cara un

malhumor constante. Y me habituaba a emplear ya, casi mecánicamente, frases como estas: «Es que estamos solos»; «El heroísmo no es suficiente»; «Faltan jefes»; «En las batallas también influye la suerte». No sé cómo siendo yo tan crío entonces me pude fabricar con tanta consistencia una actitud tan falsa y tan cautelosa.

La noche que salí de Murcia recuerdo que llovía torrencialmente. No pude hacerme ver de la muchacha del camino de la estación y ésta fue una de mis primeras decepciones de soldado. Pasé por allí en una tartana que sonaba sobre el pavimento como sobre un sepulcro hueco.

En los centros de Reclutamiento y Movilización había una Caja complementaria para recuperados y transeúntes. Ésta era mi salida. Me presentaría en Valencia amañando la documentación e inventando algún cuento chino.

Por supuesto había que escamotear siempre Hécula. Cuando nace un hombre diversos funcionarios apuntan su nombre. Los funcionarios de la Iglesia lo apuntan pensando, o haciendo pensar en el más allá. De ningún modo uno tendría derecho a reclamar nada después de muerto si en vida no hubiese querido registrar su nombre al resguardo de un credo. Bien mirado, es lo mínimo que puede exigirse en un contrato de esta especie. También los funcionarios del Estado y del Municipio apuntan los datos personales de todo el que nace en distintas carpetas y tienen del mismo modo sus motivos irrefutables para hacer esta inscripción. «¿Cómo podría heredar después este niño cuando sea mayor si no lo registramos?», dirían los sensatísimos funcionarios.

Luego resulta que herencias no hay, que lo que sí hay son guerras, y que en cuanto a la vida perdurable para ganarla lo primero que hay que hacer es no creer ni amar demasiado la presente, cosa que resulta muy difícil. También cuando nos morimos pasamos a determinados archivos, pero, por lo menos los muertos, si no heredan, tampoco los llaman a filas. En fin, que yo, para ir pasando, tenía que nacer de nuevo. La inscripción que me había hecho no me servía en aquella ocasión.

En el departamento no se hablaba más que de la duración de la guerra. Se decían cosas pueriles con una gran cazurrería. Y de cuando en cuando, se contaban chistes verdes para disimular las ocultas intenciones y el mieditis. La guerra iba para largo, en eso estaban todos de acuerdo. Pero, ¿quién la iba a ganar? De eso no se hablaba.

—Sí, sí, ya lo dijo la Pasionaria: la guerra será larga y dura.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que entiende ella por guerra? Porque, vamos, si se refiere a eso... bueno, me figuro que las mujeres no han de tener prisa porque se acabe.

Habló así un tenientillo con la cara llena de granos y pelo ralo, que presumía de gracioso y de cínico. Era director de una banda de música militar. El carabinero que había hablado antes se quedó muy serio. Tenía un ojo azul y otro negro, el azul mucho más grande.

—En Madrid la gente no tiene gana de hacer chistes, seguramente —dijo por fin.

—¿En qué sector del cachondísimo frente de Madrid estás tú? —el teniente no

podía decir dos palabras sin soltar alguna blasfemia o alguna obscenidad.

—No. Ahora estoy en Don Benito. Y antes estuve en Peñarroya y en Marbella.

—Y ahora, de permisito, ¿eh?

—Vine en un camión de Intendencia que venía por víveres. Nueve días tan sólo, a ver a la mujer.

—¡Ah, ya!

En el departamento iban, además, dos sargentos, uno de ellos gitano y una mujer enlutada con cuatro niños. Los sargentos iban borrachos y cantaban con los ojos cerrados.

El pasillo iba repleto de soldados tumbados que apoyaban sus inertes cabezas sobre las maletas de tabla. Roncaban con las bocas abiertas y en muchas de ellas hervía una espuma como de mariscos recién sacados del mar. Los niños lloraban pidiendo pan.

—Y usted, ¿a dónde va?

—A Madrid.

—Se bajará en Albacete o en Chinchilla.

—Primero voy a Valencia.

En Chinchilla penetraron a la viva fuerza en el vagón varios soldados con fusiles ametralladores al mando de un fornido capitán que manejaba una varita de junco para despertar a los somnolientos.

—Perdón, camarada —alegó al devolverme la documentación.

Había colado. Una libertad sin sentido como aquella que estábamos disfrutando sólo podía conservarse siendo temerario y juicioso a la vez, mezclando casi por igual el descaro y la candidez. El certificado que me había entregado el «jefazo» como «entusiasta organizador de las Guarderías Infantiles en Murcia» era menos apabullante que el que me había proporcionado Fabián, que consistía en una recomendación del CRIM de Murcia a la Escuela de Oficiales de Paterna, «dadas las aptitudes, condiciones y servicios prestados del recluta, Julio, etc.».

Los del tren adivinaron, por el respeto del capitán, que yo era un personaje, corto de edad, pero de categoría. El plomo de la conversación —bombardeos, evacuaciones, no intervención, etc.— se hizo de pronto aluminio ligero y refulgente. Todo el mundo empezó a sentirse optimista y los niños ya se venían a las rodillas de todos nosotros. En un pueblo antes de llegar a Játiva les compré unas naranjas. Estaba amaneciendo y los cristales del tren lagrimeaban.

Nos eternizábamos en las estaciones. Llegamos a Játiva a eso de las diez de la mañana. Era un día frío que había surgido muy limpio, pero que poco a poco se empañaba de nubes.

—Pero, ¿por qué no salimos? —se impacientaba el teniente dando patadas en el suelo.

—Será el carbón...

—O alguna alarma.

—¡Qué va! Aquí no vienen. ¿A qué van a venir?

Con dirección a Valencia entró en la estación un tren interminable. Era un tren militar. Los vagones iban custodiados por soldados con fusiles. La mayoría de los vagones llevaban explosivos, cajas de madera grasientas, numeradas con grandes cifras y letras. En los vagones descubiertos, tapados con lonas mojadas, se veían las puntas de los cañones y torretas de unos tanques muy pequeños. También portaba aquel tren material sanitario: garrafas de alcohol, agua oxigenada y balas enormes de algodón.

—Viene de Cartagena —dijo un sargento.

—O de Madrid —aclaró el teniente.

Descendimos a dar una vuelta por la estación, y en el bar tomamos unas copas de anís. Entonces entró otro tren cargado de soldados. Muchos de ellos iban encerrados en los vagones, con las ventanillas claveteadas de listones gruesos de madera, por entre los cuales asomaban las cabezas como si fueran reses conducidas a un mercado o a un matadero.

—¿De qué brigada sois? —preguntaron los sargentos.

Los centinelas contestaron un número, creo que el 114. Por las ventanas les iban pasando chuscos y latas de conserva, de vagón en vagón. Algunos cantaban flamenco, otros berreaban imitando a los rebaños. Otros, que no iban claveteados, dormían.

—¡Que nos dejen salir a mear, por lo menos! —gritaban.

—¡Queremos hacer *pis*! —chilló uno.

—¡*Pis y pon*! —gritó otro, riendo a continuación a carcajadas.

—¡En la próxima estación, ha dicho el comandante! Y a ver si hay formalidad.

—¡Que nos traigan vino! —gritaban de otro lado.

Los centinelas compraban en una tasca de enfrente botellas de vino y cuando los oficiales y los comisarios no los veían, se las pasaban. En realidad, los jefes se estaban dando cuenta de este suministro pero se hacían los locos.

En las guerras debe de importar mucho el número de soldados porque, indudablemente, a los jefazos se les veía contentos. Debía de ser la brigada aquella una de tantas mezclas de voluntarios y reclutas a las que tan aficionado era el mando rojo. A unos se les veía tranquilos, hasta cómodos, insensibilizados ya, pero a otros se les notaba inquietos, desvelados, melancólicos. Pero las guerras necesitaban muchos hombres. Con pocos hombres no se puede hacer bien la guerra. Lo que hace la mayoría de las veces que una guerra se acabe es que el número de muertos y heridos sea realmente abrumador. El número de soldados, de todas formas, es muy importante. La cara de los jefazos lo decía bien claro. Todavía se podía ganar la guerra si las nuevas levadas daban rendimiento. Muchos lamentaban que este esfuerzo no se hubiera hecho al principio. Porque estaba visto que no se podía materialmente hacer una revolución y ganar una guerra al mismo tiempo. Había que hacer primero una cosa y después la otra.

Aparecieron tres aviones por encima de las montañas de Játiva. Runruneaban como moscardones sobre la cara de un niño. Dieron dos vueltas completas sobre la ciudad, se inclinaron un poco y descendieron.

—¿Son de los nuestros? —preguntaban a gritos los soldados encerrados en los vagones.

—Son nuestros —fue repitiendo muy convencido el teniente médico, mientras daba con sus botas en las losas como sacudiéndose una nieve imaginaria.

Vi correr a los sargentos y los seguí como un loco. Dos o tres oficiales y un comisario de batallón venían detrás de mí. El ruido de aquellos motores no prometía nada bueno.

Estábamos en un bar. No dio tiempo ni a volver la cabeza para poder apreciar la dirección de los aviones. Por el aire, como rapidísimas barrenas eléctricas, caían silbando las bombas. En la escalerilla de la bodega del bar nos apelotonábamos quince o veinte personas. Cada explosión nos zarandeaba de un modo cómico, como en esos entretenimientos que hay en las ferias que simulan por un instante una catástrofe o un susto. Del techo nos caía tierra en los ojos y en la boca.

Las bombas estaban cayendo, una detrás de otra, terribles y certeras, sobre la estación. Algunas habían caído muy cerca.

Se escuchaban gritos y derrumbamientos.

—Es que estamos rodeados de espías —gritaba el comisario.

—Sí, sí, y que lo diga; estamos vendidos —le coreaban.

—Ésta me juego yo a que aquí ha tenido que haber algún chivato.

—Como el coronel quiera, al acabar ellos, le vamos a dar un repaso al pueblo que va a quedar más liso que la corona recién afeitada de un fraile.

Siguieron unos minutos de perfecto silencio sólo cortado por alguna blasfemia que otra. Nuestras respiraciones iban a compás. Un caballo dio un relincho salvaje. Nadie se movía en aquella cueva. De golpe, tuve un arranque que pudo parecer heroico, pero que era puro producto del nerviosismo.

—Habrà que ir ya a recoger heridos. En la estación deben de haber hecho pupa —y salí pisando a unos y a otros.

El comisario me siguió. Algunos oficiales se liaron a discutir. Unos decían que el bombardeo tendría una segunda parte antes de un cuarto de hora; eran probablemente hidros. Otros protestaban contra el comandante por llevar a los soldados encajonados como si fueran toros.

Toda la ciudad era un alarido, pero en la estación salían surtidores de sangre entre cascotes, vigas de hierro, maderas astilladas, ruedas, fusiles, cañones y paquetes de vendas. Dos o tres cajones ardían, otros aparecían boca abajo, algunos estaban reventados y despedían un humo sofocante.

Pensé en desaparecer a la carrera, pero el comisario iba a mi lado maldiciendo.

—¡Los hijos de la gran p..., lo que han hecho!...

Todo fue cosa de echar mano al primer herido. Brazos que se agarraban a uno casi

descoyuntados del cuerpo, pies que parecían moverse separados del tronco, manos agarrotadas y crispadas que surgían entre los escombros. En las paredes de la estación, junto al reloj, había restos de sesos estrellados y por el suelo podían verse ojos sueltos y pedazos de cuero cabelludo.

Todo fue meter las manos en la sangre caliente; lo demás vino sólo. Al cabo de un rato no parecía sino que quien dirigía el espanto de aquel matadero era yo.

El comisario me miraba, no sabía yo si rendido o alarmado. Había un soldado que tenía las costillas y el pecho atravesados por una barra de hierro. Se retorció aullando y saltaba sobre las vías.

—¡Ay Dios mío, Dios mío...! —y sus quejidos traspasaban Játiva de punta a punta.

El médico del batallón actuaba acompañado de un practicante y varios sanitarios. Estaba demasiado excitado. Ni era posible hacer allí cura alguna ni tenía paciencia para dedicarse a un herido determinado. Iba de un lado para otro desencajado. Por fin se puso a vomitar sentado en uno de los bancos de la estación, que era lo único que había quedado indemne. Al reloj de la torre se le habían roto los cristales, pero las agujas seguían andando.

Comenzaba a bajar gente del pueblo movida de curiosidad y reclamando justicia con los puños en alto. Se formó una guardia.

De vez en cuando, el comisario venía y me preguntaba:

—¿Necesitas algo? Di lo que necesitas...

—Vendas de las grandes o sábanas rotas en tiras...

Estaban a mi disposición un teniente de antitanques, dos sargentos y diez o doce soldados. Había heridos a los que la explosión no sólo los había sacado de los vagones, sino que los había empotrado en las barandillas y rejas totalmente machacados. La sangre, el contacto con los miembros rotos, los chillidos y el miedo, me habían imantado de un furor de compasión que a mí mismo me seducía. No lo debía de hacer mal porque los heridos me llamaban.

—Oye tú, el de la cazadora de cuero que me tocaba el turno a mí, me estoy desangrando...

De pronto sonó un tiro. Sólo vi a un soldado con barba negra, muy crecida, que se tambaleaba sobre el boquete de una bomba y caía al hoyo. Cargué con un herido que escupía la sangre como un toro en una corrida de aficionados.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté a un sargento.

—Lo han cogido robando.

No habíamos acabado de hablar y sonó otro disparo.

—Estaba ya harto de tanto «Ay Dios mío, ay Dios mío...». Eso desmoraliza mucho. Además, ¿verdad que no tenía remedio?

Dije que no con la cabeza. Los heridos se tragaban sus dolores y lo que se escuchaba era un murmullo sordo como de río que lleva crecida.

No todos los heridos eran militares. Había también varias mujeres, una de ellas

me pareció guapísima y llevaba una bonita ropa interior. También había en los alrededores algunos niños. Los niños muertos ponen una cara muy seria, de mucho respeto, según fui comprobando, en tanto que las personas ya mayores, o ponen cara de sufrimiento o sonrían como con gratitud.

El comisario, con su primer tiro, me había dado una idea. Robarle la documentación a un muerto, el que fuera, alguno que pudiera parecerse a mí, podía ser una solución original. Pero no había ningún rostro completo. Por fin pude recogerle la cartera a uno que el bombardeo había cogido en el urinario. No era militar. Iba vestido de paisano. Tenía los oídos rotos.

Tan pronto tuve aquella cartera en mi bolsillo perdí toda serenidad y dominio. Comencé a temblar y a decir frases incoherentes. Se me pegaba la lengua al paladar y los dientes amenazaban partirse. Vi venir derecho a mí al comisario.

—Me parece que le voy a requisar —oí que decía.

Yo sudaba y estaba a punto de caer extenuado al suelo. Estaba por rogarle que disparara ya de una vez.

—Tome —y me alargó una cantimplora con coñac. Al beber el primer trago sentí arcadas. Pero al poco rato, sentado en el bordillo del andén, me fui sosegando. Contribuyeron a tranquilizarme las palabras del comisario.

—Uno como usted es lo que yo necesito y no estos gallinas —y señaló a los practicantes y sanitarios.

Era mediodía cuando dimos aquello por terminado. El crispado sudor de los cuerpos que pasaban de la fiebre a la quietud fría, parecía haberse extendido desde las yemas de mis dedos a todo mi cuerpo.

Salimos de la estación. La población civil también había recibido lo suyo, sobre todo la línea de casas que hay paralela a las vías. En el primer momento que tuve oportuno, me metí en el retrete de un bar. Estaba impaciente por revisar la documentación que había robado. Quería saber la edad, nombre, etc., del sujeto que yo iba a ser en adelante.

Casi estaba a punto de aplaudir y cantar dentro del retrete. La documentación no es que me fuera al pelo, pero servía. «Es que yo tengo suerte», me dije. Y me pareció muy consecuente que los que tienen estrella no perezcan en las guerras. El interfecto era —parecía aquello un argumento para probar la existencia de una Providencia regidora de los destinos del hombre— estudiante de Medicina y afiliado a la F. U. E. Se llamaba Manuel Rodrigo Santamaría y era natural de Jaca, de veintidós años de edad, matriculado en el tercer curso en la Universidad de Zaragoza.

—Averígüelo Vargas —exclamé exuberante de optimismo.

Comimos en una tasca a la que se llegaba después de subir dos pisos de escalerillas de madera. El comisario mandó a su asistente a la estación y vino con un jamón en lata. También mandó llamar al cabo de la Plana Mayor de la Brigada y en plena euforia hizo expedir un certificado haciendo constar que el estudiante de medicina Manuel Rodrigo Santamaría había dado un ejemplo de antifascismo y

suficiencia médica auxiliando a la Brigada con una pericia y un valor extraordinarios.

—¿Y a qué va a Barcelona si se puede saber?

—No puedo responderle, comisario —recalqué.

Luego, en un momento de descuido de los demás, se acercó a mí y me dijo:

—¿Está en el ajo?

—Los ríos han sido siempre mi afición desde pequeño —le respondí muy enigmático.

Yo no sé si en zona nacional era un secreto la inminente batalla del Ebro, pero, de veras que en la zona roja no lo era. Se ha hablado mucho del mutuo espionaje durante esta guerra civil. Si existieron servicios de información en uno y otro bando —como me consta que existieron— habrá que agregar que sus secretos fueron, algunas veces, secretos a voces, a pesar del éxito del bombardeo de Játiva. Justamente a los tres días comenzaron a cruzar por esta estación los auténticos y últimos cartuchos del ejército rojo.

La Brigada trabajó durante toda la noche en la estación. Con escobas mojadas iban limpiando los manchurroneos de intestinos en las losas del suelo y los goterones de sangre o de sesos en las paredes.

A la mañana siguiente la Brigada prosiguió hacia Valencia. Los soldados no chistaban. Yo había dormido en el suelo del jardín municipal y muy de mañana me fui al «control» de la carretera. Con la documentación de aquel Manuel Rodrigo Santamaría, cuyo nombre me repetía hasta marearme, me puse en camino por etapas hacia Albaida donde estaba el CRIM número 11.

Albaida presentaba un aspecto de torreón habitado con espectros. Soldados tumbados en las aceras de las calles con los pies sangrantes, reclutas asustadizos a los que mareaba el vino y lloraban reclamando a sus madres. El Centro de Reclutamiento y Movilización se aposentaba en un castillo con balcones un poco de palacio y corredores de convento. El edificio era siniestro y todo en él eran pasillos estrechos, oficinas de pesadilla y suboficiales patibularios.

Sin preguntar, poco a poco, fui orientándome. Mi presentación tenía que hacerla en Estado Mayor. Se había hecho un llamamiento especial para los que tuvieran carreras comenzadas, sobre todo de medicina e ingeniería. Entré por fin decididamente en un despacho del segundo piso, donde varios muchachos con gafas escribían a todo gas telegramas y oficios.

Esperé a que llegara el jefe, un tipo alto, que movía intermitentemente los huesos de la mandíbula. Le puse la documentación encima de la mesa. Él cogió los papeles, los dejó sonriendo, volvió a cogerlos y por último se puso a estudiarme con cara compungida y cínica.

—Olmos —dijo.

—¿Olmos qué? —inquirí sólo por repetir la palabra.

—Que me llamo Olmos.

No tenía nada que decir a que él se llamara Olmos. Callé. Vi que él se reconcentraba. Le daba vueltas a mis papeles. Un teniente se le acercó con afán de curiosidad. Disimuladamente, Olmos se guardó mi documentación en el bolsillo.

Pensé que estaba perdido. Me había metido en la boca del lobo.

—No me gusta —dijo cuando el teniente se alejó— que te llames Rodrigo Santamaría.

Yo seguía callado. Se levantó muy despacio y llamó a un cabo, sonrosado y gordito, que reía muy dulcemente a todo lo que él le decía y que de vez en cuando me echaba a mí una mirada larga y triste.

Después se fueron los dos a una salita contigua y durante un rato aparecieron en el quicio de la puerta tres o cuatro caras que me observaron de arriba abajo. Una de ellas era de un hombre muy pálido con el pelo pegado a la calva. Éste se me acercó, me cogió del brazo y me llevó al amplio y corrido balcón.

—Te vi en Játiva y tienes sangre fría.

Sonaban cornetas y voces de instrucción por el pueblo. Enfrente del caserón había dos filas de soldados. En una cola les daban un montoncito de billetes de diez pesetas y en la otra un chusco. Todas estas imágenes me aumentaban la sensación de incorporeidad que yo sentía. Era todo igual que cuando se vuelve de la borrachera de un anestésico.

Vino Olmos con cara complaciente.

—Esta noche ve al puente.

—Pero...

—Sí, ahora búscate alojamiento y esta noche hablaremos.

Salí del enorme cuartel más indeciso y perplejo de lo que había entrado. ¿No sería una emboscada? A lo mejor, el Manuel que había muerto mientras orinaba era amigo de ellos. Había cometido un grave error, seguramente había metido la pata hasta el tuétano. Ya no tenía solución.

Pero cuando los peligros son tan vagos, el temor también es nebuloso y un temor nebuloso hace que se pierda la sensación de un peligro concreto. El miedo generalizado sobre la conciencia es casi un estado de felicidad.

No acudí al puente. Temía una emboscada. Me había albergado en una casa de labradores ricos que estaban de luto.

A la cena me hicieron sentar en la mesa con ellos. Al principio, no me di cuenta pero al rato vi que una de las hijas llevaba bajo el cuello de su vestido una de mis camisas, una camisa de seda que yo guardaba en la maleta. Este descubrimiento me hacía sudar. Comía sin ver lo que tragaba. Después de cenar me acosté. De improvisto oí que daban con los nudillos en la puerta. Eran unos golpecitos muy suaves y un tanto misteriosos. ¿A ver si es la muchacha esta? Y dije con la voz muy excitada:

—¡Adelante...!

Era Olmos. Se vino derecho a la cama y se sentó encima de mis pies. Sonreía

malévolo y perspicaz, pero me pareció que estaba un poco borracho.

Sobre la colcha dejó un montón de papeles. Inmediatamente me dio unas palmaditas en las mejillas y sonrió con ciento énfasis. Yo estaba a punto de llorar.

—Amigo: —añadió, dándose con un lapicerito de plata golpecitos en la barbilla — tú no tienes la culpa, pero Manolo, ni siquiera Manuel ni Manolito te conviene nada, ni además te sienta bien.

—Manuel está muerto —dije yo disculpándome.

—Me lo figuraba; mejor dicho, nos lo figurábamos.

—Pero, ¿quién era Manuel? —me atreví a preguntar como si esto pudiera ser motivo de turbación para él.

—Pues eso es lo gordo, si Manuel era o no era. Está muy confuso todo lo de Manuel.

Mi cara debía de expresar una extrañeza y una conformidad dolorosa. Entonces él se puso a buscar algo que parecía sumamente importante por todos los bolsillos. Por fin, dio con un papelito donde había un montoncito de pipas y se las puso en la palma de la mano. Después de ofrecermelo se dedicó a pelarlas con la puntita de los dientes con increíble pericia. Yo no comprendía nada de todo aquello. ¿No estaría yo desangrándome como uno más en la estación de Játiva?

Era todo muy irreal. La misma figura de Olmos era alargada y oscilante como las imágenes que se ven bajo los efectos de una droga. ¿Era Olmos un paisano, un simple soldado o un jefe? No se sabía muy bien.

Cerré los ojos repetidas veces para convencerme de una vez de mi verdadera identidad. Cuando los abrí y quise hablarle sin rodeos noté que había desaparecido como un fantasma. Me había dejado solo. Me levanté a la carrera y fui hasta la puerta de la casa. Todo era inútil. Olmos se había evaporado. En la entrada de la casa sólo se escuchaba el runruneo del perro galgo que movía las patas y las orejas como si estuviera soñando. Ladraba el enorme perrazo muy quedo, como infantilizándose.

Pero allí estaban los papeles. Seguía conservando el nombre. Los apellidos habían sufrido una transformación graciosa. Desde aquel día yo era Alférez Practicante y cobraría ochocientas pesetas. Tenía que pasar tres meses de inspección sanitaria y tres meses de laboratorio. Después pasaría a un Hospital con la graduación de Teniente. Estaba a las órdenes de la Inspección Central de Sanidad y en cualquier momento podría también ser destinado a los frentes en comisión de servicio. Olmos había dejado además, encima de la colcha, unas cuantas cáscaras de pipas.

Me despertaron unos golpes escandalosos en la puerta de mi cuarto. Fuera hablaban a gritos los dueños de la casa. La luz eléctrica de mi cuarto estaba encendida. Entró un soldado, que después de saludar con el puño cerrado, con voz muy gangosa, dijo:

—Que le están esperando, mi alférez.

—¿A mí? ¿Dónde?

—En el cementerio.

Me pareció hasta congruente la respuesta. Yo había soñado alguna vez que alguien me esperaba en un cementerio. Alguien a quien yo llevaba mucho tiempo haciéndole marro.

—Ha dicho el médico que hasta que no vaya no puede empezar.

—Claro —y por dentro de mí sentí una oleada de satisfacción. Fuera lo que fuera, hasta que yo apareciese no habría función.

—Como hace tanto calor, pues huele mal.

Era natural que oliera mal, se tratara de lo que se tratara.

Comencé a vestirme. El soldado se puso a limpiar mi habitación.

—Si quiere le afeito.

—Bueno.

Se dio bastante maña para afeitarme con maquinilla. Cuando estaba concluyendo, exploté:

—Pero ¿qué tengo que hacer en el cementerio si se puede saber?

—Pues una autopsia.

—¡Ah, ya!

—Es que anoche se tiró un soldado por el puente.

—¿Por qué se tiró? —acució al soldado.

—No quería morir.

—Ah, bravo, no quería morir y se mata.

—No quería morir en el frente y se tiró. El puente tiene lo menos cuarenta metros.

—Comprendo...

Ayudé a destripar y a desesar al suicida. ¿Era de veras el médico un médico legal o era tan practicante como yo? Lo que mejor me iba a mí era rociar el cadáver con ácido fénico. Los pies y los brazos los tenía incrustados en el tórax. Al concluir el teniente médico me ordenó:

—Bien muchacho, ahora redacte el informe.

No había acabado aquello cuando ya estaba en el altar mayor de la iglesia de Albaida sentado ante una mesita en un estupendo butacón de cuero y ante mí iban desfilando soldados.

—Tú, ¿qué?

—He tenido ayer una hemotisis.

Creo que fue la primera vez que yo escuché directamente la palabra.

—¿Dónde?

—En la casa donde estoy alojado.

—¿Y qué quieres?

—Yo quisiera que me operaran.

—Aquí no es posible.

—O ir a un sanatorio, ahora que estoy a tiempo.

El médico lo auscultó y me dio un pellizco leve.

—Te daremos *servicios auxiliares*.

—Pero yo quisiera algo más, no morirme como un perro. Los vecinos de la casa donde estoy —pueden ir a verlo— se han ido al campo. Temen que les contagie.

—Te daremos un bote de leche cada tres días y rebajado de instrucción.

El recluta quería besarme la mano al firmar el vale.

—¡Otro! —gritó el médico.

Apareció un muchacho alto, muy fino, excesivamente guapo.

—¿Y tú, qué? —dijimos los dos a la vez, el médico y yo.

—Yo no creo en Dios.

Soltamos todos la carcajada, hasta que poco a poco nos fuimos poniendo sumamente serios. La cosa no era ni tan divertida ni tan extemporánea.

—Pero eso no es una enfermedad —dijo el médico.

—¿Usted, mi capitán, cree en Dios o no cree? —y el soldado nos miró sin pestañear durante cinco minutos.

—Yo sí creo, ¿qué pasa?

—¿Usted cree? —y casi se puso de rodillas.

En varios días que llevaba allí había presenciado toda clase de simulaciones: ataques de epilepsia, vómitos, raptos de locura, cólicos misereres, etc. Todo consistía en certificar que el mal existía y entonces al movilizado se le abría expediente de inutilidad. Si se ponía en duda la dolencia, iba a parar a observación a un hospital. Si se le declaraba apto, era destinado rápidamente a un batallón.

Mi papel allí era, en realidad, bien poco autónomo; pero, a veces, cuando un tipo me resultaba simpático y comprendía su angustia, no descansaba hasta salvarlo.

Olmos, de vez en cuando, venía a mi habitación, a las tantas de la noche, siempre con un montoncito de pipas en la mano.

Se daba una maña especial para pelarlas. Todavía yo no sabía a punto fijo si trabajaba a favor de los «rojos», o de los «azules». Todo en él era misterioso. Pero, aunque sin sincerarnos nunca, comencé a ver claro.

—Bien, bien, Julio —decía—. Esto va bien. ¡Y al toro que es una mona! Que sigan los pases al capitán. Lo de esta mañana estuvo bien. Me han dicho que se quedó con los ojos en blanco cuando tú dijiste: «Yo sí que creo ¿qué pasa?». Y el muchacho estuvo soberbio cuando se tiró a la jarra del agua, te amenazó, la estrelló en el suelo y se puso a echarse los vidrios en la boca y a mascarlos. La sangre siempre asusta mucho. Ya está en Alcoy, en la sala de Psiquiatría, en manos bien seguras.

—Pero algún día se descubre todo —comenté en tono lacónico.

—Es posible, no digo que no. El que estuvo antes que tú se perdió.

—¿Qué hizo?

—No sabía improvisar, no le salían los tacos, se ponía colorado repasando el cuadro de inutilidades. Yo todos los días le mandaba el «turno». Se presentará mañana —le decía— uno con una bomba de artillería al revés, otro con una mancha de yodo en el lóbulo de una oreja, otro con las trabillas de los pantalones sueltas. El primero, tiene que ser, «servicios auxiliares, segundo grupo», y el segundo y el

tercero «inútiles». ¿Y los demás? —preguntaba él—. «En los demás eres libre, en el resto haz lo que quieras».

Olmos era muy delgado, pero con un rostro plácido y sonriente. Todas las noches, al despedirse, me daba unos cachetines en la mejilla y decía:

—Lo comprendo, estás rendido. Pero esta tarea durará poco; hemos pensado darte vacaciones.

Los ojos se me cerraban. La voz de Olmos tenía sobre mí un poder soporífero. Por los pies hacia arriba me subía un temblor extraño, algo así como si en mi sangre hicieran campeonato de carreras gusanos de distinto tamaño.

—Pero, ¿cuándo termina esta guerra? —chillaba.

—Hijo mío, eso depende de muchas cosas. ¿Tú sabes por qué hubo una que duró treinta años? Porque el general en jefe tenía una esposa vieja y fea y no quería regresar a su hogar. ¡Ve tú a saber lo que está ocurriendo ahora!

—Tardan mucho en llegar al mar.

—Sí que tardan, pero los generales de ahora son jóvenes y enamorados. Al entrar la primavera, ya verás. Ya verás entonces...

Pero las guerras, como los meteoros, tienen trayectorias. Ni siquiera acaban cuando quieren los generales. La guerra puede acabarse en un sector, pero no es suficiente; quiere decir algo, pero no es todo. A veces una batalla, ganada o perdida, recrudece más la lucha, porque excita al enemigo, y casi hay que comenzar de nuevo.

Antes de comenzar una guerra civil debían de ponerse de acuerdo los generales y los políticos, cosa difícil pero posible, y puesto que no hay más remedio que combatir y combatir fieramente cada uno en un bando, al menos que cada combatiente pudiera estar en la parte que más le gustara y a donde morir pudiera ser para él algo útil y hermoso. Pero eso de coger el fusil de manos de quien lo entrega, aunque sea enemigo, no es justo.

Así sucede que en mi malhumor yo enviaba al frente a los «rojos» y procuraba dejar en la retaguardia, si no a los «azules» declarados, al menos a los «blancos». En la otra zona es probable que estuviera ocurriendo otro tanto. Alguna vez no podía más e invertía los términos a ciencia y conciencia.

—Pero, hombre, no te pongas nervioso. ¿No te has dado cuenta, no sabías que al que has puesto en evidencia esta mañana era cura? Lo sabías y lo pones en ridículo, lo llamas cobarde y lo pasaportas al frente.

—Mira, Olmos, es preferible que de tarde en tarde se pierda alguno.

—Eso no es.

—Sí es, sólo así podrán salvarse muchos más.

—Entonces, tú serías capaz hasta de mandar a uno al paredón por seguir *funcionando*.

—Lo que pasa es que esto dura demasiado.

Olmos me pasaba la mano por la cabeza acariciándomela. Sus caricias me aliviaban mucho la opresión brutal que sentía en las paredes del cerebro. Estaba, en

definitiva, harto de todo y mi cabeza era como una cuadra en la que sólo hay cabida para un par de caballos y meten treinta. Todo eran coces contra la frente y salvajes gritos sobre el cielo de mis pensamientos.

Caí enfermo y me pasé más de quince días tumbado en la cama mirando fijamente las vigas retorcidas del techo.

Una mañana entró Olmos a mi habitación y me trajo un sobre con papeles. Esto me desconcertó bastante, porque Olmos hasta entonces siempre había venido de noche.

—Te hemos ascendido —exclamó.

—¿Sí?

—Ahora eres ya teniente. Recorrerás los acantonamientos de alrededor con una ambulancia, harás una especie de «balance sanitario» en estas agrupaciones militares, y después te irás a Valencia a dirigir un laboratorio dependiente de la Farmacia Militar Parque. ¿Estás contento?

En esto entró la muchacha que se ponía mis camisas, con un caldo y una bolita de papel.

—Ande, tráguela.

—Pero ¿eso qué es?

Y me tragué el papelito arrollado, lo cual a ellos les divertía mucho. Entonces los dos me dieron palmaditas en la mejilla. Me sentía muy débil y estas efusiones de cariño o lo que fuera casi me hacían sollozar.

Salí en la ambulancia y recorrí diversos pueblos de Levante. Obraba con una irresponsabilidad total, creo que más por el estado febril en que me encontraba que por premeditación. A pesar de lo cual, lo que hacía siempre estaba de acuerdo con algo porque siempre había alguien en cualquier parte que me pellizcaba la mejilla, aun delante de la gente. Lo más seguro era que Olmos hubiese dado esta contraseña. Yo pensaba: «éste no debe morir»; «éste otro, aunque muera, no importa». Y según esto actuaba.

En Onteniente había un hospital de importancia. La jefa de las enfermeras, una suiza que decían que era cuáquera, hablaba perfectamente español, era muy autoritaria y decidida y, no sé por qué, me había cogido afición. Era incansable y a todas horas me tenía en el quirófano viendo cortar piernas o brazos y aserrar costillas. Yo llegué a crearme enamorado de ella.

—Estás como hipnotizado —me decía—. Ni cuando me besas sabes lo que estás haciendo.

—Esto me ocurre desde el bombardeo de Játiva —con esto disimulaba por una parte, pero en el fondo había algo de verdad.

—Eso ya pasó, querido. Si sigues así vas a enloquecer.

—Espero que no.

—Bueno, a ver si no te olvidas que esta noche tenemos lección de medicina.

Aquella noche la lección fue lo de menos. A la mañana siguiente, al salir al jardín

—el hospital era un antiguo convento— me esperaba Olmos sentado en el borde de una balsa. Le echaba miguitas de pan a los peces.

—Esto no es lo pactado, amigo —y me puso en la mano más oficios. Olmos siempre llevaba los bolsillos llenos de papeles. Llevaba también una estampilla y diferentes sellos de caucho. Firmaba y sellaba papeles con una rapidez vertiginosa.

—¿Estás incomodado conmigo?

—Incomodado, no, ni mucho menos, pero sí contrariado. Mira, he venido solamente a decirte una cosa: tienes que dejarte la barba y ponerte unas gafas.

Puse cara de no entender, aunque comprendía muy bien lo que decía.

—Tienes que ir a Hécúla; no hay más remedio —concluyó.

—Pero Olmos, tú debes de saber muy bien...

—Lo sé, lo sé, pero no hay otra solución. Primero vas a Murcia con la ambulancia y llevas a tu familia unos regalitos que te he traído.

En la ambulancia habían colocado una garrafa de aceite, un jamón, una caja de botes de leche y varios paquetes de arroz, azúcar y café. Aquello me emocionó. Aunque yo enviaba dinero a mi madre para que pudiera enviarle paquetes a Pablo, aquello valía mucho más. Hasta Emilio iba a tener un recuerdo mío.

No es tan difícil como parece librarse de una guerra. Yo tenía la certeza de que en el frente no habría durado ni un día. Me habría puesto a disparar al aire, sin ton ni son, y no hubiera aceptado nunca que los de enfrente, a quienes yo no podía considerar como enemigos, se me acercaran tirando a dar.

Mi existencia discurría como envuelta en vagas nubes que para mí mismo resultaban imposibles de penetrar. No me acuciaba ya el afán de cruzar el territorio y pasarme al otro lado. Esto, que siempre me había parecido la única solución aceptable, estaba ahora muy lejos de mis propósitos. La verdad es que yo no tenía propósitos de ninguna clase. Mi destino era dejarme enredar más y más en la maraña de una intriga cuyo alcance no siempre era fácil de descifrar. Mi vida siempre, ha sido, además, eso, dejarme llevar, desmarcado, distraído. Me lo habían dado todo hecho e intuía vagamente que lo que estaba haciendo tenía su valor. No podía ni suponer a dónde conducían la mayor parte de mis actos, ni el objeto de las consignas. Pero sabía que yo era una pieza de un engranaje necesario, y eso era bastante. Tan vaga como la idea que tenía de mi trabajo, era la que tenía de los peligros a que me exponía. Ahora comprendo que gracias a esto hice muchas cosas de las que hice. Me atraía el secreto de la «quinta columna», aunque a veces dudara de su existencia, a pesar de que mi actuación se desenvolvía entre claves, evadidos y agentes misteriosos. Lo bueno que tiene una quinta columna, seguramente, es eso, que los que están dentro de ella, se fuerzan por buscarla, por palparla, y no la encuentran por ninguna parte. Bien pensado, yo tampoco sentía, si lo analizaba, predilección por esta clase de lucha. Pero ya metido en ello, creo que era un exceso de excitación y de terror lo que me mantenía gravitando en aquella tenebrosa atmósfera, en la cual yo no comprendía nada.

Mi vinculación a Olmos, por ejemplo, entraba casi en el terreno de lo puramente fantasmal. Él sugería, proponía, decidía y era como si dictase, ordenase. Y siempre con su puñadito de pipas en el cuenco de la mano.

—Además, te la llevas.

—¿A Margaret?

—Sí, hombre, formáis muy buena pareja.

De momento la idea me sedujo. No la llevaría a mi casa, por supuesto; tendría que quedarse en un hotel o en algún hospital. Pero la pasaría por delante de la casa de la muchacha del camino de la estación.

Mi madre me pidió que atendiera a Pablo. En sus últimas cartas se quejaba de la salud y pedía bicarbonato, unos sellos o papelititos que llevaban belladona y no sé qué más. Daba a entender que se sentía mal del estómago.

Margaret tuvo una idea luminosa.

—Mira, vamos primero a Alicante, y yo, por medio de la Cruz Roja, hago por verlo o envío un médico. En todo caso, desde allí le hacemos pasar las medicinas que le hagan falta. Yo haré creer que hay una familia suiza de prestigio que se preocupa por él.

A mi madre no quise explicarle por qué me había dejado aquel conato de barba y por qué usaba gafas de extranjero. Pareció encontrarme más raro por dentro que por fuera.

En Alicante nos sorprendió un bombardeo en plena Rambla. Estuvimos tirados en el suelo metidos en los hoyos de las palmeras. Duró escasamente cinco minutos. Los cristales de la ambulancia saltaron. Un burro que estaba parado junto a la acera quedó colgado de los barrotes de un balcón.

—Lo de tu hermano es de cuidado; necesita sobrealimentación y quizás calcio.

—¿Pero es que está mal?

—No está bien. Haría falta sacarlo cuanto antes.

Nos dedicamos a visitar jueces y responsables de diversos partidos políticos. No era posible. Dependía del Tribunal Popular número 1 de Madrid. Le hicimos llegar dinero y alimentos. Yo le hice pasar además un reloj y una pluma estilográfica.

—Resolvemos lo de Hécula y después volvemos.

—Mejor será.

—O después vamos a Madrid y compramos su libertad como sea. ¿Has podido enterarte de lo que decía de mí?

—De ti parece ser que ha comprendido y calló, pero a Emilio lo pone tibio.

—Tampoco es justo; los que están en la cárcel no comprenden. Quizá, sin embargo, la persona más sensata y normal de mi familia sea Emilio.

—He tenido suerte; contigo da gusto trabajar —murmuró ella al cabo de un rato.

—¿Por qué?

—Porque tienes muy poco sentido común, porque eres duro de entrañas, porque te olvidas rápidamente de todo lo que te estorba... y a la postre eres dulce.

Aquel amor también era para mí tan forzado y vagoroso como la misma guerra que nos había juntado. Yo no podía besar a Margaret sin ver entre ella y yo los ojitos sonrientes de Olmos.

Entramos a Hécúla por Turena. La ambulancia marchaba despacio. Teníamos que encontrarnos en las afueras, o dentro del recinto de la ciudad, con un campamento de soldados. Era una brigada que había vuelto diezmada del frente y a la que habían concedido un mes de permiso para que se reorganizara. Sobre ellos, y en espera de que llegara el capitán de Albaida y otro teniente médico, debíamos establecer un censo de las propuestas y expedientes viables. Muchos se pegaban un tiro en un pie por no regresar al frente, otros llegaban a envenenarse. Había también bastantes enfermos auténticos.

Hacía una mañana muy calurosa. Ni un pájaro ni un perro se movían por las afueras de Hécúla. En una granja que yo conocía muy bien vimos moverse unos soldados. Estaban entre los olmos y las cambroneras, tumbados. Otros paseaban por la vía del tren, algunos se habían metido entre los trigales.

Hice salir al sargento para que preguntara. Yo tenía que hacerme ignorante del lugar en absoluto.

Todos iban completamente desnudos.

—Dicen que es que les están desinfectando las ropas.

Efectivamente, había unos camiones autoclaves, bastante lejos, que despedían un humo transparente. De rato en rato sonaba el metal apremiante de las cornetas.

—¿Y éstos que están durmiendo sobre la vía?

—No hay cuidado. Por aquí no pasa ningún tren.

—Me parece absurdo.

—Eso han dicho.

La calma era absoluta en Hécúla. Las casas del pueblo, a primera vista, parecían todas abandonadas. Después se podía ver que vivía gente dentro. Nuestro coche iba levantando espesas nubes de polvo por en medio de las calles.

Algunas ermitas habían desaparecido. Ni los cimientos quedaban ya. Muchos árboles habían sido cortados, y en las fachadas de los caserones se leían letreros de venganza. Al pasar frente a mi casa vi una bandera roja en un balcón. San Pancraccio no existía. Margaret debió de ver aquellas lágrimas absurdas que resbalaron debajo de mis inútiles gafas, porque empezó a acariciarme nerviosamente las manos, y la noté emocionada.

Mandaba el acantonamiento un coronel extremeño, al que le faltaba un ojo. Despotricaba contra la tropa constantemente. Esta actitud no le gustaba al comandante.

Había muchos enfermos, algunos realmente graves.

—Ni uno ha probado el rancho, y los que lo han comido lo devolvieron —me decía el comandante.

—¿Por qué? —pregunté.

—Como se trata de reorganizar una brigada vieja con quintos del 41, que están todavía mamando, el coronel ha querido esta mañana sentar las bases de la disciplina.

—¿Y qué?

—Pues que para hacerlos entrar en moral ha mandado fusilar a dos zagales delante de todos.

—¿Desertores o qué? —seguí preguntando, pero restándole importancia al asunto.

—Uno de ellos era de los nuestros. Murió gritando «¡Viva la República!». Era un betunero de Alicante, había tenido unas palabras con un sargento.

—¿Y el otro?

—Le cogieron una medalla cosida a la camisa.

—¿Y el pueblo?

—El pueblo, nada; el pueblo, como si aquí no hubiera soldados. Este pueblo es un pueblo raro...

—¿Sí?

—¿A que no sabe los ahorcados que ha habido estos días?

—¿Cuántos?

—Cinco. Los cinco, en la misma calle. Y a uno de ellos le costó intentarlo cuatro veces en distintas ocasiones. Siempre se le rompía la soga o la rama. Le llamaban ya «el Ahorcado».

Se veía que el comandante estaba un poco obsesionado por el carácter del pueblo.

—Pero me han dicho que el vino es bueno aquí —dije haciéndome el curioso.

—¿El vino? —y dio varias palmadas. Entró el asistente, y después de varias frases que siempre comenzaban o terminaban en tacos, le mandó traer unos porrones.

Margaret ayudó a montar en pocas horas el laboratorio ambulante. Tenía que despacharse el equipo —según dijo el capitán médico, un aragonés muy grueso y tranquilo— medio centenar de esputos, varias orinas y cosas todavía más repugnantes.

Aquella tropa era un desecho de vicios y agotamientos no siempre naturales. A veces se valían de trucos y de mañas para enfermarse aunque les peligrara la vida. Los que ya habían estado no querían volver al frente, y los que no habían ido aún también se inventaban procedimientos para postrar el organismo.

Por los alrededores de la Hécula inmutable, que sabía a ceniza y a cal, pululaban estas desastrosas compañías como gusanos adormilados que se reúnen en enjambre.

Asqueaba verlos. Sobre todo porque, viéndolos, pensaba uno en aquellas interminables filas de placas de cristal, vasitos, tubos de ensayo, botellas que a diario teníamos ante los ojos. Los sargentos sanitarios iban preparando y tiñendo los cristales con los esputos y la gota de sangre extendida. Luego, Margaret y el teniente ponían una gotita como de goma y los colocaban ante la lente del microscopio. Después, ya se sabía: «Abundantes bacilos», «Leucocitos». Verlos a ellos y pensar en los líquidos negros que había que echar para matar las siembras era todo uno.

—Están contagiando a todo el pueblo —nos gritaba el teniente de alcalde, que era Fulgencio el ciego.

—¿Y qué quiere que le hagamos?

—Claro, claro, todo sea por el triunfo de la causa.

Fulgencio siempre caminaba escoltado por un cabo y dos soldados, que él mismo se había nombrado, y a los que el Ayuntamiento pagaba. Fulgencio era el jerarca de la C. N. T. Siempre se estaba temiendo, por lo visto, alguna emboscada de parte de los comunistas. El alcalde era socialista, y había sido rebasado por los demás grupos políticos.

Al brazo de Fulgencio marchaba su compañera, su mujer, que era también ciega. ¿Era ella la que había logrado trastornar a aquel hombre? Ella hablaba con una voz fina como un puñal, siempre chillando. Decía palabrotas a cada paso. Fulgencio no había variado en el acento de la voz, pero estaba algo más gordo y vestía mucho mejor. Fumaba puros.

El caso era que Fulgencio se había revelado como un sanguinario atroz. Desde el primer momento le había tocado presidir el «Comité Local de Limpieza», y hasta se había planteado la cuestión de protocolo de cómo tendría que firmar Fulgencio sus penas de muerte «personales». La escritura que usan los ciegos no inspiraba confianza a los heculanos, probablemente porque no era fácilmente comprobatoria, y marcar las huellas digitales también era impropio. Ante testigos, Fulgencio le hacía al futuro reo un corte de pelo en el cogote. Ésta era la señal. Nunca los heculanos se han podido explicar cómo pudo endurecerse tanto el corazón del ciego. Fue famoso el discurso que pronunció en el «Comité Local de Limpieza» cuando tomó posesión, y que terminó con la siguiente frase, más o menos: «Antes de hacernos callos en las manos por el trabajo o por disparar las pistolas o los fusiles, hemos de formarnos un callo inmenso en el corazón. No es posible sentir lástima por nada ni por nadie».

Lo miraba y no lo creía. Era incomprensible que aquel hombre infantil, cuya máxima preocupación habían sido siempre las procesiones de Semana Santa, el armónium de San Pancracio, las enfermerías de San Vicente, las obras de teatro del Centro Catequístico, se hubiera erigido de repente en la pieza niveladora de la justicia popular. Fue muy chocante que yo pudiera verlo y escucharlo, porque, comentando el bombardeo de la noche anterior, le oí decir:

—Seguro que ese aviador es del pueblo. Es un heculano como yo me llamo Fulgencio —y levantó hacia la bombilla eléctrica la mosca fría y helada de sus ojos.

Hizo un repaso general de nombres, y entre ellos citó los de mis hermanos.

—Será Pablo —dijo.

—Pero si Pablo ha estado en Madrid preso e informamos de que era peligroso —le dijo un secretario.

—Se habrá escapado.

En Hécula no se había operado ninguna transformación, sólo que la ciudad parecía hundida en un letargo irredento y animal. Los nuevos propietarios de las

tierras comenzaban a sentirse inseguros y miraban con hostilidad a cualquier transeúnte que rozara los linderos de las fincas. Los aparceros caminaban por las calles cabizbajos, fatigados, recelosos, como traicionados. Hécula estaba en un luto más espectral que lo había estado nunca, y el silencio de la población resultaba opresor y fantasmal. Ni campanas, ni vítores, ni mítines, ni siquiera gritos de odio. Una mudez de esqueleto puesto al aire presidía el dolor de la tierra.

Se hablaba en voz baja, y las caras de los heculanos iban pasando lentamente de la modorra a la descomposición. El pueblo se sentía hastiado de matar y de ver morir, y hasta el tejado de las casas parecía más achatado por la pesadumbre de un fracaso cósmico. El miedo del caserío lo reflejaban mejor que nadie los perros flacos que iban y venían por las esquinas olfateando no se sabía si la sangre antigua ya borrada o la sangre próxima que no había sido aún vertida.

Hécula empezaba a reírse ya de la múltiple variedad y abundancia de los billetes rojos, y en su alma había nacido la codicia por la moneda que había de valer. Todo iba adquiriendo un valor oculto. No era posible comprar ni queso de cabra, ni aceite, ni zanahorias. Nadie quería el dinero corriente.

Comenzaban a mirarse los socialistas y los anarquistas de Hécula malhumorados y despreciativos, con un deseo de venganza que llegaba a sentirse como algo palpable a fuerza de ser tenso y crudo. Todavía el pueblo era capaz de gozar presenciando una tortura; pero en el fondo, las gentes sentían el peso de un aburrimiento feroz. La guerra había paralizado hasta el anhelo de fuga de los perseguidos. El sol iluminaba los rostros de los heculanos con inclemente tibieza. Todo era frío, ciego y cruel en el vecindario de mi niñez. Allí estaban, convertidos en mutilados, en verdugos y en momias, los compañeros míos del Colegio de los Escolapios. Pero no estaba seguro de que fueran ellos mismos. Las muchachas miraban a Margaret desde los portales de las casas o desde los quicios de las puertas con reconcentrada envidia.

Quedamos alojados en un caserón que yo me conocía bastante bien. Por lo menos, conocía el siempre abandonado jardín, rodeado de altas tapias, y una cochera donde se pudrían tres berlinas antiguas, dentro de las cuales las gallinas ponían sus huevos. En el pueblo siempre se dijo que esta casa tenía trescientas sesenta y cinco ventanas y puertas, ni una más ni una menos.

Uno de nuestros sanitarios las contó con mucho método y se encontró con que había más.

La primera comida que nos ofrecieron en Hécula fue bestial. El cocinero del acantonamiento nos presentó el plato típico del país, el gazpacho, en condiciones realmente indigeribles. Margaret, por más que hizo, no pudo pasar aquel revoltijo grasiento en el que entraban por igual el pollo, el conejo, el cerdo, el cabrito, el atún, las sardinas, los caracoles y las hierbas del monte. Era una comida de energúmenos. Pero el cocinero no había tenido mucho pulso para quemar las tortas y mucho menos para aromatizar el caldo. El vino corrió en abundancia. Yo me sentí feliz de volver a comer gazpacho después de tanto tiempo.

Una de aquellas tardes Margaret y yo subimos al castillo. Desde arriba, Hécula nos parecía aplastada bajo una niebla densa e impenetrable. Hécula, que de por sí tiene un paisaje transparente, de sierras perfiladas y páramos coloreados; Hécula, que es un rincón en la llanura dominado por vientos frenéticos, aparecía mortecina, enmarañada en una paz bochornosa y hundida en un silencio pavoroso. El aire parecía estar soñando alguna fiebre maligna o algún huracán devastador. Aquellos ruidos tan familiares para mí como el repiqueteo de las fraguas, el traqueteo de los carros y el sonido de las mazas de picar esparto, me parecían ahora somnolientos. El alma se me desangraba en una melancolía desoladora.

Caminábamos Margaret y yo en silencio. Ella se había propuesto no preguntarme nada del pueblo, pero a cada instante comprendía que yo estaba embargado por sensaciones y recuerdos.

No era una manía mía. Todo vibraba en esta geografía con bronca fuerza y todo, al mismo tiempo, ofrecía un aspecto silencioso de muerte remota.

—¿Te das cuenta? Tiene forma de pez.

—Es cierto.

—Allí está la cabeza —y señalé hacia el redondel vacío de la plaza de toros—. Y allí la cola —y señalé la estación del tren de vía estrecha.

—Pero es un pueblo muy grande.

—Fíjate si es grande que la cabeza y la cola casi dan la vuelta al cerro.

Pueblo viejo y pueblo nuevo, como inconscientemente, se habían unido en la curva de la trágica hondonada del camino del cementerio. El pueblo cobraba una vívida consistencia de piedra junto a la roca del castillo, en tanto que los caminos y las casas de labor adquirían una vagorosa realidad, como difuminada.

—¿Sabes qué pueblo me recuerda? —dijo ella—. Me recuerda Brujas. Hécula es un Brujas fantasmal.

Aquel crepúsculo nos duró mucho. Los minutos tenían dimensión de horas. Margaret miraba la helada llanura recostada en mi hombro. De cuando en cuando sonaba una corneta.

De repente se me escaparon a mí unas palabras ininteligibles. Las repetí solamente porque Margaret me lo pidió:

—Creo que me siento enfermo —había dicho.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé, es una sensación extraña...

—Lo que tienes es miedo. Tu pueblo te impresiona demasiado.

Era cierto, mi pueblo me ponía en trance de que la conciencia se me pulverizara. Creo que lo dije un poco al buen tuntún, pero al cabo de un rato comprendí que lo que había dicho tenía cierto sentido profético. Lo había dicho mirando al cementerio, pero sin sentir, de momento, ningún malestar físico. Más bien me encontraba en aquel momento extraordinariamente ligero, como liberado de la gravitación. Pero lo que había dicho tenía el peso abrumador de un presentimiento. Probablemente al decir

aquello pensaba en Pablo. Probablemente pensaba en mi padre, pensaba en todos nosotros. El caso es que lo dije con plena conciencia de que acertaba, con evidente intuición. También pudiera ser que todo hubiese nacido de la impresión que me produjo la noticia de la muerte de una prima hermana mía. Había sido galopante.

—Estás excitado, eso es lo que te ocurre. Debiste de negarte a Olmos para venir aquí —me susurraba Margaret.

Ciertamente, era muy fuerte para mí la visión de Hécula con sus torres ahumadas y sus calles despavoridas. Me producía miedo y debilidad. Me estaban entrando ganas de comenzar a chillar por las calles: «Soy yo, soy Julio, el hijo de Enrique y Laureana, el más pequeño...». Una ternura extraña se apoderó de Margaret al verme tan abatido. Me hundía en el pesimismo como si todo mi ser fuera una piedra arrojada a un lago profundo.

—Estás cansado —y me besaba en los párpados y en las orejas como hacen las gatas con sus gatitos.

Por la noche, Margaret puso una comunicación a Olmos. Por más que lo intentaba no podía descubrir el matiz último de sus relaciones. Ellos funcionaban con la precisión de un reloj. A su lado, yo no era más que un murciélago atontolinado.

A los tres días justos nos llegó la orden de abandonar Hécula. Antes de irnos debíamos dejar las carpetas de los expedientes debidamente informados. El Tribunal Médico Militar llegaría a los pocos días y resolvería, firmando, según su criterio, nuestras propuestas. Los casos contraseñados por Olmos se habían salvado.

Cuando salíamos de Hécula los soldados se entrenaban en la carretera de Turena. Había algunos tumbados bajo el puente del ferrocarril. Recordé una gran tormenta que había inundado hacía años aquellas deshojadas huertas. La ambulancia se iba abriendo camino entre las filas de los soldados. Algunos murmuraban:

—Enchufistas del diablo.

Ya durante el camino Margaret logró convencerme de que todo aquello mío no era más que un ataque de nervios producido por la tensión en que nos movíamos.

Al llegar al Hospital Militar Base de Valencia —que era nuestro nuevo destino—, Olmos salió a esperarnos. Estaba mucho más grueso y sonriente que nunca. Dirigiéndose a Margaret, exclamó:

—Éste es un tunante y tú la cómplice —y nos enseñó unos dientes afilados y blanquísimos.

Por la tarde nos fuimos los tres a la playa de Nazaret y nos comimos un arroz con conejo. Nuestro chófer era un buen cocinero. A los postres, Olmos nos fue descubriendo su nuevo plan. Margaret y yo y un coronel checo —ésta fueron sus palabras— habíamos sido propuestos por la Jefatura de Sanidad para ir a Suiza a la compra de material sanitario. Olmos tenía un proyecto muy concreto sobre este viaje. A mí sus planes ya me producían vértigo.

De regreso nos contó que algún desalmado, creyendo prestar un servicio, había adulterado una buena partida de inyecciones de calcio, y en los hospitales del frente

de Levante la habían cascado varios soldados. El S. I. M. había abierto una investigación. Convenía estar sobre aviso.

—Es que todo el mundo se lanza a improvisar. Aunque se trate del padre de uno, hay que tener cuidado.

—Mal asunto —me quedé murmurando.

—Estás perdiendo facultades, Julio. Parece mentira. He hablado tan sólo de una fechoría de elementos incontrolados.

—No le hagas caso —repuso Margaret—. Se le pasará en seguida. Es Hécula que le ha envenenado la sangre.

A pesar de la fría calma que generalmente se condensaba en el ajetreo de Olmos, aquella tarde lo noté particularmente inquieto. Yo creo, además, que estoy dotado para adivinar el porvenir. En muchísimas ocasiones me ha sido fácil adelantarme a los hechos. Es un talento especial que me hace más desdichado que feliz. Concretamente, en mi bache biológico esta ciencia del futuro es la base de mi abrumadora existencia.

Aquella noche, al salir del cine Gran Vía, nos detuvieron. No fue precisamente una detención violenta. Dos muchachos con gabardina —a mí me parecieron hermanos— nos rogaron que montáramos en un cochecito deportivo y nos condujeron a Sorní, 7, a un hotelito con verjas floridas ocupado por el Servicio de Información Militar. El movimiento que había por allí no era normal. Era fácil confundir a los policías con los detenidos: todos tenían la misma cara de fatiga. Los detenidos eran por lo menos veinte y había entre ellos militares y muchachas. En un descuido de los guardianes, Olmos me dijo:

—Ahora viene tu fuerte.

—¿Mi fuerte?

—Sí, inventar.

—Sí, hombre —intervino Margaret—, por cada verdad que se diga, verdad entera ninguna, sólo verdad a medias, pues por cada verdad, veinte mentiras.

Margaret se mostraba increíblemente tranquila. Sacó del bolso un pitillo y lo encendió. Olmos se hacía crujir escandalosamente los nudillos de las dos manos. Estaba nervioso, pero no por eso dejaba de sonreír.

Fue larga la espera. Un soldado se paseaba de punta a punta de la habitación como contando las losas. Fueron desapareciendo interrogados. Con nosotros, al parecer, tenían cierta deferencia. A los otros detenidos los trataban mucho peor.

—¿Puedo mandar a un ordenanza por un paquete de pipas? —suplicó Olmos. El soldado se le quedó mirando como si no entendiera.

Hicieron pasar a Margaret a un salón alfombrado donde reinaba un gran silencio, interrumpido de cuando en cuando por el tecleo de una máquina de escribir.

—A la señorita se le ha caído el pañuelo —se acercó el centinela.

Me lo dejó a mí. En un instante en que no me miraba Olmos lo aspiré y el olor del perfume casi me produjo náuseas. Al rato vinieron por Olmos y al entrar al salón

iluminado, oí que le decían:

—No esperaba verle por aquí, capitán.

La puerta se cerró. Me quedé solo. Al otro extremo de la sala había una mujer toda de luto, con pañuelo en la cabeza y unos mechones de pelo blanco que le asomaban por la frente. Tenía pinta de pueblerina.

Pensé que Olmos y Margaret quizá no habían tenido más función que perderme a mí, llevarme hasta el borde de la sima y dejar que me empujaran. ¿Quién me los había presentado? Todo había venido, una cosa detrás de la otra, de un modo fatal y misterioso. Terminó de anonadarme la presencia de Fabián, que apareció pálido e intenso, pero sin perder un ápice el dominio de sí mismo. Aunque su figura vino a aumentar mi confusión, su mirada, inteligente y serena, me infundió algo de ánimo. Aunque me pareciera absurdo, lo cierto es que Fabián iba vestido de oficial de Carabineros. Noté que lo trataban con sumo respeto.

—Vamos —me dijo un cabo que bajó por unas escaleras con un perrito de lanas entre los brazos.

Lo seguí mecánicamente. En vez de pasarme al salón, a mí me condujeron a la calle por una puerta trasera que tenía el edificio. Cruzamos un pequeño jardín y entonces me di cuenta de que lloviznaba. Entramos en una casa del vecindario. Al parecer se trataba de un piso vacío. Fue encendiendo luces y abriendo puertas. Por fin, me hizo pasar a un salón cuyas paredes eran todas de espejos y damascos rojos. En medio del salón colgaba una lámpara de cristal y bronce. No había ni una silla ni una mesa en aquel salón. Sólo en un rincón había un arcón antiguo que recordaba un féretro rico. Por la parte de fuera tenía unos adornos dorados sobre pedacitos de paño o terciopelo verde.

El cabo se fue derecho al arcón y lo abrió. Miré dentro. No había más que unas cuantas cortezas de naranjas mandarinas. Sin voz de mando alguna me dijo:

—Métase aquí.

—¿Ahí?

—Sí, no sea tonto y métase. Le conviene mejor meterse que lo tengamos que meter. Siempre saldrá ganando.

—Pero, ¿para qué?

—Eso yo no lo sé; a mí sólo me han dicho que se meta ahí dentro.

—Le advierto que soy inocente.

—A mí no me tiene que decir nada, eso lo piensa ahí dentro y cuando lo llamen a declarar...

Delicadamente, me puso la mano en el hombro y me señaló el fondo del arcón. No había más remedio que tumbarse allí. Todo daba lo mismo. Peor hubiera sido otro suplicio. Además, colocarse allí dentro, de momento, no parecía tan horrible.

Me dejó que me acomodara en el arcón. Casi estaba por darle las gracias al cabo. Eran demasiado buenos conmigo. Ni se puede decir que el arcón fuera un sitio cómodo, porque no había modo de estar estirado, ni de rodillas, ni sentado. En

realidad, había que estar un poco encorvado. Desde dentro del arcón le sonreí al cabo.

—¿Verdad que no es tan desagradable? Lo peor es que luego, cuando se les cierra, se ponen nerviosos y gritan. Yo le aconsejo que se esté quieto. Yo también tengo que dormir y llevo varias noches metiendo y sacando gente de los arcones.

El cabo estaba muy hablador y casi bromista. Yo estaba por pedirle que nos quedáramos allí los dos toda la noche, aunque a mí me tocara estar acurrucado en las tablas y él pudiera permitirse el pasear de acá para allá.

Pero cuando quiso echar la tapa encima se me ocurrió poner la mano en el borde del arcón.

—Yo le prometo que no me moveré, pero no me tape.

—No hay más remedio que taparle.

Al echarme la tapa encima y correr el cerrojo, se me ocurrió gritar, pero en seguida me acordé del aviso que me había dado. El cabo, además, se había marchado y había apagado la luz del salón. Yo veía luces rojas, verdes y blancas, pero eran luces que no existían más que en mis párpados que vibraban como abejas pegadas a la carne del panal.

Probé a gritar. Me oía a mí mismo con una voz algo llorosa. ¿Es que no iba a saber portarme como un hombre? Al rato, la luz del salón se encendió. Procuré girar dentro del arcón como una serpiente y adaptar los ojos a las insignificantes ranuras. No se veía nada. Moverme me costaba agudos dolores. Los huesos tropezaban con todas las tablas. El arcón olía a vómitos.

Comencé a sentir una sensación de asfixia, algo así como si mi respiración sonara estertórea fuera del arcón. Ya no sabía si el arcón estaba suspendido sobre un precipicio por un hilo muy delgado que pudiera romperse en cualquier momento o si era una vagoneta velocísima que corriera a estrellarse loca sobre el muro de un túnel.

Respiraba muy mal. Comencé a paladear un sabor medio dulzón y amargo que me subía del pecho. Sabía a sangre y a anchoa podrida. Saqué el pañuelo y escupí. Cuanto más escupía, más espumoso y gorgoteante era el líquido que se detenía en mi garganta. Con los puños y las rodillas empecé a sacudir el arcón. No acudía nadie. De cuando en cuando, me ponía a rezar padrenuestros o a contar hasta cien. A veces, me parecía escuchar alguien que hablaba en el salón a media voz. Procuraba afinar los oídos. Hasta que una vez escuché un grito penetrante. Creo que entonces me desmayé.

—Chúpela, ande —oí que me decían. Era el cabo.

Quise levantarme, pero el cabo me sujetó fuertemente. Se veía que no estaba dispuesto a sacarme. Tan sólo que me ofrecía complaciente una naranja mandarina.

—No lo echemos a perder, ya que se está portando tan bien.

—Pero debe llamar a un médico.

—¿A un médico?

—Sí, he escupido sangre.

—Eso es lo que dicen todos.

—¿Qué hora es?

Lo de la hora me parecía importante. Si era de día me sentía más fuerte para resistir el tormento.

—Ya le queda poco, a eso de las diez o las once le llamarán.

—¿Pero ya es de día?

—Sí.

—Déjeme ver la luz.

El cabo me abrió un poco las maderas del amplio balcón, después de descorrer una amplia cortina roja. Ya estaba, indiscutiblemente, el sol en la calle.

—Ande, póngase bien, que le tengo que cerrar.

—Un poco más.

—¿Ve? No se puede, en seguida abusan.

Me dejé buenamente echar de nuevo la tapa encima y sólo al sentir correr la cerradura volví a chillar. Me entretuve en chupar la mandarina. Creo que una vez también me dio por reír, pero al darme cuenta de que me estaba riendo, lloré. Vino a abrirme el arcón un sargento que canturreaba un cuplé, que era más o menos:

*Pobrecito Floirán*

*Ya dejó de existir*

*Que me espere muchos años*

*por allí... chin, chin...*

La mirada del sargento me perturbó, pero al rato me di cuenta de que tenía un ojo de cristal. El sargento vio que yo no me movía; entonces me cogió con mucha fuerza por debajo de los sobacos y comenzó a sacudirme en el aire. Después me daba pataditas en las espinillas y decía:

—Salte, futbolista, salte —y el sargento se reía.

Me sacó a la calle y me dijo en las escaleras:

—Por la calle ha de ir como si viniera de los toros.

Estaba frente al salón rumboso de la noche anterior. No me hicieron esperar nada. Salió a la puerta un capitán bajito, que nada más entrar me hizo sentarme en un diván florido.

Escuchaba sus palabras insensible, aturdido. La luz que entraba por el amplio mirador me adormecía. Miraba enternecido las hojas trémulas de las acacias que temblaban en el aire.

—¿Es amigo del señor Ruiz-Funes?

Creí que era parte del interrogatorio. Ruiz-Funes no recuerdo ahora si era embajador o ministro. Conocía a su familia, que era de lo más respetable y popular en todo Murcia por su bondad. El mismo don Mariano me constaba que protegía a muchísimos perseguidos. De la familia de Funes era el confitero de Murcia donde yo había visitado a un jesuita escondido para llevarle hostias consagradas y cartas. Temí

que don Mariano hubiese caído ya en desgracia.

—Conozco a la familia —repliqué.

—Ya se le ha dado la pertinente explicación.

Yo no entendía nada de todo lo que él decía. Porque de pronto, sin venir a cuento, me dijo también que le dolían las muelas y que su oficio era más ingrato de lo que parecía a simple vista. Yo asentía a todo.

—De todos modos —prosiguió—, usted tiene que reconocer que aunque fallemos alguna vez, otras acertamos. ¿Se da cuenta?

—Claro.

—Nadie siente más que yo lo que ha pasado. Un error lo tiene cualquiera.

—Claro.

Yo continuaba sentado en el diván mirando el cielo azul y las blancas nubes. En esto, entró el sargento con una bandeja en la que traía una copita de vino rancio y dos yemas en un vaso.

—¿No le darán asco las yemas?

—No, no.

—Pues, tómeselas, no quiero que tenga malos recuerdos de nosotros.

Me daba miedo preguntar si estaba libre. Todo podía ser una estratagema. Pero debía querer decir que estaba libre porque me ponía la mano en la espalda amigablemente. Recuerdo que al citar a Fabián nombró al presidente Aguirre. De Olmos también hacía elogios.

—Mala suerte, mala suerte —fue diciendo mientras me acompañaba hasta la puerta.

En la esquina estaba el cabo apoyado en la ventanilla de un coche. Dentro estaba Margaret dándose polvos en la cara.

—Sube —dijo.

—¿Y Olmos?

—Ha ido al hotel «Metropol».

—¿A qué?

—Con Fabián.

—¿Pero tú conoces a Fabián?

—Claro, Julio, parece que estás atontado.

Creo que el vasito de jerez me había mareado. Margaret estaba muy locuaz. No hacía más que repetir:

—Este Apellaniz es un mamarracho.

—¿Quién es Apellaniz?

—El que te interrogó.

—Pero a mí no me ha interrogado nadie.

—Mejor, mejor.

Margaret reía. A mí me parecía nadar por el aire. También tenía la impresión de que iba torcido, con la cabeza ladeada.

—Pobrecito mío —susurraba Margaret—. Está temblando. ¿Ves como no ha pasado nada? Estaremos juntitos, los dos solos... ¿verdad?

—Di que pare el coche.

—¿Para qué?

—Me voy meando.

Entré en un bar. Creí que no pararía nunca. Salí mucho más eufórico.

—¿Sabes que se ha portado bien?

—¿Quién?

—El capitán ese.

—Qué va, hombre. Todo ha sido cosa de Fabián.

—¿Sí? Pero, ¿dónde está Fabián?

—Cállate, anda —y me besó fuertemente en la boca. Estábamos dando la vuelta a la plaza de Castelar.

Entonces me acordé con sobresalto de mirar mi pañuelo. Me lo imaginaba teñido en sangre. No había nada. ¿Cómo era posible? ¿Lo había soñado? ¿De qué era aquel regusto dulzón y agrio que me llenaba la garganta cuando estaba encerrado en el arcón? Miraba el pañuelo y no lo creía.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Parece que estés borrachito —y me volvió a besar.

## Capítulo VI

### Y sigo viviendo

Es posible que ni siquiera se llame Elvira. No me ha vuelto a hablar directamente de mi parecido con su hermano. Seguramente ha sido sólo una intriga con que quiso impresionarme la primera noche. Sin embargo, parece estar en el secreto. Me observa a veces temerosa y a veces agresiva. Nunca pude imaginarme que llegara a tan voraz unión con esta mujer.

—Te voy a matar —me dice a menudo.

Y yo me dejo estrujar, me someto a su esclavizador antojo. Pero para que no se confíe demasiado, de cuando en cuando me aísto, me alejo, no acudo a sus citas. Esto la irrita extraordinariamente. No quiere aceptar que yo tenga mi mundo, mi silencio y mi soledad. Seguramente yo no sirvo para este papel o sirvo demasiado. Por eso, cada día soy más duro, más frío con ella.

Sus compañeras deben de sospechar que me sale muy barata. No tanto como piensan. Lo que ahorro por un lado, lo gasto por otro. De seguir la cosa así, la casa de Hécula la veo en el aire. Habrá que avisar rápidamente a un corredor y mandar poderes. Yo ir a Hécula no quiero. Eso sería lo último.

Pero, ¿hasta qué punto es verdadero todo esto? Aparentemente todo es naturalísimo, todo transcurre tan sin trampas como entre dos que se aman de veras; pero a veces me escucho mientras le hablo y me parece estar escuchando a un actor de teatro. De todos modos, al final caigo en sus brazos con voluntad casi absoluta de anulación, deseando desaparecer en el oleaje furioso de su arrebató. Estas mujeres, cuando les entra la pasión por alguien, son unas locas completas.

Me dejo querer, en una palabra, y mi mayor cinismo consiste en protestar muy enfadado cuando se pasa un día sin llamarme.

Suele también ocurrir que yo entre como de paso a Chicote o a Pasapoga y me la encuentre allí con otro. Hago entonces que me pongo celoso para que ella pueda permitirse el lujo de quedarse indiferente. Todas las muchachas que van y vienen por la barra o por las mesitas, fingiendo esos aires de elegancia, ya me conocen. Son todas unas rústicas, más bien groseras. Son mujeres que han estudiado unas cuantas posturas frívolas y se creen que dan *el pego*; pero en el fondo son las pobres bastante brutas. Ellas, seguramente, se ríen de lo nuestro. Debo de llevar una cara como de dormido. Unos días tratan de serme simpáticas y me llaman, otras prescinden en absoluto de mí y hasta ponen cara de enfadadas. Creo que odian a Elvira. La odian porque, quíerese que no, es más fina y delicada, más espiritual que todas ellas. ¡Mira que decir que es espiritual! Lo que pasa es que ha sabido vestirse mejor y que ha adoptado con más naturalidad unos modales casi distinguidos.

Pero esto tendrá que terminar. Nos vamos distanciando ya y cada día estamos más separados. Ella sabe, sin embargo, que no me es tan fácil prescindir de ella, que vivo

del recuerdo de su carne y que a veces mi frente se llena de arrugas y de dolor ante la mueca entristecida de su sonrisa. Sabe también cuánto tengo que disimular. Todo aquello de las lágrimas y de jurar esto y lo otro pillá ya muy lejos. A veces, llego a temer que todos se fijen en mí y me señalen. Me parece que nadie podrá comprender que me haya enamorado de una puta.

Nos consumimos los dos, yo creo, en la misma llama. Porque acaso también su languidez, su luminosidad, su transparencia no sea más que un reflejo sutil de eso, de lo mismo, de lo de su hermano, de lo de los míos, de lo mío. ¿Es posible que también esté ella tocada? Hay días en que su rostro está más pálido que el de una muerta.

Se la ve, a veces, aburrída, cansada, desbordando una melancolía extraña. Acaso he llegado a ella y nos hemos juntado por algo más que por atracción física. Quizá es que coincidimos y nos compenetramos en el enigma de la sangre, en algo que está incluso más allá de la sangre. Quizá es que nos hemos encontrado en la muerte.

Sufro por ella, ésta es la verdad. Quisiera verla alegre, quisiera que se conservara siempre tan hermosa, quisiera que no me empezara a ser tan odioso el acompañarla a todas partes.

Aunque parezca mentira no puedo hacerme a la idea de que vaya con otros hombres y aunque sé que va, esto no afecta para mí a su inocencia. Es absurdo lo que voy a decir, pero Elvira me parece el mismo candor.

Anoche se la pasó contándome su vida. Me habló de cuando era pequeña y dice que entonces era muy traviesa y arisca. Ahora más bien es orgullosa. Cuando comenzó la guerra era una criatura, una chiquilla. Su familia debe ser de «rojos». Por lo pronto el padre fue oficial del Ejército rojo y provenía del Sindicato de Artes Gráficas, no sé cómo le llamarían entonces. Nada me extrañaría que ese hermano suyo que le escribe cartas misteriosas esté enrolado entre esos grupos de agitadores que se nos cuelan desde Francia.

Cuando las tropas se acercaron a Madrid salió en un camión de refugiados con su madre y sus cuatro hermanos. Los llevaron a un pueblecito de Valencia. En este pueblecito de blancas fachadas y huertos dorados dice que fue feliz. Se pasaba el día con sus hermanos cogiendo ranas y lagartijas, metiéndose en los charcos de los arrozales. Después se trasladaron a Reus porque su madre quería ir siempre detrás del marido con todos los niños a cuestas. En Reus dice Elvira que al general Prim que está en medio de la plaza Mayor lo querían derribar, pero, por fin, prefirieron dejarlo sobre el pedestal. Un tío chusco encontró una fórmula conciliatoria. Prim podía convivir y presidir incluso una revolución, no había más que quitarle el sable de la mano. Una vez quitado el sable, Prim saludaba con el puño cerrado al pueblo en armas.

La familia fue subiendo hacia la frontera. El padre de Elvira iba muy cerca del gobierno que huía. Lo que son las cosas, es hasta posible que mi hermano Emilio y el padre de Elvira se hayan conocido. Ellas iban detrás de las caravanas oficiales sin saber a dónde las llevaban. Varias veces los aviones nacionales ametrallaron la

carretera y tuvieron que esconderse bajo los árboles o se tumbaron dentro de los arroyos secos. Una vez se metieron en un río y les llegaba el agua hasta el cuello.

—Tan fuertote como era, con unas espaldas así, tan moreno y guapo, un gran tipo que se llevaba a las mujeres de calle, y enfermó.

—¿Éste es el que tienes enfermo aquí?

—Sí.

—¿No sería éste al que yo me parecía?...

—No, ése fue el otro, el que murió al llegar aquí. En una semana se fue.

—¿Y de qué murió?

—Lo sabes tú mejor que yo.

Me contestó esto con una naturalidad que a mí me sorprendió. Una cosa que me llama mucho la atención es cómo yo siempre me topo con lo mismo. Debe de ser como los que están capacitados para encontrar venas ocultas de ríos o filones de rico mineral. Yo siempre doy con ello. En el tranvía, en el metro, en el cine, en los libros que caen en mis manos, lo que salta y se me impone es siempre *eso*.

—¿Y el otro?

—El otro...

Elvira sabe que este hermano suyo, que unas veces me ha dicho que está en España y otras que está en Francia, es para mí objeto de curiosidad. Pero anoche, en la soledad iluminada —teníamos el mirador abierto, descorridas las cortinas y la luna se colaba en la habitación hasta los pliegues de la colcha—, tuvo un gesto de confianza conmigo.

—Para que veas tú quién soy yo...

Se levantó y se puso a revolver un cajón de su tocador. Sacó todas las chucherías que ella guarda. Bajo un periódico que servía de fondo, había unas cartas.

—Son de mi hermano.

—¿Por qué no vuelve? Supongo que no le pasaría nada.

—Él no regresará nunca. Además...

Elvira fue descorriendo más el velo. Su padre se entregó a las tropas en la frontera, al cabo de unos meses de hambre. La madre estaba dispuesta a trabajar de costurera en Madrid, dice que tenía unas manos de maravilla. Se entregó en la confianza de que no le harían nada. Efectivamente lo tuvieron un mes en un campo de trabajo y lo soltaron con libertad condicional. Poco después murió.

Las cartas de su hermano están escritas a lápiz. Son muy breves y con faltas de ortografía. Una desde un pueblo de Soria, otra desde Reinosa, la última desde Mora de Ebro.

—Pero, ¿es que es viajante? —quería insistir, porque siempre me he recelado la verdad.

Las cartas estaban llenas de amenazas para Elvira. Conocía su vida y la iba a pagar cara, tarde o temprano. La llamaba guarra y una de ellas recuerdo que concluía así: «Algún día todo el dinero que estás ahorrando, te lo tragarás en billetes o en

calderilla. Conozco todos tus pasos».

—Es un bruto —dije.

—No. Tiene razón.

—Pero él debía de comprender que tú sostienes a tu hermano enfermo, que sin ti estaría en un hospital, que merced a ti tu padre tuvo entierro, medicinas y un caldo hasta el día en que murió, que tu familia toda vive de ti...

Me contó después que las cartas le habían llegado siempre de un modo como de novela policíaca. Teme Elvira todo comentario sobre su hermano. Cuando le han dado las cartas ni ha preguntado siquiera. Las ha cogido y las ha guardado. Las lee y las relee cuando está sola.

A mí me hizo jurar varias veces que guardaría el secreto. De todos modos, este hermano no parece enterarse de la realidad de las cosas. Es un loco suelto. A fin de cuentas, Elvira no es más que una víctima. El hermano cree, seguramente, que le sienta bien el papel de héroe. Lo más probable es que sea un simple bandido que roba coches de línea y atraca a feriantes solitarios. Y todo ello vestido de rojismo.

—Eso que dice de que algún día vendrá a pisotearme las tripas, es capaz de hacerlo.

—¿Tan fiera es?

—Es que ha pasado mucho.

Se ve que Elvira lo admira. Sus cartas son para ella como un tesoro. Necesita humillarse ante sí misma de cuando en cuando y en estos ratos las saca y las contempla. Yo creo que el aire casi ausente y lejano que tiene Elvira a menudo se lo da el temor de encontrarse con su hermano de improviso en una esquina o en una pista de baile. Ahora me explico por qué a veces vuelve la cabeza como si la persiguieran. Antes siempre creía que era por otra cosa.

Elvira habla con enorme ilusión de los días que pasó en un pueblecito francés de pescadores. Se pasaba los días, dice, buscando percebes y cangrejos entre las rocas. Su madre les reñía porque volvían tostados. Elvira habla más de su madre que de su padre; le ocurre lo que a mí, claro que ella ha conocido y tratado al suyo y yo del mío no tengo más que aprensiones y remembranzas que no sé siquiera si son ciertas. Como mi madre, la suya era alegre por las buenas, pero terrible por las malas.

—Tú acabarás mal, eres muy terca y orgullosa —le decía.

El tonto y energúmeno que convirtió a esta muchacha, más o menos pura, en madre sin boda, se mereció bien su desprecio. Eso demuestra que Elvira es una mujer rara; otra se hubiera casado. A mí siempre me produce escalofríos ver cómo esta mujer, que debía de estar ya tan de vuelta de todo, es capaz aún de esperar ilusión y ternura de los hombres. Cuando habla de su niño se emociona realmente. Quizá el niño hubiera evitado que se pusiera *en circulación*. Pero se le retiró la leche y murió. Le costaba carísimo alimentarlo. Ahora que ya no tiene al niño, tiene dinero y se dedica a engordar los hijos de otros.

¿Por qué nuestras conversaciones son siempre tan tristes y acaban más tristes

todavía? Nos gusta más la carcoma que la mariposa, mucho más los dientecillos que roen que las alas que se remontan en el aire. Es posible que sólo sea producto del hastío que produce la vida en los que han puesto demasiada fe en sus placeres. Lo jocundo es siempre una fruta con el hueso amargo. Los dos estamos demasiado desengañados y los dos nos emperramos en distraernos.

Ha desaparecido, por ahora, la posibilidad de que yo me mate. No sirvo para estos papeles de víctima arrogante. Cada día estoy más lejos de lo teatral. Amo demasiado la vida, la amo de un modo muy fundamental y serio, aunque lleve plomo bajo el ala, para alzarme a los primeros planos de la rimbombancia y del trueno lírico. Me parece falso todo clamor y todo gesto exorbitado. Lo más tremendo para mí, además, sería enfrentarme con el nombre de Dios. Y lo evito, precisamente, porque no quiero de ningún modo que suene a hueco en mis labios.

Con los míos Dios fue jaculatoria fácil, suspiro de agonía, súplica de moribundo. Antes había sido acción de gracias por una salida afortunada, respiro en un peligro, esperanza de cualquier suertecilla. Conmigo parece ser que usa distinta táctica. Para entablar diálogo con los míos no fue ni siquiera necesario el recuento de los glóbulos rojos. Ellos estaban más que dispuestos, como acaso lo estaría yo de no haber mediado fracasos tan lamentables; pero ahora Dios y yo tenemos como establecido el pacto del silencio, una especie de tregua de neutralidad.

Él debe de saber, si está pendiente de mí, que nada me impide tanto llegar a Él como el temor que siento por Él mismo.

Si rehúyo en ocasiones la cercanía de Dios es porque me llega demasiado vinculada a mi muerte. Sé que para llegar a Él se me hace preciso cruzar este desfiladero. Pero, ¿qué es lo que hay después de la muerte de los míos, de la que ellos no me han hablado, después de la muerte mía que a nadie podré contar? ¿Después de la muerte está exactamente Dios? ¿Para abrazarle, entonces, he de paladear la nada, la nada propia, que por nada quisiera que fuera la nada de la nada?

Si Dios existe, tiene a la fuerza que sonreír cuando vea que un hombre se esfuerza en abarcar la incógnita. ¿Qué puede saber el pez del agua que le circunda en cuyas simas ha nacido y en cuyas ondas se disolverá? Dios, el Dios mío que yo me hago y que es al mismo tiempo el Dios de todos, el que pudo hacerme a mí y quedó al mismo tiempo esclavo mío, el Dios que es miedo porque es esperanza, ese Dios para quien nacer en uno es morir en otro, un Dios que no ha nacido ni ha muerto porque existe con vida propia, justamente porque no tiene vida como nosotros la vivimos y la fenecemos, ese Dios que yo no puedo sinceramente ni afirmar ni negar, para mí es una violencia y un cerco del que lo mejor que puedo hacer es no hablar. Porque acaso un día me daré de bruces con Él, y entonces me lo explicaré todo. Y prefiero que me llegue así.

Ya se pondrá al rojo vivo sobre el yunque castigado de mi carne y sobre el hierro candente de mi espíritu el día de las últimas y definitivas evidencias. Hasta ese día lo mejor que puedo hacer es callar. ¿Qué más puede exigirme sino que esté dispuesto a

recibirle, es más, a salirle al encuentro y reconocerlo tal como lo he soñado y he temido no encontrarle? Las vidas humanas son como aldabonazos que quieren hallar eco, gritos que no quieren de ninguna manera extinguirse sin sentir la certeza de este presentimiento.

No tengo más remedio que admitir a Dios porque me molesta, hasta producirme náuseas, el pensar que la vida pudiera ser solamente una broma de tan pésimo gusto. Si pienso, a veces, que puede haber engaño e ironía en esta íntima presunción, creo que estoy en mi derecho. Ojalá me salga al paso la blancura de ese Ser majestuoso. Me abrazaría a Él con todas mis fuerzas. ¿Me iba a rechazar porque llegaba con el miedo de no hallar en su lugar más que un vacío de ensueño? Temer no encontrarle es desearlo, temer no encontrarle es, sobre todo, pavor porque sea uno, uno mismo, uno solo, quien caiga en ese inesquivable abismo de la Nada. El hombre quiere caer en ese abismo junto a Dios, o abrazándole de amor, con oraciones que le brotan fácilmente o con gritos que le cuestan muchas angustias.

Y no sé a qué me viene hoy esta fecundidad de ideas y afectos, al hablar de Dios. De todos modos, no está mal que me haya confesado tal cual me palpo y me explico a mí mismo. Quiero ser sincero. No quiero ninguna clase de fanatismo. Ni siquiera con mi muerte.

Me hace gracia Elvira cuando algunos días enciende su lamparita a una Virgen de Montserrat que tiene en el recibidor. Esta Virgen se la trajo de Barcelona un marino alto que suele ir de tarde en tarde a su casa. La tarde en que el marino venía con el paquete bajo el brazo, la criada, que estaba despistada, lo dejó pasar a la sala de visitas. Después yo tuve que salir ante sus narices de la alcoba. Estas cosas a Elvira la hacen reír. Él me miró como si no me viera. Son escenas absurdas que a uno le toca pasar en la vida. Después, el larguirucho marino me ha visto por las calles varias veces y ha hecho como si mirara a un avión.

Pero en medio de todo, yo lo que siento es miedo. Sí, ¿por qué no confesarlo ahora? Miedo es lo que tengo. ¿Que por qué no entro en una iglesia y me arrodillo?... Por lo mismo que no voy a ver al doctor Val. Porque, en el fondo, todo mi aislamiento no es más que terror. Verdadero terror. Y más que la muerte lo que pone mi espíritu al filo de los vientos más helados es la idea de Dios.

Cuando en las horas de la madrugada me escucho las respiraciones sentado en la cama y me posee el pavor, creo que es Dios quien me traspasa los pulsos con sus silencios. No son los microbios ni el temor de la tierra fría. Es mi soledad, una soledad en la que Dios, sin acompañamiento alguno, se pasea por mi alma como un fantasma por su propio castillo. Aunque no lo veo —lo *siento*—, es Dios, y aunque tampoco rezo, creo que en esos momentos todo mi ser está de rodillas.

Rezar me parece poco. Me parece inútil. Yo he nacido entre novenarios y letanías. Ya he rezado cuando mi vida era clara y alegre. Hoy mi oración es el silencio.

Pero cuando yo diga Dios, será Dios.

Van pasando los días. No llamo. No voy a verla. No la escribo. Había cometido la cursilería de escribirle dos cartas desgarradoras: «¿Por qué, Elvira, esto concluye así?», «Terminaré yéndome lejos», le decía.

El último día que estuve en su casa hice todo lo posible por mostrarme indiferente. Puesto que ella lo quería, lo mejor era dejarlo. Sin embargo, no dejaba de resultarme dolorosa su determinación. Como no era posible sacarla de su mundo, por mucha piedad que yo sintiera por ella, no tenía más remedio que alejarme. Últimamente nuestras relaciones se han hecho insoportables. Yo no podía aguantar más mi papel y ella reaccionaba cada día más exigente.

Ya no era solamente que me desesperara su vida, la vida que forzosamente tenía que hacer sino que me daba perfecta cuenta del engaño que había en su frivolidad, del tremendo dolor que había escondido en su aparente orgullo. Yo volvería a ella cuando quisiera y como quisiera, porque no me importaba incluso aceptar mi esclavitud con tal de que ella alcanzara un poco de felicidad. Lo merecía como pocas.

De cuando en cuando, Elvira se enternecía conmigo y casi estaba dispuesta, como otras veces, a doblegarse. Pero desde hacía algún tiempo se había escudado tercamente en una frase y la repetía casi con fiereza:

—Es que te odio.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero te odio.

—Aunque me odies.

—No, porque terminaría matándote.

En cierto modo, para mí era casi un alivio, en aquel momento, que ella estuviera dispuesta a dejarme. Me pesaba demasiado la carga ridícula de sus celos. Ella quería apartarme porque cada día tenía más miedo de ligarse demasiado a mí. Conocía perfectamente esta reacción, porque era lo mismo que yo sentía.

Varias veces quise romper totalmente, pero más tarde o más temprano tenía que acudir al rescoldo de su fuego. Hice como que quería sacar el pañuelo y se quedó medio clavado en la colcha mi puñal, un puñalito liviano que yo uso para abrir los libros y darme a mí mismo la impresión de que soy un flamenco. Ella lo cogió muy despacio, lo miró atentamente y me lo devolvió. Yo sonreía.

—Vete —exclamó.

—Tú me llamarás.

—Ni lo pienses.

—Yo sé que un día, cuando menos lo pienses, yo estaré aquí a tu lado —murmuré con toda la ternura de que fui capaz.

Se veía que estaba a punto de rendirse. Pero siguió jugando a tiranizar.

—Te equivocas.

Creo que estaba a punto de llorar. De haber yo tendido los brazos, se habría dejado querer con más frenesí que nunca. Quizá ella esperaba una muestra de mi pasión. Pero no se me ocurrió, mejor dicho, sí que se me ocurrió, pero me hice fuerte

y no quise cogerla por los hombros y apretarla fuertemente contra mí. Al principio, yo sabía que huiría, se refugiaría detrás de una puerta y desde allí seguiría mirándome desafiadora y a la vez blanda. Otras veces habíamos jugado a estas escenas. Al final terminábamos juntos otra vez. Ahora todos estos recursos estaban como gastados. A mí lo que me interesaba era darle a entender que se arrepentiría, que todavía no me conocía bien, que la decisión de romper sería su perdición o la mía. Notaba también que, en realidad, este lenguaje la dejaba arrobada.

—Puedes hacer de mí lo que quieras —concluía sonriendo con cinismo mal aprendido.

Pero estoy seguro de que si ahora mismo me pusiera en camino, llamara a su puerta y entrara a su piso, de nuevo volveríamos a empezar.

Atontado, me fui hacia la puerta y la abrí. Ella entonces, con combinación corta, como una niña, vino hasta mí y se quedó parada, fríamente parada, en el quicio de la puerta. Le temblaban las manos y en sus ojos se reflejaba una tristeza casi trágica. Ella estaba segura de que me iba. De que me iba y probablemente no volvería.

Eché a andar tranquilamente escaleras abajo. Al llegar al rellano, todavía la vi indiferente y ansiosa, como retándome. Volví a subir dispuesto a besarla. Cerró la puerta. Hice como que me marchaba y esperé unos minutos en la escalera. Al abrir la hoja de la puerta, metí el brazo, hice fuerza y logré entrar. La cogí por el cuello y la besé. Ella creía que la iba a besar salvajemente en la boca, pero yo la besé en la frente, como un novio romántico. Ella me dejó también un beso en la palma de mi mano derecha.

Salí corriendo. Ya estaba bien; había dicho que me estaba tomando manía, que no podía verme, que tenía miedo a aborrecerme de veras, que me odiaba y no quería volver a quererme. Que todo había terminado. Salí a la calle y anduve hasta la esquina fingiendo en unos pasos despreocupación y en otros furia. Al llegar a la esquina, me paré y volví la cabeza. Algo se había movido en el mirador.

Al principio me costó mucho no llamar, no ir a verla. Pero me esforcé por ser duro. Yo sé que algún día volveremos a encontrarnos; pero, por lo pronto, habrá que dejar pasar tiempo. Cuando vaya en su busca, será porque no puedo resistir más, porque la necesito ya de un modo desesperado. Mientras tanto, ella que siga su vida, esa vida que lleva. Pero no habrá obstáculo que me impida llegar a ella cuando me lo proponga.

El caso es que se acabó. Quizá ella tiene razón. Le hice faenas que pueden haberle dolido. La citaba y no acudía. Si iba a Pasapoga y ella no estaba disponible, me ponía a bailar con otras. Han debido de ser también un poco los celos.

De momento, esto también es para mí un desahogo. Porque, económicamente, iba disparado hacia el desastre. No es que yo la hiciera regalos caros, pero no había más remedio que gastar. Preferí, cuando me faltaba el dinero para pagar el aperitivo, no ir. Ya lo pagaría el cliente de turno. No creo que sea el dinero la causa de la ruptura. Ni siquiera mi ferocidad con sus amigos a los que nunca quise ver ni conocer. Preferí

siempre que no me hablara de esto, que callara los nombres, que tuviera la discreción de alejarme a tiempo. También ella, en este aspecto, fue correcta. Como lo fue en no dar a nuestro amor carácter de enamoramiento. Ella lo disimulaba y revestía con bromas y juegos. Éramos como dos niños entreteniéndose en mirar el lucerito de la tarde. Si alguna vez sacó a relucir a sus amigos ricos, industriales o diplomáticos, nunca logró que yo los tomara ni a despecho ni a risa. Sabía esquivar la cuestión. Más de una vez ella se molestó porque con alguno con quien tuve que encontrarme a la fuerza, mi gesto fue demasiado seco.

Con todo, temo encontrármela. Y presiento que nos hemos de encontrar. Pero, por lo pronto, yo dejo pasar los días sin asomarme por Chicote, Gaviria, Pasapoga, Villa Rosa. Es preferible que sufra un poco, como yo. Si me la encontrara, ¿qué pasaría? Siento una gran tranquilidad cuando penetro en uno de estos locales y veo que ella no está. Pero también me desazona no saber dónde para, qué hace, cómo vive.

No sé cómo tengo paciencia.

Esto de Elvira terminará mal. Era mi único asidero con la vida. La necesito. No sé vivir sin ella. No ya porque sea la última atadura con que mi cuerpo está ligado a la tierra, sino por algo más profundo y misterioso. Elvira me hacía bien, Elvira iba creando en los impulsos desbaratados de mi apatía una increíble exigencia de paz.

A la normalidad no pudo anclarme más que Luci y Luci fracasó. Fracasó ella, no yo. Y Elvira surgió como una venda o un bálsamo adormecedor. Resultará absurdo, pero es así. Quien me hace mucha gracia es Benítez. No hace más que venir a aconsejarme:

—Podrías colocarte bien, yo conozco a...

¡Menuda colocación la mía! Muy bien colocadito quedaré. En el más seguro de los escalafones. Colocado en un hueco perfectamente adaptado a mi cuerpo. ¿Vendría Elvira a verme si se enterara que me había puesto enfermo? Yo creo que sí.

Por cierto que tendré que hacer constar de alguna manera que, si me acaeciese algún *accidente* —cosa que bien puede ocurrirle a cualquier mortal y con más razón a mí—, quiero que la persona llamada a intervenir y disponer absolutamente de mis cosas sea *José Luis Castillo Puche*, que vive en Barquillo, 40.

Este paisano y amigo mío es quien puede libremente hacer y deshacer con todo lo mío y hasta con mis huesos. Puede acercarse al pueblo y hacer lo que le dé la gana con lo que quede y pueda quedar allí, menos «El Tinajero», que dispongo y deseo que se quede para Rafaelico. Con Rafaelico tengo una cuenta pendiente que saldar.

Nadie está libre de una muerte imprevista e instantánea y menos yo. Conque lo dicho: ésta es mi voluntad. — JULIO.

Claro que si luego resultara que esto no tiene validez alguna ante un notario, sería

para José Luis una broma. De todos modos, no perderá mucho, y *el que venga detrás que arree*.

## Capítulo VII

### El final de la guerra

Estaba finalizando la guerra. Los milicianos abandonaban el frente de Levante. Los altos jefes, los dirigentes y los policías hacían cola en la Dirección General de Seguridad reclamando pasaportes. Unos salían para Alicante y otros para Cartagena.

Yo tuve noticias de mi casa. Mi madre había logrado conseguir la libertad provisional para Pablo y en una ambulancia de la Cruz Roja lo había trasladado a Murcia. Varias veces creyó que se le moría por el camino. Ahora todos aseguraban que si se cuidaba mucho podría ponerse bueno. Lo estaba viendo uno de los mejores médicos de Murcia, que era natural de Hércula. Solía ir una o dos veces por semana, al anochecer. El doctor Val también había estado semiperseguido. Le estaban poniendo inyecciones y se le notaba.

Un día, ya a finales de marzo, recibí una notita de Olmos, en la que me decía: «Mañana, a las doce en punto, en el puente de San José. Llévate la pistola».

Conforme me acercaba al puente, vi a muchos más que iban en la misma dirección sin hacer caso de las filas de milicianos derrotados que estaban entrando en Valencia. Los milicianos iban tirando el fusil y algunos hasta la ropa. Tenían cara de no querer saber nada de nada. Sólo de tarde en tarde, alguno blasfemaba o maldecía. Se les veía hambrientos, cansados, decepcionados.

—Nos han engañado como a chinos —decían.

En el puente de San José nos juntamos hasta unos dos millares, yo creo, entre militares y paisanos. Algunos llevaban la camisa azul. Muchos tenían el mismo aspecto que los milicianos deshechos que bajaban de los frentes. Eran presos. Los oficiales de prisiones, por su cuenta, los habían ido soltando. Había que hacer méritos.

Íbamos y veníamos por el puente manteniendo una vigilancia absurda. Los más que hablaban eran dos o tres, pero se notaba que cada uno era desconocido para el vecino. Nos mirábamos con preocupación y recelo. Había comandantes, tenientes coroneles y coroneles del ejército rojo. Había, incluso, «milicianos de cultura» y creo que algún comisario.

Las tropas maltrechas que descendían por las carreteras nos miraban con enorme curiosidad, hablándose por lo bajo unos a otros. Unos pronunciaban la palabra traición y a otros se les veía alegrarse y aceleraban el paso.

A eso de las doce y media, apareció un tipo alto en un coche. Fue diciendo que nos pusiéramos en fila. Nos cuadrábamos como reclutas. Por un lado, aquello tenía cierta majestad porque se trataba de un desafío colosal, pero, por otro, parecía un poco grotesco. Sacar la valentía a flote cuando los frentes se derrumbaban y las planas mayores de los partidos políticos buscaban como locos coches para poder escapar, parecía incongruencia.

Luego llegó otro coche y de allí bajaron tres personas. En una de ellas reconocí a Olmos. Actuaba como de ayudante de los otros dos, que debían de ser militares. Se movían con una marcialidad que no estábamos acostumbrados a ver. Cada grupo fue destinado a un sitio, unos a las cárceles, otros al Gobierno Civil, muchos al puerto, algunos al aeródromo. A mí Olmos me encargó de Radio Valencia.

Regresamos hacia Valencia poniendo cara de peligro y cada vez más desenvueltos. No había enemigo. El enemigo estaba no sólo desmoralizado del todo, sino amedrentado. Algunos no quitaban la mano de la culata del fusil y el seguro de la pistola. Bramaban contra el Gobierno.

Al llegar a la plaza de Colón un avión evolucionó cuatro o cinco veces por encima de la Subsecretaría de Armamento. La gente contemplaba el espectáculo desde los balcones. El avión llevaba en sus dos alas la bandera nacional.

Entonces comenzaron a aparecer en los edificios públicos y particulares multitud de banderas. Muchos transeúntes comenzaron a levantar el brazo haciendo el saludo falangista.

Estábamos en medio de la calle de La Paz, sin saber qué hacer. Las mujeres comenzaban a gritar desde las terrazas y los miradores. Los soldados vencidos miraban a uno y otro lado completamente desorientados. Algunos contestaban a los «Arriba España», otros tiraban el gorro y vociferaban: «Se ha acabado la guerra».

No hizo falta disparar ni un solo tiro. Radio Valencia se entregó con toda sumisión. Los guardias nacionales republicanos que estaban allí se pusieron a darnos toda clase de facilidades. A un sargento que quiso conservar el arma, diciendo que sólo podía entregarla al Gobierno de la República, se le detuvo.

Y me puse todo nervioso a redactar una proclama. Cuando ya la tenía acabada en términos altisonantes, entró en la emisora un falangista y leyó un saludo al pueblo de Valencia. Al rato entró un requeté y leyó un cántico a Navarra. Después entró un militar y comenzó a dar instrucciones muy severas para que el orden fuera mantenido a rajatabla, debiendo detenerse en el acto a todos los rojos que pudieran ser peligrosos. Los milicianos debían concentrarse en la plaza de toros. Desde allí se pasaportaría a cada uno a su tierra. Por último, hizo un saludo rimbombante al Ejército Liberador. En cuarto lugar fue mi alocución, que quería ser emotiva y lírica. La titulé «La guerra ha terminado», y entre frases de alegría, elevadas y patéticas, hacía un salmo a la paz entre hermanos. Sé que uno de mi escuadra comentó:

—Este tío es un beato.

Desde allí mismo llamé por teléfono al hotel Metropol. Margaret había dejado recado de que, si llamaba yo, me dijeran que estaría toda la tarde con Olmos en Capitanía General.

Todo parecía un poco de broma, todo tenía un aire como de ensayo teatral. Todo iba resultando increíblemente fácil. No se comprendía cómo si era tan sencillo apoderarse de una población, no se había hecho antes. Nos hubiéramos ahorrado muchos dolores.

Se asaltaron, con el debido respeto, los depósitos de víveres. Los mandos rojos, no las brigadas, tenían almacenes muy bien surtidos: jamones en dulce, conservas de todas clases, azúcar, chocolate, café, bacalao, galletas. En los depósitos había también botellas de champaña, licores y vinos de marca.

La ciudad fue echándose a la calle. Todo el mundo se abrazaba y hablaba fuerte. Las muchachas y los chiquillos se subían en los camiones y recorrían las calles cantando el «Cara al sol». La gente celebraba su libertad y se despreocupaba en cuanto podía del enemigo. El enemigo había sido derrotado, no existía o no se le hacía caso.

Mientras comíamos o brindábamos —eran ya las cinco—, la radio dio la noticia de la detención de Apellaniz y su banda, que iba a ser juzgado sumarísimamente.

—¡A ése le van a dar para el pelo!

—Sin juzgarle siquiera habría que hacerlo.

Apellaniz había sido el terror de cientos de detenidos. Yo quería recordarlo y no podía. Sólo me habían quedado grabadas aquellas palabras suyas: «Tengo un dolor terrible de muelas». Seguramente era un dolor nervioso que le había empezado algunos meses antes. Ahora, sin ningún género de dudas, lo iban a fusilar. Lo habían detenido algunos de sus propios agentes.

Margaret iba y venía por Capitanía, al lado de Olmos, como Pedro por su casa. De rato en rato entraba algún tipo nuevo al despacho del general y todos se levantaban y abrazaban con mucha euforia. Muchos de ellos eran ya, aunque fueran de paisano, militares del Cuartel General. A mí no siempre me presentaban, pero cuando lo hacía Olmos, decía:

—El agente CH72.

Discutían sobre los bandos que tenía que dar el Ejército de ocupación y se preparaba la entrada de las tropas. No podía hacerse con la rapidez con que se deseaba. Se precisaba entrar con la harina por delante y ajustar antes bien todos los servicios.

En la sala de al lado se hacían listas de los tipos peligrosos que era necesario coger antes de que abandonaran la península. Salían cochecitos ligeros con instrucciones para Alicante, donde también los presos se habían hecho dueños del puerto. Al parecer allí y en Cartagena, había habido tiros. Algunos de los que se fugaban habían tirado al agua los maletines repletos de joyas.

Margaret no me hacía ningún caso. Estaba preparando un viaje. Entraba y salía dejándose apretar la mano y acariciar la barbilla por unos y por otros. Yo me sentía profundamente triste.

Entonces me di cuenta de lo poco que le había interesado siempre a Margaret. Todo había sido para ella, seguramente, un puro pasatiempo. Aquella mujer había pasado por mis manos deslizándose sutilmente como un pececillo por la mano de un niño. Su entrega y hasta su ternura, habían sido algo externo, pasajero, presidido siempre por una inteligencia fría. Para ella yo había dejado de existir, era algo que

hay que dejar a un lado como una bufanda después que se han curado las anginas. Ahora lo comprendía perfectamente. Su conducta me dejó abatido, pero no tuve ni la menor protesta. Comprendí que era así, que tenía que ser así.

—¡Qué lástima que no puedas venirte! —dijo.

—¿A dónde? —pregunté.

—A Francia.

—Pero, ¿es que te vas tú?

—Claro que me voy, por supuesto. Yo he sido derrotada. Me voy con los vencidos —y se rió cínicamente.

Olmos me hizo saber que, de momento, lo mejor sería que descansara unos días. Probablemente, más adelante, se me iba a necesitar. Se hacía cargo de que mi familia me estaría esperando y de que el estado de Pablo me reclamaba. El general Orgaz me firmaría un pase especial y en una ambulancia, si era preciso, podía trasladarme a Murcia.

La paz me produjo la misma sensación de vacío que le produce a los niños el logro de un juguete. Tan pronto lo tienen en las manos comienzan a sentirse defraudados. ¿Valía la pena tanto anhelar, tanto sufrir y esperar, tanto soñar? Desde luego, eran los nuestros los vencedores, era nuestra la victoria, pero, a pesar de todo, la paz parecía pesarme como un caparazón de plomo.

Presenció la entrada de las tropas en Valencia y fui y vine al lado de los personajes más poderosos. A la semana me puse en camino hacia Murcia. Busqué un chófer de Orihuela y puse debajo de la camilla transportable algunos víveres.

Avisé a casa. ¿Por qué sentía yo tanto miedo de llegar? ¿Por qué me iba retrayendo y retrasando y a veces hasta paraba el coche en pueblos desconocidos? Fui recogiendo soldados que me pedían un asiento, soldados rojos y nacionales, vencedores y vencidos, mezclados ya, unos muy callados y otros pidiendo que les explicaran por qué las cosas ocurrieron así. En algunos pueblos seguían a media luz, con bandera blanca, ni rojos ni nacionales del todo. Algunos coches de dirigentes rojos que intentaban escapar, habían sido precipitados por los barrancos. Grupos de milicianos se habían hecho fuertes y habían saludado a tiros o con bombas de mano a los camiones que conducían tropas italianas hacia Alicante. En Elche tuve, con este motivo, un percance realmente funesto. El único hombre que yo maté en la guerra, lo hice cuando ya todos volvían más o menos contentos hacia sus hogares. Fue mala pata la mía. De todos modos, ahora lo siento más que lo sentí entonces. Creo que por aquellos días lo conté hasta un tanto orgulloso y satisfecho. En Altea había visto a un muchacho tendido en la carretera. Un comisario de batallón le había disparado a bocajarro, diciendo:

—Tú, por lo menos, no lo vas a contar.

Después, cuando quisieron atraparlo, se suicidó. En los pueblos ya ocupados cundía un fervor desenfrenado por detener, carear, hacer interrogatorios. Los campos de concentración crecían como hormigueros. Lo peor era que no había qué darles de

comer.

Parecerá ridículo, pero en vez de ir derecho a mi casa, me fui antes a pasar por delante de la casa de la muchacha de la estación. Volví dispuesto a pasearle la calle como un burro encantado al rodeo de la noria.

Ella me vio. Creo que fue ese día el primero que me sonrió.

Subía de nuevo a la ambulancia para dirigirme a casa, cuando se me acercaron varios falangistas.

—Vente con nosotros.

—¿A qué?

—Ahora lo verás.

Muy cerca de allí tenían un cuartelillo, donde unos hacían guardia y otros jugueteaban con los fusiles. Unos a otros se cursaban órdenes tajantes como si amenazara a Murcia algún peligro inminente. Contaban muy emocionados que, al sublevarse el 28 de marzo, había salido de Cartagena con dirección a Murcia una brigada roja con tanques y cañones. Antes de entrar en Murcia había corrido la noticia de la terminación de la guerra y la brigada se había desperdigado por los campos.

—¿Tú, en qué parte has estado?

—En zona roja.

—Y fuiste oficial, por lo visto. Y hasta tienes una ambulancia a tu servicio.

Enseñé mi documentación, que no admitía réplica. Iba redactada en un parte secreto.

—¿Y si esto fuera falso? —comentó uno.

El jefe vacilaba. Por fin, se le ocurrió preguntarme:

—Sabrás la contraseña, me supongo.

Dije que no la sabía. Esto alegró mucho a aquella partida de críos. Los insensatos no se habían percatado de que debajo del capote a cuadros, un espléndido capote que me había regalado Margaret, llevaba una pistola de reglamento.

—Pues hemos pensado purgarte.

Yo estaba resignado. No valía la pena reaccionar contra aquella insolencia.

Tomé el grueso vaso, cerré los ojos y tragué como pude en dos largos sorbos la espesa hebra. Después saqué el pañuelo y me limpié la barbilla. Algunos falangistas se reían. Otros me pareció que estaban avergonzados. Creo que estaba a punto de explotar cuando apareció en la puerta Fabián. Al cura Fabián ahora mismo lo tengo por un ser embrujado. No estoy seguro de que en el último momento no me lo encuentre a mi lado, diciéndome: «Di conmigo: *Señor mío Jesucristo...*».

—Tú, vete a tu casa que te están esperando —me dijo. A los demás los fue mirando uno a uno. Se veía que los tenía cohibidos. Seguramente lo conocían y se esperaban alguna salida de las suyas.

—Soy partidario, camaradas, de una solución caballerosa y que esté a la altura de las circunstancias. Muy bien lo de purgar al amigo, pero la purga debemos hacerla

colectiva. El ricino sirve para echar fuera muchos humores podridos. Al acabar la guerra todos debíamos purgarnos, desde el primero al último, uno a uno. Una buena purga será el comienzo de una vida nueva y mejor. ¡Mi vaso! —reclamó enérgico y solemne. Trajeron varios vasos. Bebió él y otros dos falangistas; los demás se retiraron. Yo me fui casi regocijado por aquella idea. Eran muchas las cosas que uno quería expulsar no sólo del organismo, sino de la conciencia.

No me extraña nada que Fabián, a pesar de ser uno de los elementos de más valía que tiene el clero en España, haya progresado tan poco. Sus teorías, de momento, son cosa de locos. Para que Fabián pudiera llevar a cabo su apostolado tenía que haber muchos como él, y esto es difícil.

En la puerta del cuartelillo de Falange, Fabián me habló de lo que andaba conspirando. En su cama del hospital había dejado a un rojo, calificado de peligrosísimo, al cual se proponía sacar por Cartagena o por donde fuera.

—Tienes que ayudarme —dijo—. Me interesa más que se redima que hacerlo mártir.

Tuve que prometerle que le ayudaría.

Al llegar a casa, tuve que reprimirme. Quería entrar subiendo las escaleras a grito pelado, pero temía, si lo hacía, acabar llorando. La presencia del doctor Val me dejó helado. Al asomarme a mi habitación vi allí a Pablo, con los carrillos un poco hinchados como si se los hubieran inflado con un fuelle, con los ojos muy brillantes, muy blanco lo blanco y muy negro lo negro, y tosiendo. Cada vez que tosía se llevaba el pañuelo a los labios y lo examinaba con gran curiosidad.

—¿Y Rosita? —pregunté por decir algo.

—Está de jefa de un comedor de «Auxilio Social» —me contestó mi madre.

Pablo lloraba. Mi madre se mordía los labios y me miraba a mí como poniéndome en el secreto de todo. Era un secreto que iba a traer cola, que la estaba trayendo ya, seguramente.

—A ver si no eres tonto —dijo mi madre—. El doctor Val, que es el mejor médico de esto, acaba de decir que te pondrás completamente bien en dos o tres meses de reposo.

Mi madre también tosía, aunque con una tosecilla imperceptible. Se veía que procuraba aguantarla. Se fue derecha a la cocina a prepararme un vaso de leche.

—¿Cómo lo encuentras?

—Está bien.

—Si vieras, de poco se nos muere.

—Curará.

—¿Tú crees?

—Todo es cosa de que se alimente y se haga lo que diga el médico.

—Tendrás que ir a Hécula y vender algo. Estamos viviendo se puede decir que de limosna. Yo esperaba que vinieras tú...

Los cimientos del edificio estaban cuarteados. Pablo iba a convivir con nosotros

durante unos meses. ¿Quién hablaba allí de sanatorio? Bien sabe Dios que aquella noche ya sentí en mi espalda ese lunar gordísimo de la enfermedad, que sin tener peso parece hundir el esqueleto con toneladas de escombros. Allí estaba nuestro Pablo, fuerte, imperioso, sólido, tosiendo, tosiendo...

Ahora veo claro que mi aprensión, de todas maneras, no me entró aquella noche. La llevaba sobre los hombros como llevan los místicos su invisible cruz.

Aquella noche tuve que levantarme incontables veces.

—¡Pero si la leche estaba fresca! —repetía mi madre desde la cama.

—Ha debido de hacerme daño alguna cosa durante el viaje —pero me callé lo de la purga.

Mis tripas celebraban la victoria a su manera.

## Capítulo VIII

### De nuevo el doctor Val

Es como si el destino, que parece jugar siempre tramposamente, gozara produciendo carambolas sorprendentes, carambolas que parecen casuales, pero que bien sabemos todos que son puro y macabro pasatiempo de ese verdugo ocioso que es la fatalidad. Al destino deben divertirle estas jugadas maestras. Los hombres no podemos hacer otra cosa que poner mala cara.

—El otro día te vi —dije.

—¿Y por qué no me paraste?

—Fue en el bar Capitol.

—¿En el bar Capitol?

—Sí, abajo.

—¿Y dices que era por la noche?

—Sí, creo que el domingo, a eso de las doce.

—Ni idea, chico —parecía muy interesado en hacerse el desentendido.

La medicina debe de dar esta facilidad de actor que tiene el doctor Val. Indudablemente, sabe mentir. Pero yo quería colocarle en el aprieto, aun a riesgo de parecer poco delicado.

—Me parece que estabas con una extranjera.

Esta fórmula no podía ser más diplomática. Quería darle a entender que yo no conocía a su compañera. Pero el doctor Val no se pilla los dedos.

—No, no era extranjera. Había ido al hotel para una llamada urgente. Un caso realmente tonto. Un recién casado...

Abusa conmigo de su profesión. Su fuerte es divagar por zonas que sabe que a mí me atemorizan.

—Pues me pareció una mujer preciosa —le dije.

Nunca le he visto tan nervioso. Porque él lo que quería era darme la tabarra sobre lo de siempre. Pero yo insistí. Llevaba algunas copas en el cuerpo y gozaba provocándole.

—¿Qué quieres tomar?

—Un *Martini*.

—Camarero —ordenó al de la barra—, un *Martini* para el señor. ¿Seco o dulce? —me preguntó.

—Seco.

¿Habrán hablado de mí ellos dos? ¿Le contaría Elvira que me conocía? ¿Le habrá revelado el doctor Val mi caso? Ha ocurrido lo peor que podía ocurrir, que hayan coincidido frente a mí las dos personas que más temo. Cuando el doctor Val se siente pletórico suelta todo lo que tiene dentro. Y Elvira tampoco se puede decir que sepa sujetar la lengua.

El doctor Val no sabe que la otra noche les fui siguiendo en un taxi. Y esto me sirvió para descubrir que Elvira se ha mudado. Ya no vive en Reina Victoria, ahora tiene un piso en una casa, también nueva, en una travesía de Alberto Aguilera. No recuerdo cómo se llama esta calle.

—¿Te gustó aquella chica, eh? —me preguntó, al fin, el doctor.

—Parecía interesante.

Vi cómo llegaba el sereno y les abría. Despedí el taxi. Estuve paseando por la calle, embutido en el abrigo y esperando ver cuánto tardaba en salir. Me cansé de esperar. Era una noche de mil demonios, con un viento helado que dejaba los párpados irritados.

Lo que no sabe tampoco el doctor Val es que, desde esa noche, los vigilo y los sigo. El doctor Val suele esperarla en la esquina de Callao, metido dentro del coche, a eso de las once y media. Han cenado juntos dos noches. Después, una noche la acompañó a Marqués de Riscal y otra se fueron juntos hacia la carretera de La Coruña. Otras veces, el doctor Val llega a Pasapoga a eso de la una y media y salen juntos.

Tengo que encontrarme con ella. Temo que ella se haya dado cuenta de que los sigo. La otra noche, al descorrer la cortina de Chicote, me la topé; me miró muy seria y despreciativa. Ya desde la calle, a través del cristal, nos volvimos a mirar; ahora ya me pareció que sonreía y de un modo no del todo airado. Le halaga verme siguiendo sus huellas, arrastrarme detrás de su sombra. De todos modos sabe que no me doblegaré así como así.

Parece increíble que sea esta misma mujer la que me llamaba «nene mío». Así es de cruel el amor de estas mujeres. Pero todo está en coger la delantera. Tengo que darle una lección. Todo consiste en saber esperar. No es cosa de precipitarse. Aún voy a salir hoy. Son las doce y está nevando. Los faroles de la Gran Vía tienen todos a su alrededor una aureola de niebla vaporosa, una vaga luz como de polvillo luminoso que da a los transeúntes y a las parejas que caminan sin prisas y como sin saber hacia dónde, un contorno irreal y fantástico. Parecen seres que se mueven entre las cenizas de un astro recién apagado. Sí. Madrid, ahora mismo, parece situado sobre un planeta apagado y frío. Las luces rojizas que se derriten sobre la nieve, son como los últimos rescoldos de la hoguera. De rato en rato pasa por el centro de la calle un coche lento, que cruje y deja sobre la blancura de la nieve una estela de barro sucio.

¿Y si el doctor Val estuviera engañado? ¿Y si yo mismo estuviera en un error? Porque es ya mucho tiempo muriéndome. Quizá yo voy a ser el único que no caiga como los demás. De momento, vivo, y vivo como cualquier otro. Y bebo, y fumo, y ando, y trago como el primero... Hasta tal punto que si se me ocurriera descubrir el secreto, más de uno lo tomaría a broma y no me creería. Creería que trato de hacerme el interesante, que me ha invadido esa moda estúpida de lo existencialista. ¿Y si yo le diera el chasco incluso al doctor Val? La naturaleza es caprichosa y hace lo que quiere. ¿Por qué no puede haber dado un salto al llegar a mí? Por de pronto, yo estoy

mejor que he estado nunca, más gordo, más fuerte...

Habrá que pensar todo esto más despacio. A lo mejor lo que acabo de escribir es sólo un optimismo pasajero, efecto de las copas de coñac que me he echado al colete. Tendría que pensarlo, de todos modos. Esta noche bajaré a la Gran Vía y entraré a Pasapoga. Me pondré en la barra, frente a ella, dispuesto a beber. Y sacaré a bailar a las que más rabia le den. Aunque me cueste la broma mil pesetas, tengo que dar la cara. Tengo que hacerla pasar por el aro.

Todo puede ser que esto se alargue y tenga que vender hasta «El Tinajero». Aunque eso no entró nunca en mis cálculos. ¿Me atreveré yo a perder «El Tinajero»? Me falta valor.

Son las doce y media y ha cesado de nevar.

Mis muertes no vinieron en bloque, ni mucho menos. Llegaron escalonadas y cada una con su ritmo particular. La de Pablo fue trepidante, descompuesta, bárbara. Fue como cuando la segur cae sobre la pleamar de la hierba y entre el oleaje de las florecillas se lleva hasta alguna mariposa distraída. Realmente, no dio tiempo a nada. Lo llevé al Hospital Militar Base unas semanas y allí se contentaron con hacerle un dibujo del pulmón, un dibujo extraño, que parecía un nido escueto colgado en las ramillas de un pino. Del hospital volvió a casa y de casa lo llevaron a un sanatorio. Se marchó contento al sanatorio y muy dispuesto a que le operaran. Cuando vio que la cosa no tenía remedio, aunque siempre creyó que lo estaban preparando para la operación, pidió con insistencia que lo llevaran a casa. Un día se escapó del sanatorio. Murió en casa y de veras que fue el que quedó más guapo de todos. Sus manos y su nariz llamaban la atención. Realmente, Pablo era gallardo, guapo, apuesto.

Cada uno de ellos tuvo un motivo personalísimo al que achacar la enfermedad. Pablo, naturalmente, la cárcel. Emilio había llegado débil del campo de concentración. Al ver a Pablo en la cama, le vi hacer unas muecas ridículas, como si en lo que presenciaba estuviera viendo una callada experiencia personal. Pero Emilio era como un niño, comía pan y chocolate a todas horas, o pan de higos, o plátanos, o medio kilo de albaricoques. A los pocos meses estaba flamante. Nunca había estado enfermo, además. Ni siquiera parecía acordarse ya del golpetazo de Pablo. Tanto, que en seguida pensó en casarse y se casó. Llevaba muchos años de novio. Como Emilio siempre fue ingenuo y francote, acudió al doctor Val, que le echo a cajas destempladas. No había cuidado. Los tiempos no eran nada buenos y probablemente el tipo de vida y de trabajo de Emilio no fue el más apropiado. Encima de que no ganaba demasiado, su trabajo consistía en hacer guardias de noche. Dios y ayuda me costó que Emilio ingresara en la Guardia Civil como cabo. Moví, como suele decirse, Roma con Santiago. Pero yo comprendía que esto no le iba nada a Emilio; él sufría más que los presos que tenía que detener e interrogar. Él no servía para esto. En el fondo, es posible que sintiera algo más que pena por muchos detenidos y tenía, como

es lógico, que disimular. Las familias de los detenidos, sobre todo, hablaban siempre muy bien de Emilio, pero él se consumía en este trabajo. Y no estuvo en mis manos remediarlo. Emilio muy pronto se encontró con dos niños. Uno se le murió rápidamente. Y de la noche a la mañana, en un día de feria, Emilio vació su pulmón, creo que el izquierdo. No hubo manera de levantarlo. Consultas, inyecciones, reposo, sobrealimentación, un compás de espera y, por fin, la última parte del ensayo: el sanatorio. ¿Se hubiera salvado de haberse acogido antes a la cama que le concedieron en la sierra? No lo creo. También Emilio tenía un miedo bestial a todo lo relacionado con la medicina. Era muy simple, infantil, y él mismo se creía los sueños y proyectos que se fabricaba. ¡A quien se le diga que los últimos meses los pasó totalmente entregado a los resultados de los partidos de liga! Con recibir *Marca* en el sanatorio era feliz. Se sabía los nombres de todos los jugadores y todos los árbitros. Nunca podré olvidar lo que fue para mí acompañarlo al sanatorio. Él, que había jugado en el «Hércula F. C.», que había pedaleado cientos de kilómetros, que había tirado toda una guerra en primera línea, parecía que se me iba a quedar en las cuestas que conducen al sanatorio. Se me paraba en las esquinas del pueblecillo con una fatiga aleteante, como si por las grietas del pecho se le saliera la vida toda trastocada en pájaros silbantes, esos pájaros que hacen los nidos entre las rocas de los pozos y que al salir por el brocal baten las alas como látigos al aire. Creo que duró unos seis meses. No era tampoco aquel establecimiento oficial un sitio adecuado para curar ninguna lesión seria. Por no haber, creo que no había ni equipo quirúrgico.

En cuanto a Rosita, siempre había sido muy aprensiva y muy escrupulosa. Ni siquiera de pequeña quería beber por el mismo vaso que nosotros. Y hasta presumía de esta manera de ser. Por eso, yo creo que desde que fue lo de Pablo, ella empezó a sufrir de pura aprensión. No decía nada. Se volvió muy callada, muy reconcentrada. Pero se marchitaba y se estilizaba lentamente. Y luego, para colmo, lo de aquel pretendiente, lo de Juanito, que ella siempre lo relacionó con lo de Pablo.

A mi hermana Rosita me la llevé a la casita del camino del castillo, en Hércula. No quería que nadie la visitara. Al principio se comía todo lo que yo le llevaba con una ilusión enorme. Después miraba con desgana los huevos, la mantequilla, los plátanos. Y lloraba. A lo último, lo que más agradecía eran las flores. Estaba como una niña pequeña, pendiente de caprichos y de mimos. Y por cualquier cosa lloraba.

Lo que de ningún modo quería Rosita es que Juanito llegara hasta ella. Sólo pensarlo le aumentaba la fiebre. Juanito era su último novio. Al primero lo hizo fracasar mi madre, porque tenía fama de ateo. El segundo era un sinvergüenza y además tuvo mala suerte. Acabó mal. Juanito podía haber sido su salvación. Lo conoció al terminar la guerra, una temporada que pasó de enfermera en el Hospital Militar Base, donde había estado Pablo. Juanito estaba herido en una pierna. Probablemente se iba a quedar un poco cojo. Yo creo que estaba locamente enamorado de ella. Rosita estaba guapa entonces, muy guapa.

Pero el idilio duró tan sólo cuatro meses. Cuando le dieron el alta, se puso su

uniforme de teniente y no le vimos más el pelo durante un año largo. Rosita creía que había desaparecido porque se enteró de lo de Pablo. Yo no pienso que fuera por eso. Es posible que le estuviera aguardando otra novia. O que se enterara de que no teníamos fortuna, de que todo lo de Hécula iba de capa caída. Pero había pasado más de un año cuando volvió a aparecer y le mandó varios recados a mi hermana. Ella estaba ya muy mal y no quiso verle. Todo su afán era que él no se enterase. Tenía miedo de que intentara visitarla. Y sin embargo, si él hubiera insistido, yo creo que hubiera sido un gran motivo de alegría para ella.

Los seis meses de enfermedad los pasó esperando. Esperando y temiendo. Ella se daba cuenta de que toda la gracia y majestad de su cuerpo había caído por tierra y se había quedado toda ella como una jaula de huesecillos tiernos. Con todo, en la cara nunca se le notó demasiado el agotamiento. Y hasta en las horas de fiebre, sus mejillas parecían llenas y sonrosadas. Pero las manos, ¡hay que ver qué manos se le quedaron!, ¡y qué piernas!, tan flacas y como cañas tempranas a las que un viento pudiera quebrar. ¡Qué crimen, con el cuerpo de Rosita! Y la pobre disimulando, trastocando los términos, no queriendo que nadie supiera, mintiéndome hasta a mí mismo.

—Este corazón... —decía a los que, de paso al santuario, se atrevían a visitarla.

Y todos le dábamos razón, y todos fingíamos que era su corazón el que estaba mal. Cada día se endurecía más su carácter y al mismo tiempo lloraba por cualquier cosa. Murió sin escenas, murió en mis brazos sin arrebatos, sin ademanes patéticos, sin gemidos. Cerró los ojos como para dormirse y expiró. Siempre recordaré que cuando ella murió los almendros de la campiña heculana estaban en flor.

Moriste más enamorada de Juanito que de tu primer novio. Nunca supiste que yo le tenía prohibida la entrada. Sólo lo dejé pasar cuando estabas muerta, y tú, ahora, debes de saber que el hombre se emocionó de veras. Porque tú, Rosita, estabas muy guapa, quizá un poco delgada, pero estabas hermosa. Tan hermosa como una hermosa estatua de alabastro.

¿Cómo me llegará a mí? Es una pena que no pueda describirla aquí, en su turno correspondiente.

Sólo sé que este torreón me sobrevivirá. Que aquí, con estas mismas cortinas y con esta alfombra raída, se instalará otro cualquiera. Y las palomas seguirán criando a sus pollos en los huecos de la cornisa.

Es posible que esta misma bombilla que me alumbraba, no se habrá fundido y seguirá iluminando esta habitación como si tal cosa...

## Capítulo IX

### Otra vez mi pueblo

A lo mejor Hécúla no es como yo la veo. A lo mejor es un pueblo apacible, con un jardín municipal, una balsa donde los peces cazan miguitas de pan y raspas de sardina. Es posible que el suelo de Hécúla no sea seco y duro como un mendrugo en el talego de un vagabundo, sino tierno y aromado como el pan que sale del horno con las hojas de pino pegadas a la corteza. Quizá las campanas de Hécúla no son tan pavorosas y lúgubres como yo digo, y aunque yo no los haya visto, allí haya también gallos jubilosos, ovejas sensibleras y gatos enamoradizos. Hasta puede ser que el canto nocturno de los «auroros», ese canto que a mí me parece un quejido espantoso en el silencio de las noches invernales, sea un canto suave y pacífico como el de unos nuevos franciscanos que recorrieran las ciudades con una campanilla milagrosa, asustando a los lobos y a los murciélagos. ¿Será acaso que yo todo lo veo negro, que mis muertos se han interpuesto en mi retina como una moscarda en la herida de un niño? ¿Cómo será Hécúla para los demás? No sé. No sé qué decir. El caso es que yo no puedo, aunque quiera, ver húmedos sus surcos, ni calientes sus panales, ni entrañables sus árboles, ni gozosa su agua, ni risueños sus atardeceres. No. Yo creo que no es cosa de mi alma. La luz es rabiosa allí como el mordisco de un perro, y en Hécúla, además, la gente se ahorca. No, no es cosa mía, es cosa del suelo, del aire, de los ojos, de la carne, de los espíritus.

¿Qué hará Hécúla en esta noche invernal? Los «auroros», enfundados en panas viejas y tiesos capotes, irán por un callejón oscuro tocando la campanilla, cantando a las «ánimas», para que libren de las llamas del purgatorio al alma escuálida de algún vecino que murió pisoteado por la mula. Cantarán una y más veces la extraña melopea. Un niño se revolverá en la cama y se agarrará asustado a las carnes tibias de su madre. «No es nada, son los “auroros”», dirá la madre. Pero el niño, al recobrar el sueño, surtirá de cuando en cuando como un corcho que poco a poco se va escapando de la espumosa botella. Hasta que el niño se despierte dando gritos. Después aguzará los oídos, temblando bajo las mantas. No oirá nada. Oirá tan sólo los latidos de su corazón y hasta pensará que la cama se mueve. Los «auroros» habrán callado, se estarán tomando una copa de anís en un tabernucho. Una sombra saldrá de una casa y en medio de la calle colocará un bulto. Es una gavilla de sarmientos. Al rato las llamas bailarán en medio de la calle como almas en pena. Y los «auroros» rodearán la hoguera cantando interminablemente el imprecatorio lamento.

Nada importa que vayan abriéndose bares modernos y cines. Ni que por la llanura sople y resople una potente locomotora. Las nubes serán las mismas. Las voces serán las mismas. Los heculanos serán los mismos.

¿Y si volviera a Hécula? ¿Por qué no coger un día la maleta y aparecer por la ancha llanura, pisando el polvo heculano, esa tierra espesa y crepitante que en verano quema los pies y en invierno está dura y afilada como los guijarros de los acantilados? Las calles de Hécula, anchas y muy largas, tienen todas encima medio palmo de tierra, una tierra blanca, cernida, muy fina. En cambio, los callejones que descienden monte abajo tienen al descubierto la piedra desnuda y redonda. Estos callejones, cuando llueve, atraviesan Hécula de parte a parte como ríos desenfrenados, ríos sucios, pero aromados, que lo mismo arrastran una silla de esparto, que una cuba de vino, que la cuna de un niño.

Llegaría a Hécula y me encerraría en «El Tinajero». Iría al pueblo de tarde en tarde. Pero, ¿resistiría la vida junto a Rafaelico? ¿No sería muy fuerte para los dos?

¿Cómo se reanudarían las conversaciones en Hécula!

—¿No sabéis la noticia?

—¿Qué noticia?

—Anda, dilo.

—Que ha vuelto.

—¿Que ha vuelto quién?

—¿Quién va a ser? El hijo de Laureana.

—Habrá vuelto a morirse.

—Claro, claro.

—¿A qué si no iba a volver?

—También será que se le han acabado los cuartos.

Quizá, cuando pasaran algunos días, se agotaría el tema y me dejarían tranquilo. Puede ser también que haya surgido otro caso interesante mientras tanto y yo no sea ya allí el tema principal. A lo mejor tienen ya entre lenguas otra vida más zarandeada que la mía, otra derrota más visible y desastrosa. A todo se acostumbran los pueblos, aunque es difícil que Hécula olvide a sus muertos, los muertos del último día, que por estarlo menos, son más muertos que los que ya no son más que únicamente muertos. Hécula distingue mucho entre muerto, enterrado, difunto y cadáver. Hécula matiza mucho en esta materia.

Con todo, sería hermoso contemplar el pueblo al atardecer desde «El Tinajero». Hécula no es como los demás pueblos. Hécula tiene fuego en el aire, tiene llamas en las nubes, tiene una ternura extraña en los rastrojos de pardos caminillos y un arrebatado de belleza loca, desenfrenada, en el silencio de sus lúgubres noches. Hécula, aunque parezca raro, es un pueblo que se hace querer. Con un amor terrible, exasperado, violento, uno de esos amores (no se sabe tampoco si malditos o santos) que hacen un día odiar y otro, el menos esperado, llorar. Por eso, regresamos a Hécula al acabar la guerra. Porque nos moríamos de nostalgia, porque no sabíamos ni podíamos vivir sino hundidos en aquel delirio.

Porque otra cosa no tendrá Hécula, será allí hasta suicida la vida de todos los días, pero la muerte llega con una paz como en ningún otro sitio. Y lo digo yo, a quien esta paz pone a punto de enloquecer. Lo digo yo, a quien me tengo prohibido recordar sus espléndidos amaneceres, el tañido particular de sus campanas; yo, que cada vez que se me ablanda el corazón pensando en sus fiestas y romerías, pongo por delante, no ya la presencia imborrable de mis muertos, sino aquellas caras incrustadas en la pared que día a día gotean, no se sabe si misericordia o rebeldía, sobre el encrespado caserío.

Si yo apareciera ahora en Hécula, creo que todos se llevarían un gran chasco. Porque nadie espera allí que me encuentre aún de pie. Y mucho menos como restablecido, con esta especie de serenidad que me ha dado el ver que, día a día, mes a mes, casi año a año, voy siguiendo adelante, aparentemente fuerte y despreocupado.

¿Qué dirían los heculanos?

## Capítulo X

### Contaré lo de mi madre

Ha llegado el momento de contar lo de mi madre. Cuantas menos palabras, mejor. Pero, ¿cómo empezar?

Comenzaré diciendo que Hécula está en un grave error. No uno, ni dos, ni veinte de mis paisanos, sino el pueblo entero, desde el arcipreste hasta el «convocaor», desde las monjas del asilo hasta el sepulturero. Esta vez el arcipreste desperdició el agua bendita del hisopo, el «convocaor» cantó en balde, los pobres del asilo consumieron la cera inútilmente y el sepulturero se llevó la gran plancha. Esto es todo: que mi madre no está enterrada donde todos creen, mi madre está cubierta de tierra en un sitio que yo solamente sé. Es decir, lo sabe otra persona, pero de Rafaelico estoy tan seguro como de mí mismo.

Tan pronto un agonizante ha expirado —las agonías en Hécula se siguen hora a hora— se lanza a las calles y a las esquinas del pueblo un personaje siniestro, el «convocaor». Es siniestro no por su figura, que, algunas veces, resulta hasta cómica, sino por el oficio que desempeña. El pobre hombre, armado de una campanilla metálica, insistente, se recorre todo el pueblo pregonando:

*Esta mañana, a las once, entierro de Ánimas, hermanos. Laureana... hija de... y de... de... años, en la calle... número...*

La campanilla del «convocaor» parece hacerle cosquillas al pueblo entero. Con nada se alborota tanto Hécula como con su alarmante tintineo.

—¿Quién es? ¿De quién ha dicho? —preguntan arrebatados los heculanos. Y cuando se sabe el nombre se habla y se comenta la muerte de su padre, de su hijo, de su tía, se relaciona con los muertos propios y se hace inacabable la conversación. Pero sobre todo no puede disolverse nunca la trascendental reunión sin que alguien pronuncie la frase tremenda, agorera:

—¿A quién le tocará ahora? —y unos y otros se miran y se palpan.

Se citan largas retahílas de nombres, los nombres de las personas que ya están maduras para morir. Nombres que parecen pronunciarse con rebosante satisfacción aunque dándole, eso sí, un acento plañidero.

—¿A que no sabes...? —insinúa alguna mujer de cara desconchada, a la que asoman por los ojos unos brillos rojizos.

Si el nombre que cita es el de un joven o de una muchacha, entonces la reunión puede tardar hasta horas en disolverse. Esta muerte inminente, vertiginosa, todavía no conocida por los demás, es como un vino embriagador.

Seguramente con los míos tuvieron tema abundante. No quiero pensar las veces que me habrán dado por muerto a mí, las veces que me habrán ensamblado en la

cadena. Hasta es posible que se sientan decepcionados.

A mi madre no pude evitarle el «convocaor», pero al pueblo le di el gran chasco. Eso de venir a mi casa a paladear una vez más la agonía como un placer, eso de estarse horas y horas ante su cadáver murmurando, comentando las muertes anteriores, augurando las venideras, eso se lo he ahorrado yo a mi madre.

Como es lógico, también fueron chasqueados el juez, el médico, mis primas y todos los vecinos. Lo que yo no quise —y creo que estaba en mi perfecto derecho— es que en ella se repitieran unos hechos que yo me sabía de memoria y por los que tengo una repugnancia física ya. ¿No estará más contenta mi madre por lo que hice con ella?

El cementerio de Hécula podía ser más atractivo si no fuera porque para llegar al inmenso cuadrilátero hay que atravesar primero unas calles desniveladas y un camino porfiadamente macabro. Podían, con todo, perdonársele a Hécula estas calles, en cuyo carril sobresalen unas piedras redondas y brillantes como calvas de asilados, si no fuera por ese caminillo desolado que se arrastra entre bancales pedregosos, socavados barrancos y cuevas de arena, hasta caer, como extenuado, en las blanquinosas tapias del cementerio.

Últimamente el Ayuntamiento ha trazado hasta el cementerio una carretera flamante, limpia y desnuda, que hasta quiere ser alegre. Los pinos que tiene a los lados son unos pinos tiernos y conmovedores y los bancos de piedra blanca que hay de trecho en trecho, tan solitarios siempre, hacen pensar en diálogos entre fantasmas invisibles. Pero los viejos heculanos siguen prefiriendo el caminillo antiguo que cruza, impávido, los rojizos arenales, los cerrillos del muladar, donde parecen secarse milenarios montones de huesos calcinados y las lagunas secas y resquebrajadas que cuando cogen un poco de agua retratan con una vivacidad impresionante el alado galopar de las nubes. Por este caminillo chilla como martirizado el eje de los carros, resuena profunda y macabra la herradura de las caballerías y hasta el pisar sufrido de las abarcas campesinas produce resonancias ultraterrenas.

El monte que resguarda el cementerio parece que se está despedazando por momentos, como anunciando ya la eclosión del juicio final. A trechos, en las grietas de la ladera, se presienten las idas y venidas de los huesos que buscan el calor primitivo de la carne. Pero no parece posible que allí pueda nunca la carne despertarse radiante y hermosa, sino lacerada y triste. En las hondonadas del monte se enfilan las chimeneas de los cueveros, los que viven bajo tierra, cuyas pobres cocinas despiden un humo lentísimo, como de hoguera pisoteada. Miles de heculanos viven de espalda a la torre de la iglesia Vieja, donde las espantosas caras ríen incrustadas en la piedra una agonía interminable. Estos miles de heculanos bajan muy de tarde en tarde a la ciudad, pero cuando bajan es para incendiar una techumbre o matar a una persona. Resulta difícil imaginar cómo pueden decidirse a quemar un edificio o a

atravesar a un hombre sin miedo alguno a equivocarse; pero lo cierto es que nunca suelen fallar, que siempre dan con lo que buscan. Lo deben de meditar, muy lentamente, en el fondo oscuro de sus agujeros.

La gente que va al cementerio —en Hécula se va al cementerio los domingos por la tarde, principalmente— no suele entretenerse en contemplaciones accesorias. Ni la estación de vía estrecha, ni los humeantes yesares, ni los rebaños de cabras que triscan en las peladas lomas, ni siquiera el ruido de un avión esporádico que cruza por el cielo, llaman la atención del heculano. El heculano sabe que va al cementerio y allí está lo ineluctable, lo insustituible, la anticipación del morir que todos aceptan como la única idea colectiva emparejadora de señoritos y artesanos. En el vivir, los heculanos están distantes; casi siempre opuestos, comunicables, pero en el camino del cementerio unos y otros se miran como fundidos en el mismo asombro y en el mismo sueño. Si los muertos murieron de enfermedad, entonces no hay distinguos entre señoritos y labriegos, entre hidalgos y operarios. Pero lo malo es que hay muertes violentas, muertes que aun dentro de las tapias del cementerio crisan las venas de la frente de unos y hacen casi saltar de rabia las de los otros. Esto de que cada partido y hasta cada clase en Hécula cultive sus muertos por separado, es lo que hace tan difícil allí la convivencia.

¡Cuántas veces habré recorrido yo este caminito polvoriento del cementerio! Ahora mismo siento como si mi vida en Hécula hubiese consistido únicamente en estas visitas, hechas en los cárdenos atardeceres. Visitas que concluían siempre cuando ya en el pueblo comenzaban a encenderse las mortecinas bombillas.

Entrábamos al cementerio y saludábamos al sepulturero que estaba sentado a la puerta comiendo pan y pepinillos agrios o fumando. El sepulturero tenía la pared de su casa llena de jaulas con verderoles, perdices, cagarneras y ruiseñores. A la entrada tenía un parral que casi cubría la puerta. Al entrar al cementerio, enfrente se divisaba la iglesia que estaban construyendo y una fila suntuosa de panteones ricos, unos de piedra y otros de ladrillo, pero todos ellos con torrecillas puntiagudas que llegaban a la copa de los cipreses. Algunos se adornaban alrededor con pesadas cadenas sujetas en unas columnas, otros estaban cobijados por las alas terribles de ángeles que tocaban trompetas oxidadas. Lo más pavoroso para mí era el torcer hacia la derecha, por allí, en la «sala de espera», había dos grandes mesas de mármol con patas de hierro muy lustradas, y sobre ellas casi siempre aguardaban su turno uno o dos muertos, con la barba crecida como si acabaran de llegar de un viaje excesivamente largo.

Nosotros torcíamos invariablemente hacia la izquierda. Está dividido el cementerio en calles perfectamente simétricas, calles de bloques perfectos, cada una con el nombre de un santo. Los nichos son todos iguales. Los más pobres no tienen lápida de mármol, sino que tienen escrito sobre el yeso un nombre y una fecha. Pero abundan las alegorías, los salmos, los versos y las jaculatorias esculpidos sobre mármol blanco o negro. Hécula puede estudiarse en su cementerio. Toda su historia

está allí. Antes de llegar al de mi padre, nos parábamos en el del abuelo, donde había cuatro o cinco hermanitos míos. Allí estaban retratados como con trajecitos de playa. ¿De qué habían muerto? Claro, habían muerto de lo que mueren siempre los niños, de enfermedades insignificantes: el sarampión, la escarlatina, la difteria, la gripe. Habían muerto de cualquier cosa. Sobre ellos no había problema. Rezábamos un padrenuestro en alta voz. Después mi madre me contaba que a Enriquito se le apareció la Virgen cuando iba a morir y que era muy listo; llegaba, incluso, a discutir y a poner en aprieto al cura arcipreste. A veces creo que mi madre ni recordaba ya el nombre de todos; tenía que hacer un verdadero esfuerzo para no repetirlos ni olvidarse de alguno.

Hubo entre mis hermanitos otro Julito que era muy rubio y con los ojos negros y que, según decía mi madre, murió de un susto. Había salido con una pandilla de chiquillos por las eras a volar una milocha y al pasar por el pasillo del Gallo, saltaron las tapias de un huerto para coger albaricoques verdes. En esto apareció el guarda y todos huyeron, menos él, que era el más pequeño. El guarda llegó hasta él exagerando las amenazas. Entonces Julito quiso escapar y no pudo, le entró un temblor extraño y se le quedaron pegados los pies a la tierra. Lo llevaron a casa febril y asustado. Le trajeron varias veces al mismo guarda a los pies de la cama con una cesta de albaricoques, pero a Julito no le desaparecieron los ataques. A los tres días de temblores, murió.

Proseguíamos andando. Cuando llegábamos al nicho de mi padre, nos arrodillábamos. A mí se me clavaban las piedrecitas en las rodillas y no podía estarme quieto. En el nicho brillaba el nombre y los apellidos de mi padre en letras de oro. En la fotografía mi padre estaba guapo y muy bien vestido.

Cuando terminábamos de rezar, mi madre sacaba unas llaves y abría el nicho. Lo primero que hacía era quitar el polvo con un trapo que llevaba muy guardadito. A veces, mandaba también llamar al sepulturero y le compraba una alcuza de aceite y llenábamos la lamparilla morada que colgaba en el centro, una lamparilla con tres cadenas de plata. La mariposa encendida chisporroteaba.

—Laureana, ¿y tu salud, hija?

Por las calles del cementerio de Hécula transitan siempre figuras de luto que preguntan por la salud, venga o no a cuento. Preguntan y vuelven a preguntar. No se cansan en Hécula de hablar de la salud. Debe de ser algo así como lo que les pasa a los hambrientos que son felices hablando de comidas y platos raros. También les gusta a los heculanos hablar de la otra vida y todos hablan de ella con una gran seriedad y tristeza, como si ya la hubieran experimentado. El nombre de Dios suena una y mil veces en las conversaciones.

De niño, Dios era para mí como una mariposa grande y luminosa que volaba por encima de la tierra sin que pudiéramos cazarla y aun ni verla. Era una mariposa con barbas blancas, un rostro con alas o una especie de pájaro con una caja de música en el buche. También Dios, en algún atardecer desconsolado, era como un muerto con

levita, muerto que se hacía el muerto, porque, aunque tenía los ojos entornados, lo veía todo sin escapársele nada.

Mi madre tenía una gran experiencia de agonías y no podía engañarse. Yo sabía que tampoco ella quería de ningún modo morir en Hércula. Su muerte sería allí un espectáculo de primera sobre todo porque los heculanos se habían considerado defraudados con las muertes distantes de Pablo y Emilio. La muerte lejana, aunque en el fondo sea lo mismo que una muerte presente, no satisface allí. Hay que presenciarse, analizarla, darle el visto bueno y rematarla en el cementerio. Mi madre yo creo que había resistido tenazmente a la enfermedad sólo porque creyó que era su obligación vernos enterrados a todos. Alguien tenía que quedar. Lo que nadie podía esperar es que iba a ser yo. Ella debió de sufrir lo suyo porque por un lado quería llevarme por delante y por otro tenía como la esperanza de que alguno sobreviviría y se alegraba la pobre de que fuera yo, el más pequeño y el más delicado. Nunca comprenderé por qué, todavía una semana antes de morir, no cesaba de repetirme:

—Julico, debes casarte con Luci.

Luci no era otra que la muchacha del camino de la estación. Había llegado, por fin, a su corazón a fuerza de mensajes, cartas y algún que otro regalillo. Luci vivía ahora en Barcelona, en una torreta de Vía Augusta. Su padre tenía un alto cargo en la Delegación de Hacienda. Allí fui a verla varias veces y salimos juntos. Me hizo entrar en una fase de religiosidad, ir todos los días a misa y hasta hacer ejercicios espirituales. Le costó decirme que sí pero al fin me lo dijo muy emocionada.

Al día siguiente de hacernos novios, yo perdí toda la ilusión inesperadamente. Había estado cinco años pendiente de ella, aguantando primero su desvío, agradeciéndole después que se dignara dejarse acompañar, jugando con ella a un amor heroico, y cuando la tuve rendida ni se me ocurrió besarla. Ahora mismo lo pienso y no puedo comprender mi reacción. Mucho compromiso romántico, mucha pasión idealizada, para luego, al salir con ella, quedarme como insensible. Yo creo que todo había sido elaboración imaginativa, ganas de sentir, porque sí, un amor sublime.

Una mañana que paseábamos por las Ramblas pasó a nuestro lado una mujer un tanto provocativa que no estaba mal. Sin querer, me quedé mirándola. Luci se enfadó:

—Ya había pensado yo que esto es imposible —dijo.

Protesté y juré y no sé qué cursiladas más. Creo que con Luci hice siempre un poco el idiota. A ella le gustaba lo complicado y lo difícil y yo estaba harto de fingimientos. Tampoco me atrevía a hablarle de un modo realista. Y así estuvimos con cartas llenas de espiritualidad y majadería. Un día recibí un telegrama. Al parecer necesitaba verme.

Estábamos sentados en un banco del parque Güell, cuando de repente me preguntó:

—¿De qué murió tu padre?

Esta salida me hizo polvo. Ya sabía yo que preguntarme esto equivalía a pedirme explicaciones sobre la enfermedad de mi madre y acaso sobre la muerte de mis hermanos. Por supuesto esto para mí era tabú. Había el procedimiento de contestar cualquier cosa, que se enfrió cazando o que bebió algo helado cuando estaba sudando o cualquier otra excusa. Tampoco a mí me consta que la certificación médica dijera terminantemente otra cosa. Le dije vagamente que no sabía. Había muerto a los cuarenta y tres años, eso era todo. De haber ella insistido hubiera tenido palabras para explicarle que a Pablo, en realidad, lo habían matado los rojos, que Emilio había quedado destrozado por el campo de concentración en que lo internaron los nacionales, que Rosita había muerto de pena por tantos desengaños amorosos.

Ella aludió a su padre espiritual, un jesuita de Sarriá, que se había creído obligado en conciencia a pedir informes detallados a Hécula. Todo esto me produjo un terrible desencanto. Me parecía absurdo tener que defender un amor llevando por delante el resultado de un análisis clínico. Si yo había resistido tanto con Luci era porque, de algún modo, adivinaba que ella podía ser mi salvación. La quería con un amor respetuoso, quizá puramente intelectual. No es que fuera tampoco tan egoísta que no comprendiera el mal que podía ocasionarle, pero no sé por qué ella me inspiraba la confianza de que podría liberarme del azote familiar, e incluso responder adecuadamente de su vida. Luci había sido la que me había hecho continuar mis estudios. Pensando en ella, sin contar con ningún médico, yo mismo me había recetado y lo cierto es que me mantenía a flote.

Mi madre se dio cuenta muy bien de que mi ruptura con Luci era perder ya la oportunidad de toda boda. No quise explicarle tampoco las causas del brusco rompimiento. Para ella debía resultar muy raro todo, porque Luci hasta con ella misma había tenido rasgos de cariño.

Creo que a partir de este momento mi madre renunció a verme casado. No le quedaba ya nada que hacer y se entregó.

—¿Nos vamos un mes al «Tinajero»?

La idea no le pareció mal. No necesitaba al lado médico ninguno. Yo mismo le ponía las inyecciones y le hacía la poca comida que tomaba. Mi madre hacía su vida en la cama y allí recibía las visitas. Le encantaba hablar. Tenía hasta golpes de buen humor aunque a veces se veía que no podía más y lloraba.

—¿Pero, Dios mío, esto será un castigo? ¿Por qué, por qué?...

Vísperas casi de Navidad salimos para «El Tinajero». Hacía en Hécula ese frío seco y cortante que traspasa la piel y acera los músculos; ese viento fino que parece encender fósforos en la sangre. Varias veces temí que se me quedara helada en la tartana. Y eso que la llevaba cubierta con dos mantas.

Aquellos días fueron felices para ella. Los pasó tranquila, mirando la cúpula de la iglesia Nueva, echándoles por la ventana miguitas de pan a los pájaros que escandalizaban en los tejados. Allí estaban los mejores servidores que tuvimos toda la

vida, Rafaelico y su mujer, que, de tarde en tarde, se traía a la finca a sus sobrinos para ayudar en las faenas del campo. Todo allí era fabulosamente pacífico, hermoso. Los palomos de las casas de campo llegaban hasta «El Tinajero» y daban la vuelta batiendo las alas de un modo radiante.

El día antes de Reyes, mi madre me dijo que le quitara las dos sortijas y me las guardara. Iba a morir.

—Pero si estás mejor...

—Ahora sí que me muero.

Me dijo dónde guardaba también algunas antiguas moneditas de oro. Y quiso que le empezara a leer un libro raro que había por allí, una vida de San Juan Bosco. A mi madre le encantaba que San Juan Bosco hubiera querido tanto a su madre y que hubiera sabido predecir las muertes. De cuando en cuando cogía un pañuelo humedecido en agua y limón y se lo pasaba por los labios. Debía de tener una fiebre muy alta.

—Rafaelico, acércate a casa de don Liborio y avisa que vengan el médico y el cura.

Cerca del «Tinajero» hay una finca que tiene teléfono. No me había equivocado esta vez. Cuando llegaron el médico y unos labradores de casa de don Liborio, mi madre se moría. Llegó también el arcipreste y mi madre aún habló un poco con él. Yo le había puesto una inyección de aceite. Fueron desapareciendo las plaquetas rojas de sus mejillas y su respiración fue haciéndose cada vez más dulce y sosegada, casi imperceptible. Repetía cada vez más tenue y sonriente:

—Di conmigo, Julico: Jesús, Jesús, Jesús...

Y así expiró. En casa de don Liborio pusieron a mi disposición una «rubia» para trasladarla a Hécula. Fue entonces cuando se me ocurrió la gran estratagema.

Mi madre era muy religiosa. ¡Cuántas veces había expuesto su vida durante la guerra por buscar escondite a un sacerdote y cuánto gozaba cuando conseguía colocar a una monja de doncella disfrazada en una casa rica! El arcipreste llegó a tiempo de darle la extremaunción y cuando acabó me dijo:

—Era una santa, una verdadera santa. De hierro era esta mujer.

La vestimos con un hábito de monja carmelita; serena, plácida, descansada, pero muy flaca y muy blanca. Parecía agradecerme desde más allá de su vida el haberle evitado el jubileo póstumo, la tremenda manifestación que las heculanas preparaban para la hora de su muerte. Había muerto a mi lado, sola, con unos criados buenazos que miraban desde la puerta como perros afectuosos y que lloraban silenciosamente. Le había dado tiempo a decirme todo lo que quería, que ella sentía que no hubiéramos sido más felices todos, que ella había trabajado y soñado porque lo fuéramos, que me cuidara, que no derrochara, que tuviera siempre presente a Dios, que era lo único que importaba.

No sé cómo Hécula recibió la noticia. Rafaelico se las arregló en el pueblo y se puso de acuerdo con el sacristán sobre la clase de entierro, precio de la caja, papeles,

etc. Mi plan era llevarla directamente a la puerta de la iglesia a la hora señalada y de allí partir hacia el cementerio, pero de ninguna manera exponerla a ninguna clase de curiosidad y compasión pública. Las vecinas hubieran querido quizá ver su cuerpo de cerca, oler la desgracia, comprobar hasta el último instante que tosía, ayudarme en la gran confusión de la casa, una con una taza de tila, otra sacando ropas limpias, todas preguntando con afectada compasión sobre el dinero, sobre las misas, los rezos.

Decidí suprimir, en cuanto pudiera, parte del ceremonial. Tenía grabado lo de Rosita, las quejas y los llantos escandalosos de personas que no conocíamos, las jaculatorias de mujeres enlutadas que hasta el último instante querían brindar un remedio o una receta, que curioseaban, que daban consejos, que consolaban. La escena humillante de las madres que prohibían a sus niños desde la puerta entrar a la casa. Todo esto me lo sabía ya de memoria. Todavía escuchaba aquellas frases:

—¡Y tan guapa como era!

—Quizá, si hubiera llegado a casarse bien, con muchos cuidados, se habría salvado.

—Es preferible un rayo; te mata y en paz.

—¡Pero si no ha sufrido nada!

—Ahora tendrán que picar la casa los que la compren.

—Cuando esto entra en una casa, la deja vacía.

—¿El Julio? Ése irá rápidamente también.

Sabía yo muy bien que pasear el cadáver de mi madre por las calles de Hécula era brindar al caserío un día de inmensa emoción, proporcionarles un espectáculo impresionante, como el de la noche de Viernes Santo casi, en que los heculanos se lanzan a una procesión con el Cristo exánime precedido de un «convocaor» con trompeta. Si yo aparecía con mi madre en casa, las mujeres se dejarían la masa en la artesa a peligro de que se les derramara por los bordes, las máquinas de coser se quedarían pedaleando solas como artefactos cómicos, las fraguas, las carpinterías, las barberías, las tiendas de comestibles y de telas, los bares, las farmacias, los conventos, suspenderían, por unas horas, sus ocupaciones y vendrían en comitiva a convencerse de que la cabeza de familia había muerto de lo mismo.

No me costó trabajo convencer al médico y al cura. Mi dolor era muy digno de respeto. Yo sabía que mi madre hubiera podido pasearse descubierta por todas las calles del pueblo con su cara de sufrimiento y su sonrisa de perdón. Su cadáver no ofrecía motivos de repugnancia, pero yo estaba ofendido en mis entrañas por aquella fatalidad que había puesto a todos los míos y a mí mismo en el trance de servir de conmiseración.

A eso de la una ya estaba Rafaelico de vuelta. La caja era de madera color caoba, con asas plateadas. Llevaba dentro unas almohadas de pluma y un poco de viruta. La mujer de Rafaelico me había ayudado a vestir a mi madre. Se nos quedó desconocida. En el último mes, le habían brotado bastantes canas y se le veían en la frente, junto a la toca. De cuando en cuando, al pasarle yo la mano por las heladas mejillas, me

parecía oírle decir aún:

—¿Verdad, Julico, que no te he dado mucha guerra?

Pero ya ni esto podía decirme. Estaba muerta, muerta del todo, sin miedo a equivocarme. Ya no me llamaría, ni me reñiría, ni tosería. En ella habían quedado como petrificadas las ilusiones y los quebrantos de toda una familia, de varias generaciones de sueños y fracasos. La curva se cerraba en ella. Quedaba Julico, sí, pero yo era un punto suelto, algo ya sin consistencia ni proyección.

Fue allí, frente a su irremediable y maravilloso silencio, donde cuajó mi proyecto. No sólo no iba a llevarla a casa para exhibirla, sino que ni siquiera la iba a llevar a Hécula. La iba a enterrar yo, por mi cuenta, donde quisiera, en un sitio ancho de nuestro campo, bajo el árbol que me pareciera más hermoso y protector. Fue, desde el primer momento, una idea de locura, una de esas ideas que se clavan en el cerebro como un clavo con la cabeza ancha y la punta doblada, esos clavos que no hay modo de sacarlos sin romper la madera o la pared donde fueron puestos. Todo estaba en hacerlo antes del amanecer.

Cuando se lo dije por primera vez a Rafaelico, se santiguó el pobre como si yo fuera un demonio. Pero se lo repetí varias veces mirando fijamente aquella dulce figura que había cobrado ya un poco el color amarillo de los marfiles antiguos.

Rafaelico fue comprendiendo mis motivos.

—Pero eso es imposible, don Julio.

—¿Por qué es imposible?

—¡Habrá que destaparla en la iglesia!

—No es necesario.

—Se la destaparán entonces en el cementerio.

—No consentiré que la destapen, Rafaelico.

—Pero, eso no puede hacerse, lo meterían en la cárcel.

Su mujer cabeceaba entre los cuatro cirios, envuelta en un chal que terminaba en flecos deshilachados como extrañas estalactitas. Habían pasado por allí varios campesinos de los alrededores a los que ofrecí coñac, mistela y café.

Estábamos solos. Rafaelico hizo que su mujer se acostara un rato. Cerramos la puerta de la casa. Era cosa de actuar muy de prisa. Salimos por el corral y examinamos los sitios que pudieran ser apropiados. Pero Rafaelico se arrepentía a cada paso y juraba una y mil veces que en aquello no me ayudaría. Él comprendía mis motivos, pero si se descubría, antes prefería morir.

—No se descubrirá, Rafaelico. ¡Vamos!

Hicimos un hoyo grande bajo la encina que está frente a la balsa. Nos acercamos con cuidado a la casa y recogimos tres sábanas de hilo y con ellas recubrimos el hoyo. Entonces fuimos por ella. Cuando la tuvimos en el aire, Rafaelico comenzó a llorar y quería dejarla de nuevo en la caja.

—¡Por lo que más quieras, Rafaelico, adelante! —le supliqué—. No lo sabrá nadie. ¡Nunca!

—Pero si esto sale mal, yo me ahorco —y puso cara de hacerlo.

—No saldrá mal.

Pesaba poco mi madre, pero, a veces, los dos nos tambaleábamos entre los ribazos y las zanjas. Por fin, metiéndonos dentro del hoyo, la depositamos sobre las sábanas. Estuve un rato con la cabeza hundida en su pecho, buscando con mis oídos, con mis labios, con mis ojos, algún rincón caliente. Todo estaba frío. Iba a doblar las sábanas sobre el hábito, cuando Rafaelico comenzó a llorar, diciendo:

—Volvámosla a la caja, señorito. Será mejor, será mejor.

—No, Rafaelico, por Dios te lo pido.

—Entonces, déjeme que bese la mano de la señora.

Cuando volvíamos a la casa, casi abracé a Rafaelico y le dije:

—Rafaelico, «El Tinajero» será tuyo.

Volvimos a la casa. La caja estaba vacía, pero también mi madre estaba allí. Como un loco, me tiré sobre la caja y besé lo que allí había quedado de su olor y de mis lágrimas. Entonces, sin hablar palabra, los dos nos dimos cuenta de lo que había que hacer. Había que poner algo que equivaliera al peso de una persona, de una persona muy flaca. Probamos varias cosas. La almohada de hacer bolillos envuelta en una manta y un cabecerón chico repleto de sal. Pero había que procurar también que no se moviera. Optamos por la almohada de hacer bolillos y dos cepas envueltas en una toalla. De cuando en cuando, suspendíamos la caja y nos mirábamos. Sin decir palabra, estuvimos de acuerdo en el peso. Cerré la caja y me guardé la llave. Mi gesto, al guardármela, debió de ser fiero y resuelto porque Rafaelico me sonrió.

No me equivoqué ni un átomo. Entramos con la «rubia» en Hécula a eso de las diez. Paramos frente a la iglesia nueva, donde soplaban un viento hosco que más de una vez tiró por tierra el bonete del cura. La gente me miraba. Nadie se atrevió a decir ni una palabra. Todos comprendían mi obstinada fijeza en mirar el féretro. Era como si yo mismo fuera el muerto, que por una especie de milagro brutal pudiera ir hasta el cementerio por mis propios pies. Los heculanos se persignaban y proseguían moviendo lastimeramente sus peladas cabezas. Me acompañaban unas cien personas. La caja la balanceaban en el aire unos cuantos antiguos labriegos de nuestras tierras. En la Cruz de La Era, al despedir el duelo, el arcipreste comenzó su plática:

—Reposan ahí dentro, queridos hermanos, los restos de una de esas almas... a las que Dios quiso para sí...

Rafaelico me miró de reojo más de una vez. Hécula daba por hecho que allí dentro iba mi madre, puesto que yo iba detrás con aquella cara. Al llegar al cementerio, el sepulturero salió a la puerta. Parecía que saliera a enterrarme a mí. Me miró y cogió las herramientas en un rincón. Todo era cosa de diez minutos si caminábamos derechos a nuestro nicho.

—¿Quiere que la pongamos en la capilla?

Rafaelico se acercó a él y le hizo saber que yo no podía más, que necesitaba descansar cuanto antes. Era mucho lo que había caído sobre mí. El sepulturero

recogió los papeles y pareció también comprender.

Ahora mismo, me pasmo de la sangre fría que tuve al ver abierto el nicho de mi padre. La caja se había podrido por los dos extremos. En uno podía verse la puntera de un zapato nuevo retorcido en la punta.

Rafaelico y yo volvimos del cementerio juntos y callados. Nunca después hemos vuelto a hablar de esto. Y de veras que antes quiero morir aplastado por un camión, o como sea, que tener que expropiarle «El Tinajero».

Esto era lo que tenía que contar de la muerte y del entierro de mi madre. Duerme debajo de aquella encina, donde yo, de pequeño, construía castillos y carreteras. Y estoy seguro de que Rafaelico, alguna vez, se sentará a su sombra como un perro fiel.

## Capítulo XI

### Mientras llega la policía

¿Habrás muerto? Tiene que haber muerto. El sitio del clavel suele coincidir con el corazón. Un corazón atravesado no tiene más remedio que reventar. Nunca creí que matar a un hombre fuera una cosa tan fácil. Me salió como si lo hubiera ensayado durante años, como si lo tuviera medido segundo tras segundo. No pudo darse mayor precisión. El puñal encontró, al principio, resistencia, probablemente en alguna costilla de primera calidad. Al sacarlo, estaba limpio. En el mismo smoking se limpió él solo. Como hacen los toreros que al sacar el estoque tienen la sabiduría de colocar bien el trapo de la muleta.

Lo relataré todo tal y como ha sucedido. Si la policía me sorprende a la mitad, trabajo que me ahorro. Nunca yo lo contaría mejor de lo que me saldrá por escrito.

Después me iré. Me marcharé. Aquí no tengo nada que hacer. Si siguiera aquí, seguiría matando, me matarían. Me tengo miedo a mí mismo. Ya no podría seguir aquí, aunque nadie lo supiera.

No sé dónde ir. No quiero ir a mi pueblo. La idea que más me seduce es montar en un barco y aparecer en América del Sur. Es lo mismo, en cualquier nación, la que sea.

A veces, me entran ganas de ir a ver a Luisa, su mujer, y contárselo todo. Pero no puedo, es mejor que no lo sepa. Lo mató uno cualquiera, un loco, un borracho.

Me mató él a mí. Ésta es la verdad.

Pero los jueces no entienden estos distingos. Él estará muy pronto pudriendo tierra y yo sigo pudriendo el aire que respiro.

¿Por qué se cruzó aquella noche en mi camino? Fue una desfachatez impropia de él. Si me hubiera abofeteado, si me hubiera calumniado a voces en plena calle, si me hubiera golpeado con un martillo los sesos quizá no habría reaccionado yo con tanta exasperación. Pero lo que hizo fue monstruoso. No importa nada que estuviera bebido. Esto quiere decir que fue siempre un cobarde conmigo. ¿Por qué si sentía asco por mí, asco de médico a paciente, esperó a embriagarse para decirlo? Y no lo dijo con piedad por mi cuerpo, con petulancia de doctor o conmiseración de amigo, lo dijo con una risa maligna que aún ahora mismo me enciende la sangre.

Sí, si ahora mismo lo repitiera, tal como lo dijo, otra vez lo mataría, igual que lo maté. Es posible que con más rabia. Lo dijo agriamente, soezmente, con sistemática y perversa calma. Una palabra es peor, a veces, que un tiro. Y no tenía derecho, ningún derecho a hacerlo conmigo.

No, no puedo decir que no fuera dueño de mí. Lo hice sabiendo lo que hacía. No pude detenerme. Como si lo hubiera estado pensando muchos años. Se me encendió la sangre y no vi más que su risa, su risa inhumana, su risa inteligente, superior, cínica.

Supongo que sí, que lo maté. Se quedó apoyado en el respaldo del coche un poco en el aire; firme como una estatua, doblado como una estatua, muerto y vivo a la vez.

Creo que sí. No pude fijarme bien. Me alejé de allí rápido, pero con pasos muy circunspectos, increíblemente sereno. Nadie podría decir que acababa de matar a un hombre.

Ojalá esté muerto. Me alegraría.

Creo que nadie me vio. Estábamos solos, tan solos que hasta pude hacer aquello. Me dejaba el puñalito. Calmoso y frío, volví al coche y lo recogí. Con un puñal en la mano... ¡ni que yo fuera un asesino!

Parecía estar dormido. No se quejó al sacárselo. Su expresión, ciertamente, era la de un borracho elegante. La cabeza un poco torcida hacia un lado y un gesto de piedad dolorosa en los labios.

Él tuvo la culpa. ¿Por qué dijo lo que dijo? Era suficiente para no dejarle que continuara hablando. Se salió de sus casillas y me sacó también de quicio a mí. Justo castigo. Para los dos.

Elvira podía ser *para él* hasta el fin del mundo, pero no tenía derecho a decirme aquello. Era motivo bastante para atravesarlo. ¡Si no hubiera salido de casa! No sé qué demonio llevaba hoy en el alma, qué ira o ternura me corría esta tarde por el cuerpo. Parece que presentía algo. Estuve en mi cuarto toda la tarde, leyendo *La guerra y la paz*. Al conectar el aparato de radio, estaban cantando:

*El camino de la vida  
ya te enseñará  
a no ser así.  
Lo que tú me prometiste  
me lo debes dar,  
eso es para mí,  
para mí no más.*

Esta canción está ligada a ella, la he respirado, la he sorbido en Elvira. Cuando se acabó el disco salí como un loco.

Me perdió el salir de casa.

Serían las nueve de la noche. Quise ignorar que iba en busca de ella, pero, como otras veces, sin objeto, absurdamente, me eché el puñal al bolsillo de la chaqueta. Para nada concreto, sólo como presunción de valentía y temeridad. Por si a ella le tocaba verlo que comprendiera que yo era hombre capaz de cualquier cosa. Para que cobrara un poco de miedo. Le hacía falta. Estaba abusando ya.

—¿Por qué llevas esto? —me había dicho otras veces.

—Porque sí.

—¿Es que vas a matarme?

—¡O matarme yo!

—Estás celoso, ¿eso es lo que te pasa!...

Y yo sonreía, indulgente, enigmático, pero un poco fiero.

Por la escalera me encontré con Evaristo.

—¿Te vas ahora? ¿Si falta poco para cenar!

—Vuelvo en seguida.

El ascensor quedó vacío en el séptimo y me metí dentro. Todavía le grité a Evaristo:

—Si me llama Miguel, dile que llame a la hora de cenar.

—Conforme. ¿Nada más?

El muchacho del ascensor estaba leyendo una novela del «Coyote». Siguió leyendo. Al abrirse la puerta, me dijo:

—Se va a mojar.

—Sube por mi gabardina y llévala en un instante a Chacolí.

Muy pronto me la trajo. Le di dos pesetas. Pedí una ración de atún y una caña de vino. Después, otra caña de vino y más... vino y boquerones y calamares fritos.

Hablaban de fútbol a grito pelado; que si el Madrid, que si el Atlético, que la V doble, que si los argentinos... Otros comentaban las reformas urbanas de la Gran Vía. Lo de pintar las aceras de colorines, decían, no era más que un pretexto para robar. A mi lado, una prostituta le estaba contando a un muchacho de gafas y pelo rizado que ella era más *machota* que nadie, y que como él siguiera diciendo sandeces, no le iba a dar tiempo ni a rezar el *Señor mío Jesucristo*. Entonces, me palpé el puñal disimuladamente.

Estaría allí una media hora. Al salir, en vez de irme a casa, bajé hacia la calle del Carmen y entré en otro bar, que no sé cómo se llama, un bar donde hay una perola de callos echando humo a cualquier hora del día.

No sabía lo que me pasaba. Era como si alguien me esperara en alguna parte, y yo, aunque retardaba la cita, sabía que era ineludible, apremiante.

*Mira, que las promesas  
que no se cumplen,  
en el amor,  
suelen pagarse,  
tarde o temprano,  
con el dolor.*

Tomé manzanilla, bastante manzanilla, y una cazuelita de angulas. Continuaba lloviendo. De cuando en cuando, entraban parejas y ellas se sacudían los impermeables.

Debía de estar ya algo incoherente porque le pedí al limpia que me lustrara los zapatos. ¿Para qué si estaba lloviendo?

Cuando llegué a la Puerta del Sol eran las diez y media.

Nunca se me había ocurrido antes entrar al Bar Flor; pues entré allí como Pedro por su casa. Di una vuelta muy detenida, casi insolente, por el salón.

Caía una lluvia fina que azotaba la cara. Parecía que me pinchaban el rostro con alfileres calientes o muy fríos. Me gustaba caminar entre la lluvia mojándome los pies y la cara.

Todavía tomé unas copas de coñac en el cafetín de la esquina de Carretas.

Comencé a sentirme omnipotente, misericordioso, eterno, justo, simplicísimo, bueno...

Miraba la noche, plantado en el centro de la Puerta del Sol, con una tristeza infinita.

—¡Señor, qué solos, Tú y yo!

Pero, al mismo tiempo, sentía en el alma una alegría honda y definitiva. Estaba decidido. Iría.

—Iré, tocaré el timbre. Si sale Emilia y me dice que no está, entraré a su habitación. Llamaré por si hay algún hombre. Si lo hay, lo sabré y esperaré. ¡Se acabaron los hombres! Yo soy el único hombre. Si no hay nadie, entraré, la cogeré, la abrazaré, la haré mía y le diré: «Haz de mí lo que quieras, soy tuyo, seré tuyo, tuyo solo, para siempre». Ella puede ser que se resista, pero se entregará. Me mirará con sus ojos profundos y tristes y acabará llorando. Yo lloraré también. Y seremos felices. ¡Vaya que sí! Se ha terminado todo, Elvira. Comenzamos de nuevo. Vamos a amarnos, tenemos que querernos, criatura mía. ¡Te necesito! Eres lo más dulce de la tierra. Quiero morir contigo, quiero... ¿Qué sé yo lo que quiero de ti? Estaremos echados sobre su cama con aquella colcha de raso azul. No querré ni que se desnude. Pero, ¿qué tienes, mujer, que me has vuelto loco, que no sé vivir sin ti?...

Estaba solo junto al poste del autobús. Subí al segundo piso. Sólo iban dos o tres personas. Me acuerdo de unos novios; él le besaba a ella la puntita de los dedos y se reían, como dos niños.

Se me ocurrió mirar el billete para ver si era capicúa.

—No ha habido suerte —dijo el cobrador.

Y sí que tenía suerte porque el coche me llevaba por el camino opuesto a mi desdicha. Cuando quise identificar el trayecto y buscar mi parada, me di cuenta de que había tomado el *uno* en lugar del *dos*. Me apeé; casi no sabía dónde estaba ni qué hacer. ¿Había sido un aviso del destino aquella equivocación? Debía volver a casa. Pero estaba lleno de ella; Elvira lo era todo para mí, era la noche toda, con fulgor de luceros sobre el agua encharcada.

Entré en un bar y pedí una ficha. Llamé a casa y se puso doña Patro. Miguel no había llamado. Nadie había preguntado por mí.

—Voy para allá —le dije.

Así lo creía en aquel momento. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Al salir del bar un taxi que estaba parado creyó que iba a tomarlo y apagó su luz verde. Me metí en él.

—¿A Argüelles ha dicho?

No sé por qué calles fuimos. Pensé en el triste destino de Elvira. Tener que vivir del amor diario. Era indignante. Yo hubiera querido redimirla, purificarla. Me pasaba la existencia pensando estas cosas y me sentía muy desdichado.

—¿A qué calle va...?

—Pare aquí mismo.

No tenía cambio de cien pesetas. Entró a un bar de la calle Princesa y me trajo la vuelta. Eran ocho. Le di diez.

No sabía a ciencia cierta por dónde paraba la calle de Guzmán el Bueno. Le pregunté a una mujer que vendía tabaco rubio a la puerta de un café bastante grande, que hace esquina.

—Aquélla, para arriba.

Los pares están a la izquierda. Hasta el 42 había mucho trecho. Iba caminando despacio, hablando conmigo mismo. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo me iba a recibir? ¿Cuál sería el final de todo? No estaba seguro de que me atrevería a subir. Pensaba que quizá lo mejor sería esperar a la puerta hasta que saliera. Yo sé que ella acostumbra a salir a eso de las once.

Este mundo está visto que es un pañuelo. Nadie podía suponer que en esa calle y a esas horas me iba a encontrar con Esperanza. Y sobre todo, que me conociera en una noche tan lóbrega, haciendo como hace seis meses que no me ve.

Mira por donde aquí hay un cabo suelto por el que puede descubrirse todo. Esperanza fue sirvienta en mi pensión cuando lo de Elvira estaba en todo su apogeo. Escuchó sus llamadas telefónicas y hasta una vez le llevó una carta mía.

Me paró en la esquina y me preguntó si vivía todavía en el mismo sitio. Le dije que sí. Ella estaba que escupía contra doña Mercedes. Le había quedado a deber trescientas pesetas. Le escribió diciendo que iba a traspasar la pensión, que no volviera. Me aseguró que había ido un día a casa y que no la habían querido recibir, le dijeron que doña Mercedes estaba enferma. Está dispuesta a ir un día a la oficina donde trabaja doña Mercedes —creo que dijo el *Boletín Oficial*— y armarle el escándalo mayúsculo.

Si se habla de Elvira, de la muerte del médico, ella seguro que lo va a relacionar todo conmigo. Por aquí se puede desenredar el ovillo. Todo depende también de que la prensa le dé más o menos publicidad al asunto. Pero estas criadas suelen leer puntualmente el capítulo de sucesos.

Al despedirse me dijo que estaba más gordo. Supongo que por decirme algo agradable. Yo siempre le había dado buenas propinas. Es extraño, pero no me preguntó nada, adónde iba o qué hacía por allí. Sólo se interesó por saber si me había mudado de pensión.

—Perdóname, Elvira mía, comienza de nuevo una vida para nosotros. ¿Tú serías, tú serás capaz...? ¿Crees que yo no lo sería? Podemos, sí que podemos; te lo digo tan tranquilo, orgulloso, si cabe: me casaría contigo si tú quisieras ser mi mujer. Te dedicaría mi vida, claro que mi vida vale poco. Tú, criatura, has comprendido mi

existencia, tú sabes muy bien que por ti haría lo que fuera, sí, incluso matar... He querido aislarme, huir, he querido, a veces, hasta matarme. ¡Como te lo digo! Pero ahora se acabó. Viviremos juntos. Venderé lo que me queda en Hécuba, unas ochenta mil pesetas. Con esto nos defenderemos un poco de tiempo, hasta que yo encuentre algo con qué seguir viviendo... Estoy dispuesto a trabajar. ¿No quieres? Tienes que querer. Nunca te reprocharé nada; para mí, eres lo más maravilloso de la Tierra... Te he dicho que es una nueva vida, que el pasado ha muerto para nosotros. El pasado no existe. ¡Oh, si supieras cuánto te he deseado y te he buscado! No puedo pasar sin ti, tú eres lo único que me interesa en el mundo...

Había metido el pie en el hoyo de un árbol que estaba lleno de agua. Zapato y calcetín se me empaparon. Di varios golpes en el suelo con el pie. Y continué.

—Tú no sabes, tú no sabrás nunca cómo me duele el corazón de recordarte. Haría locuras, a veces, te buscaría y te obligaría... pero no sirvo, soy débil, soy cobarde y sufro tu ausencia, tu forzada y caprichosa ausencia, destrozado de ansias, de celos, de anhelos de ternura y deseos de caricias... Esta noche vamos a estar juntos. Es bien triste decirte que soy desdichado viendo que mi corazón cada día siente mayor pasión por ti...

Me paré mientras iba soltando todo este discurso. Ella los llama *rollos*. Vi una sombra de mujer que descendía por la calle taconeando el suelo con ritmo incitante. Temí que fuera ella.

Ella, calculaba yo, debía tomar el autobús número 2. Debía bajar hasta la parada. Pero ella no era posible que fuera sola, siempre sale con una amiga.

No, no era ella. Era otra damita, seguramente del mismo oficio. Estos pensamientos los copio fielmente. Responden a mi obsesión. Los tengo clavados en la memoria como dibujos de hierro sobre una puerta antigua. También es verdad que por dentro, esto nunca lo puedo evitar, escuchaba en mí una vocecita irónica que se reía de todo. Porque siempre, aun en los momentos más sumisos de mi amor por Elvira, siempre ha habido en mí una actitud crítica, una sospecha de cinismo inevitable: el recelo de que con palabras y lágrimas intentaba mantener la confianza en un amor que no existía en mi corazón más que como puerta de escape para el recreo de los sentidos. Yo no sé si aquellos soliloquios me brotaban o no sinceros y ardientes o simplemente ensayaba la escena para rendirla a mi capricho. Por momentos, ahondaba en mi degradación.

—Tu vida es tu vida, haré lo que tú digas y quieras... Pero no me dejes solo. Soy un ser pacífico y sereno, pero si llegara a desbordarme, sería terrible, me tengo miedo. Las cosas tienen un límite.

Me paré en medio de la calle. Una muchacha se estaba peinando ante un espejo en un tercer piso. La vi con la cabellera suelta, cabellos dorados como un chorro de miel, la vi pasarse las manos de las sienes a la nuca con voluptuosidad.

Pero continué con mi extraño monólogo, soltando palabras casi en alta voz. Unos novios que estaban cobijados bajo un árbol, haciéndose el amor, se quedaron

mirándome.

Tengo la idea de que alguien me pidió lumbre y yo le encendí el cigarro cortésmente. ¿Quién era aquél tipo? Si oye hablar del hecho, ¿se acordará de mí? No sé por qué tengo la sospecha de que también iba algo achispado.

—Quisiera ser rico para imponerte un gran respeto, para obligarte y someterte. Pero busco tu cuerpo como todos, voy detrás de ti como todos, y por eso te ríes. Sí, son muchas veces, muchísimas, las que me he prometido no verte jamás, y sin embargo, voy por todos los sitios buscando, buscando la tristeza de tus ojos dulces, el calor precioso de tus manos, olfateando como un perro las huellas de tu cuerpo... Me hacen falta tus palabras, necesito oírte. Tus palabras, tu risa infantil, tu silencio, tus bromas...

Di una vuelta, despacio. Yo no sé si morbosamente retardaba yo el encuentro, complaciéndome en la espera, en la duda, en el soliloquio amoroso. Si hubiera entrado, sin más, ¿qué hubiera pasado? Quizá no hubiera ocurrido nada. Quizá hubiese logrado llevármela yo o que se quedase conmigo y le diese esquinazo a él. Pero ¿cómo iba yo a saber lo que me esperaba allí, en la calle? Y ahora, aquí estoy, si vienen no negaré nada. Y si me quieren condenar, que me condenen. Los que tienen que explicar las cosas son ellos.

Caminaba por en medio de la calle. Iba fijándome en los números de las casas. De cuando en cuando, cruzaba la calle un autobús de dos pisos y me tenía que apartar. Por fin, llegué al 40 y me puse a estudiar las fachadas. El número 40 era una casa recién construida, la del 42 estaba a medio hacer y el 44 tenía la apariencia también de ser muy nueva. ¿Cuál de las dos sería?

Dudaba antes de preguntar. Me complacía en esta misma perplejidad. El edificio de enfrente tenía pinta de ser un convento. Un caserón largo, con ventanales enrejados y con luces desveladas, de sórdido asilo.

Repito —y no con ganas de disculparme—, que iba algo trastornado. La bebida me había hecho efecto. No es que fuera borracho, pero sí que pensaba y me movía con una ligereza casi alada.

Nada me consolaba tanto como el hacerme confesiones torturadoras y saborear de antemano la reconciliación, el perdón y el amor. Era como si fuera decidido a explicarle a ella el misterio de su vida. Le quería decir que me perdonara y olvidara todas las humillaciones pasadas, que ella no tenía culpa de su destino...

—La vida, Elvira, es una carga pesada, lo sé; la vida es dura y bárbara, sí, lo sé; tienes razones para pensarlo así, pero, convéncete: a veces también es suave y deliciosa. El paisaje de roca se abre y la tierra se ablanda como si la surcaran ríos de miel. Sí, sí, es así, puede ser así. ¿No has visto en un atardecer hosco y terrible, en un día de tormenta invernal, que el corazón se te conmueve y que por el alma se te entran rayos de luces excelsas, luces que te hacen pensar que todo es bello y amable, que todo...? ¿Cómo te diría yo, gloria mía, que en medio de tanta bestialidad, que entre tanto rencor, por encima de la desesperación, hacen su aparición los ángeles

piadosos, los ángeles consoladores, ángeles que uno lleva dentro misteriosamente y que nos salen al paso para decirnos que hay un encanto que está más allá de las manos, de los ojos, de los labios, más allá del vacío terrible de la belleza?... ¡Si vieras cuántas tristezas, cuántas dudas y crueldades estoy pasando de tu soledad! ¿Estarás *sola* ahora mismo? ¿Estará *alguien* contigo? Soy lo que tú quieras: absurdo, loco, ingenuo, cínico, pero te quiero...

Me acerqué al número 44, dispuesto a llamar y preguntar. Las nubes pasaban veloces por el cielo, pasaban tan ligeras y ajenas a todo contacto con los hombres, que el hecho de verme allí solo, en medio de la calle, me hizo sentirme fuerte y poderoso.

Yo estaba ya decidido a llamar. Con ella delante, con ella de por medio, al menos, quizá no hubiera sido lo mismo. Él no se habría mostrado tan cruel. Yo iba a llamar. Mis pensamientos no podían ser más generosos para con ella. Pero el demonio lo había ordenado todo de modo muy diferente.

Yo iba a llamar. Juro que era el momento preciso en que iba a llamar, cuando un coche de cuatro plazas subió despacio por la calle. Parecía que anduviera perdido. Al llegar frente a la casa en construcción se paró. El coche quedó apagado. Nadie salía de dentro, ni de ninguna casa se veía que lo estuvieran esperando.

Yo, al ver el coche, empecé a caminar y me retiré hacia la esquina. Creí que dentro del coche se escondería alguna pareja de enamorados.

Pero ya resultaba penoso tan extraño silencio y decidí pasar por la acera junto al coche. Afecté no interesarme por lo que pudiera ocurrir en el intempestivo Citroën y de una manera indiferente, mecánica, me puse a mirar a los balcones. Lo mismo miraba a la casa número 40 que a la 44.

—Si acaso hay alguien dentro del coche, creerá que soy un maniático.

—¡Claro que tenía que haber alguien dentro del coche! Como que los coches no andan solos.

Me fui mostrando ante mí mismo un poco más valiente, justamente porque fui recelándome que aquel coche estaba relacionado con Elvira.

¿Cómo es posible que no cayera antes en la cuenta, si yo conocía el coche y hasta he montado por lo menos media docena de veces en él? Dentro del coche brilló una luz y comentó a arder un cigarro. Entonces, se me ocurrió silbar. Tenía miedo de lanzar mi silbido porque, a veces, se me rompe el sonido en los labios produciendo un soplido ridículo. Pero, mal o bien, silbé. Entonces, de dentro del coche me pareció oír algunas palabras.

—¡Vaya! Estoy haciendo el canelo.

Al dar la vuelta noté que desde el coche me chistaban. Podía no haber sido a mí, pero desde el primer instante presentí, fuera por lo que fuera, que aquel chistar iba dirigido a mí y no a otro.

Con todo, no quise darme por enterado y hasta hice propósito de alejarme cuanto antes de aquel lugar. Seguramente mi presencia era motivo de burla más que de otra

cosa. Sin embargo, tenía que serenarme, irme, si me iba, poco a poco, salvando las apariencias. Nada de huidas ridículas. Nada de prisas.

Una mano me llamaba insistentemente desde la ventanilla.

—¿A mí? —dije medio descompuesto y asustado. Creo que mi voz no se oyó a dos pasos siquiera.

—Sí, hombre, ven.

La calle continuaba desierta. Fue un momento espantoso. Temblaba. Estuve a punto de salir corriendo. ¡Qué lástima que la parada del 2 no estuviera cerca! Habría montado entonces y... ¡nada!

Lo peor de todo era que había reconocido el timbre de aquella voz. Era el doctor Val. Estaba más claro que el agua: había venido por Elvira y me había conocido.

Me quedé perplejo. Pero la mano insistía y la voz se hizo más clara y familiar.

—Oye, paseante, no tengas miedo, no disimules.

Su tono era tajante y a un tiempo zumbón.

Mi papel no podía ser más estrambótico. Me acerqué despacio, con aire de ofendido. Me acerqué al coche. Él no se levantó, permanecía sentado, fumando. Vestía smoking y en el ojal le reventaba un clavel rojo. Me pareció muy pálido y en su sonrisa había algo enfermizo, una blancura gastada.

En seguida me di cuenta de que estaba borracho. Debí de desaparecer, nunca debí de entablar conversación. Que nosotros dos hablásemos, cada uno desde su punto de vista, de Elvira, no podía conducir a nada bueno. Me daba cuenta. Pero lo que pasó, eso sí que no lo esperaba. Me ofreció un pitillo, mientras decía:

—Estás perdiendo el tiempo.

Y lo canturreó con la musiquilla de una canción de moda. Nunca había visto al doctor Val en semejante actitud. A mí mismo me parecían irreales sus «Je, je, je» y sus miradas burlonas, miradas con las que insinuaba no sé qué cosas.

Estaba violento y quería retirarme. Pero él prosiguió:

—Y no es eso sólo, sino que tú no te quieres bien.

—¿Que no me quiero bien?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tu sitio, ahora mismo, no está aquí.

—¿Que no está aquí?

—No.

—¿Cuál es mi sitio?

—Tu sitio, amiguito, Julio del alma mía, está en la camita, en la *ca-mi-ta*...

Y continuó con su risa, una risa infame. Yo también sonreía, pero con cólera y furor reprimido.

No había creído nunca que el doctor Val escondiera un alma tan plebeya y grosera. Hay cosas que merecen otro respeto.

—Además —continuó—, me consta que Elvira no quiere verte.

—Eso habría que preguntárselo a ella. Pero me voy.

—¿Te vas? ¿Ves? ¡Mejor! Está claro, clarísimo, que comprendes la cosa y que sabes que siempre te digo lo que más te conviene. ¡Por algo soy tu *médico*!

Y soltó una carcajada jovial que le hizo toser. Seguramente se le había atragantado el humo del cigarro.

Quería irme, sí. Nunca me había sentido tan avergonzado de mí mismo, tan confuso, tan *machacado*. El lenguaje del doctor Val era duro, intolerable. Y sobre todo, sus miradas, que disimulaban mal una malicia repulsiva. Y aún siguió:

—Vete y acuéstate, que si sigues mi consejo, será mejor para ti y quizá consigas *prosperar*...

Le dio a la palabra *prosperar* un matiz especial. ¿Se me puede culpar ahora de que tuve poca paciencia? Ya no podía moverme. Estaba clavado allí, en el justo límite de mi exasperación. Una palabra más y le escupiría. Lo tenía pensado así, escupirle y seguir mi camino. Era lo que se merecía y yo me estaba ya recreando en esta idea de escupirle.

—¿Le traes alguna cartita de ésas que tú escribes a Elvira? Estoy seguro de que ni las lee. ¡No hagas el tonto!

Aquella alusión a una carta me hizo meter la mano en el bolsillo y descubrí el estilete. Fue un movimiento reflejo. Estoy seguro. Yo no llevaba ninguna carta. Y tampoco había pensado aún en matarle.

Mi mano quedó cogida al estilete. Le acariciaba. Él pensaría que me acariciaba la tetilla, distraídamente.

Y vino la palabra, la frase decisiva, esa injuria que ni a él ni a nadie de este mundo yo estaba dispuesto a consentir.

Adoptando un aire protector, pero solamente atento a su ingenio, empezó a decir todo aquello:

—Tú, Julio, no estás para estos trotes. Yo nunca te he querido decir nada, soy bastante amable con mis enfermos. Más bien me gusta darles cuerda de tarde en tarde con alguna broma y en medio de la broma, meterle el consejito... Contigo he sido muy especial, porque tú me parecías un hombre inteligente y discreto, pero, ¡caramba!, ahora estás cometiendo muchas tonterías. Te ha dado no sólo por sentirte Romeo, sino médico psicólogo, y eso es malo, porque así acabarás en Ciempozuelos por lo menos...

¿Cómo resistía, cómo aguantaba, cómo es posible que estuviera allí, de pie, al lado de la portezuela, escuchando este diagnóstico tan bárbaro, que nadie le pedía, además? Sin embargo, aún le dejé seguir:

—No debes jugar con tu salud, no; no debes salir de noche de juerguecita. Si sigues así, luego vendrás corriendo a mí, a que te ponga un parche, y ya no podrá ser; llegarás tarde, tarde, como llegaron tarde todos los tuyos. Y esto no está bien. Me creo en la obligación de decirte que es muy raro que tú no estés ya como ellos y que por esto mismo, estas travesuras no están nada bien... nada bien. ¡Si fuera sólo cosa

de un día, de una noche, pase!, pero con una mujer tan imponente como Elvira, uno como tú, que está, probablemente...

El que no acabó la frase fue él. Encima del mismo clavel le cayó el estilete en un golpe brusco de mi mano. Sólo sé que noté una dureza y que luego el estilete se hundió. Se crispó un poco el cuerpo y vi en sus ojos un blancor convulsivo, como cuando los nenúfares se mueven en la calma de las ondas de un estanque. También lanzó un pequeño gruñido, como el de una persona dormida al dar vuelta. Inclino la cabeza y balbuceaba algo. No sé qué. Miré a un lado y a otro. Nadie. Me iba despacio y me acordé del estilete. Volví y se lo saqué. Estaba limpio. Al tocarlo, su cuerpo se inclinó un poco hacia la ventanilla. Entonces, me alejé despacio...

Al doblar la esquina, apreté el paso. Doblé otra esquina, y otra. No sabía ya dónde estaba, pero había un bar. Una de esas tabernas tristes, donde dormita un cliente o dos. Donde el tabernero es un señor gordo que morirá cualquier día apoplético.

Pedí una copa de coñac. Fue el coñac el que me hizo ver claro lo que había hecho y lo que tenía que hacer.

Si no hubiera metido la mano en el bolsillo y no me hubiera tropezado con el puñal, no habría pasado nada. Fue una cosa mecánica, pero tenía que ser así. Lo volvería a hacer, sí, lo volvería a hacer. No tenía derecho a jugar de aquel modo con cosas tan serias.

Fue su risita, aquella risita sorda, la que me nubló los ojos. Si él no se hubiera reído, yo no hubiera sacado el estilete.

Al salir del bar aún anduve un rato hasta encontrar un taxi. Me vine derecho aquí. Me extraña que no hayan llegado ya por mí. Nadie me ha seguido, de eso estoy seguro. Pero tiene que saberse ya. Ella habrá bajado y se lo habrá encontrado.

Alguien pasó por la acera cuando estábamos hablando. Ahora lo recuerdo. La calle es oscura, pero pasó bastante cerca. Pudo distinguirme.

—Un señor con un abrigo bastante raro, pasado de moda, con un pliegue detrás y una trabilla —dirá al juez.

El mismo doctor Val pudo tener tiempo de pronunciar mi nombre. Pero es muy raro, es increíble, que no hayan venido aún. ¿Cuánto tiempo habrá pasado? Por lo menos tres horas. Elvira es la que puede sospechar de mí. Tuve un buen acierto al recoger el puñalito. Ella lo conocía muy bien. Pero, ¿ella me acusaría?

Ya está. Ya están ahí. Están maniobrando en la puerta. Primero han manejado el timbre, que no suena. Después han tirado del alambre. La campanilla no tiene badajo. Ahora andan como locos dando con los nudillos. Será la policía. La misma Elvira les habrá puesto sobre la pista.

—Tiene que acompañarnos —dirán.

—Muy bien, les acompañaré. ¿No dejan que me lleve nada?

—Ya tendrá allí todo lo que necesite.

—Por lo pronto, me voy a llevar estas dos libretas. Se las dejaré al comisario encima de la mesa y le diré: «No me pregunte nada, aquí lo tiene todo». El comisario

empezará a hojear esta historia y no comprenderá nada, se aburrirá. Y dirá: «Amiguito, no se ande por las ramas. A mí la literatura no me interesa».

—¿Y cree que me interesa a mí? ¿Cree que eso que está escrito ahí es literatura?

—Yo lo que quiero preguntarle es por qué hizo lo que hizo con el doctor Val y cuáles eran sus relaciones con esa mujer.

—¿Ve? No podemos entendernos. Si no se lee el *diario* no logrará enterarse nunca. De palabra, yo no contaré nada.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es preferible que no me pregunten nada. Hagan conmigo lo que quieran. Pueden celebrar el juicio sin estar yo delante. Con llamarme en el último momento, asunto concluido.

—Está loco —dirán los agentes que presencien la escena.

—¿No querrá usted, me figuro, que por todo sumario —replicará muy sarcástico el comisario, y cansándose ya, quizá, hasta haga entrever una amenaza de castigo— le envíe al juez estas dos libretas en las que habla del otoño y de la guerra?

—Eso es lo que yo quería.

—Bueno, para juego ya está bien. ¿Cómo se llama? ¿Apodo? ¿Natural? ¿Soltero? Pero no son los agentes. Por ahora todavía estamos libres.

Tengo que darme prisa.

## Aclaración del destinatario

*Puesto que he sido el elegido para recoger el paquete de las memorias de Julio y el destinado a descubrir el secreto de su vida, bien será que haga alguna aclaración que creo interesante para completar su historia. También quiero justificar aquí mi decisión de publicarlas.*

*La carta de mi amigo, acompañada de las dos libretas (dos grandes cuadernos llenos de letra apretada, y algunas hojas sueltas), me llegaron un domingo a mediodía. La mujer que me las entregó era, por lo visto, la criada de su pensión de la Gran Vía. Por lo visto, Julio había salido de viaje muy temprano, casi de madrugada, y había dejado aquel encargo para mí. No había dicho hacia dónde. Solamente que ya escribiría.*

*¿Qué podía yo hacer? A veces, tengo remordimiento por no haberme lanzado inmediatamente a buscarle o haber avisado a la policía. (Creo, sin embargo, que no hubiera servido para evitar nada). En lugar de hacerlo, después de leída la carta, mi enorme curiosidad me llevó a desenvolver las dos libretas. Estuve leyendo casi toda la tarde. Cada vez mi asombro era mayor. No salí esa tarde, dije que no me molestaran para poder seguir leyendo. Me he fumado un paquete de cigarrillos y de cuando en cuando daba paseos nerviosos por el pasillo. Indudablemente, Julio había huido. ¿Hacia dónde? ¿Y qué podía hacer yo? Pero siempre acababa volviendo a la lectura. Al principio me pareció todo muy confuso y disparatado. Siempre me había parecido que Julio era un poco raro. Pero ni por asomo le podía suponer dotado de tan atormentadora y profunda conciencia de su destino. Tampoco le suponía, ni mucho menos, tan afectado, y de una manera tan particular, por la tragedia de su familia. Al contrario, siempre me había parecido su actitud más bien frívola y despreocupada. Para mí se trataba de un inadaptado, de un muchacho desorientado por la pérdida de la familia y truncado en su porvenir por la guerra, como tantos otros. Sabía que hacía una vida bohemia, gastando, un poco inconscientemente, las pocas rentas que le habían quedado. Y siempre pensé, Dios lo sabe, que acabaría recurriendo, más tarde o más temprano, a un «enchufito», como cada cual.*

*Recuerdo, por ejemplo, cuando llegó a Madrid. Sabía que acababa de perder a su madre y a su hermana. Hacía poco más de un mes de lo de su madre y sin embargo no vestía de luto. Sólo llevaba corbata negra lo cual me pareció una insensibilidad o una frivolidad imperdonable. He de confesar, sin embargo, que había algo en él que causaba impresión. Su humor y su risa fácil, un poco de niño pequeño, no eran suficientes para disimular su aspecto desencajado y febril. Tenía siempre los ojos enrojecidos y profundas ojeras, como de hombre que duerme poco. Yo siempre creí que llevaba una vida de calavera perdido. Sin embargo, su aspecto mejoró mucho en Madrid. Cuando llegó del pueblo tenía un aire mucho más impresionante, casi de loco o de anarquista perseguido. Todas estas impresiones ya digo que se borraban con su risa. Julio tenía una risa clara, contagiosa y muy*

agradable. Además, se reía de todo y quizá por esto yo nunca he podido fijarme en el lado hosco y pesimista de su persona.

Para mí era un amigo humorista y encantador, tenía unas salidas desconcertantes, a veces un poco macabras, ahora me doy cuenta, pero con él se pasaban las horas sin sentir, entre chistes, carcajadas y vasos. Su humor, recuerdo que subía de tono y se hacía hasta cínico cuando yo intentaba darle consejos y reprocharle su manera de vivir. Alguna vez llegaron a molestarme sus ironías sobre este tema, ironías que ahora comprendo que no iban dirigidas contra mí, sino contra él mismo. ¡Pobre Julio! ¿Quién iba a pensar que llevaba sobre sí tan tremenda losa y que se iba a portar tan insensatamente al final?

Últimamente, nos veíamos poco. Pero las últimas veces que le vi le encontré francamente cambiado y mejorado. Había engordado, había perdido el aire demacrado del principio y parecía menos nervioso. Además, iba más acicalado. Pero de esto hacía varios meses cuando recibí su carta y sus cuadernos. Al principio nos llamábamos por teléfono y salíamos alguna vez, casi siempre con otros paisanos o amigos. Luego dejé de verle. Otros amigos también se extrañaban de no saber nada de él. Debió de ser este aislamiento cuando empezó lo de Elvira.

La lectura de sus cuadernos me dejó más que aturdido. No sabía si todo aquello era real o simplemente que tenía entre mis manos las páginas soñadas de la novela que yo hubiera querido escribir. Tuve que hacer grandes esfuerzos para convencerme de que Julio había existido realmente, mejor dicho, que existía aún mientras yo leía y no era un personaje creado por mi imaginación para dejarme entre las manos esta historia desoladora. Sí, Julio existía, Julio era no sé si un romántico tardío o un nuevo romántico que vivió su vida con independencia, aburrimiento y frenesí y, al mismo tiempo, con profundidad.

Pero, sobre todo, Julio había escrito todo aquello. Y sólo por esto cobraba ante mí calidades de héroe. Había podido escribir aquello precisamente porque había tirado su vida por la borda. Y llegué a sentir una gran envidia de Julio.

Me costó trabajo salir de esta atmósfera de irrealidad. Era ya de noche cuando terminé de leer. Podía ser todo una gran broma de Julio, podía ser que estuviese en su pensión y que los paquetes me los hubiese mandado solamente para que yo le diese mi opinión sobre lo escrito, suponiendo que hubiera querido, simplemente, hacer literatura. (Yo estaba considerado como el literato de la pandilla). Pero no, no era posible. Sólo cuando es verdad, cuando se escribe con la propia sangre, desnuda el alma ante las cuartillas, se puede escribir así. Era preciso saber cuanto antes, qué había de verdad en todo aquello de la muerte del doctor Val.

Tengo un amigo, R., inspector de policía. Lo primero que se me ocurrió fue llamarle. Pero antes quise asegurarme de que Julio no estaba en su pensión. No. Había salido de viaje muy de madrugada, me dijeron. No había dejado señas. Entonces llamé a R. Me cité con él y le conté lo que pasaba. En un taxi nos trasladamos los dos a la comisaría del distrito de C. Allí no sabían nada, no había

habido ningún crimen la noche anterior. «Tu amigo es un bromista», me dijo R. Pero yo estaba obsesionado por descubrir la verdad, y R. también estaba intrigado. Tomó nota del doctor Val, de Elvira y de Julio y me prometió investigar todo lo que pudiera. Podía ser que los nombres fueran supuestos. Pero el del doctor Val, por lo menos, no lo era.

Al día siguiente, R. me llamó muy contento. Estaba sobre la pista. El doctor Val estaba enfermo, había tenido un accidente y había suspendido las consultas por unos días. «Hay que buscar a tu amigo —me dijo—, seguramente hará alguna tontería. Cree que lo ha matado y no le ha hecho más que un rasguño». Era natural que el doctor no hubiera querido decir nada a la policía. Pero entonces todo era verdad, todo menos que el doctor estaba muerto. Mi excitación iba en aumento. Había que encontrar a Julio.

R. decidió que yo me dedicase a Elvira. Era peligroso que lo hiciera él, porque le conocían. Resulté un pésimo detective, quise averiguarlo todo la primera noche y lo eché a perder. «No acostumbro a interesarme por lo que hacen mis amigos fuera de mis horas», me dijo. Y de ahí no la saqué. Me llamó sabueso, chivato... y no sé cuántas cosas más. Y no pude volver con ella. Desde ese día me huía como al fuego. Estaba yo empezando a hacer locuras casi detrás de Elvira, habían pasado diez días justos, cuando R. me llamó muy misterioso y me hizo ir a verle. Julio había aparecido asesinado cerca de Pedraza, un pueblo de Segovia. Ofrecía señales de haber sido golpeado fuertemente en la cabeza. No se trataba, de ninguna manera, de un suicidio. Confidencialmente, R. me dijo que, según los datos de la policía, se trataba de una fechoría de una partida de gentes sin control o «maquis», que en esa zona habían hecho de las suyas en otras ocasiones. Me quedé paralizado. No podía creerlo. ¿Qué había ido a buscar allí Julio? Pero ¿sería de verdad el cadáver de Julio el que habían encontrado? Según R., no había duda. Mis confidencias, en realidad, habían servido para ayudar en este caso bastante a la policía. Ahora sí que Elvira no podía eludir las complicaciones; por lo visto, ya la habían interrogado.

R. me prometió escribir a un amigo que tenía de secretario municipal en Pedraza, precisamente. Pocos días después, me entregó la siguiente carta:

Querido R.:

Me alegra haber recibido carta tuya, que ya esperaba —o no esperaba ya— hacía mucho tiempo. Aunque haya tenido que ser tu móvil principal la curiosidad por suceso tan desagradable. ¡Cómo iba yo a suponer que pudiera interesarte este desdichado que trajó por unos días revuelto al pueblo!

Te diré lo que sé de esto. La cosa debió de ser el jueves, ya anochecido. Porque nadie vio nada la tarde aquella: unos jornaleros que iban a una finca, junto al río, se volvieron el viernes muy temprano con la noticia. Medio pueblo se volcó allí. Estaba el muerto tendido boca arriba en ese rellano que hay junto a la viña de Chimbelo, sin

duda arrastrado allí desde el camino grande. Tenía las ropas rasgadas y los bolsillos con los forros fuera. En seguida, un guardia nuevo —que se las da de detective— dijo que esto era una cosa del criminal para hacer creer que le había matado para robarle; pero que el ensañamiento que había tenido con él demostraba que había otra cosa por medio. De hecho, el pobre hombre no tenía sobre sí más que el pañuelo y unos duros en el pantalón, y —lo que será más interesante— un cuadernito de éstos de pastas de hule en el bolsillo pequeño de arriba de la americana. Golpes en el hombro y unos horribles martillazos en la cabeza, mortales de necesidad, producidos, según los médicos, con la culata de una pistola. El informe de la autopsia le señalaba como un hombre fisiológicamente normal, sano y de tipo atlético. Por esto me extraña todo lo que tú me preguntas sobre el informe médico. El comentario a esto es que debió de recibir el primer golpe de improviso, puesto que no parece haber señales de que se defendiera, es decir, de lucha. Después de mil y una fotografías, lo enterraron aquí.

Lo que parece tener más envidia para la policía es que al lado del cadáver se encontró la fotografía, hecha añicos, de una mujer muy guapa. Por supuesto, me figuro que la buscan. ¿Algún lío de faldas? Vete tú a saber. La fotografía iba dedicada al muerto y firmaba «Elvira». Por si te interesa.

El cuaderno ese que te he dicho, me lo enseñó a mí el juez como pieza literaria. Parece como un diario de hombre hastiado y cansado de vivir, que echara a andar por si encontraba la muerte a pleno sol, en un camino, o en el cuartucho de una pensión, en vez de morir en un túnel del metro. Al final, habla mucho de Dios, aunque no recuerdo las frases.

Te dejo, amigo, hay cosas que contar de mis andanzas y aventuras. Pero aquí, con este casi «linternazo», me parece que no irían bien. La paz sea contigo, como decían los buenos cristianos de antes.

Gracias a mis confidencias —y llevo encima cierto remordimiento por ellas—, la policía dio en seguida con el nido de cartas del hermano de Elvira. Una de las zonas por donde paraba, es indudable que era la provincia de Segovia. Resulta casi increíble que, precisamente, el pobre Julio fuera a meterse en la boca del lobo y a encontrarse con ese loco que debía de ser el hermano de Elvira. A R. no hay quien le quite de la cabeza que Julio salió en busca del hermano de Elvira.

El hermano de Elvira había organizado cierta resistencia al régimen por su cuenta y riesgo. Nada tenía remedio. Sólo pienso que Julio se hubiera reído mucho si hubiera podido leer el informe forense después de la autopsia. No deja de ser triste que haya terminado así. Es indudable que su propia neurosis estaba a punto de curarse. ¿Cómo habría reaccionado Julio, por otra parte, ante el descubrimiento de las nuevas drogas, el Rimifón y todo lo demás?

Quizá él no se hubiera rendido ante ninguna clase de remedio. Julio vivía, exclusivamente, de su enfermedad, por su enfermedad y para su enfermedad. Quizá

*el último disparate no fue más que una salida desesperada ante la evidencia, que cada vez se insinuaba más en él, de que estaba sano. Julio era una especie de artista que necesitaba el dolor como el pez necesita el agua. Era la enfermedad la torre de marfil de su espíritu solitario. Si algo se desprende de estas memorias, es que él, en cierto modo, estaba hasta orgulloso de su herencia y no podía menos de hacer honor a ella. Es posible, incluso, que fuese su tensión psíquica, su entrega a la enfermedad, lo que le preservó de seguir el camino de los demás miembros de su familia. Me gustaría saber lo que un buen médico diría del caso.*

*También me gustaría encontrar una explicación a esa visión aterradora y bárbara que Julio tenía de su pueblo, y mío. Seguramente todas esas impresiones mortificantes nacieron ya con los estigmas de la enfermedad familiar. Yo sólo sé decir que Hécuba es un pueblo que se clava en el corazón y que no se olvida. Y me consta que Julio sentía un gran amor, incluso un fanatismo atroz, por todas las cosas del pueblo. Pero nuestro pueblo lo enloquecía hasta el delirio.*

*Me decidí a publicar estas memorias de Julio, más que nada, comprobando que despertaban gran entusiasmo en todos cuantos las leían (yo se las había dejado a varios amigos). Me pareció un homenaje que yo debía a Julio y a su prueba de confianza al enviármelas, hacerlas públicas. En realidad, parece que su único objeto en la vida ha sido dejar este auténtico testimonio de una existencia dolorosa y compleja como tantas otras, pero muy particular.*

*Mi labor ha sido muy fácil. Me limité a agrupar algunas partes por capítulos, según el tema, conservando en otras la propia división cronológica que él había dejado señalada. He suprimido bastantes párrafos, unos porque no eran oportunos, otros porque, no siendo esenciales a la proyección del personaje, podían resultar pesados y hasta desagradables.*

*No sé si cuando vea este tomo de memorias en libro me parecerá tan interesante. Pero lo que sí es cierto, es que este cúmulo de pesadumbres que el lector acaba de conocer fragmentariamente, fueron seguramente escritas con sinceridad y no por hacer literatura tremendista. Es indudable, y muy lógico, que él sintiera la necesidad de librarse de tanta truculencia.*

*Por eso, porque creo que estos cuadernos fueron para Julio el único desahogo de su soledad, los guardo con cariño.*

*Lo que piensen los lectores, es posible que a mí todavía pueda afectarme algo, pero lo que es a Julio, está bien claro que nada puede importarle ya.*

*Él ya tiene, si no su muerte, la muerte con que se encariñó toda su vida.*

Castillo-Puche, 1951.